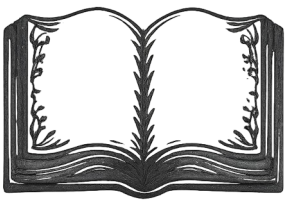
Sombras acechantes

William Le Queux

Obra original: Poison Shadows – Wiliam LeQueux, 1927.
Edición: Traducción y prefacio editorial por Fernando Guzmán, 2025.
Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite
http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.



ARCHIVO
HISPÁNICO

Prefacio Editorial

En 1927, William Le Queux publicó *Poison Shadows*, una de las últimas novelas de su prolífica carrera. Conocido por sus relatos de espionaje y misterio que alimentaron las ansiedades de la Europa de principios del siglo XX, Le Queux fue un narrador incansable de conspiraciones, identidades ocultas y amenazas invisibles. Su obra, marcada por el dramatismo pulp y la intriga internacional, se convirtió en un espejo de los temores de una época convulsa.

Poison Shadows ,también difundida en Inglaterra bajo el título *The Chameleon,* representa la madurez tardía de un autor que supo transformar las sombras en metáforas de corrupción y peligro. Aquí, las "sombras venenosas"representan presencias insidiosas que intoxican la vida social y moral, reflejando un mundo donde la traición y el engaño se ocultan tras gestos cotidianos.

La presente edición, titulada Sombras acechantes, busca presentar al lector hispanohablante una obra que había permanecido inédita en español en aras de construir un espacio de recuperación cultural al traer a la luz textos que en su tiempo no tuvieron alcance en nuestros países de habla hispana, ya sea por razones editoriales o de "relevancia geográfica".

Este volumen se ofrece como un puente entre épocas y lenguas. La traducción procura mantener la tensión narrativa y el aire solemne del original, al tiempo que adapta sus resonancias al español de América Latina. El lector encontrará aquí un testimonio de la imaginación literaria que acompañó a una generación marcada por la incertidumbre y el miedo a lo invisible.

Con Sombras acechantes, se abre la posibilidad de leer a Le Queux desde una nueva perspectiva: no como simple cronista de intrigas pasajeras, sino como creador de atmósferas que aún hoy nos hablan de la fragilidad de la verdad y de la persistencia de la sombra.

CAPÍTULO I

Un alma en venta

—Tienes que ser firme, Gordon. No importa en lo más mínimo si Sibell lo ama o lo detesta. Tiene que casarse con él, de lo contrario ambos vamos a acabar en la ruina. Así que nada de discusiones. ¿Estás de acuerdo? —preguntó la mujer.

—Por supuesto que estoy de acuerdo, querida Etta. Pero mi pupila es terca y se niega rotundamente a volver a verlo —respondió el hombre calvo y deforme que estaba junto a Lady Wyndcliffe, en la ventana del salón privado que daba a las arenas doradas y el mar veraniego frente al Grand Hotel, en la Digue de Knocke, en la costa belga.

—¡Qué tontería! ¡Hay que hacerla entrar en razón! —replicó la mujer esbelta, de cabello oscuro y rostro atractivo, vestida con un vaporoso vestido a rayas azules que delataba discretamente a la modista parisina.—Otway es simpático, sí, pero no tiene un centavo, mientras que Gretton heredó más de medio millón de su padre, quien hizo un buen negocio con lana durante la guerra y gracias a eso llegó a ser alcalde de Bradford. Gussie es medio tonto, pero eso nos conviene. Ambos necesitamos dinero con urgencia. Y hasta ahora he jugado bien mis cartas: él está loco por ella. Solo hay que deshacerse de Otway a toda costa. Un joven médico sin recursos no sirve para Sibell.

—Estoy de acuerdo con cada palabra —dijo el extraño jorobado, Gordon Routh, con su voz aguda y chillona—. Tú y yo hemos hecho muchos negocios que nos han resultado satisfactorios, y ahora, ¿no es curioso que estemos negociando el futuro de la chica?

—¡Al diablo con el sentimentalismo! —rió la condesa—. Necesitamos fondos, cueste lo que cueste. Gussie Gretton es

rico, y si Sibell se casa con él, debemos exprimirle lo suficiente para vivir con todas las comodidades que este mundo ofrece.
—Ni el Banco de Inglaterra te alcanzaría, querida Etta —rió el hombre—. Te lo gastarías todo y luego pedirías sobregiro. Eres la mujer más derrochadora que conozco.

—¿Y tus pérdidas en Montecarlo? Ochenta mil libras en un año, ¿eh? —replicó Lady Wyndcliffe—. Yo también he sido una idiota en las mesas, lo admito. Perdí cuarenta mil francos anoche en el Casino y le firmé un pagaré al viejo simpático que maneja el lugar.

—Como yo, tú repartes esos papelitos por toda Europa, y los aceptan por tu título nobiliario y la astucia de tu agente de prensa —comentó el hombre calvo de ojos brillantes, cuya sonrisa humorística iluminaba siempre su rostro. Luego la miró con admiración y añadió—: Me pregunto, querida Etta, qué pensará realmente el mundo de ti.

—Me importa un comino lo que piense —rió ella—. El público sabe que la condesa de Wyndcliffe se mueve en los mejores círculos y aparece en todas partes: en la Corte, en Epsom, en Cowes, en Deauville, en St. Moritz y en Montecarlo. Sus fotos adornan las revistas ilustradas de seis peniques que compran los suburbios, y siempre tiene una o dos debutantes bajo su ala. Es lo que la buena gente de Hampstead, Watford, Richmond o Felixstowe llama "estar en sociedad".

—Y gracias al cielo, yo ya estoy fuera de eso —rió el hombre.
Su compañera soltó un largo suspiro, y sus cejas perfectamente arqueadas se fruncieron.

—¡Ojalá lo fuera! Esta es una vida agotadora, con muchos amigos, mucho escaparate... y nada de dinero. Wyndcliffe se ha vuelto casi imposible en estos días. Billesdon está alquilado a un fabricante retirado de sombreros de paja de Luton, y apenas logro reunir lo suficiente, o ahorrar lo suficiente, para sobrevivir. Etta Wyndcliffe —o, para darle su título completo según Burke, Condesa de Wyndcliffe de Billesdon Hall, Rutland; Cloyne

Castle, Aberdeenshire; 112A West Halkin Street; y Villa Mon Aise, Cannes— era una de tantas jóvenes brillantes de la alta sociedad contemporánea que llevaban una vida temeraria y frenética, financiada con los honorarios que cobraban por introducir a las hijas de ricos plebeyos en los márgenes de la Sociedad.

Basta mirar los periódicos: en temporada, se lee con frecuencia que Lady Fulana ofreció un baile en Claridge's para la hija de la señora Fitz-Allan Smith. Es la señora Fitz-Allan Smith quien paga generosamente a Lady Fulana por el privilegio de estrechar manos y bailar con invitados que acuden allí atraídos por la cena con champaña gratuita.

Etta Wyndcliffe pertenecía a esa multitud de aristócratas sin recursos, con un amplio círculo de amistades: algunos abrían tiendas, otros criaban perros, otros regenteaban salones de belleza, y otros lograban sostenerse apadrinando a las esposas e hijas de nuevos ricos, incluso presentándolas en la Corte. Etta era joven para su edad, esbelta, refinada, con facciones atractivas, ojos oscuros y penetrantes, y una tez impecable. Aunque tenía treinta y tres años, no aparentaba más de veinticinco, y bailaba, jugaba tenis o golf con la energía de cualquier jovencita. Había sido la segunda esposa del viejo Wyndcliffe, quien se arruinó apenas un año después de casarse con ella, y desde entonces había tenido que arreglárselas sola. Vivía en West Halkin Street y sobrevivía con los fondos que le proporcionaban los padres de las muchachas a quienes acompañaba como madrina. La vida agitada y aventurera que llevaba en Londres durante la temporada, y en los balnearios continentales fuera de ella, la había vuelto codiciosa y sin escrúpulos, pues negociaba duramente con las madres de hijas casaderas, a quienes exhibía con la esperanza de encontrarles marido. Sus enemigos —y eran muchos— decían cosas muy duras de ella: que, cansada de un amigo en particular, un vividor arruinado llamado Eustace Power, había inducido a una rica joven norteamericana bajo su tutela a casarse con él, y que incluso habían repartido la comisión.

Aquella mañana de agosto, mientras estaba de pie en la ventana del hotel, la condesa de Wyndcliffe parecía poco más que una muchacha, con un rostro tan inocente y encantador que no revelaba su insaciable manía por el juego ni el círculo rápido y vicioso en el que se movía.

—No puedes estar tan terriblemente arruinada —dijo el hombre —. Recibiste tres mil cuando la señorita Clements se casó en junio.

—Y trabajé durísimo para conseguirlo, te lo aseguro. También tuve a la hija del vinagrero bajo mi cuidado, además de Sibell.
—Por Sibell no recibiste nada, y sé que te ha costado mucho en almuerzos, entradas de teatro y bailes. Fue muy generoso de tu parte, Etta, aceptarla.

—Y ahora, justo cuando hemos jugado nuestras cartas con discreción, la condenada mocosa —perdona que la llame así, aunque sea mi sobrina— se niega a ver otra vez a Gussie Gretton.
—Dice que no tiene la mejor reputación.
—¿Qué hombre la tiene antes de haber sembrado su avena salvaje? —preguntó ella.

—Bueno, según todos los relatos, Gretton ha sembrado una cosecha bastante abundante. Ya ha estado a punto de ser citado en dos casos de divorcio —dijo el tutor de Sibell.
—Eso hace que las mujeres lo persigan aún más —declaró la condesa irresponsable—. Sibell debería sentirse orgullosa de que él, con toda su riqueza, quiera casarse con ella. Es una tonta rematada. Te digo, Gordon, estoy harta. Gretton está tan encaprichado que me ha prometido cinco mil el día que se case con ella, y estoy dispuesta a repartirlo contigo. Luego tú repartirás conmigo lo que consigamos después —dijo, discutiendo la venta del alma de la muchacha como si fuera un negocio cualquiera.

—Haré lo mejor que pueda. Pero ella está completamente enamorada de ese joven Otway.

—¡Amor! ¡Bah! Hoy en día no existe tal cosa como el verdadero amor. Un vestido elegante, una cara bonita y el ambiente adecuado, y las chicas creen que los hombres se enamoran. La idea del amor real desapareció junto con los coches de caballos —dijo ella con desdén.

—Pero, Etta, seguramente aún queda algo de afecto en el mundo —chilló el viejo jugador deforme.

—Entre la gente común, supongo. No entre nosotros. El matrimonio hoy en día no significa más que la unión de dinero y pobreza, o viceversa. La muchacha moderna no empieza a conocer la vida hasta que se divorcia.

—Y para ti, querida Etta, siempre llega una pequeña comisión secreta de ambos lados —rió el hombre.
La bonita aventurera de la Sociedad sonrió.

—Bueno, cuando una tiene que vivir de su ingenio —como yo, ¡ay!, porque Wyndcliffe es un necio— no puede ser demasiado exigente con quién se mezcla. ¡Dios sabe! A veces tengo que almorzar y cenar con los más terribles estafadores y extranjeros ruidosos. Apenas hace quince días en París me encontré con una deuda de cuarenta mil francos jugando chemmy en el Bel Air. Eran las tres de la mañana y solo tenía cincuenta francos para pagar el taxi al hotel. El viejo Ducocq, el director, un tipo paternal pero ladrón, aceptó mi pagaré, pero al día siguiente vino al hotel y exigió, como precio de su devolución, que organizara una cena en el Ritz para un par de financieros americanos —que yo sabía eran hábiles estafadores— y dos ingleses inocentes, sus "palomas", a quienes estaban convenciendo de invertir en un negocio podrido. A cambio del papel que firmé, tuve que cumplir su demanda, y al día siguiente leí en el Paris Daily Mail que yo había invitado a esos estafadores a cenar. No, querido Gordon, te aseguro que no navego en aguas tranquilas ahora mismo.

—Querida Etta, ¡eres como yo! Somos meros gitanos en este mundo. Cuando tenemos sombrero, tenemos techo. Vivimos

para hoy, y que el mañana se cuide solo. Las mesas de juego son mi maldición, igual que la tuya. ¿Lo admites?

—Por supuesto que sí. No tengo nada que ocultarte, mi querido Gordon. ¿Recuerdas aquella noche en el Cercle Privé de Montecarlo, cuando estaba completamente arruinada y me ayudaste con tres billetes de mil? Desde ese momento te tomé aprecio, e incluso intenté salvarte de lanzarte como lo hiciste. Pero no me escuchaste. No te culpo, querido Gordon. ¿Por qué habría de hacerlo? Yo tampoco escucho a nadie. Por eso estamos tan condenadamente arruinados y somos almas gemelas, ¿eh?

—¡Arruinado! Pues en este momento solo tengo un par de cientos de francos a mi nombre —dijo el jorobado, que había dilapidado una fortuna—. No sé cómo voy a pagar la cuenta del hotel.

—Estoy en la misma situación —respondió su elegante señoría —. Tenemos que conseguir dinero de algún lado, aunque tenga que pedirle un pequeño préstamo a Gussie.

—Un adelanto de comisión, ¿eh? —rió el hombre.
—Si vas a las mesas siempre puedes pedir un préstamo a un amigo, usando una mala racha como excusa legítima. Así no parece que estés realmente arruinado, solo temporalmente apurado —dijo la condesa, torciendo el gesto—. Pero, añadió, yo estoy afectada de manera crónica.

De pronto la puerta se abrió y una joven de rostro radiante, cabello rubio cortado a la moda y un ligero vestido veraniego entró alegremente en la habitación. Saludó a su tutor y luego, volviéndose hacia su tía, dijo:

—¡Qué temprano te levantaste, tía! Si eran casi las tres cuando salimos de casa de Roberts. Después fui a caminar junto al mar. Fue simplemente maravilloso.
—¿Con Gussie?

—№ Con Leonard Capel. Vamos a participar en la competencia de tango en el Memling mañana por la noche.

La condesa y el jorobado intercambiaron miradas.

—No creo, Sibell, que debas salir a pasear de noche con un desconocido —dijo la condesa, en tono de reproche.

—¿Y por qué no, tía? Varias chicas salieron a caminar con sus compañeros de baile —replicó Sibell—. Además, no es peor que bailar en un club nocturno con algún extranjero al que nunca has visto y dejar que pague tu cena —añadió con intención.

Etta comprendió la insinuación. Ambas habían bailado con un joven argentino rico, cuyo nombre desconocían, en el Florida Club de Londres un mes antes, y él había pagado dieciséis libras por la cena de las tres.

Pero Lady Wyndcliffe llevaba una vida frenética, financiada por quienes se refugiaban bajo su ala aristocrática, y en el curso de su carrera de mariposa había hecho cosas mucho más arriesgadas que esa.

Sibell Dare era sumamente hermosa, con un rostro dulce e inteligente, grandes ojos azules de asombro infantil, una boca pequeña de labios rojos y llenos que no necesitaban lápiz labial, y una figura esbelta y flexible cuya gracia se había perfeccionado con el baile constante. Tras estudiar en Cheltenham College, había pasado dos años en París, y ahora era tan elegante y atractiva como cualquier muchacha de Londres. Su tía, la condesa, la había sacado de la casa de Routh en Cookham y la había introducido en la Sociedad, donde tenía muchos admiradores, de los cuales Augustus Gretton era el más ferviente.

Ella, sin embargo, no se interesaba por ninguno, pues estaba entregada a Brinsley Otway, un joven médico en apuros que ejercía en Golder’s Green. Se habían conocido en casa de una

amiga casada en Hampstead dos años atrás, y desde entonces habían sido amantes.

—Leonard Capel quiere que vaya a Ostende a pasar el día. Voy a ir —dijo la joven, sintiendo de algún modo que había interrumpido una conversación entre su tutor deforme y la condesa.

—¡Querida niña! ¡Pero si apenas conoces al hombre! —intervino rápidamente Etta—. Si quieres ir a Ostende, ¿por qué no aceptas la invitación de Gussie de llevarte en su automóvil? Lo escuché preguntártelo ayer.

—Pues simplemente porque Gussie no me interesa en lo absoluto. Es un tipo engreído, con aires de superioridad, y no tengo paciencia con él. Te lo digo francamente: me aburre mortalmente, porque se cree muy por encima de los demás, y al fin y al cabo su padre empezó como un sastre barato. Mi padre, al menos, era un hombre con medios propios.

—Me alegra que estés orgullosa de tu origen, hija —dijo el viejo con su voz peculiar—. Pero hoy en día debes recordar que a los hombres se los juzga solo por sus bolsillos, no por su linaje. Personalmente, creo que Gussie es un sujeto excelente y digno.
—Cuando tenga un esposo —si es que ese momento llega alguna vez— lo querré solo para mí, tío, y no compartirlo con media docena de mujeres, como tendría que hacerlo la esposa de Gussie —replicó la muchacha vivaz con franqueza.
—Un hombre, cuando se casa, deja todas sus aventuras femeninas —declaró Etta—. Mira al viejo Lord Ushaw, uno de los peores libertinos de todo Mayfair. Se casó con la pequeña Ena Urquhart, a quien yo le presenté, y ahora no hay pareja más feliz en toda Inglaterra.

—Una excepción no hace la regla —rió la joven—. Pero quiero que ambos estén seguros de una cosa: jamás me casaré con Gussie Gretton, aunque no hubiera otro hombre en el mundo.

La condesa frunció sus delgados labios carmesí ante la abierta rebeldía de la muchacha, mientras su tutor se volvía para ocultar su disgusto.

—¡Pues creo que eres una pequeña idiota! —declaró Etta, que siempre hablaba sin rodeos a las jóvenes bajo su tutela—. Puede que nunca tengas la oportunidad de casarte con un hombre tan encantador y rico. Brinsley Otway no se le compara; además, apenas gana unas pocas guineas con su oficio de médico. Eso no alcanzaría ni para tus zapatos.

La joven guardó silencio unos instantes y, al notar que su tutor tenía la cabeza vuelta hacia el mar bañado de sol, exclamó:
—Bueno, tía, nunca vamos a estar de acuerdo en este punto, así que ¿para qué discutirlo más? Regresaré para la cena. Almorzaremos en el Continental de Ostende y luego iremos al Casino. ¡Adiós, tío! ¡Hasta luego!

Y la muchacha salió, cerrando la puerta tras de sí.
—Eso parece el fin de todas nuestras esperanzas, Etta, ¿no crees? —dijo el viejo jorobado con desesperación.
—No lo sé —respondió la elegante mujer con voz dura y decidida —. Debemos adoptar otras tácticas. Por mi parte, no pienso dejarme vencer, y estoy segura de que Gussie tampoco.

CAPÍTULO II

La casa en Hampton Court

Habían pasado tres meses.
El jorobado Routh y su pupila estaban de regreso en The Myrtles, una bonita cabaña rodeada de rosales, situada al final de un jardín que descendía hasta el pintoresco Támesis, cerca de Cookham.

Aún no eran las ocho de la mañana, y Elsie, la robusta sirvienta para todo, había dispuesto el desayuno en la mesa del acogedor

salón de estilo antiguo. Sibell, encantadora en su vestido de algodón, estaba sentada en el profundo asiento de la ventana leyendo una carta que acababa de recibir de Brinsley Otway, mientras esperaba el regreso de su tutor de su paseo matutino. Además de la carta de su amante, la joven había recibido otra misiva de un bufete de abogados, Harrington, Bailey, Marsham & Keys, de Bedford Row, Londres, informándole que en ese mismo correo habían escrito a Mr. Gordon Routh y que él le comunicaría el contenido de la carta.

La carta en cuestión la había colocado junto al plato del viejo Routh. Unos minutos después, el jorobado entró con un saludo alegre y, antes de sentarse a desayunar, rasgó el sobre y la leyó.
—¡Querida Sibell! —exclamó con asombro—. ¡Imagínate! Tu viejo tío Henry ha muerto en Brisbane y te ha dejado toda su fortuna y todas sus propiedades.

La joven se quedó mirándolo, apenas creyendo lo que oía.
—¡Pobre tío Henry muerto! —exclamó—. ¡He oído decir que tenía veinte mil libras al año!

—Exacto. Sus propiedades eran muy valiosas. Además, había heredado también el dinero de tu tía Henrietta. Pero los abogados dicen que, según su testamento fechado hace dos años, todo te corresponde a ti. ¡Por Dios, Sibell! ¡Eres la chica más afortunada de Inglaterra! —añadió el viejo.

—Bueno, si voy a recibir el dinero del tío Henry, no me olvidaré de ti —declaró la bonita joven con afecto—. Has sido como un padre para mí desde que era una niña pequeña, y sé que después de perder todo tu dinero te ha resultado muy difícil llegar a fin de mes. Este lugar, por ejemplo, es agradable en verano... pero no es como Curzon Street.

Gordon Routh volvió a leer la carta y dijo con entusiasmo:
—Pues, después de esta buena noticia, desayunemos y vayamos a la ciudad a ver a esos abogados. Te piden que los visites lo antes posible. Fueron los abogados de tu padre, y conozco muy bien al viejo Harrington.

Comieron apresuradamente, y Sibell subió corriendo a cambiarse con un atuendo de ciudad. A las once en punto bajaron de un taxi en Bedford Row, esa amplia calle de lúgubres oficinas de abogados cerca de Gray's Inn.

Sin ceremonia fueron conducidos al despacho privado del señor Alexander Harrington, un viejo abogado de cabellos blancos, jefe del conocido bufete, quien los saludó y, sacando un legajo de papeles, se dirigió a Sibell diciendo:

—Sin duda mi carta te habrá sorprendido, señorita Dare. Mi difunto cliente, el señor Henry Dare —quien, como sabes, vivió en el extranjero durante unos treinta años o más— murió el pasado 10 de junio en Brisbane, y aquí tengo su testamento, por el cual eres la única heredera bajo cierta condición que creo no te resultará demasiado gravosa. La herencia es considerable: incluye valores ferroviarios, varias propiedades valiosas en el West End de Londres, la finca familiar en Coningsby, cerca de Wotton-under-Edge, y la antigua Guest House en Hampton Court.

—He oído que ese lugar ha estado cerrado unos treinta años —comentó el tutor de Sibell.
—Así es —respondió el señor Harrington—. Según los términos del testamento, el contenido puede venderse, y la señorita Dare debe volver a amueblar la casa y vivir en ella.
—¿Por qué?

—¿Quién lo sabe? —preguntó el viejo Harrington, arqueando sus cejas grises—. Mi difunto cliente era un hombre algo excéntrico. Tal vez conozcas la historia romántica y trágica vinculada con la Guest House.

Sibell declaró que lo ignoraba.

—Pues bien, cuando yo era joven —dijo el viejo abogado—, el señor Beeforth Dare, cliente de mi padre, sufrió un accidente fatal en el campo de caza a principios de 1895, y su hijo Henry, de veintiún años, lo sucedió. La Guest House en Hampton Court,

junto con su mobiliario original isabelino, le fue entregada como una de las casas ancestrales de los Dare. Justo entonces tu tío Henry se enamoró y se comprometió con Mary Forrester, de los Forresters de Glencree. Una semana antes de la fecha fijada para la boda, ella fue a Hampton Court a quedarse con la madre de su prometido, y mientras paseaba por Bushey Park cayó repentinamente enferma de manera misteriosa, fue llevada de regreso y murió en menos de una hora. Se practicó una autopsia y se declaró que la pobre muchacha había muerto de una enfermedad cardíaca.

—Esto afectó tanto a tu tío Henry que mandó cerrar la casa de inmediato, tal como estaba, sin mover nada. Su madre se fue a vivir a Londres, mientras él partió al extranjero con su hermano John, quien, tras una carrera algo deshonrosa, había marchado a los Estados Malayos como subgerente de una plantación de caucho. Durante tres años mi cliente vivió en Singapur. Luego viajó de un lugar a otro durante más de veinte años, sin regresar jamás a Inglaterra, y lamentablemente murió en Australia. Hace dos años me llamó a París, donde, en el Hôtel Continental, redacté su testamento.

—Entonces, según sus términos, ¿estoy obligada a vivir en la Guest House? —preguntó la joven, naturalmente muy interesada.

—Así es. Si no lo haces, un tercio de la herencia irá al London Hospital, otro tercio al Middlesex, y el resto a tu tutor, el señor Gordon Routh —explicó el viejo Harrington—. Cuando redactaba el testamento le pregunté por esa cláusula, pero me dijo que pensaba hablar contigo y explicarte sus razones para que vivieras en la Guest House. Lamentablemente murió antes de poder hacerlo.

—Pero si él mismo odiaba ese lugar, ¿no es injusto esperar que mi pupila viva allí? —exclamó el jorobado con su voz chillona.
—Lo admito, no es lo más justo. Pero la casa, una vez reabierta, resultará ser una residencia tranquila y agradable. Por supuesto, ahora debe estar muy sucia y descuidada. La puerta no se ha

abierto en unos treinta años. El mobiliario es antiguo y seguramente está en muy mal estado. Si fuera mía, lo vendería todo en subasta y redecoraría y amueblaría de nuevo el lugar.
—Eso es lo que debo hacer —dijo Sibell.

—Muy bien. Entonces dejaré el asunto en manos de la firma de agentes inmobiliarios que lo ha estado gestionando, y tú podrás ir a inspeccionar el lugar y escoger lo que desees conservar. Al mismo tiempo, tomaré medidas para validar el testamento de inmediato, ya que todas las formalidades se han cumplido en Australia.

—Ese lugar fue el escenario del gran golpe que sufrió mi tío Henry. Espero que su posesión no me resulte perjudicial —comentó la feliz joven, con una risa nerviosa.

—¿Y por qué habría de serlo? —preguntó el viejo abogado—. La muerte de la prometida de mi difunto cliente fue un hecho natural, y podría, por supuesto, haber ocurrido en cualquier parte.

Aquella misma tarde Sibell y su tutor tomaron un taxi por Hammersmith y Richmond hasta Hampton Court, donde no tuvieron dificultad en encontrar la antigua mansión de ladrillo rojo, un viejo edificio Tudor construido al mismo tiempo que el propio palacio de Hampton Court, erguido tras unas verjas oxidadas en sus terrenos descuidados, con grandes robles y castaños que se extendían ampliamente. La espaciosa casa, con sus ventanas enmarcadas y altas chimeneas, estaba medio cubierta de hiedra, que había trepado tanto que en una parte se extendía sobre el techo. Las ventanas estaban en su mayoría tapiadas, el camino de carruajes cubierto de arbustos y maleza, y los amplios escalones de piedra que conducían al pórtico estaban cubiertos de musgo y líquenes.

En dos ventanas de la planta baja las tablas se habían podrido y caído, dejando ver persianas de holland deshilachadas que alguna vez fueron amarillas, pero ahora estaban negras y

manchadas; mientras que el enorme candado oxidado y la cadena en la puerta contaban su propia historia.

Por supuesto, no pudieron entrar, pero incluso en aquella brillante tarde otoñal el exterior se veía terriblemente descuidado, deprimente y misterioso, aunque la vista de Bushey Park, con sus ciervos y su famosa avenida de castaños, resultaba pintoresca y encantadora.

En los alrededores inmediatos había otras casas antiguas, todas prósperas y bien cuidadas, pero la Guest House, escenario de aquel romance truncado de antaño, ofrecía un triste aspecto de abandono, un vestigio en ese tranquilo y apacible remanso de la vida moderna.

—Cuando se ponga en orden, repintada y redecorada, será una residencia magnífica —declaró el viejo Routh, mirando a través de la verja hacia el jardín convertido en un erial.
La joven, de pie junto a su tutor, reflexionaba. Las hojas caídas de los grandes árboles se agitaban en el dorado atardecer otoñal, y desde algún lugar cercano llegaba el agudo toque de corneta de los cuarteles. Sus ojos estaban fijos en la pesada puerta de roble, gris y ajada por la intemperie, esa puerta que no se había abierto en treinta años para dejar entrar la luz y el aire en el lugar abandonado.

¿Qué contenía aquella casa misteriosa para ella? Era suya, le pertenecía por derecho, y para asegurar su espléndida herencia debía vivir dentro de esos muros de ladrillo rojo, envejecidos por el tiempo.

La muchacha rubia, vestida con blusa y falda, respiró hondo. Algo —no sabía qué— le advertía de una influencia siniestra que allí se ejercía. No creía en fuerzas psíquicas. Muchas de sus amigas ingenuas habían asistido a sesiones y creían en el espiritismo, pero ella, sensata e inteligente, nunca había creído en lo que llamaba “pamplinas”. Admitía, sí, que había ciertos secretos de la Naturaleza ocultos al hombre pero descubiertos en tiempos modernos: los misterios del vapor, de la electricidad,

del motor de combustión interna, de la aeronáutica, de la navegación submarina, de la comunicación inalámbrica y de la radio-televisión. Pero lo sobrenatural siempre lo había descartado, aunque la condesa de Wyndcliffe, para estar a la moda y en el ambiente, era esencialmente "psíquica" —como se decía en la Sociedad— y ella se había visto obligada a seguirla.

Aquella noche el viejo jugador y su protegida regresaron a Cookham, naturalmente eufóricos por las sorpresas del día. Sibell, en lugar de ser una muchacha necesitada y dependiente de los escasos medios del viejo jugador, era ahora una considerable heredera y dueña de sí misma; por ello se sentó a escribir a su amante, Otway, un breve resumen de las buenas noticias y de lo acontecido en la jornada.

En la edición del Richmond and Twickenham Times del sábado siguiente apareció una carta firmada "Scrutator" bajo el título La Guest House, Hampton Court, que despertó gran interés local, y cuyo recorte el señor Harrington envió a Sibell. La carta decía:

"Se entiende que la Guest House en Hampton Court será por fin reabierta, después de haber sido cerrada por su antiguo propietario, el señor Henry Dare, hace treinta años. La casa fue construida en 1541 para recibir a visitantes que no podían ser alojados en el Palacio Real, pero la tradición —y los hechos registrados por los arqueólogos Emberley y Wright— sostiene que allí se observaron ciertos fenómenos curiosos durante el siglo XVIII.

Según el registro más antiguo, conservado en el Record Office de Londres, fue adquirida en 1595 por un noble francés, el marqués D'Aire, de Aire, un pueblo en Gascuña, quien era embajador de Francia ante la reina Isabel. Sus descendientes, más tarde, anglicanizaron su apellido a Dare. Con el tiempo, al menos dos muertes súbitas y misteriosas ocurrieron dentro de sus muros, culminando en la trágica muerte de la prometida del último propietario, una joven de veintiún años llamada Mary Forrester, quien un día de octubre de 1895 cayó repentinamente

enferma mientras paseaba en Bushey Park, y murió en una silla, en brazos de su amante, en el salón.

Un incidente muy similar ocurrió en la misma casa en 1784, el día en que Jorge III bajó desde Londres a Hampton Court para recibir a uno de los príncipes españoles. Ese día, tras salir del Palacio, el marqués Henri D'Aire, entonces propietario de la casa, cayó súbitamente enfermo al bajar las escaleras y expiró dos horas más tarde por causas que los médicos no pudieron determinar.

Para los arqueólogos y otros estudiosos, la reapertura de esta casa misteriosa, tras tantos años cerrada, será de gran interés, pues se sabe que contiene valioso mobiliario Tudor y muchos objetos de arte traídos de Francia por los antepasados de su último dueño, a quien su posesión trajo la gran tragedia de su vida."

Al recibir el recorte, Sibell viajó a Londres y se lo mostró a Brinsley Otway, a quien encontró en su consultorio en su pequeña casa de esquina en Golder's Green. El joven de cabello oscuro, bien afeitado y alerta, que se había distinguido en Guy's y estaba plenamente titulado desde hacía unos tres años, permanecía en su modesto consultorio y lo leyó con atención.
—Es muy interesante —dijo—. Debemos encontrar al autor, quien sin duda podrá darnos más información.

Aquella tarde dejó su trabajo a un colega, y una visita al editor del periódico en Richmond reveló que el autor era el señor Geoffrey Sharp, residente desde hacía mucho tiempo en East Molesey, en la orilla opuesta del Támesis frente a Hampton Court, y un conocido anticuario local.

Esa misma noche Sibell y su alto y atlético amante visitaron al anciano de cabellos blancos, quien, en cuanto Sibell se presentó como la heredera del difunto señor Henry Dare, se mostró comunicativo.

—La Guest House es de gran interés en muchos aspectos —declaró el viejo, mirándola a través de sus gafas de montura de acero mientras se hallaba en su estudio lleno de libros—. Varios autores la mencionan como escenario de varias muertes... bueno... accidentales e inexplicables.

Y les mostró dos voluminosos tomos de reconocidos anticuarios en los que se hacía referencia al lugar y a los misteriosos sucesos.

—Pero, mi querida jovencita —añadió—, por supuesto hay muchas otras casas alrededor de las cuales han surgido malas tradiciones. Gran parte se debe a rumores malintencionados difundidos hace tiempo por vecinos que, al no gustarles los propietarios, inventaban toda clase de historias para devaluar la propiedad.

—¿Ha habido otros relatos sobre el lugar? —preguntó la muchacha con entusiasmo.

—Eh... bueno... nada que haya sido nunca comprobado, salvo las muertes súbitas que probablemente fueron simples coincidencias —respondió el viejo señor Sharp—. Por lo tanto, si yo fuera tú, no permitiría que el asunto te preocupara en lo más mínimo. Cuando el lugar sea limpiado y redecorado, sin duda resultará una residencia encantadora de aire antiguo, y yo, por mi parte, espero que algún día te cases y lo disfrutes.

La joven intercambió una mirada con su amante, se sonrojó y agradeció al anciano sus buenos deseos. Luego, más tarde, se marcharon.

A la mañana siguiente, el señor Herbert Gray, socio junior de la firma Shalford, Stevens & Gray, conocidos agentes inmobiliarios y subastadores de Kingston-on-Thames, llegó a la oxidada verja de hierro de la Guest House, acompañado por tres hombres: dos de sus empleados y un cerrajero local. El gran candado estaba tan oxidado que no podía abrirse, de modo que la cadena de

acero tuvo que ser limada y rota, operación que tomó casi una hora.

Luego, el cuarteto de exploradores subió los escalones cubiertos de musgo que conducían al pórtico, pero tras treinta años de abandono la llave no giraba en la cerradura. Así que, con una palanca, forzaron la vieja puerta de roble gris, y del interior sombrío salió un vaho húmedo y mohoso de aire rancio. En el vestíbulo colgaban grandes mantos de telarañas polvorientas que se mecían con el viento que entraba por la puerta abierta. El lugar estaba en penumbra, por lo que el obrero, ayudado por los dos jóvenes empleados, fue abriendo postigos y ventanas de habitación en habitación, dejando entrar luz y aire, y revelando el estado de abandono absoluto de la casa, con su maravillosa colección de muebles isabelinos, cuyos tapizados, al igual que los tapices y alfombras, estaban raídos y en descomposición. A través de los vidrios antiguos de tono verdoso, incrustados en plomo y cubiertos de suciedad, el débil sol otoñal apenas lograba penetrar, cayendo sobre las alfombras carcomidas por las polillas.

En el gran comedor aún permanecía sobre la larga mesa de patas talladas un mantel que alguna vez fue blanco, y sobre él se veían cuencos de plata ennegrecida que habían contenido fruta, una botella vacía de champaña y tres copas polvorientas. Todo había quedado tal como estaba el día de la muerte de la pobre prometida victoriana de Henry Dare, Mary Forrester.

—¡Por Dios! —exclamó el subastador a uno de sus empleados—. ¡Qué oportunidad para los coleccionistas! Mucho de esto debe ir a Christie's. ¡Mira ese tallboy, ese aparador del siglo XV y ese diván carolino!

Durante media hora, con los sacos quitados, se dedicaron a abrir las habitaciones de la planta baja y examinar su contenido polvoriento, cubriéndose manos y rostros de suciedad. De vez en cuando oían el correteo de ratas tras los viejos paneles de roble, mientras grandes guirnaldas de telarañas, agitadas por el viento, se desprendían y caían.

Para todos ellos, aun acostumbrados a entrar en casas antiguas, era una experiencia extraña. Como conocedor de muebles antiguos, el señor Herbert Gray comprendió el considerable valor de ciertas "piezas de museo", como se las llama en el oficio. Vio que más de un mueble Tudor e isabelino sería bien recibido en la colección nacional de South Kensington, y su mente comercial anticipaba una jugosa comisión por la venta de "los valiosos contenidos" de la vieja casa.

Desde el espacioso vestíbulo de piedra se extendía una amplia escalera de roble con peldaños bajos, gastados por el paso de generaciones de los D'Aire. Por ella habían subido en su tiempo el todopoderoso cardenal Wolsey y, después, Thomas Cromwell, enemigo acérrimo de los papistas y destructor de monasterios, para visitar al embajador, el marqués Louis D'Aire, en el gran salón de la primera planta. Y por esos mismos escalones subieron el subastador y sus asistentes en su recorrido de investigación.

El socio junior de la firma encabezaba la marcha, examinando con detenimiento algunos finos retratos familiares de Kneller, Romney y Sir Peter Lely, hasta que en el amplio rellano llegaron a una puerta abierta que conducía a un gran aposento oscuro.

Muy pronto las cinco largas ventanas de la enorme sala fueron desatrancadas, revelando el espacioso salón de retiro, cuyas paredes estaban cubiertas de antiguos tapices, colgando raídos, desolados y podridos, junto a magníficos muebles antiguos, incluyendo un espineta temprana de madera satinada auténtica de Luis XIV y algunas sillas de Jorge I con patas cabriolé talladas, un biombo lacado incrustado de jade, esteatita y ágata, y una cantidad de porcelana antigua y valiosa, aunque polvorienta. Por primera vez en treinta años la luz del día entraba en aquel aposento, y los enfermizos rayos del sol le daban un aspecto de lúgida gloria pasada, de una época ya olvidada.

—¡Qué magnífica sala! —exclamó el señor Gray, mientras la cruzaba y, de pie junto a una ventana, contemplaba con admiración algunas piezas exquisitas de mobiliario isabelino,

todas originales y sin restaurar, así como tres jarrones chinos con tapas del período Yung Cheng.

Por un instante se detuvo y, llevándose la mano al pecho, miró por la ventana oscura hacia el jardín descuidado de abajo, un enredo de arbustos y maleza.

De repente, antes de que alguien pudiera acercarse, fue presa de un desvanecimiento inexplicable y, tambaleándose por la sala, cayó en un viejo sillón tapizado en terciopelo carmesí descolorido.

—¡Estoy... estoy enfermo! —alcanzó a jadear a sus tres compañeros—. ¡Oh, los dolores... los dolores... en el corazón! ¡Es una agonía!

—¡Busquen un médico, rápido! —gritó uno de los empleados, mientras el otro corría al teléfono más cercano, dejando al cerrajero y al jefe de los empleados a su lado.

La pareja intentó reanimarlo, pero su rostro se había vuelto tan blanco como el papel y, con la mirada fija, yacía inerte y sin movimiento en el sillón. Una vez respiró profundamente, convulsiones sacudieron su cuerpo, y luego permaneció blanco y quieto.

En diez minutos un médico anciano, que llegó en automóvil, estaba a su lado; pero tras un breve examen levantó la cabeza hacia los tres hombres ansiosos y dijo:

—¡Un ataque cardíaco muy grave! Espero que no resulte fatal. Pero, caballeros, no puedo ocultarles el hecho de que quizá no se recupere.

CAPÍTULO III

Lo que vio el agente Askew

El médico, cuyo nombre era Clements, cruzó rápidamente el puente en su coche hasta su consultorio en East Molesey, donde recogió algunos medicamentos y tónicos, y diez minutos más tarde volvió a cruzar el río y se encontró otra vez junto a su paciente inconsciente.

Gracias a una atención constante e incesante, que duró más de dos horas, el hombre enfermo volvió en sí y pronto pudo describir sus síntomas.

—¡Creo que esta es una casa maldita! —dijo—. Sentí un mareo extraño apenas entré en esta habitación. Aunque no dije nada, tuve una sensación rara en los brazos, que se extendió lentamente por el pecho hasta que un espasmo repentino atravesó mi corazón, obligándome a contener la respiración. Una y otra vez sentí el dolor repetirse, hasta volverse insoportable. No podía respirar, y de pronto me sumí en la oscuridad y no supe nada más.

—¿Ha tenido ataques similares antes? —preguntó el doctor Clements, de pie junto a la silla del paciente y tomándole la mano.

—Nunca. Es el primero... y espero que sea el último —respondió él, con una débil sonrisa.

—Bien, debo llevarlo a casa en el coche, y debe guardar reposo unos días. Lo examinaré mañana —dijo el médico—. Creo que puede estar sufriendo lo que llamamos angina falsa; nada de qué alarmarse realmente.

—Nunca había experimentado dolores tan extraños en brazos y pecho —declaró el señor Gray—. Tengo cuarenta años y hasta ahora he gozado de excelente salud.

—El corazón siempre es un misterio —observó el doctor Clements—. Mientras todos los demás órganos del cuerpo pueden estar en perfecto estado, el corazón puede verse

gravemente afectado y no dar aviso hasta que de pronto sobreviene la muerte. Por eso nadie debería presumir de su buena salud. Siempre es peligroso hacerlo.

Así, unas dos horas y media después de la repentina enfermedad del señor Herbert Gray, el médico lo llevó a su casa en Surbiton, dándole estrictas instrucciones a sus empleados de que no se dijera palabra en la oficina acerca de su misterioso ataque.

Como la casa había sido abierta por la fuerza, esa misma tarde el cerrajero colocó una nueva cerradura Yale en la puerta principal, mientras que un ex agente llamado Farmer, que con frecuencia actuaba como cuidador en propiedades administradas por la firma Shalford, Stevens & Gray, fue puesto a cargo.

El crepúsculo otoñal caía cuando Farmer, robusto y de rostro redondo, estaba solo en el umbral cubierto de musgo fumando su pipa, cuando de pronto apareció un agente de policía en su ronda.

Conociendo tan bien la casa, se sorprendió naturalmente al ver los postigos abiertos y al cuidador en la puerta. Al instante lo reconoció como ex agente de su misma División y, acercándose, exclamó:

—¡Hola, Dick! ¿Qué pasa aquí?

—No lo sé. Parece que han abierto este viejo lugar por alguna razón. Está en un estado horrible de suciedad. Me he ahogado con polvo y telarañas. Entra y toma un trago.

Así invitado por su amigo Farmer, el agente Askew de la División T de la Policía Metropolitana lo siguió al vestíbulo, oscuro, polvoriento y misterioso en la luz menguante.

—No me gusta este lugar —dijo Askew, mirando alrededor—. Está embrujado.

—¡Embrujado, tonterías! ¿No tendrás miedo de fantasmas, verdad?

—No lo sé —respondió el agente con tono incierto—. No me gusta esta casa... y nunca me ha gustado desde que estoy en Hampton.

—Solo porque ha estado cerrada mucho tiempo —replicó Farmer—. He vivido en muchas casas viejas desde que me jubilé, y nunca he visto nada más aterrador que una rata o dos, o quizá un murciélago. He oído muchos ruidos que no podía explicar... pero los ruidos no hacen daño. Te digo, Askew, tú no has pasado veintiocho años en las calles como yo, pero nunca verás nada más feo que tu propia cara. ¡Y esa es la verdad!

—Está bien —respondió el más joven, uniformado—. Pero he visto algo en este lugar que no me gusta nada. No se lo he contado a nadie, porque se reirían de mí, siendo agente. En la comisaría dirían que estaba borracho, y el inspector subdivisional me vigilaría. Pero vi algo aquí hace una semana que necesita mucha explicación.

—¡Eso sí que es interesante! —dijo el cuidador—. Toma una silla y sentémonos afuera. Quiero saber qué viste.

Ambos hombres tomaron valiosas sillas antiguas de patas torneadas de debajo de la escalera y las colocaron en el pórtico, en la noche que oscurecía.

Luces lejanas titilaban sobre los amplios prados de Bushey Park, mientras en los cuarteles sonaba una corneta, y desde algún lugar distante, río arriba por el sinuoso Támesis, llegaba el agudo silbido de un remolcador arrastrando barcazas hacia las aguas altas.

Askew, ex sargento de Fusileros en la Gran Guerra, sacó un cigarrillo y lo encendió, aunque no debía fumar en servicio, mientras Farmer llenaba su pesada pipa de brezo, encendía un fósforo con calma y decía:

—Ahora dime. ¿Qué viste aquí?

—Algo raro... no puedo explicarlo de ninguna manera.
—¿Antes de que apareciera ese artículo en el Richmond and Twickenham Times... o después?

—Una semana antes —respondió Askew—. Por supuesto vi lo que decían en el periódico sobre los sucesos en esta casa hace treinta años.

—¿Y qué viste exactamente? Personalmente no creo en nada sobrenatural.

—Bueno, casi no sé cómo describirlo —dijo el agente, dando una larga calada a su cigarrillo y sosteniendo el casco sobre la rodilla —. Fue el lunes pasado, alrededor de las dos y cuarto de la madrugada. El clima estaba lluvioso, y yo venía por la carretera hacia el Green cuando vi algo en la ventana justo aquí, a la izquierda del vestíbulo —y la señaló—. Es la ventana donde el postigo se había caído a medias. Vi una luz verdosa e indistinta. Por un momento pensé que soñaba, pues nunca se había visto luz alguna en la casa. Me quedé mirando. La luz se volvió más verde y luego lentamente se desvaneció. Una vez pensé que eran llamas y que el lugar estaba en llamas. Eso es todo, Dickie. Ahora dime, ¿cómo explicas eso?

—¿Examinaste la propiedad? —preguntó Farmer, recordando las estrictas órdenes oficiales en caso de ver algo misterioso de noche.

—Claro que lo hice. Lo primero que comprobé fue que la cerradura de la verja no hubiera sido forzada. Luego, diez minutos después de que la luz se desvaneciera, trepé el muro e hice un examen minucioso del lugar para poder dar testimonio si algún ladrón hubiera estado trabajando. Pero no encontré absolutamente nada. He pasado por encima de este muro docenas de veces, especialmente cuando aquellos incendiarios de casas de campo andaban sueltos. Tenía órdenes especiales de vigilar este sitio cuando estaba de guardia nocturna. Lo único

que he visto, sin embargo, fue esa extraña luz verde apagada. La vieja persiana de holland estaba bajada, así que no pude ver a nadie dentro. Ahí está el misterio de todo. Se lo conté a mi esposa, y ella me dijo que no dijera nada a nadie.

—¿Estás completamente seguro de que no había nadie en la casa—ningún ladrón? —preguntó Farmer, desconcertado, pues Askew insistía tanto.

—Tan seguro como de estar sentado aquí. Revisé todas las puertas y ventanas, como nos han ordenado, como bien sabes. Nada había sido alterado. —Luego, tras una pausa, añadió—: No me gusta este lugar, y puedo imaginar perfectamente que aquí la gente muere misteriosamente. ¿Por qué lo han abierto después de treinta años?

—Quizá sea para liberar a los espíritus malignos, de los cuales tu luz verde es uno —rió Farmer.

El agente Askew, un corpulento y atlético cornish, se irguió en su silla y preguntó:

—¿Crees que soy un mentiroso? ¿Dudas de lo que te digo—que vi la luz verde con mis propios ojos?

—No, no lo creo —respondió el cuidador—. Pero, mientras algunos ven cosas, parece que otros no ven nada. No están dotados de "segunda vista", como lo llaman. ¿Cuánto duró esa luz?

—Oh, apenas uno o dos segundos. Si no hubiera sido por esa vieja persiana sucia, habría podido ver directamente al vestíbulo. Te digo, Dickie, he visto algo que no puede explicarse, y estoy totalmente de acuerdo con ese artículo del Richmond Times que dice que esta casa en el Green trae muerte súbita a la gente. Cuídate de no tener enfermedad del corazón —añadió con advertencia.

—¡Uf! No temo eso, viejo —rió Farmer—. Después de todos mis años en las calles de la "T", no padezco ni de sustos ni de problemas cardíacos. Me casé hace veintiún años, cuando me incorporé en Bow Street. Pero —añadió—, ¿no crees que fue solo un poco de imaginación de tu parte—esa luz verde? ¡Piénsalo!

—№ La he visto tres veces ya.

—Descríbemela exactamente —pidió Farmer, muy interesado.
—Bueno, solo puedo describirla como un resplandor apagado, verde pálido... y luego se desvanece rápidamente. Si fuera al atardecer podría imaginar que era un reflejo de luz en alguna superficie pulida, pero no hay sol a las dos de la madrugada. Además, estando el lugar cerrado y asegurado como lo ha estado todos estos años, no pudo haber nadie dentro. Si lo hubiera habido, entonces el señor Gray y su gente habrían notado rastros de alguien entrando ilegalmente.

—Muy cierto. Encontraron el lugar tal como había sido dejado treinta años atrás. Perry, nuestro jefe de oficina, me lo dijo. Parece que el polvo pesado y la atmósfera cargada afectaron al señor Gray, así que se fue temprano, algo indispuesto.

—Sí. El aire dentro debe ser bastante espeso, imagino.

—Lo es. Mañana voy a limpiar una de las habitaciones y traeré mi vieja cama de campaña y algunas cosas para cocinar —dijo Farmer—. Va a haber una subasta, y estoy seguro de que las cosas alcanzarán buenos precios, a menos que haya un gran "knock-out".

—Los knock-outs no son justos. Deberían prohibirse —declaró el alto agente uniformado—. Pero te digo, Farmer, prefiero que seas tú quien cuide de este condenado lugar antes que yo. Tengo que seguir, debo reunirme con mi sargento en las puertas del Palacio, y apenas tengo tiempo —añadió, mirando su reloj de muñeca.

—No me voy a la cama todavía. Vuelve aquí y fumamos un poco cuando termines tu ronda.

—¡De acuerdo! —respondió el alto agente, y, ajustándose el cinturón, bajó los escalones cubiertos de musgo y resbaladizos, marchando pesadamente hacia las puertas del viejo Palacio de Wolsey, donde debía reportarse a su sargento.

La noche otoñal estaba tranquila y cálida. Tras la partida de Askew, Farmer se recostó perezosamente en su silla, fumando su pipa y reflexionando que por primera vez en treinta años aquella pesada puerta principal había sido abierta. De vez en cuando, mientras estaba solo, ráfagas de aire viciado y mohoso salían del interior, filtrándose a través de las gruesas telarañas cargadas de polvo que festoneaban los techos, obra de las arañas durante tres décadas. A cada rato extraños ruidos y crujidos de la madera añeja provenían del oscuro interior. Eran inquietantes en el silencio absoluto, pero Farmer, acostumbrado a "ruidos" en casas desocupadas, seguía fumando, imperturbable.
El viejo reloj de torre del Palacio de Hampton Court dio la hora—las dos—y la lámpara de parafina que el cuidador había colocado en el vestíbulo se apagaba porque no la había rellenado antes de comenzar su vigilia. De haber habido alojamiento, Farmer se habría ido a la cama, pero como no lo había, permaneció tranquilo en la vieja silla de patas torneadas del amplio pórtico y se quedó dormido.

Al poco tiempo se durmió. No supo cuánto tiempo estuvo inconsciente, pero finalmente lo despertó Askew gritando:
—¿Estás dormido, Farmer? ¿Lo viste?

—¿Ver qué? —preguntó el otro, sobresaltado, poniéndose de pie con los ojos pesados.

—¡La luz!

—¿La luz? ¿Qué demonios quieres decir, hijo?

—¡Esa extraña luz! ¡Se veía en la ventana hace apenas unos segundos cuando crucé el Green! —exclamó el hombre excitado.

—¡Mira, Askew! —exclamó Farmer—. ¡Te has vuelto loco!

—Juro que la vi, aunque solo por un segundo —declaró el agente —. ¿Estabas dormido?

—Supongo que sí —admitió el robusto cuidador—. Pero no creo en fantasmas ni en luces verdes de noche.

—Bueno, no me importa lo que tú o cualquiera diga, esa es la cuarta vez que veo ese misterioso resplandor verde. Qué demonios sea, no lo sé... ¡solo sé que lo he visto!

—Ojalá lo hubiera visto también —rió Farmer, aún incrédulo.
El agente Askew iluminó con su linterna el oscuro vestíbulo, pero todo permanecía intacto.

—¿Damos una vuelta? —preguntó—. No nos hará ningún daño.
Así, los dos hombres entraron en el lugar polvoriento y abandonado, Askew iluminando con su linterna eléctrica cada rincón oscuro, pero sin encontrar nada.

—Eso te ha puesto nervioso —dijo Farmer, cuando volvieron a estar juntos en el pórtico—. Yo pediría un cambio de ronda, si fuera tú.

—Entonces realmente no crees lo que te he contado, ¿eh? —preguntó el agente.

—Yo solo creo lo que veo, hijo mío —respondió tranquilamente el cuidador.

—¡Lo verás algún día, acuérdate de mí! No se lo he contado a nadie, porque sé que no me creerían —dijo el policía con excitación.

—Sinceramente espero que así sea —rió Farmer, encendiendo de nuevo su pipa y acomodándose en la silla—. Pero hazme caso, agente Askew, y consigue otra ronda donde tu imaginación no pueda jugarte tantas pasadas.

—Te digo que no es imaginación —declaró el otro con vehemencia—. ¡Seguro que puedo confiar en mis propios ojos!
—Puede que tú sí, pero yo soy mayor que tú, y a veces descubro que no puedo. En cualquier caso, muchacho, no creeré en tu luz verde hasta que yo mismo la vea —dijo Farmer con franqueza—. Ya eres lo bastante veterano en el cuerpo para saber cuántas casas "embrujadas" hay por ahí. Yo he conocido docenas, y nunca ha habido verdad en ninguna de esas historias.

—En esta sí la hay. Tú viste lo que dijeron en el periódico.

—Claro que lo vi. Pero solo eran coincidencias. Además, no dijeron nada sobre ese curioso resplandor que tú has visto.
—Porque no saben nada de él —replicó, dando una calada al cigarrillo que había encendido.

—Yo escribiría a los periódicos sobre ello si fuera tú —comentó Farmer con sarcasmo.

—¿Y quedar como un completo idiota? ¡Ni pensarlo! —respondió el agente.

—Entonces, la próxima vez que veas el resplandor verde en la ventana, entra directamente y revisa bien el lugar para asegurarte de que tus ojos no te han engañado —insistió el corpulento ex policía—. Te apuesto, hijo, que en este sitio no verás nada más feo que al propio agente Askew. —Y se echó a reír.

—No me importa lo que pienses, pero he visto una luz misteriosa en esta casa cerrada. ¡Y algún día tú también la verás! Acuérdate de mí. Buenos días, Farmer.

Y en la primera luz gris del amanecer, Askew se volvió y se alejó con paso tranquilo del Green, continuando su ronda en dirección a Hampton Wick.

CAPÍTULO IV

La señal del mal

A las once de la mañana del día siguiente, Brinsley Otway, habiendo arreglado con un colega llamado Tarrant —que vivía en Finchley Road, en Golder's Green— que atendiera su consulta por ese día, se reunió con Sibell en Paddington, cruzó con ella a Waterloo en el metro y tomó el tren hacia Hampton Court, donde almorzaron en el antiguo Mitre y luego se dirigieron a la Guest House.

—¡Uf! ¡Qué lugar! —exclamó la joven rubia y bien vestida al entrar por la puerta principal, abierta para dejar pasar el sol y el aire—. ¡Qué olor tan espantosamente mohoso, y mira todas esas telarañas!

—Es lo que uno debe esperar después de haber estado cerrada tanto tiempo —comentó el joven médico de rostro moreno a su lado.

Farmer, el cuidador, y dos de los empleados del subastador, vestidos con delantales verdes de bayeta, estaban en el comedor levantando una terrible polvareda en su inútil intento de limpiar el lugar, para poder catalogar su contenido antes de la venta y permitir unos días de visita privada.

Mientras Sibell se detenía en el umbral del gran salón, apenas podía ver al otro extremo por las nubes de polvo. A través de las ventanas abiertas entraba la pálida luz otoñal, que resaltaba la decadencia general del lugar: la alfombra y los cortinajes podridos por la humedad, los tapices carcomidos por las polillas y el pesado mobiliario Tudor.

—Nunca podría vivir en este sitio espantoso, Brin —declaró, usando el apodo cariñoso que le había dado—. ¿No es terriblemente lúgubre y deprimente?

—Lo es. Pero también resulta muy interesante estar en una atmósfera de siglos pasados —respondió su amante—. El mundo ha progresado, mientras esta casa ha permanecido igual. Los sucesivos dueños nunca la han alterado. Ha sido su credo. Al parecer, durante siglos sostuvieron la misma idea: conservarla tal como la tuvo su propietario original. El lugar me recuerda la vieja casa de Plantin, el patricio flamenco e impresor de Amberes, que comenzó a imprimir en 1576 y cuyo negocio ha continuado ininterrumpidamente hasta hoy. Su casa y su mobiliario nunca se han modificado. Aquí ocurre lo mismo en la Guest House, que debería preservarse como museo.

—Si me obligan a vivir aquí, quiero todo completamente moderno —declaró la joven—. Haré que todo se retire y se venda.

—¿No conservarías nada? —preguntó el joven médico—. Yo, sin duda, guardaría algo de tus antepasados, si fuera tú, querida.

—Quizá lo haga cuando haya visto todo. Pero ¿no está el lugar en un estado terrible?

Lo estaba, ciertamente.

Ninguno de los dos había recibido noticia alguna sobre el misterioso ataque que había sufrido el señor Gray el día anterior, ni sobre el hecho de que aún permanecía en cama bajo la atención de su médico. Gray había ordenado a su personal mantener el asunto en absoluto secreto, temeroso de asustar a la joven en cuyo poder había pasado de repente la Guest House. Como hombre de negocios, dudaba en contribuir a la tradición sensacional de sucesos siniestros en el lugar. Su firma había tenido la casa bajo su cargo durante medio siglo, y naturalmente

sentía que no debía alentar un interés indebido que pudiera perjudicar el valor de la propiedad.

Aquella misma mañana había vuelto a telefonear desde su lecho ordenando que no se filtrara ni una palabra a la señorita Dare. De habitación en habitación, Sibell y su amante recorrieron la polvorienta y descuidada residencia de los D'Aire, encontrando cada estancia llena de muebles y objetos de arte que cualquier museo estaría orgulloso de poseer.

En las paredes paneladas de varias habitaciones colgaban retratos familiares envejecidos por el tiempo, obra de grandes pintores del pasado, incluyendo uno de una bonita hija de la antigua casa francesa, Gabrielle D'Aire. Sibell lo admiró y dijo que lo conservaría. No supo hasta después que era uno de los cuadros desconocidos de Sir Joshua Reynolds, ni que el más grande que colgaba junto a él era un Rembrandt. De hecho, no fue hasta quince días más tarde, cuando los marchantes de arte pudieron inspeccionar la casa, que se identificaron los tesoros.

Por la sombría y polvorienta casa los amantes vagaron de cuarto en cuarto. En todas partes la luz otoñal se filtraba sobre las alfombras descoloridas a través de los viejos ventanales de vidrio verdoso emplomado, muchos de cuyos cristales estaban rotos. Sobre todo se extendía la decadencia de treinta años: los días brillantes y prósperos de Victoria la Buena, la cúspide del poder mundial británico.

Juntos entraron en una pequeña habitación en la parte trasera, cuyas ventanas daban al jardín enmarañado, donde las hojas doradas del otoño caían de los altos olmos que sombreaban la casa. El cuartito estaba revestido de libros pesados desde el suelo hasta el techo, cuyos lomos de cuero olían a cerrado y rancio: la sala del siglo XVIII de un hombre estudioso, probablemente descuidada desde la ascensión de Jorge III. El escritorio era estrecho, como una mesita de noche, y las sillas eran todas carolinas, con asiento y respaldo de rejilla.

—Parece ser una de las habitaciones más acogedoras —observó Sibell—. Será tu pequeño refugio, Brin. Puedes acondicionarlo como laboratorio, para estudiar todos tus gérmenes, o "bichos", como los llamas.

Su amante, que ya tenía su mano entrelazada con la de ella, pues estaban solos, la besó en los labios y respondió:
—Cariño mío, cualquier habitación servirá para mis investigaciones. Lo mejor sería en los áticos, para estar apartado.

—Pero, querido Brin, insisto en que tengas una habitación bonita, amor —dijo ella, mirándolo con ojos llenos de luz amorosa—. Esta habitación será muy práctica para todo.
Ella lo miraba con ojos maravillados—esos grandes ojos que siempre lo mantenían bajo su hechizo, de modo que nunca podía mirar a otra mujer con un sentimiento distinto al que un médico tendría hacia sus pacientes femeninas.
—Solo si nos casamos, Sibell.

—¿Casarnos? ¡Por supuesto que lo haremos! —exclamó ella—. ¡Soy tuya, si tan solo me aceptas! ¿No lo decidimos hace ya mucho tiempo?

—Entonces eras pobre. Ahora eres rica, querida mía. Un médico sin dinero como yo es un mal marido para ti.

—Mi querido Brin. ¡Qué tonto eres! ¿De qué estás hablando?
—Solo de que creo que Gretton sería un marido mucho mejor para ti. Tu tutor no me aprecia—ni tampoco Lady Wyndcliffe. Siempre lo siento. No soy más que un simple médico suburbano trabajador, sin nada excepto los honorarios que gano en el pobre pero respetable vecindario de Finchley Road, y sin siquiera un solo cargo público. Cada puesto que busco siempre se lo dan a otro. Y, sin embargo, en bacteriología y toxicología obtuve honores en mis exámenes.

—No te preocupes, mi querido viejo Brin. Soy tuya—y lo sabes. No quiero a ningún otro hombre y no tendré a ningún otro —

declaró la joven dulcemente, mientras acercaba su cabeza hacia ella.

Él la estrechó contra su pecho y la besó con ternura en los labios, pues estaban solos en aquella habitación sombría, sin nadie cerca. Sus palabras le dieron el mayor consuelo y estímulo que un hombre puede recibir, pues comprendió que la amaba con ese gran afecto absorbente que, ¡ay!, llega a pocos hombres, siendo el amor, tantas veces, una mera pasión fingida para obtener simpatía, compañía o, más a menudo, fortuna. Como ha sido siempre a lo largo de los siglos, así es hoy: toda mujer de cualquier país está abierta a la adulación de un hombre que la busca, no por amor a ella, sino por su propio beneficio en lo financiero, en la escala social superior, o en la pequeña de las reuniones de bridge suburbanas o provinciales.

El observador que recorre el mundo entero, y cuyo corazón está endurecido, ve tantas cosas divertidas, en transatlánticos, en viajes costosos y en hoteles de lujo de un extremo a otro de Europa o América, que empieza a preguntarse si realmente existe algún amor verdadero que comience con mayúscula. Esta es la nota de este romance presente, según la observación del autor: el amor entre la pobre pero bonita muchacha de tobillos delicados que de pronto heredó una fortuna—y con ella una casa de mala reputación como residencia—y un médico suburbano londinense trabajador, cuyo conocimiento moderno era igual al de muchos grandes especialistas de Harley Street y—aunque él no lo sabía—su nombre ya había sido colocado en la lista de expertos del Home Office para ser convocado a analizar y señalar al culpable en el próximo caso de algún nuevo misterio criminal presentado por Scotland Yard.

Como médico común y trabajador en Golder's Green, había testificado en el Old Bailey seis meses antes, en un caso muy complicado que concernía a la introducción de gérmenes de una enfermedad fatal en el whisky con soda de un hombre que había llevado en coche a un amigo y a su esposa desde el Palace Theatre. Otway, con conocimiento certero, fijó la culpabilidad en

ambos acusados, quienes fueron condenados por intento de asesinato, y Scotland Yard le envió después su agradecimiento. Gracias a aquel juicio, Otway había sido señalado para avanzar en la misma línea que Pepper, Willcox y la selecta lista de patólogos del Home Office cuya palabra es ley para un jurado en cualquier tribunal penal.

Aunque la pareja lo ignoraba, la habitación en la que se encontraban había sido el estudio del gran abogado Sir Geoffrey Dare, famoso en los primeros días del rey Jorge III, cuyo nombre ha quedado en la historia legal como el fiscal en el célebre caso de los Durrant, marido y mujer, a quienes probó culpables de haber envenenado a una familia de seis personas para asegurarse la herencia. En esa habitación se habían celebrado muchas conferencias con testigos en el famoso juicio, que resultó en que ambos prisioneros fueran ahorcados en Tyburn. Sir Geoffrey, el abogado criminalista más famoso de su tiempo, era hermano de John Dare, el viajero que exploró por primera vez la región de Areg en el Sahara.

Otway tomó de uno de los estantes un pesado tomo encuadernado en pergamino y descubrió que era un antiguo tratado de derecho romano, mientras que junto a él había una temprana edición en folio de Shakespeare. Como amante de los libros, la visión de aquellos volúmenes lo cautivó, y dijo:

—Antes de que se vendan me encantaría revisarlos. Este Shakespeare, aunque no sea el primer folio, evidentemente tiene un valor considerable.

—Te vas a ahogar con el polvo, cariño —respondió ella—. Espera a que limpien el lugar. ¿No es horrible? Mira todas esas telarañas. Dieron una última mirada a la pequeña habitación sombría, donde la luz apenas lograba entrar por las ventanas cubiertas de suciedad, que no podían abrirse porque sus marcos estaban podridos. Por ello el lugar olía a cerrado y mohoso.

—Cuando lo limpien y redecoren será encantador —la tranquilizó su amante—. No entiendo qué ha dado origen a la

creencia de que esta es una casa maldita. Ciertamente ha estado descuidada y, como en muchas otras casas del país, aquí han muerto personas repentinamente, pero el mal, estoy seguro, es solo imaginario: resultado de algún chisme malintencionado que con el tiempo se convirtió en tradición.

De haber sabido la repentina e inexplicable manera en que el señor Gray había sido atacado, ciertamente no habría expresado tal opinión. Pero, afortunadamente para los amantes, el hecho se mantenía en profundo secreto.

Subieron la amplia escalera de roble, sobre la cual aún permanecía la gruesa alfombra, aunque agujereada en muchos lugares, dejando ver la madera debajo. En el gran salón encontraron mucho que les interesó durante su recorrido de inspección. De inmediato vieron que el mobiliario, aunque en mal estado, era genuinamente antiguo, y que los cuadros tenían un valor considerable. Cerca del centro de la sala estaba el viejo sillón tapizado en terciopelo carmesí descolorido en el que el señor Gray se había desplomado cuando fue misteriosamente atacado por la enfermedad, y el joven médico, ignorando el suceso, comentó sobre la hermosa talla renacentista de sus cortas patas abultadas.

Juntos se detuvieron en las viejas ventanas ennegrecidas por la intemperie, mirando hacia el gran jardín descuidado, donde las malezas crecían hasta el pecho y las hojas caían de los árboles centenarios. Por sus sucesivos dueños, aquella sala se había mantenido prácticamente igual que en tiempos de Enrique VIII, salvo que las alfombras y algunos muebles habían sido renovados por el padre del último propietario al casarse; un aposento lleno de objetos de arte, cuya atmósfera evocaba los días del Gran Cardenal y posiblemente una de las habitaciones más cuidadosamente preservadas de todo el Reino.

De cuarto en cuarto pasaron, subiendo a los dormitorios y a las dependencias de los sirvientes, tal como lo habían hecho el señor Gray y sus ayudantes. Vieron las antiguas camas con dosel, con colgaduras de chintz descolorido y manchado por el

tiempo, los auténticos lavabos y espejos Chippendale, las viejas pantallas de chimenea bordadas y cojines trabajados en lanas de colores por manos que se habían reducido a polvo dos siglos atrás.

Dondequiera que iban levantaban polvo, haciendo que Sibell estornudara violentamente, y con cada objeto que tocaban sus manos se ennegrecían, la joven comentando que sus guantes ya estaban arruinados.

Tras casi dos horas descendieron y, después de conversar con el gordo cuidador Farmer —quien no mencionó la experiencia de Askew de la noche anterior, pues la consideraba mera imaginación—, se marcharon y regresaron a Londres, donde, tras cenar juntos en el Trocadero, Otway acompañó a su amada hasta Paddington para que tomara el tren a Cookham.

Al día siguiente, el joven médico, habiendo arreglado con su amigo Tarrant que atendiera su consulta, partió temprano hacia la Guest House y pasó todo el día en la sofocante biblioteca del gran abogado revisando sus libros. Ya estaba allí un experto de un conocido comerciante de libros raros del West End, un viejo caballero de barba blanca llamado Ebenezer Tewe, invitado por los subastadores, y juntos desempolvaban y examinaban las portadas y el estado de volumen tras volumen.

Algunos de ellos el señor Tewe apartó como valiosos, y otros que llamaron la atención de Otway él mismo los separó. Un tesoro que Otway encontró, y que el señor Tewe coincidió en que era extremadamente valioso, fue un volumen encuadernado en pergamino con copias de los archivos secretos de Venecia bajo los Dux, relativos a venenos desconocidos: cómo se preparaban, cómo se usaban para eliminar a los enemigos de la antigua República de Venecia, y las sumas pagadas por la República a los asesinos secretos.

Como investigador en el campo de la toxicología, Brinsley Otway lo tomó con entusiasmo, mientras el señor Tewe admitía que era

uno de los volúmenes más únicos y valiosos de toda la biblioteca.

—Solo existen tres copias —dijo el viejo bibliófilo—. Una está en la Bodleiana, otra en la Biblioteca Nacional de Francia, y la tercera en manos privadas en Estados Unidos. Se vendió en Sotheby's por 6,300 libras y, lamentablemente, cruzó el Atlántico. Su compilación debió de significar toda una vida de investigación en los pergaminos desvaídos de los archivos de Venecia.

—El viejo idioma italiano me dará problemas, pero la parte en latín es bastante fácil —dijo Otway, encantado con su hallazgo afortunado.

Durante todo el día los dos hombres trabajaron juntos en la pequeña y sofocante habitación, sin importar la media pulgada de polvo que cubría todo. El señor Tewe identificó varios libros raros de impresión temprana de las prensas de Núremberg y Venecia, junto con una colección de Punch, desde su primer número hasta 1883, además de los primeros seis años de The Times, encuadernados en piel de becerro en una docena de volúmenes.

Pero la mayoría de los libros eran tratados jurídicos anticuados, prácticamente inútiles en la actualidad, aunque entre ellos había un manuscrito sobre heráldica inglesa, con escudos de armas iluminados, escrito con la letra difícil y desvaída de Sir William Segar, Garter King of Arms en el reinado de Jacobo I.

Tan absortos estaban que olvidaron el almuerzo y continuaron sus investigaciones hasta que la luz se desvaneció. Entonces Otway, habiendo guardado el valioso volumen de los archivos venecianos junto con otros dos o tres libros, subió la amplia escalera para hablar con el representante del subastador, que se encontraba en el gran salón de la planta alta.

Después se marchó apresuradamente y cruzó Londres hasta la pequeña casa de esquina de ladrillo rojo, de construcción barata, en Finchley Road, donde ejercía su práctica.

La anciana señora Mobbs, su ama de llaves, le entregó varios mensajes telefónicos de pacientes que había pasado al doctor Tarrant, quien vivía más arriba en la misma calle y se disponía a salir de vacaciones por quince días, tiempo durante el cual Otway había prometido atender su consulta.

En el acogedor salón de soltero su modesta cena estaba servida, un solo cubierto, pues solía comer una chuleta a las nueve de la noche, cuando el último de sus pacientes suburbanos había dejado el consultorio.

Estaba en el acto de comer un durazno, que había tomado de un plato en el aparador, después de desatar el paquete de libros que había traído de la Guest House, cuando de pronto fue presa de un desvanecimiento inusual.

Por unos segundos permaneció rígido. El durazno cayó de sus dedos sin fuerza. Luego, cruzando hacia el aparador de caoba, sirvió con dificultad un poco de brandy y lo bebió. Le quemó la garganta. Al mismo tiempo fue atacado por un violento escalofrío. Convulsiones sacudieron su fuerte cuerpo, mientras dolores insoportables atravesaban sus extremidades. Se quedó como petrificado, cuando un espasmo repentino atravesó su corazón, y el vaso cayó de sus manos y se hizo añicos.

Al instante comprendió que los síntomas eran de una naturaleza que jamás había observado. Contuvo la respiración y apretó los dientes. Luego, con un esfuerzo supremo y los ojos desorbitados, logró emitir un grito agudo que hizo acudir apresuradamente a su anciana ama de llaves.

—¡Estoy... estoy muy enfermo! —jadeó—. ¡Busca al doctor Tarrant! ¡Rápido! Dile que... que... yo...

Pero, ¡ay!, la frase quedó inconclusa, pues el pobre hombre se tambaleó y cayó inconsciente sobre la alfombra, convirtiéndose en otra víctima de aquella misteriosa influencia maligna que impregnaba la casa cerrada durante tanto tiempo en Hampton Court.

CAPÍTULO V
Sombras

Llamado por teléfono, el doctor Tarrant acudió apresuradamente junto a su joven colega Otway, a quien encontró tendido sobre la alfombra, con un cojín colocado bajo la cabeza por la fiel ama de llaves, la señora Mobbs. La corpulenta anciana, vestida con su pulcro traje negro, estaba naturalmente muy agitada. El médico cayó de rodillas y aflojó el cuello de la camisa del hombre abatido.

—Lo oí gritar, y corrí para encontrarlo súbitamente atacado. Apenas podía hablar —explicó la mujer—. Alcanzó a decirme que lo llamara a usted, y luego cayó al suelo.

El doctor se ocupaba de desabotonar la ropa del joven y de tomarle el pulso y la región del corazón. No pudo descubrir pulsación alguna y, según pudo juzgar, Brinsley Otway parecía ya muerto. No había señal de vida. ¡El corazón, en efecto, había dejado de latir!

Se irguió y contuvo la respiración. Incluso para él, médico de larga práctica, el hecho resultaba un completo shock.
—¿Pero qué puede haber ocurrido? —preguntó sin aliento—. Cuénteme exactamente lo que pasó, cada detalle —insistió.
—No lo sé, doctor —respondió la desconcertada mujer—. Ha estado todo el día en Hampton Court, como usted sabe. Regresó poco antes de las siete y media, cuando yo tenía su cena lista. Me dijo: “No la tomaré hasta dentro de diez minutos”, y entró aquí.

Lo vi desatar aquel paquete de libros en el aparador justo cuando pasaba hacia la cocina, y de pronto lo oí gritar. Corrí y lo vi desplomarse.

—¿Bebió algo? —preguntó el doctor, levantándose y acercándose al aparador, donde el paquete de libros antiguos estaba abierto.

El vaso roto en el suelo despertó sus sospechas.
—¿Fue al dispensario? —preguntó Tarrant, recordando de pronto que quizá, al volver cansado, hubiera preparado un cóctel con las botellas allí, pues solía preparar sus propias mezclas.

—No, doctor. No fue por el pasillo en absoluto —declaró la mujer —. Sé que nunca pasó por la puerta de la cocina.
—¿Ni subió las escaleras? Simplemente vino directo a esta sala.
—Sí, doctor. Entró aquí directamente después de colgar su sombrero en el vestíbulo.

El doctor Tarrant cruzó hasta el teléfono y llamó al doctor Randall, otro colega suyo, un viejo practicante que vivía cerca, en una nueva calle junto a Finchley Road.

Luego volvió a arrodillarse junto al cuerpo inerte de Brinsley Otway. El paciente yacía con los ojos entrecerrados, el rostro blanco como el mármol y las manos frías y endureciéndose. Una y otra vez el médico buscó signos de vida, pero no halló ninguno. La respiración había cesado, y con ella las pulsaciones del corazón. El ataque era sumamente desconcertante, pues nunca antes había visto síntomas tan inexplicables.

Randall era un médico anticuado, de cabello blanco, del tipo altamente pedante, que, algo oxidado y desfasado en sus métodos, ocultaba su ignorancia —como tantos otros— refiriéndose constantemente a sus días en Cambridge y sacando provecho de su conocimiento de los clásicos. A los pacientes humildes no se molestaba en impresionarlos, limitándose a recetar píldoras y brebajes inocuos, confiando en que no lo

importunaran más. Pero a los pacientes de clase alta siempre procuraba impresionarlos con su discurso y modales universitarios.

En realidad, era incapaz de diagnosticar un caso así, dejando a Tarrant —casi veinte años más joven y mucho más actualizado— la tarea de resolver el misterio.

El coche del doctor Randall, casualmente, estaba frente a su puerta; por ello, al recibir la llamada, subió de inmediato y en cinco minutos estaba en casa de Otway.

Al ver al hombre postrado se puso grave al instante y, tras escuchar brevemente de Tarrant lo ocurrido, su rostro afeitado y enmarcado de blanco adoptó una expresión muy seria. En contraste con Tarrant —un hombre alerta, de cabello oscuro, cuarentón, con una práctica amplia y lucrativa en el distrito—, el viejo Randall se comportaba con un aire de superioridad fingida que lo hacía muy antipático, razón por la cual su clientela había disminuido mucho.

—Enfermedad del corazón —exclamó Tarrant tras un largo examen—. ¡Angina, sin duda!

—Exactamente mi opinión —dijo Randall, aunque en realidad no tenía ninguna, dispuesto a coincidir con lo que su colega sugiriera.

—Probablemente caminó demasiado rápido desde la estación —dijo Tarrant—. Hace un mes me comentó de un dolor agudo en el pecho, que atribuyó a indigestión. Al sentirse mal, aparentemente tomó algo de brandy —añadió, oliendo el vaso roto.

Juntos levantaron el cuerpo inanimado de su joven colega y lo colocaron sobre el viejo sofá cubierto de cuero, poniendo su cabeza sobre una almohada.

En ese momento, el doctor Tarrant notó un durazno a medio comer en el suelo, bajo la mesita de la ventana.

—¡Pero si ha estado comiendo! —exclamó, recogiéndolo y examinándolo con curiosidad—. Me pregunto si esto tendrá algo que ver con el ataque.

—¡Oh, doctor, ha comido uno de esos duraznos! —exclamó la anciana ama de llaves—. Pensaba advertirle cuando entrara, pero se me olvidó por completo. Los trajo una joven que dijo venir de una firma del West End y, como estaban dirigidos a mi amo y marcados "perecedero", los abrí y los puse en un plato. No había nombre de remitente. Quizá él mismo los pidió. A veces encarga cosas y se las entregan.

Los dos médicos intercambiaron miradas desconcertadas.
—Será mejor que analicemos esto —dijo Tarrant, sosteniendo en su mano la fruta medio consumida, que aún conservaba el hueso, y mirándola con expresión intrigada.

La colocó en uno de los platos limpios de la mesa del comedor y la apartó junto con los otros cuatro duraznos maduros.
—¡Puede que haya sido envenenado! —sugirió Randall—. Pero, de ser así, actuó con una rapidez extraordinaria.

—Cuando lo vi, apenas un minuto antes, acababa de desatar el cordel del paquete, así que debió de sentirse mal casi al instante después de morder la fruta.

—Exacto. No tuvo tiempo de comerlo todo —observó Tarrant—. Eso, quizá, sea mejor, pues puede darnos la verdad acerca del misterio.

Volviéndose de nuevo, miró la figura de rostro pálido que yacía tan postrada e inmóvil, y dejó escapar un profundo suspiro. Le agradaba Brinsley Otway. En realidad, todos apreciaban a aquel joven inteligente y moderno, tan buen amigo de sus pacientes de beneficencia, que con frecuencia atendía a los pobres sin cobrar honorarios. Hubo ocasiones, además, en que en un hogar

empobrecido metía la mano en el bolsillo y sacaba media corona como "un regalo para los niños". Y la madre hambrienta no sabía que aquella moneda que él daba a menudo lo privaba de su caja de su marca favorita de cigarrillos egipcios.

—¿No cree, doctor, que deberíamos avisar a la señorita Dare? —sugirió la corpulenta anciana, que había estado contemplando el rostro marmóreo de su joven amo—. ¡Pobre muchacha, temo que el impacto la mate! Es tan dulce, y se adoran tanto. Es un pecado que se le diga la terrible verdad. Pero debe saberse.

—Sí, buena mujer —dijo el doctor Randall con su mejor tono universitario—. Pero debe saberse. ¡Ay! nuestros idilios amorosos nunca duran. Es lo mismo en todas partes: la columna rota de la felicidad y la certeza de que toda dicha terrenal no es más que un sueño vano.

—Llame a la señorita Dare —dijo Tarrant—. La conozco bastante bien. Nos acompañó al piano en un concierto para ciegos celebrado en Hampstead hace unos meses.

La señora Mobbs le dio el número de teléfono, y él llamó de inmediato a Cookham. Brevemente explicó quién era y le dijo que Otway se había sentido bastante mal, sugiriendo que viniera a Londres enseguida a verlo.

Escuchó su voz en respuesta, preguntando con ansiedad qué le ocurría. Pero el doctor Tarrant contestó con voz calma y uniforme:

—Ha tenido un fuerte ataque al corazón por apresurarse desde la estación, y pide verte.

—Iré de inmediato —respondió ella sin aliento, y tras algunas preguntas más, colgó.

Pasadas las diez, Sibell, apresurada y con sus grandes ojos azules llenos de ansiedad, bajó de un taxi en Finchley Road. Al entrar en la habitación de su amante, lo encontró tendido en el

viejo sofá raído, con los dos médicos arrodillados a su lado, mientras cerca, observando al hombre postrado, estaba la fiel ama de llaves.

Al entrar, el doctor Tarrant, reconociéndola, se levantó y la saludó en un susurro.

—Lamento mucho haberla molestado, señorita Dare —dijo—, pero consideré mi deber hacerlo.

—¿Está vivo? —jadeó la joven de rostro pálido, inclinándose sobre el rígido semblante del hombre que amaba. Su cuello y corbata habían sido retirados, y yacía allí completamente vestido, con los ojos cerrados como un muerto.

—Aún respira —respondió el mayor de los dos médicos—. Su ataque es sumamente inexplicable. Parece que estaba comiendo un durazno cuando de pronto se desplomó.

—¡No había nada malo en la fruta, espero! —exclamó la muchacha angustiada—. Yo la compré esta tarde en Regent Street y se la envié.

—¡Ah! Me alegra saberlo —comentó el doctor Randall—. La señora Mobbs nos dijo que una mujer desconocida las había dejado.

—Olvidé poner mi tarjeta —dijo Sibell—. Pero... ¿se recuperará? —preguntó con ansiedad.

—Estamos haciendo todo lo posible por él —respondió Tarrant, a quien ella había conocido antes—. Su corazón, lamentablemente, es muy débil.

—¿Pero cuál puede ser la causa?

—Los síntomas son los de una falla súbita del corazón —fue la respuesta.

—¿Entonces su enfermedad no tiene nada que ver con la fruta? —preguntó ansiosa.

—Probablemente no. Enviaré el resto del durazno que estaba comiendo, junto con los otros de la cesta y el vaso roto, a Sir George Orelebar para que los analice lo antes posible. Entonces sabremos la verdad. Por supuesto, puede que haya sido envenenado, pero no lo creo.

Sibell respiró con más alivio y durante largo rato permaneció mirando al hombre inconsciente, cuyo rostro era blanco como el mármol. Los médicos, con sus estetoscopios, se arrodillaban y escuchaban constantemente su respiración. Ella observaba sus rostros. Una vez, el del doctor Randall adoptó una expresión más grave.

—¡No! ¡No lo diga! —gritó ella, posando sus dedos temblorosos sobre su brazo—. ¡No! ¡Por el amor de Dios, no me diga que está muriendo!

El viejo médico de cabellos blancos sacudió la cabeza con gravedad y respondió:

—Aún se percibe un leve resplandor de la llama de la vida, pero no podemos asegurar si logrará sobreponerse. Es un ataque grave... muy grave en verdad.

En ese momento el fornido chofer irlandés del doctor Tarrant irrumpió en la habitación y entregó a su amo un pequeño frasco con tapón de vidrio para medir gotas. Al instante, Randall vertió un poco de agua en un vaso pequeño, al que añadió con sumo cuidado diez gotas del medicamento. Luego lo sostuvo a la luz, examinándolo críticamente, y mientras Tarrant levantaba la cabeza de Otway, el otro le forzó la pócima entre los dientes; la indefensa muchacha permanecía mirando.

Todo el asunto trágico resultaba desconcertante. La joven se había quitado el abrigo y el sombrero, y, con un vestido sin mangas de georgette negro adornado con plata, que hacía que

su cuello y brazos parecieran de alabastro, volvió a arrodillarse y, cuando recostaron su cabeza sobre la almohada, se inclinó y besó su frío y duro rostro delante de todos.

La habitación estaba cálida hasta lo sofocante, así que abrieron la ventana, y a través de ella llegaron las campanadas de la iglesia en Finchley Road al dar la hora.

¿Sobreviviría? La escena era patética. De todos los estudiantes de medicina en Guy's, Brinsley Otway había sido uno de los más populares. Era sin duda la figura destacada de la Escuela de Medicina, y en la preparación de eventos benéficos siempre estaba lleno de nuevas ideas para "trucos".

—Temo que se trate de un caso de insuficiencia mitral del corazón —comentó el doctor Tarrant en voz baja a su compañero —. Los síntomas son muy evidentes: pulso débil, edema en las extremidades inferiores y anasarca.

—Donde hay insuficiencia mitral suele haber congestión pulmonar —observó el otro—. Esa condición parece estar ausente.

Sibell escuchaba, pero no comprendía su discusión.
—¿Es muy crítico? —preguntó.

—Mucho —respondió Tarrant—. Será mejor colocarlo en su cama.

Rápidamente Sibell preparó la cama en el piso superior, y los dos hombres, asistidos por la señora Mobbs, lo llevaron allí, mientras Sibell se retiraba para que lo desvistieran.

La pobre joven estaba fuera de sí de dolor. Con el rostro pálido y las manos crispadas, recorría febrilmente el estrecho pasillo. Se culpaba por haberle enviado aquel durazno fatal. ¿Se le conservaría la vida? Si moría, su futuro sería un vacío, pues nunca podría amar de nuevo. Brinsley era su ideal; lo veneraba como a un dios.

Permaneció allí durante la noche, pero no hubo mejora en la condición de su amante. Los dos médicos se quedaron con él hasta las dos de la madrugada, cuando Tarrant se marchó llevando consigo el resto del durazno y la fruta que no había sido consumida.

Hora tras hora, con el abrigo de su amante sobre los hombros desnudos, la joven se sentaba junto a la cama del paciente, mientras la señora Mobbs preparaba té para Randall y para ella. Una y otra vez la muchacha acomodaba con ternura la almohada del inconsciente, y de vez en cuando besaba su frente fría y blanca.

—¿Es muy grave la insuficiencia mitral del corazón? —preguntó a Tarrant cuando regresó para relevar a su colega.

—Muy grave en verdad, señorita Dare —respondió el amigo del hombre abatido—. Pocas personas se recuperan, pero confiamos en que Brinsley, estando en tan buena salud, lo logre.

—¿De qué sirve ser pesimista, señor? —replicó la señora Mobbs —. No podemos permitirnos perder al joven amo, y además no vamos a hacerlo —añadió con vehemencia.

—La crisis ocurre entre doce y quince horas después del ataque. Eso será antes del mediodía —dijo él.

La joven, con ojos cansados y hundidos, esperó hasta las cinco, pero como no había señal de recuperación de la conciencia, aunque Tarrant aseguraba que aún vivía, se dirigió a una habitación contigua y se dejó caer sobre la cama, donde se durmió, completamente exhausta.

A las tres de la tarde, el doctor Tarrant, tras conducir hasta Kensington, se encontraba en el laboratorio del profesor Orelebar, el conocido analista del Gobierno, cuyo testimonio se utilizaba con frecuencia en casos criminales.

—Los duraznos que trajo esta mañana no muestran señal alguna de contaminación —declaró el pequeño hombre encogido, con un abrigo negro que parecía varias tallas demasiado grande para él—. Los he sometido a todas las pruebas conocidas, pero no he podido establecer ninguna evidencia que sugiera envenenamiento. Hemos trabajado todo el día en ello, y el profesor Grant coincide plenamente conmigo. El vaso contenía brandy puro.

El doctor Tarrant agradeció al célebre asesor del Home Office, y al regresar a la estación de High Street, Kensington, quedó plenamente convencido de que la condición del joven se debía a un problema cardíaco.

Sibell vivió una semana interminable de temor e incertidumbre. Se fue a alojar con su tía, Lady Wyndcliffe, en West Halkin Street, pero cada día acudía a Finchley Road, y su amante seguía inconsciente, vigilado por una enfermera y la señora Mobbs, con el doctor Tarrant visitándolo tres veces al día. El informe, ¡ay!, siempre era el mismo. El paciente no mostraba señal alguna de mejoría ni de recuperar la conciencia. Yacía inmóvil y pálido en aquella pequeña habitación oscura, oscilando hora tras hora entre la vida y la muerte.

El doctor Orlando Snow, un especialista de Harley Street, calvo y de barba gris, fue llevado por Tarrant una tarde, y, de pie junto al cuerpo inanimado, escuchó de él exactamente cómo había sido hallado, mientras la ama de llaves describía la angustia que sufría Sibell.

—Ella viene cada día y se sienta llorando. ¡Pobre muchacha, está inconsolable! Debe de ser un golpe terrible para ella —dijo la compasiva señora Mobbs.
—Debe de serlo —respondió el especialista—. Me pregunto qué causó el ataque.
—El corazón: insuficiencia mitral; ese es mi diagnóstico —dijo Tarrant.

Snow guardó silencio unos momentos, con los ojos fijos en el rostro inmóvil del paciente. Luego hizo su propio examen y coincidió plenamente con el médico general.
—¿Grave? —preguntó Tarrant.

—Mucho. No me gusta nada su estado —respondió gravemente el especialista de barba gris—. Pero quizá logre salir adelante —y dio varias instrucciones al médico y a la enfermera.

—Pobre Brinsley —exclamó Tarrant—. Espero de verdad que se recupere.

—Todo el asunto es un completo misterio —comentó Tarrant. Luego, bajando la voz en un susurro confidencial, añadió—: Edema en las extremidades inferiores, anasarca y todo eso.
—Sí; de no ser por la declaración de Orelebar de que no había nada malo en los duraznos, sospecharía envenenamiento —declaró el gran especialista.

—Pero la señora Mobbs admite ahora que, cuando dejaron los duraznos, ella comió uno de la cesta. No sufrió ningún mal efecto. Entonces, ¿por qué Otway enfermó repentinamente al comer uno de ellos unas horas más tarde?

—Solo comió la mitad —señaló el especialista—. La otra mitad y el hueso han sido analizados por Orelebar y Grant, ambos grandes expertos en venenos, y han declarado que estaban en perfecto estado, sin rastro de ninguna sustancia tóxica. Sin embargo, repito que, de no ser por los síntomas de un problema cardíaco, ciertamente sospecharía de un envenenamiento.

Nadie, ni siquiera Sibell, tenía conocimiento de la extraña experiencia que había sufrido el subastador, el señor Herbert Gray, mientras inspeccionaba la Guest House, ni de la grave enfermedad que le había seguido. Alguna influencia maligna estaba actuando en la Casa del Green. Pero ¿qué era?

CAPÍTULO VI
Ama y amante

Pasó más de una quincena antes de que Brinsley Otway se recuperara lo suficiente como para levantarse y sentarse junto a la ventana. Delgado y pálido, apenas una sombra de lo que había sido, había estado muy cerca de la muerte, pero gracias en gran medida a la atención de la enfermera que había venido del Hospital Middlesex para cuidarlo, y a los constantes cuidados del doctor Tarrant y de Sibell, había luchado lentamente por volver a la vida.

La alegría de Sibell no tuvo límites cuando supo que su amante estaba por fin fuera de peligro. Lo visitaba a diario, le llevaba toda clase de delicadezas y se sentaba con él durante horas mientras la enfermera salía a tomar su descanso.

Cada tarde estaban solos, y a menudo permanecían abrazados, él cubriendo de besos sus labios rojos y plenos.

—¡Dios te ha devuelto a mí, cariño! —le susurró un día, mientras su mano delgada y tierna apartaba el cabello oscuro de su frente —. Recé constantemente para que tu vida fuera preservada. Y Dios ha escuchado mi súplica. —Y lo miró con la luz del amor brillando en sus grandes ojos azules.

Él inclinó su cabeza y la besó en los labios por milésima vez, incapaz de expresar los pensamientos que surgían en su interior.

Mano con mano, permanecieron juntos durante cinco minutos sin hablar. El fuego ardía brillante, y el lugar estaba cálido y acogedor en aquel frío día otoñal, mientras afuera todo era oscuridad y lluvia, con el eterno claxon del tráfico en Finchley Road.

—Espero que los médicos puedan curarte por completo —dijo la joven con seria aprensión—. ¿Cree el doctor Tarrant que podrías sufrir otro ataque repentino?

—Él piensa que es improbable. Mi corazón está bastante normal, y solo me falta recuperar peso. Dice que debo tomar unas vacaciones. Pero ¿a dónde puede ir uno en Inglaterra en esta época del año? —preguntó.

Ella reflexionó un momento.

—La tía Etta quiere llevarme a la Riviera en la segunda semana de noviembre. El tío Edward va a Nueva York. ¿Por qué no vienes con nosotras? —sugirió.

—¡Buena idea! Me encantaría, si logro arreglar un sustituto. Pero tu tía quizá no lo apruebe —dijo el joven.

—Se lo sugeriré esta noche. Estoy segura de que le encantaría tenerte. Tienen una encantadora villa en Cannes, un lugar delicioso en la colina. ¡Ven! —exclamó entusiasmada—. El sol, las flores y el mar azul pronto te pondrán bien otra vez, querido. Y además —añadió con una sonrisa encantadora—, no quiero estar separada de ti durante cuatro meses enteros. Sería una eternidad.

—¿No quieres, cariño? —rió él, acariciando su cabello rubio cortado a la moda—. Bien, averigua la opinión de tu tía.
—Lo haré. Y, si está de acuerdo, te reservaré una plaza en el Blue Train en el que viajamos. Ashe y Bevan, la doncella de mi tía, vienen con nosotras. Ashe es invaluable. La tía Etta nunca viaja sin él. El tío Edward tiene negocios en Nueva York con una compañía de la que es director. Se reunirá con nosotras unas semanas antes de regresar a finales de marzo.

La anciana señora Mobbs subió con el té, que Sibell sirvió, y tras una acogedora merienda junto al fuego, ambos fumaron cigarrillos hasta que la enfermera regresó a sus tareas. Luego Sibell se puso su elegante abrigo de piel y, con un beso silencioso y secreto, se despidió.

En West Halkin Street encontró a la condesa sola, leyendo en un rincón del salón, un lujoso apartamento en el primer piso, y de inmediato sugirió que Brinsley viajara con ellas a Cannes.

Lady Wyndcliffe se movió en su silla y, mirando por encima de su libro, respondió:

—Le preguntaré a tu tío y escucharé su opinión, querida. ¿Quieres decir que debería ser nuestro invitado... o ir a un hotel?

—Pues nuestro invitado, si pudiera, tía. Si estamos solas, podemos ir a tan pocos lugares. Si Brinsley está con nosotras, puede acompañarnos a bailes y espectáculos. El año pasado fue, como sabes, terriblemente aburrido hasta que conocimos al señor Lavis.

—Oh, no sé. Es cierto que me gusta el aire de la Riviera. Siempre me sienta bien. Pero la gente es una mezcla horrible. El mundo y el medio mundo se codean, y los primeros imitan a los segundos, hasta que apenas se distingue la línea divisoria —dijo su tía con aire de absoluto hastío.

Lady Wyndcliffe se había mostrado mucho más favorable hacia su sobrina desde que supo la noticia de su gran herencia.
—Sí, tía. Pero la Riviera suele ser muy divertida... si tienes un hombre que te acompañe. Y Brinsley es un excelente bailarín —lo cual admites.

—Lo es. Me gusta bailar con él —declaró su tía—. Por supuesto, si logro persuadir a tu tío para que lo deje venir con nosotras, ciertamente lo haré.
—Gracias, querida tía —exclamó la joven encantada—. Subiré a quitarme mis cosas.

Y corrió a su habitación llena de expectación por un tiempo alegre con Brinsley en medio de la animada vida de la Costa Azul, con sus palmeras y olivos, su mar azul y sus céfiros perfumados de flores.

Cenaron solos en famille en la mesa ovalada pulida, con candelabros de pantalla y un centro de crisantemos. En la tenue luz, Ashe, el discreto y obsequioso mayordomo, un hombre bien afeitado cuyo cabello estaba ribeteado de plata, se movía silenciosamente entre las sombras de la lujosa estancia y los servía con esa voz suave y destreza características del perfecto servidor de familia.

Lady Wyndcliffe, que había asistido a una función benéfica esa tarde, chismorreó sobre ello durante la comida.
Después, una amiga suya, la señora Hall-Carew, que vivía en Curzon Street, pasó por Sibell y la llevó al teatro, mientras más tarde Lord Wyndcliffe, un hombre calvo y de rostro pesado, salió a jugar al bridge con unos amigos en Mount Street, dejando sola a su esposa.

La esbelta y hermosa mujer permaneció un cuarto de hora entera meditando, con el ceño fruncido, los codos sobre las rodillas y la barbilla apoyada en las manos, mirando la alfombra.
—Me pregunto si será del todo seguro —reflexionó.
De pronto, como si hubiera tomado una decisión repentina, se levantó y tocó el timbre.

La puerta se abrió unos minutos después y el ejemplar Ashe entró, cerrando la puerta silenciosamente tras de sí.

—¿Bueno? —preguntó bruscamente—. ¿Qué pasa ahora?

Su actitud era completamente distinta de la del mayordomo educado y correcto que había servido la cena. Se mostraba dueño de sí y arrogante, más como si fuera el amo de la casa y la condesa una sirvienta.

—Estaba a punto de salir —dijo con rudeza—. ¿Qué quieres?

—Quiero hablar contigo, Albert —dijo la mujer, vestida con un traje negro sin mangas y escotado, bordado con flores de seda en el dobladillo y el corsé—. Siéntate.

—¿Sobre qué? —replicó con brusquedad—. No volvamos a esa discusión de esta mañana. Estoy harto de todo ese maldito asunto.

—No más que yo —respondió la mujer, en un tono que no se usa con los criados—. Siéntate, por favor, y escucha con calma lo que tengo que decirte, Albert.

—Primero voy a servirme un trago y un cigarro. Así podré atender mejor —y, riendo con ironía, bajó las escaleras hacia el comedor. Al regresar fumaba uno de los mejores cigarros de su marido, mientras en la mano llevaba un vaso de whisky con soda.

Giró la llave en la puerta y se dejó caer descuidadamente en un sillón. Al fin dijo:

—Ahora, Etta, querida, estoy todo atención.

La mujer lo miró extrañamente. Había un aspecto curioso en aquella cabeza oscura, con su porte de orgullosa distancia, su sutil aire de distinción y la manera absorta e inmóvil en que se volvía hacia el criado que estaba frente a ella.

¿Qué había causado aquella ardiente melancolía en sus ojos? ¿Se debía al delicado cincelado de sus párpados blancos y pesados? ¿Y al gesto doliente de sus cejas? ¿Podía todo ello deberse simplemente a contornos exquisitamente esculpidos? ¿O eran señales mudas de un alma en angustia—una angustia tan profunda que la mujer había dejado de luchar y se había entregado a una terrible desesperación? ¿Qué destino despiadado podía haberla hecho lucir así?

—Veo que algo anda mal —dijo el mayordomo—. No estabas así en la cena. ¿Qué ocurre?

—He recibido malas noticias —dijo la hermosa condesa—. Llevaba mi máscara en la cena—como siempre me veo obligada a llevarla. He recibido malas noticias.

—Lo supuse —dijo Ashe, sosteniendo el cigarro entre los dedos —. Bien, dime lo peor.

—¡Rupert viene a Londres!

—¡Rupert! —exclamó el hombre, poniéndose de pie de un salto —. ¡Por Dios! No debe venir—¡no debe encontrarte jamás!

—Probablemente le será difícil, ahora que he cambiado de nombre y me he casado con Wyndcliffe.

—Fue un movimiento maldito de tu parte, Etta, casarte con ese viejo idiota. Te lo dije en su momento.

—¡Lo sé, lo sé! —gritó la desdichada mujer—. Pero ha sido tan bueno conmigo... ¿qué diría si supiera la verdad?

—Nunca lo sabrá—si eres discreta —aseguró Ashe, con su rostro algo hinchado endurecido y el ceño fruncido en reflexión. El problema que planteaba el anuncio de su señora era ciertamente muy difícil, un contratiempo que requeriría el mayor tacto e ingenio para evitarlo con éxito. Contempló la punta del excelente cigarro unos instantes.

—¿Cómo sabes que Rupert viene? —preguntó de pronto.
—Recibí una carta de Eric Britton, en San Francisco, por el correo de esta tarde, advirtiéndome.

—No confío en ese estirado de Britton —replicó el hombre.

—No sabe nada de mi paradero actual. Envió la carta dirigida al Morgan's Bank en Pall Mall, y ellos la reenviaron a la Burton's Library, en Kensington—donde me conocen como la señora Higham.

—Si Rupert te busca, asegúrate de que no rastree cartas enviadas al Morgan's Bank —dijo su compañero.

—Ya lo pensé. He escrito al banco pidiéndoles que envíen todas mis cartas a la Poste Restante en Melbourne, pues supuestamente voy de viaje de placer a Australia. En lugar de eso, iremos a la Riviera.

—Eso está bien —dijo el criado—. Pero sería mucho mejor impedir que Rupert venga a Londres. Si está aquí, hay peligro constante. Piensa en lo mucho que podríamos perder. Piensa en esta vida presente, Etta—en la terrible incertidumbre de todo; en el temor diario de que Wyndcliffe descubra la verdad. Reflexiona sobre todo —insistió, de pie ante ella—. Debe haber alguna salida. Y la única que veo es impedir que venga.

—¿Cómo puedes hacer eso, Albert? —preguntó la mujer desesperada—. ¿Cómo es posible?

—Hay que pensarlo bien —replicó con dureza, con expresión decidida—. Debo idear algún plan. Pero no confiaremos en ese Britton, porque si las cosas se ponen feas, seguro sospecharía. Y no queremos eso. No, tú debes desaparecer un tiempo.
—A la Riviera, supongo —dijo ella—. Sibell quiere que invite a Otway. ¿Qué opinas?

El hombre, con quien su señora era tan familiar y confidencial, dudó unos momentos.

—Bueno, dadas las circunstancias quizá resulte útil. Pero espero que no estén demasiado enamorados, porque eso podría causarnos muchos problemas. ¿Sabes a qué me refiero? —añadió, mirándola muy extrañamente.

Ella tragó el nudo que le subía a la garganta y, en voz baja, exclamó:

—Sé a qué aludes. Te ruego que no lo menciones.

—No lo haré. Solo señalo que cuanto menos amor haya entre ellos, mejor para todos los implicados —dijo—. Por otro lado, no

veo razón para que el joven no los acompañe como compañero, especialmente dado que yo no estaré allí.

—¿No vendrás con nosotras? —preguntó Lady Wyndcliffe, horrorizada.

—№ Tendré otros asuntos mucho más importantes que atender —respondió con aire misterioso—. Aún no he pensado cómo enfrentar este peligro repentino que nos amenaza. Cuando hay peligro, ya sabes, Etta, soy el primero en afrontarlo. No es la primera alarma que hemos tenido, ni mucho menos. Así que déjame a mí encontrar una salida. No podemos seguir mucho más tiempo como hemos estado. Por suerte para nuestro éxito, Sibell no sabe nada ni sospecha nada. Tampoco tu marido, ese necio. Pero ambos estamos tras el dinero—grande, mucho dinero—¿no es así?

—Estoy de acuerdo —dijo su amante—. Pero no iré a Cannes sin ti.

—Te conseguiré un buen sirviente, no temas. Me ocuparé de ello mañana. Hay un hombre llamado Nivern que está dejando el servicio de Lord Cathlake. Es bastante confiable, lo sé.
—¿A dónde irás?

—No lo sé aún. Rupert debe ser impedido de venir a Londres, y no sirve de nada quedarse aquí esperando el desastre, ¿verdad? Si viene, tarde o temprano tendrá que encontrarse contigo o con Sibell. Por lo tanto, lo mejor es que esté en América. Veamos... han pasado ya cinco años o más desde aquel asunto en Nueva York.

—Bueno, nadie sabe de eso excepto tú —dijo la mujer con severidad.

—№ Has engañado muy bien al viejo Wyndcliffe, Etta —rió el hombre, bebiendo un largo trago de su whisky con soda.
—Dame veinte libras —dijo de pronto—. He tenido una semana difícil. Todos los caballos en los que confiaba perdieron.

Sin protestar, la mujer de ojos cansados se levantó y, yendo a su habitación, regresó con dos billetes de diez libras, que le entregó.

—Gracias —dijo él, aplastándolos en el bolsillo de su chaleco—. Necesitaré unas trescientas para continuar cuando me vaya. Ahora saldré por una o dos horas.
Y, arrojando cuidadosamente la colilla de su cigarro por la ventana, se volvió y se marchó.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Lord Wyndcliffe y Sibell estaban sentados en la sala de estar, la joven hojeando distraídamente una revista ilustrada, cuando escucharon una violenta disputa en el comedor entre su señoría y el mayordomo, Ashe.
—¡No quiero oír más! —oyó Sibell gritar a su tía—. ¡No soportaré tu abominable insolencia ni un minuto más! Estás despedido y dejarás la casa esta misma mañana. Puedes llevarte un mes de salario en lugar de aviso, pero no te tendré en mi casa ni una hora más.

Y Lady Wyndcliffe irrumpió en la sala de estar y rompió a llorar.
—¡Ashe ha sido terriblemente insolente conmigo, querido! —declaró a su esposo entre lágrimas—. Lo he despedido.
—¿Insolente contigo! —exclamó el hombre, poniéndose de pie con furia.

—No, querido —lo calmó ella, poniendo su mano sobre su hombro—. Por favor, no te alteres. Se ha ido a hacer las maletas. Enviaré su cheque a la cocina, y nos libramos bien de semejante individuo.

—Nunca me ha gustado —declaró el conde.

—Ni a mí —convino Sibell—. Siempre me ha parecido terriblemente familiar, tía.

—No importa, querida. Se va. Así que debemos buscar otro hombre. La señora Owen Clark me dio el nombre de uno el otro día. Tengo su dirección en algún lugar.

Y así, una hora más tarde, el fiel señor Albert Ashe, que había estado casi dos años al servicio de Lady Wyndcliffe, dejó West Halkin Street con su equipaje en un taxi.

Pero antes de marcharse logró robar unas pocas palabras en susurros con su señora en el tocador.

—Cuando vayas a Cannes, sé extremadamente cuidadosa de ocultar todo a Otway. Recuerda el gran secreto que te conté el otro día.

La mujer asintió, con el rostro blanco hasta los labios.

—Bien, si oyes que ocurre algo, guarda silencio y ata cabos. ¡Eso es todo! Ten mucho cuidado con Otway. Puede sernos de gran utilidad a ambos. Representaste la pelea admirablemente. ¡Nos veremos pronto, Etta! Vamos tras una gran apuesta, y ganaremos —no lo dudes.

CAPÍTULO VII
El hombre del cabello rojo

Aquella mañana, después de la partida de Ashe, la tía de Sibell le dijo que había decidido invitar a Brinsley a acompañarlas a Cannes, y ella de inmediato lo llamó por teléfono para darle la alegre noticia.
Luego se puso el abrigo y el sombrero y bajó a la oficina de la International Sleeping Car Company, en Cockspur Street, donde tuvo la suerte de encontrar que se había cancelado un

compartimento individual en el Blue Train de Calais a Ventimiglia para el día en que habían reservado los coches-cama, así que lo contrató enseguida.

Otway aún no estaba lo bastante recuperado para salir, por lo que ella lo visitó por la tarde y, como de costumbre, se sentó con él junto al fuego y tomaron té y tostadas que la ama de llaves les llevó.

Ambos estaban entusiasmados con su viaje al sur, pues Brinsley nunca había estado en la Riviera, así que ella le describió algunos de los placeres y la alegría de la vida invernal junto al Mediterráneo.

—Estoy tratando de convencer a la tía de que mande el coche con Craven —dijo—. El tío estará fuera, así que no lo necesitará. Además, un coche es tan útil en la Riviera. Se puede ir a visitar amigos, o salir por la noche a Montecarlo. Realmente debemos tenerlo. Estoy insistiendo en ello. Será más barato que Craven lo lleve desde Boulogne que alquilar uno en Cannes.

—Si usas tus poderes de persuasión con tu tía Etta, sin duda lo lograrás, cariño —dijo él, con un abrazo afectuoso.

—¡Ah, olvidé contarte! —exclamó la joven—. ¡Ashe se ha ido!
—¿Ashe se ha ido? —exclamó su amante sorprendido.

—Sí. Es la mano derecha de la tía Etta, así que no creo que esté lejos de nosotras por mucho tiempo —dijo Sibell—. Hubo una pelea después del desayuno—exactamente por qué no lo sé—, pero en cualquier caso el excelente Ashe fue insolente con alguna orden que le dieron, así que la tía simplemente lo despidió en el acto, le pagó y se marchó. Estaba fuera de la casa en un cuarto de hora.

—Vaya, un pequeño trastorno, ¿eh? —comentó el joven doctor.
—El tío estaba furioso, pero ella logró calmarlo. ¿No es increíble? Hasta ahora, la tía nunca permitía que se dijera una sola palabra contra él.

—Nunca me gustó ese tipo —declaró su amante—. Siempre parecía asumir aires superiores y altivos, y en su rostro había una expresión de astucia vulgar que siempre me hizo sospechar que robaba a tu tío con los vinos y los cigarros. Cuando estaba fuera de servicio se convertía en caballero, supongo. Lo encontré una noche en Hyde Park Corner, y parecía un socio elegante de club.
—Lo sé. Lo he visto vestido con mucha elegancia cuando salía. Para mí, sin embargo, siempre fue muy educado y obediente. Así que no tengo nada de qué quejarme, salvo de su manera algo brusca y familiar con mi tía a veces. Varias veces lo mencioné, pero la tía me dijo que no le prestara atención, que era solo su manera de ser.

—Bueno, aunque solía servirme muy bien y era muy atento en la mesa cuando cenaba en West Halkin Street, me alegra que se haya ido. Por qué lo detestaba no podría decirte, querida. Pero lo hacía. No puedo explicar la razón. Fue intuición, creo.
—La tía ha escrito a un nuevo hombre, y si lo contrata, irá con nosotras a Cannes. Podría ir en el coche con Craven. Lo sugeriré.
Cuando Sibell lo besó y se marchó, tras el regreso de la enfermera, Brinsley Otway se quedó sentado en el viejo sillón, con los brazos cruzados, en profundo silencio y reflexión.
El repentino e inesperado despido del fiel sirviente del conde, Ashe, lo desconcertaba. ¿Había algo detrás de aquella violenta disputa? Él mismo, durante las veladas en West Halkin Street, no había dejado de notar la familiaridad con que el hombre trataba a la tía de Sibell, tan atrevida. Su actitud ciertamente no era la de un criado. Una vez, además, había escuchado algunas palabras susurradas entre ama y sirviente. Estaba solo en el estudio una noche, escogiendo un libro de los estantes, y se encontraba agachado detrás de una pequeña pantalla, oculto, cuando oyó a la condesa entrar silenciosamente en la habitación, seguida de Ashe.

—¿Qué es ese telegrama que acabas de recibir? —preguntó el hombre rápidamente en un susurro bajo—. Dime la verdad —gruñó amenazante.

—Aquí está —titubeó la mujer, aparentemente atormentada por el miedo—. No necesitas ser tan feroz. Es solo de esa excéntrica Emily Taylor, que quiere venir a la ciudad y quedarse conmigo.
—¡Ah! —respondió Ashe—. Temía que fuera de él. Lo siento. No hay daño.

Y entonces el sirviente salió de la habitación, seguido por su señora.

Aquellas extrañas palabras que Otway había escuchado lo habían hecho reflexionar con frecuencia. Si estaban en tan estrecha relación, resultaba aún más curioso que se separaran tras una violenta disputa.

Mientras estaba sentado recordó aquella conversación curiosa, cada palabra de la cual había quedado grabada indeleblemente en su mente. La actitud de Ashe hacia su señora era tan deferente y obsequiosa en la mesa que aquella conversación lo desconcertaba y lo intrigaba. Por supuesto, no había dicho nada a Sibell, pero la escena en West Halkin Street que ella le había descrito lo hizo volver a pensar en ello.

Esa noche, en la cena servida por una de las doncellas, Lady Wyndcliffe, dirigiéndose a su marido calvo al otro lado de la mesa, dijo:

—He visto al hombre que me recomendaron hace algún tiempo, querido. Lo llamé por teléfono y vino esta tarde. Bastante agradable y elegante. Un poco más joven que Ashe. Tiene excelentes referencias, así que lo he contratado. Vendrá con nosotros pasado mañana.

—¡Bien! —dijo su señoría, ajustándose la corbata de gala—. Me alegra que hayas despedido a ese Ashe. Siempre estaba bebiendo mi whisky y fumando mis cigarros. Solía olerlos cuando volvía a casa por la noche. El tipo fumaba en el salón. Estoy seguro de ello. Anoche llegué tarde, después de que todos se habían ido a la cama, y olí claramente uno de mis cigarros en

el salón. Sin duda había estado allí mientras estábamos fuera. ¡Maldito sea!

—Ashe estaba bien si podía abstenerse de ser insolente —comentó su esposa—. Era un excelente sirviente, pero tenía ese defecto.

—Bueno, tía, creo que nos hemos librado de él —intervino Sibell —. Esperemos que este nuevo hombre resulte bien. Yo dejaría que fuera con Craven en el coche. Que salgan tres días antes que nosotras.

—¿Quién dijo que íbamos a llevar el coche? —preguntó la condesa.

—Bueno, seguramente es más barato llevar nuestro propio coche que alquilar uno. Sabes cómo el año pasado descubrimos que el alquiler era absolutamente ruinoso. Y en la Riviera no se puede hacer nada sin un automóvil. Además, al tío le gustará cuando venga. El viaje por Francia solo cuesta unas pocas libras. El conde rió de manera insulsa, comentando:

—Supongo que lo quieres allá porque te gusta conducir tú misma, ¿eh?

—Bueno, ¡hay mucho de eso! —admitió la joven—. Pero sin coche es simplemente espantoso allí.

Siguió una larga discusión, pero al final Sibell logró convencer a su tía de enviar al chófer Craven con el coche, y al nuevo mayordomo, al sur de Francia—hecho que Brinsley supo puntualmente por teléfono.

Alrededor de las diez de la noche, unos días más tarde, un hombre más bien bajo y robusto, vestido con un traje de noche bien cortado y un anillo de cinco diamantes en el dedo, entró en The Owls, uno de los pequeños clubes de baile en Wardour Street, Soho, cuyos principales clientes eran escritores, pintores, figuras menores del teatro de ambos sexos, maniquíes de

tiendas del West End, estudiantes de arte y sus modelos; en efecto, era uno de los centros de la bohemia londinense—o lo que aún queda de ella hoy en día.

El hombre, aparentemente bien conocido, entregó su abrigo, firmó el libro de socios y pasó a la sala de la planta baja, al fondo de la cual había un bar. El pequeño lugar sofocante estaba casi lleno de una alegre multitud de jóvenes imprudentes, muchos de cuyos rostros mostraban huellas de disipación y noches en vela. Desde el sótano llegaban los estridentes acordes de una banda de jazz mezclados con gritos y risas, mientras el hombre, cuyos ojos buscaban ansiosamente como esperando a alguien, se sentó en un taburete alto en el bar y pidió un cóctel. Luego encendió un cigarrillo y, con un ojo en la puerta, se quedó fumando y charlando con el barman, un extranjero con chaqueta blanca de lino que servía bebidas con destreza.

De pronto entró un hombre y, al verlo saludarlo con la mano, se acercó.

—¡Hola, señor Ashe! —exclamó el hombre bajo y robusto, evidentemente italiano por su acento—. No lo he visto últimamente, sare.

—No, Johnnie. He estado fuera, en el campo —respondió el mayordomo despedido—. Pensé en pasar solo media hora. ¿Una copa?

—Gracias, sare —respondió el elegante italiano, que era maître d'hôtel en uno de los restaurantes más distinguidos del West End.

—¿Recuerdas que hace unas tres semanas me hablaste de un joven que conoces y que vive en la misma casa que tú en Guilford Street—ese hombre que cayó enfermo de repente?
—¡Oh, señor Fetherstone! Sí. Ya está mejor.

—Fue influenza, ¿no? —dijo inclinándose hacia él y susurrando.

El pequeño hombre de ojos oscuros encogió los hombros y puso una mueca.

—Recuerda lo que me contaste—la conversación sobre detectives. Había varios jóvenes en la sala aquella noche, ¿eh?
—Varios de ellos. Estaban discutiendo algún secreto sobre influencias malignas.

—Eso es interesante, de todos modos —rió el señor Ashe—. Evidentemente saben algo sobre maldiciones y misterios semejantes. Aunque no veo por qué tales cosas deberían preocupar a estudiantes universitarios. Háblame de Fetherstone.
—Todos los muchachos parecían muy interesados —dijo Johnnie en inglés con fuerte acento toscano—. Fetherstone viene aquí a veces. Tiene el cabello rojo.

—Ya me hablaste de él. Me pregunto si está abajo. Me gustaría que me lo presentaras.

—Iré a ver —dijo el hombre de Livorno, que enseguida bajó a la sala de baile. Al regresar unos minutos después, dijo:

—El señor Fetherstone está abajo. Está bailando.

Ambos apuraron sus vasos y bajaron al sótano de techo bajo, que era espacioso, pues se extendía bajo dos casas contiguas. Alrededor de las paredes había varias mesas pequeñas donde se servían bebidas, al fondo estaba la plataforma habitual con su orquesta de jazz, mientras que el centro de la pista estaba tan abarrotado de bailarines, en su mayoría con ropa de diario, que parecía difícil moverse.

Por todas partes grandes carteles decían: "¡Camisas rígidas no permitidas!", junto con distorsiones humorísticas de proverbios conocidos y muchas banderas y serpentinas. Ashe y su compañero encontraron una mesa con cierta dificultad y, concluido el baile, el italiano, cuyo nombre completo era Giovanni Savini, señaló a Fetherstone, que estaba sentado con una maniquí rubia y bastante elegante al otro lado de la sala.

—Procura presentármelo más tarde, Johnnie —dijo Ashe—. ¿De verdad crees que tienes razón?

—No lo sé, señor Ashe, pero tengo los oídos abiertos, ya sabe, y escucho muchas discusiones. Mi dormitorio está junto a su sala de estar —respondió el maître d'hôtel—, y a veces oigo cosas muy curiosas.

Ashe y Savini habían sido amigos durante bastante tiempo. Se habían conocido en París seis años antes, cuando el italiano era camarero en el Grand Hotel y Ashe vivía como huésped en aquel colosal establecimiento. Luego, tres años después, el italiano le sirvió una noche en el Savoy de Londres, y se reconocieron. El elegante maître d'hôtel poseía un amplio conocimiento del submundo londinense; por ello solían salir juntos tarde en la noche, después del cierre del restaurante de lujo del West End donde el italiano trabajaba entonces.

Ashe, con su aguda observación y astucia, había descubierto hacía tiempo que su amigo era, en secreto, asociado de aventureros y delincuentes de ambos sexos, que llevaban a sus "palomas" a almorzar o cenar en el caro establecimiento donde él era un servidor tan ubicuo y complaciente. Y, atraído por el mundo del crimen, había cultivado la amistad del hombre. Media hora después, la amiga de Fetherstone lo había dejado para bailar el Charleston con un pintor de retratos de cabello blanco y bien conocido, y Savini se acercó a él e invitó a su mesa, donde Ashe fue presentado, y pronto los tres estaban tomando bebidas en forma de whisky con soda servido en tazas de té y vertido desde una tetera.

El lugar estaba ahora lleno de una asamblea muy variada. Los teatros habían terminado, y todo tipo de hombres y mujeres, incluidos muchos noctámbulos de Londres, gritaban, reían, bebían, bailaban y lanzaban serpentinas al son de la ensordecedora orquesta; por ello la conversación era difícil, y Ashe apenas podía hacerse oír por el joven estudiante al otro lado de la mesa.

El ex mayordomo se esforzó mucho en impresionar a Fetherstone con su aire de despreocupada jovialidad, pero pronto apareció una joven de cabello negro, modelo de artista, que saludó al muchacho, se sentó sin invitación en la mesa y comenzó un animado intercambio de bromas, que divirtió enormemente tanto al estudiante como al italiano.

—Me gusta ese hombre Ashe —comentó Fetherstone al italiano mientras caminaban junto a la oscura fachada del Museo Británico camino a Guilford Street. Un reloj de iglesia en algún lugar de Bloomsbury acababa de dar las tres y media, y la mañana invernal era helada y amarga.

—El señor Ashe es un muy buen amigo mío. Un buon amico —declaró Savini.

—¿Qué es él? —preguntó el estudiante.

—No hace nada. Gasta mucho dinero, y cuando da una pequeña cena siempre pide lo mejor. Me lo deja a mí.

—Sí, es un tipo realmente decente —declaró entusiasmado el joven pelirrojo—. Me reuniré con él en el Idlers el miércoles por la noche.

—¡Ah! Estoy de servicio esa noche. Tenemos una gran fiesta privada—la mayoría de edad de Lord Melfort —dijo Savini—. Así que no puedo acompañarlos, sare.

—Hazlo en otra ocasión, Johnnie —insistió Fetherstone—. Ashe es un buen tipo para pasar una velada—lleno de diversión, ¿no? Al llegar a Guilford Street, entraron en la silenciosa y maloliente casa vieja y subieron sigilosamente a sus respectivas habitaciones.

El miércoles por la noche, según lo acordado, Fetherstone se reunió con Ashe en el oscuro club de Wardour Street, donde tomaron varias copas, y en dos ocasiones unas chicas conocidas del alegre estudiante de Bart’s se lo llevaron a bailar. En tales

lugares las chicas parecen estar locas por el baile, pues llevan una vida agitada y poco saludable, a menudo estimulada por "snow" y otras sustancias mortales que se consiguen en secreto en el local—siempre que se tenga dinero.

CAPÍTULO VIII

El señor Ashe es inquisitivo

Fingiendo estar cansado de la ensordecedora orquesta y del ambiente del Idlers, el señor Ashe sugirió de pronto que tomaran un taxi hasta el hotel privado cerca del Strand donde él vivía, y donde podrían beber y fumar en un entorno más tranquilo. En consecuencia, media hora más tarde estaban sentados en profundos sillones frente al fuego, en un acogedor pequeño salón privado en Norfolk Street, con largos vasos a su lado. Ashe había estado describiendo sus imaginarios viajes por Chile, Argentina y Brasil, y le contó a su compañero que contemplaba hacer un recorrido por el Amazonas.

—Soy escritor, ¿sabes? Por eso viajo tanto —explicó.
—Debe de ser muy interesante —dijo Fetherstone, muy impresionado por la conversación de su nuevo amigo—. Los autores pueden viajar, pero los médicos nunca, salvo que entren al servicio de una línea naviera. Pero eso no da dinero. Yo voy a dedicarme a la medicina. Cuando uno establece una consulta, se queda en la misma casa de esquina toda la vida. Mi padre me ha prometido que, en cuanto esté plenamente titulado, me comprará una. Entonces se esperará que vegete en algún pueblo o quizá en alguna aldea sonriente, y que permanezca allí hasta morir de puro aburrimiento. ¡Pero no voy a hacer eso, si de mí depende! —declaró, riendo.

—¡Claro que no! Sé ambicioso. Márcate una meta y cúmplela contra todo obstáculo. Esa es la única manera de tener éxito, muchacho —dijo Ashe—. Aparte del interés científico en la

práctica médica, me imagino que la vida del médico común es la más mortal y aburrida de todas las profesiones... incluso más que la de cortar el cabello.

Ambos rieron.

—En Bart's somos un grupo bastante alegre —explicó el joven al poco rato—. A veces logramos animar las cosas por la noche. Pero todos tememos el momento en que seamos lanzados al mundo como "debidamente cualificados".

—Sí, debo admitir que un autor lleva una vida sin trabas, yendo de aquí para allá por el mundo en busca de material fresco con el que interesar a sus lectores. Hoy en día un autor no puede quedarse en casa y escribir sobre sucesos cotidianos. Debe encontrar algún tema nuevo y, si es novelista, algún color local fresco que aún no se haya retratado. Los novelistas están repartidos por todo el mundo. Desde las tundras árticas hasta las selvas de África y el Lejano Oriente, y desde los estudios de cine de Hollywood hasta los barrios bajos de ese puerto casi extinto de Vladivostok, hay cientos de escritores errantes, cada uno recogiendo materiales y atmósfera para nuevos libros que, tarde o temprano, aparecerán con cubiertas ilustradas en los escaparates de las librerías. —Y entonces Ashe, con su traje de noche bien cortado, se recostó, sorbió su bebida y posó como autor.

—¿Sobre qué escribe ahora? —preguntó Fetherstone, muy interesado.

—Bueno, estoy ocupado estudiando un tema bastante inusual: las viejas maldiciones medievales y sus consecuencias. Quiero escribir una novela e introducir una maldición tan sutil que no pueda ser detectada.

El joven frunció los labios. La mera mención de maldiciones despertó su interés. No conocía el nombre de Ashe como novelista, pero, al no ser lector de novelas, no era sorprendente que el nombre le resultara desconocido.

—Bueno —dijo—, oímos mucho sobre maldiciones, anatemas e imprecaciones y todo eso en la Edad Media, pero hoy está pasado de moda. Las maldiciones solo las creen personas neuróticas con la mente desequilibrada.

—Pero esas maldiciones medievales, y el mal que se colocaba sobre viejas casas y sus habitantes, las estoy estudiando, junto con las antiguas creencias de algunos países incivilizados.
—Un estudio muy interesante, diría yo —comentó Fetherstone —. Se sabe muy poco de ellas, salvo que hay algunos casos curiosamente bien documentados.

—Supongo que has estudiado la cuestión, ¿eh? —preguntó Ashe.

—Sí, superficialmente. Hay varias casas en Inglaterra que se cree están malditas, y varias en Francia e Italia.
—¿Sabes algo de ellas? —preguntó su compañero con aparente ingenuidad.

—Oh, solo un poco—lo que he leído, nada más. Hay bastantes libros sobre el tema —dijo el pelirrojo—. Las historias de ciertos viejos castillos en Hungría son, para mí, de gran interés. Hasta hace poco, aunque había oído relatos extraños sobre ellos, como cualquiera interesado en el tema, no les daba crédito. Ahora, sin embargo, mi opinión ha cambiado por completo.
—¿Qué quieres decir? —preguntó Albert Ashe, inmediatamente interesado.

—Quiero decir que parece indudable que hubo un mal colocado sobre el Palacio Imperial de Tsarskoe Selo en Rusia, y como consecuencia el régimen de los Romanov llegó a su fin. Se debió a la influencia perniciosa del falso monje Rasputin, que causaba las enfermedades del joven hijo del Zar. El monje, íntimo amigo de la Familia Imperial, profetizaba que en cierto día—quizá dentro de un mes—el niño sería atacado por una enfermedad fatal. Después su cómplice, Madame Vyrubova, dama de compañía de la zarina, lo trataba, y en efecto, en el día

profetizado por el "Santo Padre", el muchacho sufría un ataque repentino. Entonces Rasputin rezaba junto al lecho del enfermo, y el pobre pequeño recobraba la conciencia y se recuperaba en cumplimiento de la profecía y las falsas oraciones de Rasputin. Él fue el Espíritu Maligno de la Rusia Imperial.

—Una estafa muy ingeniosa —rió Ashe—. Pero Rasputin fue uno de los charlatanes más notables de la historia. La caída de Rusia se debió a él, ¿no?

—¿Quién lo sabe con certeza? Como un siniestro bribón, poseía algún secreto y lo usaba para demostrar a la Familia Imperial la exactitud de sus profecías y la eficacia de lo que fingía ser sus oraciones.

—Bueno, si alguien aprendiera tal secreto del mal podría cometer cualquier cantidad de crímenes sin ser descubierto, pues podría estar incluso al otro lado del Ecuador cuando ocurriera la tragedia y nadie podría relacionarlo con ella. Esto es una revelación completa para mí —declaró Ashe, con sinceridad —. Nunca supe que tales cosas pudieran existir.

—No más de una docena de personas en todo el mundo conocen el secreto mal que algunos pueden influir —afirmó el estudiante de medicina con igual certeza.

—Y tú eres uno de ellos, ¿eh? —comentó Ashe, con una sonrisa misteriosa.
—Sí. La información me llegó de una manera muy curiosa y confidencial, de un viejo tío mío.

—"Sumamente interesante" —declaró Ashe, cuyo rostro había adoptado ahora una expresión profunda y pensativa—. "Es justamente la influencia perniciosa que quiero describir en mi nueva novela. Mi trama requiere solo esa cosa para completarse. Supongo que la verdad no puede describirse. ¿Solo la conocen unos pocos?"

—“Un secreto absoluto, y difícilmente uno que deba revelarse al público, ¿no cree?” —preguntó el joven.

—“Ciertamente no, salvo de un modo en que no pudiera usarse para el mal” —dijo Ashe—. “¿Pero podría invocarse tal condición de mal aquí en Londres?”

—“Puede invocarse en cualquier parte. Sé que hay una persona capaz de ejercer sus poderes en Londres en este mismo momento.”

—“¿De veras?” —exclamó Ashe, con un repentino entusiasmo que no pudo reprimir. Al instante siguiente, sin embargo, asumió hábilmente un aire de indiferencia. Luego rió y preguntó:—
“¿Has oído hablar de un hombre llamado Bettinson?”
—“№ ¿Bettinson? ¿Quién es?”

—“Oh, he oído vagamente de él como estudiante del ocultismo. Eso es todo.”

Fue lo bastante astuto para no insistir más en la conversación, y Fetherstone lo aceptó por lo que decía ser: un escritor que luchaba por alcanzar la fama.

Charlaron hasta casi las dos de la madrugada, cuando, tras una última copa, se despidieron, y el estudiante de medicina caminó de regreso a Bloomsbury bajo la llovizna.

Poco después de las diez de la noche del día siguiente, mientras el señor Ashe fumaba su cigarro en un cómodo sillón frente al fuego, en su hotel cerca del Strand, un botones subió con una tarjeta que llevaba el nombre de “Mrs. Denham”. Ashe se levantó y dio órdenes de que la señora subiera, y entonces Lady Wyndcliffe, una figura elegante y erguida, entró en la habitación.
—“Me alegra que recibieras mi mensaje, Etta” —dijo—. “No podía marcharme de Londres sin verte. Quítate el abrigo y siéntate.”

Y la ayudó a quitarse su hermoso abrigo de marta cebellina, que le había regalado un amigo en su último cumpleaños.
—"Sibell está con Otway, así que estaba sola cuando tu amigo llamó" —dijo ella—. "¿Es muy importante?"

—"Sí, bastante. ¿Sabes si Otway tiene algún amigo llamado Fetherstone, estudiante de medicina?"

—"¿Fetherstone? Sí, creo que sí. ¿Por qué?"

—"Solo quería saber si se conocían" —respondió el exsirviente reflexivamente—. "Tengo razones para querer saberlo."

—¿Qué razones?
—Te lo diré después —respondió el hombre, hundiéndose perezosamente de nuevo en su silla, mientras una sonrisa enmascarada se formaba alrededor de sus delgados labios.
—No es muy seguro para mí venir aquí —dijo su señoría con aprensión.

—¡Bah! No hay nadie que te siga. Te estás volviendo cobarde últimamente. ¿De qué tienes miedo?

—De muchas cosas —contestó su antigua amante.

—¡Tonterías! Solo tendremos que ir despacio un tiempo, hasta volver a engañar a Rupert. Muy pronto sus propios asuntos lo mantendrán alejado de Inglaterra y de entrometerse.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su visitante.

Un rojo intenso subió lentamente al rostro del hombre.

—Sabes muy bien lo que quiero decir. ¿Estás ciega? La suerte está de nuestro lado, querida Etta. No te acobardes.

Convocó los ojos bajos de la hermosa mujer hacia los suyos, y el alma que lo miraba desde debajo de un cúmulo de pestañas negras parecía retorcerse en el purgatorio.

—El peligro nos amenaza a ambos, así que debemos afrontarlo —continuó el hombre con severidad—. Procura que Otway no se encariñe demasiado con Sibell. Eso no debe suceder. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero el amor es la cadena más fuerte del mundo, y Sibell está enamorada de él. Además, ahora es independiente, ¡recuerda!

—Entonces estoy medio inclinado a pensar que Otway debería quedarse en Londres. Solo que muy posiblemente pueda sernos útil. Es cierto lo que dices del amor. Pero el amor tiene alas, y si lo aburres o lo dejas sentirse solo, entonces puede volar —añadió con una risa altiva.

De pronto la determinación en su rostro se intensificó, y dijo:
—Si cierta persona llega a Londres, entonces podremos salir del apuro otra vez. Si no viene, ¡piensa lo que significaría para ambos! —Y se detuvo y la miró—. Déjame usar mi ingenio, Etta —añadió, con un brillo maligno luchando en sus ojos.

—¿Y... y quieres que yo... qué? —comenzó la aterrorizada mujer.
—No quiero que hagas nada, querida Etta, salvo mantener la boca cerrada. Ve a la Riviera y diviértete. No me escribas ni intentes comunicarte. Si quiero informarte de algo, escribiré a "Mrs. Harrison" en la Poste Restante, Cannes. Ve allí el primer día de cada mes y mira si hay una carta.

Y se levantó, con una expresión hosca en su siniestro rostro.
—Sé de algo que hará que los perros se lancen sobre él, seguro.
—¡Tú... tú, demonio vengativo! —gritó la mujer—. ¡Sé a qué aludes!

—Bueno, seguramente debemos protegernos. Él haría lo mismo conmigo—si pudiera. —Y sus fríos ojos grises brillaron con una horrible insinuación—. Me cerraría la boca si se atreviera. Pero dos pueden jugar el mismo juego.

—¿Y... y la pobre Sibell? —jadeó la tía de la joven, pálida y temblorosa—. ¿Qué será de ella?

Él se detuvo y volvió a mirarla directamente al rostro.

Bajo su mirada, un gesto de horror absoluto apareció en sus ojos.

Ella se levantó bruscamente y se puso el abrigo con dedos nerviosos, el pecho agitado bajo el delicado corsé negro.
Se acercó a él con el ceño fruncido y lo escrutó nerviosamente.
—¡Maldito seas! ¡Sé lo que quieres decir! —gritó al fin—. ¡Pero no lo harás! ¡Dios mío... no lo harás!

El hombre que había fingido ser su ejemplar mayordomo soltó únicamente una risa áspera y forzada mientras ella se lanzaba fuera de la habitación y cerraba la puerta tras de sí.

—¿Que no lo haré? —murmuró en voz alta, entre dientes apretados—. ¡Ya lo verás muy pronto, señora! ¡Y no te atreverás a chillar por tu propio cuello!

CAPÍTULO IX
El encanto de la nieve

Etta Wyndcliffe había cambiado de opinión. Era un hábito frecuente en ella. En el último momento decidió que aún era un poco temprano para la Riviera, por lo que eligió los deportes de invierno en Suiza como preludio a la Côte d'Azur. Así, una semana después de su airada separación del estimable Ashe, ella, junto con Sibell, Brinsley y su doncella, partió de Londres hacia el maravilloso país blanco de la naturaleza en Gurnigel, el nuevo y palaciego centro invernal, alto en las montañas sobre Berna.

Al bajar del cómodo wagon-lit del Oberland Express, que los había llevado de noche desde Calais hasta Berna, encontraron

esperándolos un potente automóvil, con cadenas en las ruedas a causa de la nieve de montaña, y pronto estuvieron en camino, bajo el brillante sol de la mañana, por una buena carretera abierta que corría a lo largo de la ladera baja de una colina empinada, ofreciendo una amplia vista del fértil valle del Gürbe cubierto de nieve hacia Thun; luego, ascendiendo más alto, pasaron por huertos de cerezos ahora blancos de nieve, pero que en abril se cubren de flores. Por todas partes el manto inmaculado de la naturaleza se acumulaba sobre los amplios techos de madera de chalets y dependencias. Atravesaron tranquilos pueblecitos, uno tras otro, hasta que, tras dejar la pintoresca y acogedora aldea de Riggisberg, se les presentó la verdadera y empinada subida de la montaña.

—¡Qué maravilla tan perfecta! —exclamó Sibell, mirando encantada por la ventana hacia donde, al otro lado del lago de Thun, se alzaban los gigantes, el Eiger, el Mönch, la Jungfrau y otros de aquella cadena, con sus eternos glaciares y nieves perpetuas.

—Sí —exclamó su amante, sentado frente a ella—. ¡Qué cambio tan completo respecto al oscuro y triste Londres, con sus nieblas y lluvias! ¡Qué glorioso!

—Lo llaman el Glorioso Gurnigel —observó Lady Wyndcliffe, mirando alrededor—. Y realmente parece que el adjetivo es apropiado.

Ya estaban en el corazón de la Suiza rural y, a medida que la empinada carretera ascendía más y más por numerosas curvas, entraron en los grandes bosques de pinos cargados de nieve, esos bosques que abundan en toda la región y que impregnan el aire frío y helado con su saludable fragancia.

Otro giro repentino del camino, y apareció ante ellos el gran edificio blanco y alargado, donde altas hogueras de leña y la cálida bienvenida del cordial director, el señor Schelb, los aguardaban.

Dentro del enorme hotel se encontraron enseguida en medio de una alegre multitud de jóvenes ingleses aficionados a los deportes de invierno, las chicas en su mayoría con jerséis de colores vivos y pantalones, algunas en negro, y bufandas alegres, con pantalones bien cortados que algunas preferían a las medias. Los hombres estaban en su mayoría con atuendo de esquí, y la charla durante el almuerzo era, por supuesto, sobre esquí, patinaje o bobbing. Reinaba un ambiente despreocupado de alegría en todas partes, dentro y fuera del hotel, pues todos estaban decididos a disfrutar, y el buen humor era contagioso; incluso los mayores pronto se sentían rejuvenecidos por el maravilloso aire impregnado de pinos a cuatro o cinco mil pies sobre el nivel del mar.

Por todas partes el terreno pertenecía al hotel. Para dar una idea del tamaño de la finca, ¡había más de treinta millas de senderos y caminos en ella!

Descansaron tras el viaje, luego se pusieron la ropa deportiva y botas resistentes a la nieve, y salieron al pintoresco mundo blanco para recorrer el Belle Vue Walk y así hacer su primer contacto con el Glorioso Gurnigel, el aristócrata entre los centros turísticos.

Afuera, Sibell y Otway, caminando solos, se encontraron de inmediato en un gran bosque de pinos y abetos cargados de nieve, donde el viento susurrante era el único sonido, pues estaban ya muy arriba, lejos de la morada del hombre. Los árboles daban ingresos a la gran finca—no muchos en estos días, pero suficientes para emplear a varios campesinos. En la colonia que había surgido alrededor del hotel había un aserradero, y en él unos mil árboles se cortaban anualmente en tablas, que se enviaban a Berna y se vendían para la construcción de chalets, mientras las ramas inútiles se cortaban para leña que, además de los radiadores, calentaba el hotel en invierno. De los mil árboles talados en el proceso de aclareo de aquellos encantadores bosques, muchos troncos rectos, tras setenta u ochenta años de crecimiento, bajaban a las tierras bajas para convertirse en postes de telégrafo. Y, por cada mil

árboles cortados, se plantaban cuatro mil retoños cada año. El número era tal que solo uno de cada cuatro llegaba a la madurez, pues muchos morían o crecían torcidos, y por ello se sacrificaban como leña en su juventud.

Así, la explotación forestal en la enorme finca no era asunto menor, y resultaba una reflexión interesante, mientras paseaban por un sendero descendente junto a un arroyo—ahora congelado por el invierno—, que en aquellos caminos boscosos o pistas abiertas de esquí, nadie podía impedirles el paso. Después del almuerzo Lady Wyndcliffe estaba ocupada con su doncella, desempacando, por lo que los amantes se internaron por aquel romántico sendero del bosque, pintoresco y brillante como una tarjeta navideña en cada recodo, que finalmente conducía al maravilloso mirador llamado Belle Vue.
Al fin, en el crepúsculo, llegaron a una pendiente pronunciada y, en lugar de volver a subirla, se sentaron en un banco conveniente para descansar.

Un grupo de chicas risueñas con vistosos trajes deportivos, acompañadas de varios jóvenes universitarios ingleses, pasó de regreso para tomar el té, haciendo resonar el bosque con su alegría, mientras tras ellos venía un hombre alto y atlético, vestido de azul oscuro y con gorra de guía, deslizándose sobre esquís.

En este último ambos se interesaron, pues ninguno había visto antes a una persona sobre aquellas largas tablas de madera.
—¡Estoy segura de que nunca podré esquiar! —declaró Sibell, mientras observaba al hombre desaparecer por el sendero.
—Oh, sí que podrás. Harman, que estuvo conmigo en Bart's, fue a Wengen una temporada y aprendió en una semana —respondió él—. Pronto lo harás bien con un buen instructor. Me ocuparé de ello mañana.

—¡Pero mira lo largas y torpes que son esas cosas! —protestó la joven.

—Cuando aprendes, puedes hacer cualquier cosa con ellas. Es solo cuestión de destreza y equilibrio, como aprender a andar en bicicleta.

—Sé andar en bicicleta perfectamente.

—Entonces muy pronto podrás esquiar —la aseguró él—. Pregunté al conserje, y me dijo que aquí hay un excelente instructor, uno de los mejores del Oberland. Es un suizo de Mürren llamado von Allmen—todos los ingleses aquí lo llaman "John".

—Muy bien —rió ella—. Haré que John me enseñe.

—¡Bien! Arreglaré la lección para mañana —dijo su amante; y luego, tomando su mano enfundada en gruesos guantes, la miró a los ojos y añadió:— ¿No es este lugar un verdadero paraíso, querida—un paraíso para ti y para mí? Compara la vida agitada y artificial de la Riviera, con sus excesos de lujo, vicio y juego, con este aire limpio, sano y libre de gérmenes—este paisaje magnífico, estos grandes bosques y montañas imponentes, este sitio donde todo es natural y obra de Dios. ¿No es todo maravilloso—glorioso?

La joven contuvo la respiración un instante; luego, al mirar a los ojos de su amante, respondió:

—¡Sí, lo es, Brin! Estoy tan feliz hoy—demasiado feliz, porque... bueno, de algún modo siento que esta dicha perfecta es demasiado completa para durar. Yo...

Pero Otway no le permitió expresar más temores, pues de pronto la tomó en sus brazos y, sujetándola con firmeza, la besó muchas veces en los labios.

Luego, al oscurecerse el bosque, se levantaron y, tomados del brazo, regresaron al enorme hotel brillantemente iluminado, donde, en el gran salón al final del magnífico salón de baile, la tía de Sibell había asegurado una mesa para el té.

—Hemos estado explorando el lugar, tía —dijo Sibell al sentarse —. Los paseos son simplemente maravillosos. ¡Estoy encantada de que hayamos venido!

—Yo también —declaró Otway.

—Ena Oxenford me habló de esto —dijo su señoría—. Estuvo aquí el verano pasado. Sin duda pronto se convertirá en un segundo St. Moritz, cuando la gente lo conozca. Estoy de acuerdo en que, por ahora, es encantador.

Sibell lucía muy elegante con su traje de esquí negro hecho a medida y pantalones bien cortados, el único toque de color era su brillante bufanda azul y roja que combinaba con sus polainas noruegas. Llevaba una gorra de guía con visera, y en ella ya había prendido la pequeña insignia azul pálido y blanca del Club de Esquí de Gurnigel, al que se había inscrito en cuanto llegó.

Mientras se sentaban entre la alegre multitud inglesa, tenían plena vista del salón de baile—quizá uno de los más bellos de toda Suiza—donde la gente danzaba al son de una excelente orquesta. Había alegría y camaradería por todas partes, aunque un grupo de unos sesenta alemanes de buena clase también eran visitantes. Tal hecho no era usual, pues en invierno Gurnigel se mantenía esencialmente inglés. Sin embargo, esa temporada era así, y resultaba especialmente notable que no existiera odio racial entre las dos nacionalidades. En la Suiza neutral estaban en terreno común.

Sin que Sibell ni su amante lo advirtieran, en el lado opuesto del salón se hallaba sentado un joven de cabello oscuro y liso, labios gruesos y aspecto sensual, que, desde detrás de una de las columnas de mármol, observaba furtivamente a la muchacha mientras sorbía perezosamente su té y fumaba un cigarrillo egipcio.

Había intentado entablar conversación familiar con la camarera suiza de delantal de muselina que lo atendió, pero fue ignorado,

y ahora sus grandes ojos negros estaban fijos en Sibell, cuya belleza y elegancia destacaban incluso en medio de aquella multitud tan distinguida.

—Realmente creo que los deportes de invierno son un buen preludio para la Riviera —decía la tía de Sibell, mientras seleccionaba perezosamente un cigarrillo de su estuche dorado y lo golpeaba—. Agatha, esa pequeña americana impertinente a la que llevé la temporada pasada, quería ir a St. Moritz, pero me negué. Ahora lamento no haber ido. Por supuesto, ustedes dos irán a esquiar mañana.

—Sí —respondió la joven—. Ambos tendremos nuestra primera lección con John. Lo vi en el vestíbulo justo cuando entramos. ¿No es un chico apuesto, Brin?

Su amante asintió, y luego le sugirió que bailaran.

Al instante estaban en la bien cuidada pista del gran salón blanco y dorado, donde en las mesas alrededor se sentaba una alegre multitud de aficionados a los deportes de invierno, aún sin percatarse de los oscuros ojos del hombre, medio oculto, que parecía fascinado por la extraordinaria belleza de Sibell.

Gurnigel en verano es un maravilloso retiro boscoso—un lugar espléndido donde ningún sonido perturba el silencio de la montaña salvo el canto de los pájaros, el murmullo de los arroyos, el tintineo musical de los cencerros y quizá los golpes del hacha del leñador. Pero en cuanto las lentas vacas con sus campanas son llevadas al establo y cae la primera nieve del invierno, se produce una transformación en un gran paisaje nevado, donde una alegre multitud se divierte con buen humor y con esfuerzos comunes por sacar diversión de todo. No hay distancias sociales ni grupos insociables. El recién llegado, sea hombre o mujer, es recibido de inmediato, integrado en el círculo, de modo que nunca falta compañía para esquiar o pareja para bailar.

Las alegres festividades de enero son acontecimientos que se recuerdan por mucho tiempo, pues ni problemas ni gastos se escatiman para asegurar el éxito de las diversas celebraciones, los huéspedes participando en el verdadero espíritu de las cosas, de modo que no hay un solo momento aburrido; todo transcurre con entusiasmo, y se convierte en un tiempo de intensa alegría. Si el clima resulta malo, o la nieve deja algo que desear, entonces hay toda clase de juegos bajo techo—bolos, curling en interiores, ping-pong y muchas otras diversiones, siendo el baile a la hora del té uno de los más animados, y la alegre multitud compadece a los pobres empapados y atrapados por la niebla en casa.

Así fue con los recién llegados—en realidad, con todos los que venían frescos de Londres.

El Glorioso Gurnigel era, descubrieron, verdaderamente glorioso en todo el sentido del término.
Más tarde, cuando Sibell, con un delicado vestido blanco de baile bordado con cuentas, que favorecía admirablemente su tez clara, bajó a encontrarse con el joven doctor para la cena, se topó en el largo corredor alfombrado de rojo, paralelo al salón de baile, con el alto y erguido joven cuyos ojos habían estado sobre ella mientras tomaba el té y mientras bailaba.
Él pasó junto a ella con aire ocioso, sonrió ampliamente, murmuró algo y, inclinándose, le deseó en voz baja en alemán: “Buenas noches”.

Con su altivez inglesa, ella se irguió, lo miró fijamente al rostro y siguió adelante, recordando, no obstante, que en tales centros turísticos las presentaciones se hacen fácilmente, y las amistades se rompen con igual facilidad.

Cuando, unos momentos después, Otway y su tía se reunieron con ella, no mencionó el incidente. Sabía que sin duda provocaría la indignación de su amante el que no pudiera quedarse sola un instante en el hotel sin que un extraño intentara conversar con ella; y, además, no deseaba una escena.

Aquella noche, tras cenar en el elegante restaurante, ocuparon una mesa al final del salón de baile cerca de la orquesta, y muchas veces la feliz pareja bailó junta, absteniéndose solo cuando se anunció un “Paul Jones”.

A la mañana siguiente tuvieron su primera lección de esquí. El alto y atlético instructor suizo, con su impecable traje azul y la insignia de guía en el pecho, les ajustó los esquís a las botas y los llevó a lo que se conoce como las “pistas de iniciación”, donde todos los principiantes comienzan aprendiendo a mantenerse en pie sobre los esquís y cómo caer en la nieve blanda y polvorienta de manera que no se lastimen.

A pesar de muchas caídas y abundantes bromas, disfrutaron plenamente durante dos horas, aún inconscientes de que aquel par de ojos negros y malignos los observaba atentamente desde una ventana del primer piso con la misma fija y siniestra expresión.

Aquella tarde, después del almuerzo, la pareja, ajena a la atención que había despertado, se unió a un pequeño grupo de esquiadores y ascendió por encima de la línea de árboles hasta la cima del monte Gurnigel, unos mil pies más arriba, donde, de pie bajo el sol vespertino en la veranda de la desgastada cabaña-refugio del Club Alpino Suizo, contemplaron uno de los panoramas más maravillosos de valle, lago y montaña de toda Suiza. Ante ellos, muy abajo, se extendía todo el distrito de Thun y su encantador lago, flanqueado a un lado por las montañas del Emmental y al otro por el escarpado y severo Stockhorn y el cónico Niesen, con el ferrocarril de montaña más empinado de Europa, mientras más allá se alzaban, blancos, majestuosos y apenas teñidos por la delicada luz rosada del resplandor alpino, la Jungfrau y sus vecinas. La escena era como la que se obtiene desde un aeroplano y, como los demás del grupo habían subido con esquís, descendieron velozmente a casa, primero por amplias y empinadas laderas, luego, al tomar la carretera, siguieron su borde a través del bosque de Black Lake y bajaron directamente hasta el hotel.

Pero Sibell y su amante, al no saber esquiar, permanecieron solos y silenciosos en el ocaso, hijos de las alturas. Sus corazones estaban demasiado llenos para expresarse en simples palabras.

Al fin, mientras se encontraban frente a la imponente Jungfrau, cuya elevada cima se teñía cada vez más con el espléndido resplandor rosado, él se inclinó y la besó, y luego, tomados de la mano, comenzaron a descender por la empinada y sinuosa carretera, llegando de nuevo al hotel justo cuando el crepúsculo se había transformado en oscuridad.

Y al reunirse con Lady Wyndcliffe en su mesa de té en el rincón, aquel par de oscuros ojos inquietantes volvió a posarse sobre ellos.

CAPÍTULO X
Esquiadores y "Sopladores de espuma"

Sibell tuvo su segunda lección de esquí al tercer día después de su llegada.

El segundo día nevó tan intensamente que por la tarde se convirtió en una verdadera ventisca. Pero en un centro de deportes de invierno la nieve fresca siempre es recibida con alegría por grandes y pequeños, y el día siguiente, con sus delicias, es esperado con entusiasmo.

La mañana resultó perfecta, el termómetro marcaba cero y el cielo estaba despejado, con un sol cálido y saludable, mientras en lo profundo del valle yacían las oscuras nubes de lluvia, volviendo las altitudes bajas húmedas y sombrías.

El siempre fiel John llevó a sus alumnos por la empinada colina detrás del hotel hasta las suaves pendientes tras aquel conjunto de edificios agrícolas conocido como el Stock-Hut, y,

deteniéndose de pronto, se dirigió a la joven en su peculiar inglés suizo:

—Ahora, señorita Dare, le pondré los esquís aquí. La nieve es demasiado profunda para que camine más.

Mientras Otway se ocupaba de ajustar sus propios esquís, John se arrodilló y fijó los de Sibell, ella equilibrándose sobre un pie y apoyándose en su hombro. Cuando ambos estuvieron listos para subir la pendiente, Sibell exclamó:

—¡Dios mío, John! No puedo subir allí con estas cosas.

—Oh, sí podrá, señorita —respondió el apuesto experto suizo—. Es bastante fácil. Yo haré una huella para usted.

Luego, tras mucho esfuerzo, ella resbaló y cayó varias veces en la nieve, siempre siendo levantada rápidamente por el atento John.

—¡De verdad, Sibell! —exclamó su amante en voz baja—. Creo que te estás sentando a propósito, para que tu apuesto guía venga al rescate. ¡Yo quedo fuera de todo!

No sabía que John había escuchado sus palabras y estaba secretamente divertido. Pero John estaba acostumbrado a oír tales comentarios entre jóvenes parejas enamoradas que eran sus alumnos en la nieve.

Al comenzar la lección, John, mediante demostraciones, explicó claramente a ambos el arte del esquí. Sibell, algo tímida como todas las chicas al principio, se dejó llevar del brazo por él mientras descendían juntos la pendiente. Entonces Sibell perdió el equilibrio y cayó de cabeza en la nieve blanda, con los esquís en el aire.

—¡Bueno! —preguntó John, fingiendo sorpresa—. ¿Con qué propósito se cae, señorita?

—Pues, para sentarme y detenerme —respondió la joven, riendo a carcajadas mientras él la ayudaba a ponerse de pie otra vez.

Un momento después volvió a caer, y John dijo:

—Ahora, ciertamente no había necesidad de eso. Intente levantarse sola, pero recuerde: cuando esté en una pendiente como esta, nunca deje que sus esquís miren cuesta abajo. Debe girarlos para que miren de lado hacia arriba —añadió. Una peculiaridad de su inglés era que para él todos los esquís eran masculinos—. De lo contrario, se deslizarán y usted no podrá detenerlos.

Después de que Sibell permaneciera un minuto o dos en la nieve, retorciendo y girando sus esquís en toda clase de contorsiones, para gran diversión de Otway, al fin logró enderezarse con la ayuda de la mano pronta de John.

—Ahora, señorita —dijo él, después de que ella se recuperara—. Intentaremos el giro en cuña. Este es un giro muy importante de aprender, pues ayuda en todos los más complicados. ¡Mire! ¡Obsérveme!

Luego se deslizó por la pendiente un corto trecho y demostró lo que quería decir, mientras los amantes observaban y admiraban la facilidad y gracia de su esquí.

—Ahora, señorita, ¿quiere intentarlo? —dijo al volver a su lado, colocando sus guantes juntos en el cinturón.

Armándose de valor, la joven comenzó a descender lentamente, John siguiéndola de cerca, con su amante mirando.

—¡Ahora, pie derecho adelante! —ordenó el ágil suizo—. Tráigalo hacia delante y presione hacia afuera con el talón. ¡En el talón! ¡Ahora, fuerte!

¡Ay! Para cuando la última palabra de mando le llegó, se encontró en un enredo sin remedio, y cayó medio cubierta en la nieve profunda con ambos esquís prácticamente ocultos.
La primera vez que se hace un giro en cuña siempre pone en aprietos. Pero es solo cuestión de destreza y equilibrio, y pronto se aprende con facilidad.

John estuvo junto a ella en un instante, bajando velozmente y haciendo un perfecto telemark, con el que se detuvo justo en el lugar exacto, donde permaneció un segundo riendo a carcajadas de su situación.

—No se preocupe, señorita Dare —dijo animándola—. Lo encontrará bastante fácil después de uno o dos intentos fallidos.
—¡John! —exclamó ella, con fingido resentimiento—. ¡Si te ríes de mí cuando estoy en este lío te detestaré!

—Oh, por favor no diga eso —suplicó John—. Comenzó muy bien, pero al iniciar el giro se inclinó hacia adentro en lugar de hacia afuera.

—¡Brin! ¡Te estás riendo de mí! —gritó la joven a su amante—. ¡Ya verás cuando lo intentes!

—Ahora, señorita —dijo John—, se lo mostraré otra vez; e hizo un elegante giro en cuña justo cerca de ella, señalando la falta que cometen todos los principiantes.

Seis veces lo intentó y fracasó, pero en la séptima logró girar bastante bien, y lo repitió dos veces sin caer.

Luego, al cumplirse la hora de la lección, regresaron al hotel. Otway aprendería a la mañana siguiente.

Ese día resultó algo especial para Gurnigel.

Cuando se habla del sol invernal, quienes no conocen los deportes de invierno en Suiza naturalmente piensan en la Riviera. Pero en los Alpes, en invierno, el sol es más cálido que en

Niza, con cielo azul claro, aunque el termómetro marque diez o más grados de escarcha. Es uno de los fenómenos de los Alpes que uno se broncea en medio de la nieve.

Al entrar al hotel media hora antes del almuerzo, Otway notó, clavado en uno de los altos pilares del vestíbulo, un aviso encabezado:

> "¡Sopladores de espuma! Aviso de emergencia. Una reunión de la Antigua Orden de Sopladores de Espuma se celebrará en la sala de recreo a las 2:30 p.m. de hoy. Todos los Sopladores deben asistir.—Soplador № 24."

A Otway y Sibell les pareció divertido y, riendo, entraron en el restaurante a almorzar, ignorantes de lo que estaba ocurriendo en ese momento.

—¿Qué son los Froth-Blowers? —preguntó la joven mientras se sentaban juntos.

—Oh, he oído hablar de ellos —respondió su amante—. Es una sociedad muy extendida de ingleses por todo el mundo. Llevan gemelos de plata con iniciales azul oscuro—A.O.F.B.—como insignia, mientras que sus cuotas de cinco chelines por la membresía vitalicia se destinan a aliviar el sufrimiento de niños pobres. Es una hermandad de ingleses patrióticos y filantrópicos para ayudar a los desamparados.

—Me pregunto por qué se ha convocado una reunión de emergencia —comentó Lady Wyndcliffe—. Conozco al menos una docena de "Blowers" que llevan sus gemelos tanto de día como de noche. ¡Ay del Blower que olvide sus gemelos, pues debe pagar la bebida de todos los presentes! Esa es una de las reglas de la Orden.

—¡Brin, tendrás que ser un Blower! —rió Sibell alegremente—. ¡Yo pagaré la suscripción de cinco chelines por ti!
Y luego dejaron el tema.

A las dos y media, dieciséis jóvenes ingleses atléticos se reunieron en una sala lateral donde se jugaba en días húmedos o brumosos—que, en realidad, eran muy pocos en Gurnigel—bajo la presidencia del "Blaster", un hombre mayor, de rostro redondo, llamado Gordon Mitchell. Un "Blaster", cabe decir, es el título otorgado a un Froth-Blower que consigue veinticinco reclutas para la Orden, y como recompensa lleva una insignia de plata detrás de la solapa de su abrigo.

Se concedieron cinco minutos de gracia a los rezagados. Luego el señor Mitchell mostró su insignia, cerró la puerta, la cerró con llave y, volviéndose hacia los jóvenes reunidos, dijo:

—Compañeros Blowers, tenemos una decisión que tomar, pero no debe ser apresurada ni irreflexiva. Todos somos ingleses, y no debe haber odio racial. Esto es una cuestión de principios generales. En este hotel hay cierto hombre que debe recibir una lección—y una severa. El hombre en cuestión ha insultado a no menos de ocho jóvenes inglesas. A una le ha escrito una carta abominable, que no leeré, pero que les entregaré. El hermano de esa joven está presente. En otro caso siguió a una joven inglesa, que está aquí con su madre, al bosque, la agarró, la besó y, como consecuencia de sus gritos, otra inglesa tuvo que acudir en su ayuda. Ahora, Blowers, ¿vamos a tolerar esto?

—¡No! —gritaron todos al unísono—. ¡Vamos a echarlo!

—Estoy de acuerdo —dijo el hombre de cabello gris con mucha calma—. El hombre se llama Ira Frank, y viene de Frankfurt. Hemos descubierto, tras algunas averiguaciones, que es un libertino sensual y cazador de mujeres. He mostrado esta carta al director del hotel, quien, en consecuencia, le ha pedido que se marche en el próximo automóvil, que sale hacia Berna a las 3:30.

—¡No se irá hasta que yo tenga algo que decir! —gritó el hermano de la joven ofendida, un estudiante de medicina londinense, tras lo cual todos sus amigos estuvieron de acuerdo y discutieron qué debía hacerse.

—¡Blowers! —exclamó el señor Mitchell—. ¡Silencio, por favor! Primero, no se debe poner una mano sobre él, pues es alemán. Y, antes de hacer nada, iré a ver al doctor Rothe, jefe del grupo alemán de visitantes, y le contaré lo que hemos descubierto, le mostraré la carta y le informaré de nuestras intenciones.

—¡Sí! —gritó una voz—. ¡Vamos a echarlo a pedradas! ¡No volverá a molestar a nuestras chicas! Ha probado el Glorioso Gurnigel—¡y no volverá aquí una segunda vez! —lo que provocó una carcajada general.

—Intentará escabullirse, muchachos —dijo otro—. Debe haber centinelas alrededor del hotel. ¡Yo los guiaré!

—No hasta que haya escuchado la opinión del doctor Rothe —exclamó el señor Mitchell, levantando una mano de advertencia —. ¡Podríamos provocar fácilmente un disturbio aquí, y ciertamente no debemos hacerlo! Reúnanse de nuevo aquí en media hora, y les diré el resultado de mis gestiones.

Y el hombre de complexión cuadrada y cabello gris se marchó a buscar al líder del grupo alemán de deportes de invierno.

Cinco minutos después estaba solo en su salón privado con un alemán de rostro agradable, educado, de mediana edad, que, al escuchar los hechos y ver la carta ofensiva, quedó asombrado.

La carta estaba escrita en el papel de negocios del culpable, con su dirección de Frankfurt y firmada por él.

—Bueno —dijo el doctor en buen inglés—, es un consuelo que sea un extraño. No es de nuestro grupo. Pidió unirse y aceptamos.

—Sé que estamos pisando terreno delicado —dijo el señor Mitchell—, pero los jóvenes ingleses aquí están decididos a que se marche con ignominia. Antes de tomar cualquier acción, le pediría que consulte con algunos de los miembros más influyentes de su grupo y averigüe su opinión. Me atrevo a

señalar que esto no es odio racial, pues, si un inglés hubiera actuado como él, habríamos tomado la justicia por nuestra mano exactamente de la misma manera.

—Lo entiendo perfectamente y, en nombre de mi grupo, le agradezco sinceramente, señor Mitchell —respondió el alemán, estrechando la mano del inglés—. Si espera diez minutos, volveré y le diré nuestra opinión. ¿Por supuesto no habrá violencia?

—Ninguna en absoluto, se lo aseguro. Solo se le dará una lección —respondió el inglés.

Diez minutos después el corpulento doctor alemán volvió a entrar en la sala.

—Estamos totalmente de acuerdo en que ese individuo debe recibir una lección —dijo—. Con un ojo nos reiremos de su vergüenza, pero con el otro, lamentablemente, lloraremos porque es alemán.

—Entonces está acordado —dijo el señor Mitchell, estrechando de nuevo la mano del alemán.

—Las relaciones entre mis amigos y los visitantes ingleses son, gracias a usted, señor Mitchell, sumamente cordiales —dijo el doctor—. Ha hecho todo lo posible por eliminar cualquier pequeño prejuicio que sus amigos pudieran tener contra nosotros. Y le aseguro que todos lo apreciamos sinceramente. El inglés le dio las gracias, expresó su pesar por el desagradable incidente ocurrido y se dirigió de inmediato al lugar donde los Froth-Blowers aguardaban la decisión.

En pocas palabras les contó su negociación y la resolución de los alemanes, tras lo cual una docena de ellos corrió a conseguir municiones en forma de huevos—que compraron en las tiendas, pues no había huevos pasados—, tomates podridos, naranjas y limones, mientras otros salieron a recoger inmundicia envuelta en periódicos. En cinco minutos, todos los “Blowers” estaban

apostados alrededor del hotel esperando la aparición del individuo.

Sibell estaba de pie con Brinsley en el balcón sobre la entrada principal del hotel y, al notar la repentina carrera de unos veinte jóvenes, dijo:

—¡Me pregunto qué será todo este alboroto!

Apenas había pronunciado las palabras cuando se oyó un grito: "¡Blowers!", y al instante vio al desconocido de ojos oscuros, el mismo que le había susurrado en el pasillo la otra noche, lanzándose colina abajo sobre un pequeño trineo.

En un momento, veinte jóvenes atléticos corrían tras él. El hermano de la muchacha a quien había escrito la carta, buen velocista, tomó un atajo y lo atrapó, tras lo cual los demás arrojaron contra el culpable toda clase de proyectiles e inmundicia, para regocijo y diversión de un centenar de espectadores.

—¡Toma eso, cerdo alemán! —gritó el hermano enfurecido, estampando un periódico lleno de porquería sobre el rostro del individuo—. Eso te enseñará a escribir tus malditas cartas de amor en el futuro.

El sinvergüenza había perdido el sombrero, y su cabello estaba cubierto de huevos rotos y tomates podridos. Sus ropas eran tal masa de suciedad repugnante que nunca podrían volver a usarse, y lo último que se vio de él fue su figura tambaleante bajando la colina entre las burlas de la multitud, tanto alemanes como ingleses.

Verdaderamente fue una tarde emocionante en Gurnigel.

CAPÍTULO XI
Un visitante en la Casa de Huéspedes

Antes de partir hacia Suiza, Otway y Sibell habían hecho varias visitas a la Casa de Huéspedes de Hampton Court, cerrada desde hacía mucho tiempo, y, acompañados por el señor Sheldon, un conocido autor y anticuario, la joven había seleccionado varios de los muebles más valiosos, una cantidad de plata antigua —incluyendo dos copas de la época de Carlos II — y varios retratos familiares, todo lo cual había sido enviado a depósito hasta que la vieja casa pudiera ser decorada y amueblada de nuevo.

El mobiliario incluía varias piezas muy raras de las épocas de Carlos I, de la reina Ana y de Guillermo y María, todas enteramente genuinas, sin rastro de la mano del restaurador.

De hecho, el viejo anticuario señaló que un juego de auténticas sillas Chippendale y un tallboy de la reina Ana eran piezas que bien podrían ser adquiridas por el Museo de South Kensington. Ni el joven doctor ni su prometida, de gustos más modernos, eran amantes de lo antiguo, así que solo escogieron, por sugerencia del señor Sheldon, unos pocos objetos, por cuestión de sentimiento.

Por otro lado, la noticia del valioso contenido de la Casa de Huéspedes se había difundido ampliamente entre los comerciantes de todo el país y, como consecuencia de sus indagaciones, el señor Gray predijo una venta muy lucrativa. Esta se retrasó algo debido a ciertas formalidades legales en el extranjero que no se habían cumplido, pero mientras tanto Farmer, el corpulento cuidador, recibió muchas solicitudes para ver el contenido en privado, y más de media corona cayó en su ávida mano, en consecuencia.

A veces el agente de policía Askew, cuando estaba de servicio en esa zona, se detenía y pasaba media hora en la pequeña habitación a la izquierda del vestíbulo donde Farmer se había

instalado, el cuidador fumando su fuerte pipa de brezo, mientras el hombre de uniforme aflojaba su cinturón y disfrutaba de su cigarrillo.

—Me pregunto cuándo será la venta —comentó Askew una noche tormentosa cuando, poco antes de la medianoche, se había refugiado de la tempestad y colgado su capa empapada en el vestíbulo.

—No hasta que se resuelvan algunas formalidades legales —respondió el otro—. El señor Gray estuvo aquí ayer y me lo dijo. Vi una fotografía de la joven pareja en el Sketch el otro día. Tenían esos largos trozos de madera sujetos a sus botas—cosas que llaman esquís. Cómo se las arreglan con esas cosas me supera.
—Supongo que el joven doctor ya está completamente recuperado —dijo Askew—. He oído que estuvo a punto de morir.

—Sí. Fue uno de los afectados por esta casa. Muy extraño, ¿no? A mí nunca me ha pasado nada.

—No presumas, viejo —advirtió el agente—. Hay algo misterioso e inexplicable en este lugar. Estoy seguro de ello —y miró con aprensión alrededor de la pequeña habitación, empapelada en tonos oscuros, donde ardía un fuego brillante en la chimenea y una lámpara de parafina iluminaba la mesa.

—¡Tonterías! ¡No lo creo! —rió Farmer, que había pasado todos los años desde su retiro de la policía cuidando propiedades ajenas.

—¿No crees en lo que yo he visto? —preguntó Askew con rápido resentimiento.

—Nunca creo nada que no vea con mis propios ojos —respondió tranquilamente el otro.

—Bueno, no soy un mentiroso, te lo aseguro. He visto algo aquí —eso es todo lo que puedo decirte.

—Y yo no he visto nada, así que dejémoslo ahí —dijo el encargado del lugar.

—¿Y qué hay de esas extrañas crisis?

—Meras coincidencias —rió el práctico Farmer—. Espero que los hechos no se filtren o tendremos aquí a toda clase de gente—espiritistas, cazadores de fantasmas y esos que dicen que sus tías muertas les cuentan lo que cenaron.

—Sí. Esperemos que no se sepa. Yo no he contado nada —dijo Askew.

—Pero ese tipo que escribe en el Richmond and Twickenham Times quizá esté atento. Me parece un poco entrometido.
—Bueno, si hay alguna investigación, debemos negarlo todo —dijo el agente.

—Yo nunca he admitido nada. Tú tienes que negar lo que dices que has visto.

—¿Pero acaso no lo viste tú también?

—¡Te dije que no! No he visto nada, no he oído nada y no pienso nada—¿entiendes? —declaró Farmer—. Solo soy el cuidador, pagado semanalmente para mantener la boca cerrada y ahuyentar ladrones y rateros —y rió de buena gana.

—¿Pero qué va a pasar aquí? —preguntó el agente, encendiendo otro cigarrillo y mirando el barato reloj despertador de Farmer en la repisa de la chimenea. Afuera, los grandes árboles se mecían, el viento aullaba alrededor del lugar y la lluvia golpeaba los cristales en ráfagas repentinas.

—¿Pasar? Pues serán campanas de boda después de la venta —dijo Farmer—. Antes de que la señorita Dare se marchara ordenó que se pusieran en orden los jardines, y ha habido seis hombres trabajando en arrancar toda la maleza, quitar árboles no

deseados y podar el resto. ¡Por Dios! deberías haber visto la selva impenetrable que era antes de empezar. Treinta años de maleza requieren mucho trabajo para limpiarse. Están dejando entrar luz y aire, y haciendo un nuevo campo de tenis. Cuando esté terminado será un jardín muy hermoso, sin duda. Habrá calefacción central, baños, un salón para los sirvientes, luz eléctrica y todos los dispositivos más modernos. Costará una gran suma, pero cuando una joven hereda una gran fortuna, como ella, unos miles no importan mucho, supongo.

—Espero que la venta produzca una buena suma —comentó el agente, extendiendo las manos hacia el fuego para calentarse. —Oí al señor Gray decirle a su socio el martes pasado, cuando estuvieron aquí juntos, que solo los cuadros probablemente darán veinte mil. Seis de ellos ya han sido enviados a Bond Street para exhibirse.

—Chica afortunada, ¿eh? —comentó el agente de la División T de la Policía Metropolitana, levantándose lentamente y estirándose—. Bueno, tendré que irme, señor Farmer. Muchas gracias —y terminó la botella de cerveza que su anfitrión le había ofrecido al entrar.

—Hasta luego. Vuelva cuando pueda. Tres golpes en la puerta si ve mi luz encendida. Buenas noches y buena suerte.

Askew se echó la capa mojada sobre los hombros, se enderezó, se puso el casco, acomodó su lámpara y avanzó pesadamente por el vestíbulo de piedra, saliendo a continuar su vigilancia en la tormentosa noche, mientras el solitario cuidador, indiferente al lúgubre aullido del viento y a los muchos ruidos extraños de la casa, terminaba su vaso de cerveza, fumaba una última pipa mientras leía el periódico vespertino junto al fuego, y luego se acostaba en su estrecha cama.

A eso de las diez de la mañana siguiente sonó el viejo timbre estridente, y Farmer abrió la puerta para encontrarse con un hombrecillo bastante enjuto, vestido con un impermeable grisáceo y sosteniendo un paraguas contra la lluvia torrencial.

—Disculpe —dijo muy cortésmente con voz delgada y refinada —. ¿Es usted el cuidador aquí?

—Lo soy, señor —respondió el corpulento Farmer.

—Bueno, he oído mucho sobre esta vieja casa y los tesoros que contiene, así que he venido desde Newcastle-on-Tyne preguntándome si me permitiría recorrer las habitaciones —dijo —. Mi nombre es Bettinson. Soy un gran amante de lo antiguo— de hecho, un coleccionista.

—Lo siento mucho, señor, pero la firma de subastadores que me emplea me ha dado órdenes estrictas de no permitir visitas. Las cosas estuvieron en exhibición hace algún tiempo, pero la venta ha sido aplazada.

—¡Oh! —exclamó el viejecillo con profunda decepción—. ¿Entonces el contenido de la casa no será vendido?
—Todavía no, señor.

—¿Y cómo se llama la joven afortunada que es dueña de la casa?
—Dare, señor—la señorita Sibell Dare.

El anciano asintió como comprendiendo lentamente la situación.

—Pero me pregunto —dijo tras una pausa, durante la cual sacó un billete de diez chelines del bolsillo de su chaleco—, me pregunto si esto sería algún incentivo para que me permitiera dar solo una breve mirada a las habitaciones.

Farmer sonrió. Los cuidadores son humanos, y, al fin y al cabo, no podía haber gran peligro de robo en permitir que aquel inofensivo y extraño anciano echara un vistazo a las habitaciones descuidadas y abandonadas.

Dos minutos después, el viejo señor Bettinson estaba dentro y, dejando su paraguas en el vestíbulo, siguió a su guía primero a la biblioteca, donde los libros ya habían sido atados en paquetes

listos para la subasta, aunque aún no catalogados ni numerados. El pesado mobiliario del comedor, especialmente la larga mesa de roble de refectorio, con sus patas abultadas y travesaños gastados, lo atrajo.

—¡Un ejemplar perfecto! —exclamó, como para sí mismo—. ¡Tudor genuino, sin duda! —Y pasó sus dedos con cariño sobre la madera pulida.

El enorme aparador también atrajo su admiración, así como un par de candelabros de la reina Ana y una gran bandeja de plata de la misma época.

Luego, arriba, permaneció unos momentos en el gran salón, mirando alrededor con un aire extraño, medio desconcertado. Se sentó en el viejo sillón cubierto de terciopelo—el mismo en el que el señor Gray, el agente inmobiliario, se había hundido cuando sufrió aquel misterioso ataque—y admiró muchas de las piezas únicas de mobiliario, incluyendo el gran sillón tallado, con su desgastado tapizado carmesí, en el que estaba sentado.

—¡Maravilloso! —exclamó—. ¡Un museo perfecto! Esta colección nunca debería dispersarse. Es un pecado. La casa y su contenido deberían ser adquiridos por la nación.

—La joven no puede venderla, creo, señor —observó su guía—. Por los términos del testamento está obligada a vivir aquí.
—¡Ah! El testador fue algún loco, supongo —replicó con brusquedad el anciano—. ¡Imagínese condenar a una joven a vivir en un lugar tan lúgubre como este!

—Va a casarse, así que supongo que renovarán el lugar y lo harán su residencia —dijo Farmer—. Pero he oído que hasta ahora ha estado mucho en el extranjero.

—Bueno, esta no es casa para una pareja joven —gruñó el viejo Bettinson y, tras permanecer en contemplación un cuarto de hora, se levantó del enorme sillón de nogal tallado—una hermosa pieza renacentista italiana—siguiendo al corpulento

encargado hacia otras habitaciones de la misma planta, donde, a través de los opacos cristales verdosos, se veía el jardín, con sus altos setos de acebo ya recortados.

—He anotado una o dos piezas que pienso comprar —dijo el anciano al fin, descendiendo las escaleras y agradeciendo a su guía por permitirle verlas—. Encargaré a un comerciante que las consiga para mí. Pienso tenerlas, sin importar lo que otros ofrezcan. Soy coleccionista, como le he dicho, y cuando me propongo adquirir una pieza no descanso hasta que es mía. Puede que la compren por encima de mí y la envíen lejos, pero yo la sigo y siempre la obtengo al final, pues nunca me importa el precio que pago.

—Bueno, señor, me alegra que esté satisfecho —dijo Farmer amablemente, tras lo cual el anciano sacó su estuche de cuero para cigarros y lo vació en las manos del cuidador.

—Aquí —dijo—, tómelos. Verá que son muy buenos.
Y el ojo entrenado de Farmer vio que eran de una variedad muy cara y selecta.

—¡Viejo raro! —se dijo en voz alta mientras veía al extraño anciano alejarse bajo su paraguas y desaparecer por la verja—. Pero toda esta gente con aficiones está un poco chiflada. He visto muchos en mi tiempo.

Esa misma tarde, poco antes del anochecer, sonó la campana, y Farmer fue a la puerta creyendo que era el lechero, cuando, para su sorpresa, encontró al mismo anciano bajo el pórtico.

—¡Hola! —exclamó—. Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes —respondió el viejo Bettinson—. Lamento mucho molestarlo —prosiguió disculpándose—, pero espero que esto sirva de consuelo por volver a interrumpirlo.

Y le entregó otro billete de diez chelines.

—El caso es que quiero dar una segunda mirada a ese exquisito tallboy con incrustaciones en el salón. Quiero decidir cuánto ofreceré por él.

—Oh, por supuesto, señor —dijo Farmer cortésmente—. Entre. Creo que aún hay suficiente luz para que lo vea. Pero traeré una lámpara.

Y permitió que el anciano volviera a subir lentamente las amplias y anticuadas escaleras hasta el primer piso.

Ascendió despacio, murmurando algo para sí, mientras Farmer bajaba al sótano a buscar su lámpara de huracán. Tras encenderla, siguió al visitante, a quien descubrió de pie en el centro del gran salón oscuro, con los brazos extendidos, agitándolos salvajemente hacia las ventanas, con la cabeza echada hacia atrás, pronunciando una especie de extraña invocación que para él no era más que un galimatías.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó el cuidador—. ¿Se ha vuelto loco de repente?

Pero, sin responder, el anciano, con sus manos huesudas extendidas, figura extraña y misteriosa bajo la tenue luz de la linterna, se volvió lentamente hacia él, continuando su monótono murmullo incomprensible en el que "La Voz de los Cuatro Vientos", "Espíritu Invencible de Satén", "Gobernante de Tu Vida", "El Mundo Maligno", "El Plano de la Perfección Humana", "El Codo Sagrado", "El Reencuentro de la Boca Superior del Pozo", "La Gloria de la Muerte" y "Cuando la Restitución esté Completa" fueron las únicas palabras distinguibles. El resto de sus expresiones podían haber estado en árabe, hebreo o chino, por lo que Farmer podía entender.
—¡Mire! —dijo con humor—. ¡Será mejor que se largue de aquí, viejo! ¡Evidentemente tiene murciélagos en el campanario! Por el amor de Dios, váyase, y no me mire así.

El rostro del viejo desconocido se había vuelto largo, demacrado y malignamente distorsionado, como si hubiera perdido la razón

o hubiera caído en trance. Sus manos huesudas se aferraban al aire mientras continuaba agitando los brazos e invocando alguna bendición o alguna maldición sobre la misteriosa casa y su contenido, hasta que Farmer, normalmente imperturbable, comenzó a sentirse inquieto, temiendo que su visitante resultara ser un lunático furioso.

—Ahora salga de aquí de inmediato y váyase —dijo ásperamente —. Aquí tiene su billete de diez chelines.

—¡Tócame! —chilló el anciano, arañando el aire con desafío—. ¡Tócame, y será tu muerte! ¡Soy invulnerable!

—No me importa lo que sea, ni quién demonios sea, ¡pero saldrá de aquí ahora mismo! —gritó Farmer, y, con el agarre de un expolicía, lo tomó por el cuello, lo sacudió como a una rata y lo arrastró hasta las escaleras.

—Ahora, baje y salga tranquilamente —le aconsejó cuando estaban en el rellano—. Aquí podemos tolerar a los chiflados, pero no queremos lunáticos.

En un instante el comportamiento del viejo cambió.

—Mi buen hombre, lo siento mucho por usted —dijo mientras comenzaba a descender las escaleras.

—No hace falta. No quiero simpatía —rió el cuidador.

—No esta noche —respondió el anciano misteriosamente—. Pero mañana sí. —Y soltó una risa áspera de triunfo—. Le advertí, pero no hizo caso, así que sufrirá las consecuencias. Lo verá.

Y con esas palabras de despedida se marchó.

Farmer cerró la puerta, regresó a su pequeño refugio y exclamó en voz alta:

—Sí. Esta mañana pensé que era un tipo raro. Está loco, sin duda, ¡pobre hombre!
Y luego se ocupó en el fuego, tostando una rebanada de pan para su té.

CAPÍTULO XII
Sin miedo

A las siete de la mañana siguiente, justo cuando empezaba a amanecer, el lechero, acostumbrado a dejar la media pinta habitual para el señor Farmer en la Casa de Huéspedes, encontró un trozo de papel bajo la jarra, mientras la puerta principal estaba entreabierta, lo cual era inusual.

Las palabras garabateadas a lápiz que el hombre descifró decían: "Entre de inmediato. Estoy muy enfermo."
Sin más, el hombre dejó su lata y, entrando en el vestíbulo, gritó:
—¡Señor Farmer! ¿Dónde está?

Al oír un gemido en el pasillo, encontró rápidamente la pequeña y sofocante habitación donde, sobre la cama, yacía el corpulento cuidador, medio vestido, retorciéndose en aparente dolor.

—¡Busque un médico, rápido! —jadeó—. Me he puesto enfermo.
—¿Hace cuánto? —preguntó el hombre alarmado.
—No... no lo sé. Llame al doctor Truman. Vive justo al otro lado del puente. Tan rápido como pueda—rápido—rápido—como—pueda... —Y tomó una larga bocanada de aire y estiró los brazos sobre su cabeza.

El lechero no perdió un instante y, en un cuarto de hora, el médico local, de mediana edad, estaba junto al hombre postrado, pidiéndole que describiera sus síntomas.
—Mi corazón se siente raro —logró jadear el enfermo.
—¿Ha sufrido del corazón antes? —preguntó el médico.
—Nunca.

—Entonces debo tomarle la presión —dijo, sacando de su maletín la banda que ajustó al brazo desnudo del hombre, y luego bombeó aire en ella, observando atentamente la esfera indicadora. Lo repitió tres veces para no cometer error. Después auscultó a su paciente con el estetoscopio, su rostro asumiendo una expresión grave tras escuchar unos momentos en distintos puntos de su amplio pecho.

—¿Nunca había tenido un ataque así? —preguntó—. ¿Se ha esforzado demasiado?

—En absoluto —respondió Farmer con una voz débil y delgada, muy poco habitual en él—. ¿Es de mañana, verdad?

—Sí —respondió el doctor—. Alrededor de las siete.

—Entonces no me he acostado. Recuerdo que me sentí raro justo cuando me estaba desvistiendo, sobre las once. Pero no supe nada más hasta que desperté y vi que eran las seis y media. Entonces logré escribir una nota y ponerla bajo la jarra de leche.
—La encontré cuando llegué —explicó el lechero, de pie junto al doctor—. No es propio del señor Farmer estar enfermo —añadió.
Pero el doctor Truman continuó sus investigaciones, haciendo muchas preguntas al hombre postrado, cada respuesta pareciéndole más desconcertante.

—Quédese aquí —dijo al lechero—. Iré a buscar una mezcla que lo alivie.

Y, dicho esto, salió en su pequeño coche y condujo rápidamente hasta su consulta, regresando un cuarto de hora después.
Tras darle a Farmer una dosis, dijo:

—Tendrá que permanecer muy tranquilo. Y será mejor que tenga algún amigo que lo cuide.

—¿Es grave, doctor? —preguntó el cuidador—. Se lo pregunto porque... bueno, porque tengo una razón—una fuerte razón.

—Podría ser grave si no tiene mucho cuidado —respondió Truman.

El paciente tomó una larga bocanada de aire y luego permitió que el doctor, asistido por el lechero, lo desvistiera y lo metiera en la cama.

Cuando al fin estuvo más cómodo, se volvió hacia el doctor Truman y dijo en voz baja, apenas un susurro:

—Doctor, quiero contarle lo que ocurrió aquí ayer.

Y le indicó a Truman que se sentara, mientras el lechero permanecía cerca escuchando.

—Tuve un visitante ayer—un anciano muy extraordinario. Dijo que se llamaba Bettinson y que era coleccionista de antigüedades. Me pidió ver las cosas en privado, pues quería pujar por algunas en la subasta, y yo—como un tonto—lo llevé por las habitaciones.

Entonces se detuvo, exhausto.

—¿Y qué tiene que ver eso? —preguntó el doctor, interesado.
—¡Mucho—muchísimo! Ese viejo demonio volvió tarde en la tarde y quiso ver otra vez algo en el salón de arriba. Fui a buscar una luz para él, pero cuando subí lo encontré completamente loco.

—¿Loco? ¿Qué quiere decir?

—Pues, agitaba los brazos como un lunático y gritaba toda clase de cosas en un idioma que nunca había oído. Parecía estar invocando las maldiciones de Satanás y de todos los espíritus malignos sobre este lugar, y gritaba sobre las glorias de la muerte... y... bueno, me quedé atónito. Creo que el viejo idiota hablaba chino. Me pareció que estaba poseído por el diablo, así que lo eché.

—Y bien hecho —comentó el lechero.

—No, no lo fue—al menos, no para mí. Cuando lo agarré por el cuello me dijo que lo sentía mucho por mí, porque cualquiera que se atreviera a ponerle las manos encima moriría. Y... bueno, doctor —añadió muy débilmente—, ¿cree usted que unas seis horas después de haber echado a ese extraño anciano empecé a sentirme mal... y aquí estoy?

—Eso es muy curioso —dijo el doctor, ahora muy interesado—. ¿Lo había visto antes?

—Nunca en mi vida. Parecía uno de esos tipos raros que hablan con los muertos. Quizá estaba dirigiéndose a ellos cuando lo encontré desvariando en el salón. Por eso lo saqué. Pero... bueno, doctor, lamento haberlo desafiado. Dijo que era invulnerable—sea lo que sea que eso signifique.

—Bueno, quédese tranquilo. Parece que ha tenido un buen susto. Pero se recuperará —declaró Truman con confianza—. ¿A quién debo avisar para que lo cuide?

Farmer pensó unos momentos y luego dijo:

—Tengo un amigo, el agente de policía Askew, en la comisaría. Tiene un hermano joven, George, que vive en Molesey. Quisiera que avisara a Askew de que estoy mal—¿lo hará, señor?

—Por supuesto —respondió el doctor, y, tras recibir la seguridad del paciente de que se sentía un poco mejor, lo dejó al cuidado del lechero.

Askew estaba libre de servicio esa mañana y pronto acudió a ver a su amigo.

Cuando estuvieron solos, el cuidador describió su repentino ataque y luego pareció quedar muy exhausto. Indicó al agente, vestido de civil, que le diera otra dosis de la mezcla que el doctor había dejado, con instrucciones.

—Volverá en un par de horas —dijo el hombre en la cama, con el rostro pálido y la respiración trabajosa—. Me dijo que tomara otra dosis si me dolía el corazón. Y ahora es simplemente insoportable —añadió, colocando la mano sobre él.

Su amigo midió cuidadosamente una dosis y ayudó a Farmer a incorporarse para tragarla.

—Esto no es propio de ti, Dick —dijo Askew con una risa jovial—. Me dijiste una vez que solo te enfermaste dos veces en todos tus años en el cuerpo.

—Y es cierto. La primera fue cuando estaba en la "Y". Tuve un ataque de pleuresía. Y la otra vez fue cuando estaba destinado en Leman Street durante el miedo al Destripador. Eso fue hace años.

—¿Pero cómo ocurrió realmente esto?

—Me maldijeron ayer —respondió Farmer con voz baja y ronca.
—¿Maldijeron? ¿Qué quieres decir?

—Un maldito viejo lunático que hablaba chino o algo así, y parecía hablar con el diablo en su propio idioma, me advirtió que no le pusiera un dedo encima —contestó Farmer. Luego, tras una pausa, continuó—: No quería lunáticos ni cazadores de fantasmas aquí, así que lo eché. Y esto es lo que me ha tocado por cuidar los intereses de Shalford, Stevens & Gray.
Y sonrió.

—Eso es endemoniadamente curioso. ¿Cómo pudo ese tipo maldecirte? Seguramente no crees en hechizos malignos ni en toda esa basura histórica.

—No lo creo —respondió el hombre en la cama, moviéndose con incomodidad en aparente dolor—. Pero el hecho es que estaba perfectamente bien antes de que ese viejo sinvergüenza viniera y se diera una vuelta. Por qué regresó una segunda vez no puedo

imaginarlo. Debió de tener algún motivo concreto. Si hubiera intentado robar algo en la oscuridad lo habría entendido.

—Pero dime exactamente qué ocurrió —insistió el agente—. No te angusties, tómate tu tiempo. Mientras tanto prepararé una taza de té.

—Pídele a tu hermano George que venga a cuidar las cosas por mí. Está sin trabajo, ¿verdad?

—Sí. En el taller no hay mucho que hacer en esta época del año, así que lo han suspendido por seis semanas. Estará encantado de venir.

Entonces, mientras Askew encendía el fuego y ponía la pequeña tetera negra, el cuidador relató en frases cortas, interrumpidas por el dolor en su corazón, la llegada del misterioso señor Bettinson y su extraña actitud en la ocasión de su segunda visita, a lo cual su amigo escuchó con toda atención.

—Bueno, Dick —dijo el más joven cuando terminó—, si no te conociera como expolicía, un hombre de nervios de hierro y sin miedo, pensaría que todo es imaginación tuya.

—¿Acaso es imaginación enfermarse después de haber sido maldecido? ¿Y es imaginación que esté aquí postrado?

—Por supuesto que no. Pero solo añade un misterio más a esta maldita casa. No creerías que cosas extrañas han ocurrido en este lugar maldito. Lo atribuyes a coincidencias y demás. Pero estoy más convencido que nunca de que esta vieja casa ejerce alguna influencia maligna o fatal sobre ciertas personas—siempre hombres, nunca mujeres. Ese es un punto curioso. ¿Por qué?

—Confieso que ahora empiezo a cambiar de opinión —dijo Farmer—. Solía reírme de lo que la gente alegaba y sospechaba. Pero mi estado actual no es cosa de risa, te lo aseguro.

—No lo es. Y si fuera tú, cuando te recuperes dejaría este lugar maldito para siempre.

—Solo espero que ese entrometido que escribe en el periódico de Richmond no se entere de lo que me ha pasado —dijo Farmer —. Espero que el doctor Truman no diga nada.

—Los médicos nunca lo hacen. Es nuestro cirujano de división, y un buen tipo —dijo Askew—. Me atendió cuando tuve gripe el año pasado.

Al poco, cuando el té estuvo listo, ambos tomaron una taza y continuaron discutiendo los extraños sucesos en aquella casa cerrada durante tanto tiempo.

—Sabes que el propio señor Gray tuvo un ataque muy repentino aquí en cuanto se abrió el lugar —dijo Farmer confidencialmente —. Me enteré por un comentario de uno de los empleados de la oficina. El señor Gray lo ha silenciado, y también su médico.
—¿Pero por qué?

—Porque no quieren que el lugar adquiera mala fama. Ya ha sido bastante misterioso por ese anticuario que escribió en el periódico. Los agentes inmobiliarios nunca quieren tratar con propiedades que tienen mala reputación.

—Bueno, incluso ahora, Dick, no crees en lo que yo he visto con mis propios ojos.

—Lo que dijiste, muchacho, fue producto de tu imaginación. He visto luces extrañas parpadear en las ventanas muchas veces cuando estaba de guardia nocturna. Pero cuando investigué descubrí que solo eran reflejos —dijo el expolicía retirado.
—Pero tu enfermedad no es imaginación —gruñó el joven Askew.

—Eso es cierto. Y te digo que me siento mucho peor que cuando estuvo el doctor —dijo el hombre postrado. Luego, mirando el

reloj, suspiró y añadió—: Estará aquí otra vez dentro de una hora. Supongo que está desayunando.

—¿Quieres que vaya ahora mismo a buscar a George? —preguntó su amigo.

—Lo agradecería. Y pídele que me consiga un cuarto de brandy de viejo Chippy en el Sun. Se lo dará si dice que estoy enfermo. —Y, tras una pausa, se incorporó lentamente sobre el codo y, colocando la mano izquierda sobre su corazón, jadeó—: ¡Dios mío! Me siento fatal ahora. Es un dolor como agujas al rojo vivo en el corazón.

—Toma otra dosis de medicina —sugirió Askew, a lo que el enfermo asintió.
Cinco minutos después de tragarla, parecía estar un poco mejor. A la pregunta de su amigo de si se sentía más aliviado, asintió. Al ver tal cambio en él, Askew dudó en ir a buscar a su hermano, así que permaneció sentado a su lado, vigilándolo.
Al poco tiempo mejoró y dijo:

—¡Eso fue un buen susto! Pero ahora estoy mucho más tranquilo. Dame otra taza de té.

La bebió con avidez y luego continuó:

—Acabo de recordar. El señor Gray viene aquí alrededor del mediodía. Ve a buscar a George, pues debe cuidar el lugar mientras yo esté enfermo. Asegúrate de que esté aquí antes de que llegue el señor Gray.

—¿Seguro que estás bien, Dick?

—Seguro, muchacho. Estoy mucho mejor que hace una hora.
Y ciertamente parecía mejor.

—Dejaré la puerta entreabierta, para que George y yo podamos entrar —dijo Askew—. Escucha si alguien viene. Estaremos aquí antes de que llegue el doctor.

—De acuerdo —respondió el enfermo animadamente—. No olvides el trago de brandy. Hay un cuarto de botella ahí.
Y señaló un armario largo y estrecho empotrado en la pared junto a la vieja chimenea.

Su amigo guardó la pequeña botella plana en el bolsillo y, abrochándose el abrigo azul, dijo:

—Adiós, viejo. No tardaré.
Y salió.

Su hermano George no estaba en casa, así que fue en su busca, obteniendo el brandy en The Sun de camino.

Mientras tanto, media hora después de que Askew dejara a su amigo, el doctor Truman llegó en su coche a la Casa de Huéspedes y, encontrando la puerta entreabierta, entró.
Al entrar en la estrecha y sofocante habitación, vio al cuidador tendido, pálido e inmóvil. Un brazo colgaba flácido sobre el costado de la cama, mientras la otra mano estaba sobre su corazón.

El doctor habló, lo tocó, lo sacudió y luego escuchó su corazón.
En un instante la verdad fue, ¡ay!, demasiado evidente.
El cuidador Farmer estaba muerto.

CAPÍTULO XIII
¿Verdad o fantasía?

El doctor Truman, quien junto con su colega el doctor Greig, de Hampton Wick, realizó la autopsia, llegó a la conclusión de que la muerte del señor Farmer se debió a causas naturales: una enfermedad cardíaca.

En la investigación debidamente celebrada, dio testimonio en ese sentido.

—¿Hizo el difunto alguna declaración antes de morir? —preguntó el juez de instrucción, de cabellos blancos—. Lo pregunto porque circulan rumores acerca de ciertos sucesos misteriosos ocurridos anteriormente en la Casa de Huéspedes.

—Bueno, ciertamente hizo una declaración divagante y bastante fantástica —respondió el doctor—. La consideré fruto de la imaginación.

—Por favor, cuéntenos lo que dijo —pidió el juez, deteniéndose con la pluma en la mano mientras miraba a los treinta o más miembros del público que asistían por curiosidad, como siempre ocurre en las investigaciones.

—Me contó cómo, el día anterior, un anciano bajo que dijo llamarse Bettinson y presentarse como coleccionista de muebles antiguos, se presentó en la puerta y que, contrariamente a las órdenes recibidas de sus empleadores, Shalford & Co., los agentes inmobiliarios, lo llevó por las habitaciones —dijo el doctor—. El hombre admiró varios muebles y luego se marchó. Sin embargo, esa misma tarde, al oscurecer, regresó y pidió ver otra vez una pieza en el salón de arriba. Como estaba oscuro, el difunto fue a buscar una lámpara, y al entrar en la habitación encontró al extraño anciano agitando los brazos y pronunciando extrañas invocaciones —"maldiciendo la casa", así lo describió.

—Curioso —comentó el juez—. ¿Y qué más?

—El difunto me dijo que su visitante parecía haberse vuelto loco de repente y, volviéndose hacia él, lo maldijo también, usando un lenguaje que nunca había oído antes. El extraño declaró que era invulnerable, pero el difunto dijo que lo tomó por el cuello y lo arrastró hasta la escalera. Entonces el anciano expresó pesar por lo que sería su destino: ¡la muerte!

Hubo un momento de silencio cuando el doctor concluyó.
—Sí, estoy de acuerdo. Una historia muy fantástica. Debió de imaginarla —dijo el juez—. ¡Un extraño pronunciando conjuros y

prediciendo la muerte a quienes se atrevieran a tocarlo! Muy absurdo. El resultado de su autopsia fue, entiendo, que la muerte se debió a una enfermedad cardíaca.
—Así fue.

Por lo tanto, el juez registró el veredicto y las actuaciones concluyeron, no sin un buen número de comentarios entre los presentes. De hecho, la historia contada por el doctor fue publicada en los periódicos de esa tarde, pero todos la consideraron delirios de un moribundo.

George Askew, el hermano del agente, un joven alto y delgado que había trabajado en un taller de Molesey, fue contratado por el señor Gray para ocupar el puesto de cuidador en la Casa de Huéspedes. Su hermano no dejó de advertirle de los extraños sucesos en el lugar, pero él fumaba sus eternos cigarrillos y se reía de todo.

—No creo en maldiciones, ni en fantasmas, ni en nada de eso —declaró George a su hermano la primera noche, cuando, ya tarde, el agente, estando de servicio, pasó a verlo.
George había cambiado sus aposentos a la biblioteca; había instalado una pequeña cama plegable que había alquilado y vivía entre los montones de paquetes de viejos libros encuadernados en marrón que yacían apilados por todas partes, listos para la venta.
—Bueno, te aconsejo que tengas cuidado —respondió el otro con advertencia—. El pobre Farmer se rió del mal, y mira dónde está ahora.

—¿Pero cuál es esa influencia maligna, o como quieras llamarla, en esta casa? —preguntó el joven, práctico y con ideas políticas inclinadas hacia el comunismo.

—¿Cómo voy a saberlo? No conocemos la causa, George. Solo conocemos los resultados. Me compadezco de la joven pareja que vendrá a vivir aquí.

—¡Tonterías! Los decoradores limpiarán toda la suciedad y las telarañas y volverá a ser fresco y saludable —rió su hermano—. Está bastante rancio ahora, eso sí —añadió, mientras su hermano, con una mirada al reloj del difunto, se ponía el casco, abrochaba su abrigo hasta el cuello y salía.

Mientras tanto, Sibell Dare y Brinsley Otway disfrutaban de un tiempo maravilloso en los deportes de invierno.

La nieve fresca había caído sobre las montañas alrededor de Gurnigel. Allí encontraron un alegre pequeño mundo desbordante de diversión inocente y júbilo, y las laderas resonaban con gritos y risas al aire libre. Jóvenes ingleses y estadounidenses, atraídos por el encanto de la nieve, acudían para disfrutar del saludable recreo del esquí, el bobbing o el luge, mientras los mayores encontraban suficiente entretenimiento en los juegos más tranquilos de curling o deslizándose sobre las pistas de hielo perfectamente cuidadas. Por la variedad de pistas de esquí y la constante ronda de diversiones durante el día, y la alegría por la noche, el lugar era inigualable. Había carreras de esquí para principiantes y expertos, carreras por equipos, carreras femeninas y gymkhanas sobre hielo, y finalmente el tailing: pequeños trineos para una persona se atan en fila detrás de un trineo de dos caballos—un deporte alegre por las carreteras llanas del valle hacia las acogedoras aldeas de Riggisberg o Guggisberg, donde se sirven maravillosos tés y pasteles.

Gurnigel en invierno es un verdadero paraíso para los jóvenes. Ningún lugar en todo el Oberland ofrece tantas atracciones: deporte al aire libre de día y diversión bajo techo de noche. El espíritu de alegría es contagioso, y el esquí es un deporte incomparable. Ningún centro alpino tiene mejor promedio de esquiadores de segunda clase, mientras que hay esquiadores ingleses expertos que pronto ponen al principiante en camino de superar su prueba de tercera clase. La conversación en Gurnigel en invierno es principalmente la jerga del esquí: stemming, Christianias, telemarks y giros similares, mientras el famoso “John” da consejos e instrucción a quienes lo necesitan.

Un día, el general Horton, un hombre atlético que estuvo entre los primeros en introducir el esquí desde Noruega en Suiza, conversaba con Otway y Lady Wyndcliffe.

—Por supuesto que hay muchos—los nouveau riche y los demasiado engalanados, la gente que lleva Bond Street y Dover Street en sus baúles de novedades—que desprecian el Oberland y prefieren el Engadina —dijo—. Pero esos son los exóticos. Yo conozco Suiza, soy un viejo experto en esquí, y sé las ventajas de los distintos centros, y viceversa. Admito que la Cresta es la mejor pista de bob, y que Mürren solo destaca por sus precios cada vez más altos, su alojamiento inferior y su excelente nivel de esquí, en detrimento del principiante. Los Kandahar constituyen en gran parte la pedantería del esquí, y todos los demás en Mürren parecen quedar relegados. En Wengen el entusiasta de los deportes de invierno es mucho mejor tratado, obtiene más valor por su dinero sin esa superioridad arrogante que parece haber surgido con el buen esquí, y se le permite divertirse como desea. Luego Engelberg es bueno, y también Gstaad, y, al final de la temporada, Sannenmöser. Pero aquí en Gurnigel uno puede tener todo lo que quiere—un hotel mejor que en cualquier otro lugar del Oberland, buena nieve, alegría sin mujeres cambiando constantemente de vestido, y... bueno, ¿qué más se puede pedir?

Y el delgado y deportivo viejo oficial, con su traje de esquí azul oscuro, rió alegremente mientras daba su opinión experta, con la cual dos esquiadores conocidos que escuchaban estuvieron plenamente de acuerdo.

Aquella noche hubo otro acontecimiento. La diversión invernal en el elegante salón de baile, con sus guirnaldas de colores y alegres globos, estaba siendo transmitida al mundo. Era una velada suiza. Los célebres yodelers de Interlaken—los mejores del Oberland—llegaron, junto con un experto en el órgano de mano, el instrumento nacional suizo, y se había preparado un programa notable por el señor Gordon Mitchell, quien, como

presidente del Comité de Diversiones, era responsable del entretenimiento.

Durante muchas horas tres ingenieros de radio estuvieron ocupados acondicionando una sala como estudio, con un micrófono cuidadosamente aislado para el locutor. Luego se tendió un cable a través del hotel y se conectó a la línea telefónica hacia la gran estación de radio en Munchenbuchsee, cerca de Berna, mientras otro micrófono se colocaba alto sobre un trípode cerca de la orquesta en el salón de baile—preparativos observados con gran interés por Lady Wyndcliffe, su sobrina y el joven doctor.

Al fin, hacia las seis, después de terminar el baile de té, el señor Mitchell se situó en el centro del salón de baile y, con voz normal, dijo:

—¡Hola, Radio Berna! ¡Hola, Radio Berna! Prueba número uno. Y luego contó los números del uno al diez, y después hacia atrás. Los dos ingenieros que escuchaban en el receptor de válvulas del hotel informaron de excelentes resultados, pero en una segunda y tercera prueba se volvió más claro y fuerte, gracias a la modulación en la estación de Berna.

Así, para la hora de la cena todo estaba listo para transmitir a través de Europa la diversión invernal en el alegre Gurnigel, y muchos de los visitantes, que habían avisado a sus amigos en Inglaterra de la transmisión, estaban muy emocionados e interesados.

Esa noche el salón de baile estaba lleno, y a las nueve y media, cuando ya había comenzado el baile habitual, el señor Mitchell entró en el silencio del estudio improvisado, abrió el micrófono e hizo un breve discurso introductorio, comenzando:

—¡Hola, Islas Británicas! ¡Hola, a todos! Aquí Gurnigel, en Suiza, llamando. Vamos a darles una idea de una velada suiza en un alegre centro de deportes de invierno. ¡Hola, Islas Británicas! ¡Gurnigel, en Suiza, llamando!

Luego, tras una breve pausa, habló con voz clara de radio—pues estaba acostumbrado a hablar al micrófono—de la siguiente manera:

—Aquí estamos, muy por encima de las nubes y la lluvia del invierno, disfrutando de glorioso sol durante el día y brillantes noches estrelladas y frías. Las alturas montañosas están cubiertas de nieve profunda, donde nuestros jóvenes durante el día se divierten esquiando, en trineo, en luge, o dando largas y saludables caminatas por los hermosos bosques de pinos. Decimos entre los jóvenes que el hombre "ella" y la mujer "él". Sea en un nuevo centro de deportes de invierno como este, o en uno de los antiguos, en todas partes el paisaje encantador y la atmósfera deliciosamente pura, sin olvidar la exuberante sensación de bienestar que posee a todos, se prestan a numerosos coqueteos y romances de nieve.

—Los deportes de invierno son esencialmente para los jóvenes, pues están llenos de diversión y alegría, y una joven luce mejor en su elegante traje de esquí de gabardina negra con pantalones y gorra de guía con visera.

—Aquí en Gurnigel, así como en la mayoría de los centros de deportes de invierno conocidos de Suiza, hay una alegre multitud reunida. En mi larga experiencia de deportes de invierno nunca he conocido una temporada más brillante. Esta vida al aire libre en una atmósfera clara tan vigorizante como el champán, y el llamado de la nieve—que, una vez experimentado, atrae de nuevo a los vacacionistas de invierno a Suiza, el país de las hadas de la montaña—son responsables de las alegres multitudes que llenan los hoteles suizos. Si los días se pasan al aire libre de la manera más saludable posible, las largas noches de invierno no son, como algunos piensan, en lo más mínimo aburridas o poco interesantes. Al contrario, las veladas en un centro de deportes de invierno son sumamente agradables, pues nunca se escatiman esfuerzos para ofrecer a los huéspedes todo tipo de diversiones, como conciertos, bailes, juegos de interior, etc.

—Vamos a mostrar a nuestros oyentes lo que puede ser una alegre velada en un centro suizo de deportes de invierno. Esta noche disfrutamos en Gurnigel de una velada suiza—es decir, un concierto compuesto principalmente de música y canciones suizas.

—Los yodelers de Interlaken van a interpretar varias canciones campesinas como las que cantan los pastores en el Oberland bernés cuando conducen sus vacas a los pastos, acompañados por los hermosos y famosos cencerros suizos.

—Después de esto escucharán música de baile tocada en una armónica de mano, el instrumento más popular en las montañas suizas. La orquesta del hotel tocará música de baile. También tenemos la fortuna de contar entre nuestros huéspedes con Madame Gruscha, soprano dramática de la Ópera Estatal de Viena. Madame Gruscha ha accedido amablemente a cantar dos piezas. Para coronar la velada, los alegres miembros de Ye Ancient Order of Froth-Blowers, sociedad bien conocida por todos los oyentes ingleses—quienes, por cierto, no se resisten a soplar la espuma de la buena cerveza suiza—entonarán su acostumbrado himno. La regla de "bebidas para todos" para aquellos Blowers que escuchan y no llevan sus gemelos no se aplicará esta noche.

—Bueno, espero que todos disfruten de este concierto, transmitido por primera vez desde un centro suizo de deportes de invierno, y que esperamos ayude a nuestros oyentes a formarse una idea de la diversión rápida y desenfrenada que se vive a esta gran altura, entre el glorioso paisaje.

Y luego el señor Mitchell añadió, como si fuera un pensamiento tardío:

—Puedo decir que quienes piensen visitar Suiza para deportes de invierno encontrarán que finales de enero y febrero son el mejor momento, y los suizos les darán la bienvenida.
Entonces el locutor suizo dijo en alemán, francés e inglés:

—El primer número será el yodel del valle de Emmenthal, de donde provienen los quesos suizos, cantado por los yodelers de Interlaken.

En ese momento el micrófono se conectó al salón de baile, donde en la plataforma estaban los diez célebres cantores de canciones campesinas bernesas, con sus cortas chaquetas de terciopelo negro adornadas con encajes escarlata y plateados, y sus gorros de cuero, el atuendo dominical de los pastores. A una señal del señor Mitchell, cantaron aquella dulce melodía que se escucha al amanecer y al atardecer en verano, resonando en las altas montañas, mientras se llaman unos a otros a través de los fértiles valles.

Los aplausos fueron fuertes y entusiastas, y en un radio de unos dos mil millas, cientos de miles de oyentes que habían captado el discurso introductorio del señor Mitchell se interesaron de inmediato.

En las Islas Británicas miles escuchaban el insólito programa.

Madame Gruscha, cuya maravillosa voz resonó en el enorme salón de baile, interpretó luego una selección de La Tosca, ópera en la que había cantado apenas una semana antes en la Ópera de Viena, y fue recibida con atronadores aplausos. Después, el campesino con su organillo tomó el centro de la orquesta y comenzó a tocar una danza nacional suiza, a la que los yodelers bailaron junto con los invitados ingleses en una especie de danza aldeana, para gran diversión de todos.

Sibell estaba siendo girada por un robusto y apuesto yodeler suizo, conductor de locomotoras en la línea del Simplon, cuando el conserje le hizo señas y le entregó un telegrama. Era de los agentes inmobiliarios de Richmond—los señores Shalford, Stevens & Gray—informando que el cuidador Farmer había muerto en circunstancias muy misteriosas, aunque se había registrado un veredicto de muerte por causas naturales.

CAPÍTULO XIV
Manos impuras

A pesar del veredicto del juez de instrucción de Hampton, la policía, cuyo interés había sido despertado por los curiosos informes de extraños sucesos en la Casa de Huéspedes, comenzó a realizar indagaciones sobre el misterioso visitante del difunto.

El relato del romance y la historia del lugar, publicado en el periódico de Richmond, había atraído su atención, ya que el señor Gray fue interrogado por la policía de Richmond y admitió a regañadientes su extraño ataque y su estrecha escapatoria. El Departamento de Investigación Criminal exploró todo tipo de vías para descubrir al anciano Bettinson, quien había sido descrito con bastante claridad al doctor por su paciente. Se encontró que había dos conocidos coleccionistas de muebles antiguos con ese nombre: uno, comerciante con tienda en Chester, un hombre de treinta y cinco años que había heredado recientemente el negocio de su difunto padre; otro, un abogado en Plymouth, bien conocido y con amplios recursos, pero que en nada se parecía al extraño anciano que había aparecido en la Casa de Huéspedes; mientras que un tercero, residente cerca de Harwich, había comprado algunos muebles antiguos para una casa que había adquirido en las afueras de Ipswich.

La búsqueda fue, en realidad, bastante tibia, pues a primera vista la declaración del difunto parecía demasiado fantástica para ser creída por muchos, y parecía seguro que, si el anciano realmente había visitado la casa misteriosa con alguna intención maligna, difícilmente habría dado su verdadero nombre.

Cuando Etta Wyndcliffe fue informada del telegrama por su sobrina, simplemente se encogió de hombros y dijo:
—Esa casa es evidentemente una casa de maldad, querida. ¡No veo cómo podrías vivir en ella!

Había estado observando con ojos críticos el disfrute de la feliz pareja en los deportes de invierno. Gracias a la instrucción experta de John, el guía, ahora podían esquiar bastante bien, y hacer "giros en cuña" y "telemarks" con bastante destreza. De hecho, ambos habían aprobado su prueba de tercera clase, y cada mañana tomaban el automóvil amarillo hasta la cima del Seelibühl, y luego descendían sobre la nieve en polvo a través del Valle Feliz de regreso al hotel, una carrera de salvaje deleite mientras la nieve silbaba bajo sus esquís.

Etta Wyndcliffe no estaba nada complacida con el rumbo que tomaban los acontecimientos. Recordaba aquellas palabras de despedida de Albert Ashe, su ejemplar mayordomo, el hombre que ejercía una extraña influencia sobre ella. Recordaba también la declaración del viejo Routh de que Sibell debía casarse con Gussie Gretton, y no dejaba de prever que tal unión les traería a ambos una buena ganancia.

Etta Wyndcliffe siempre buscaba dinero. Astuta, inteligente y absolutamente inescrupulosa desde sus años escolares, aceptaba los jugosos cheques de las madres de las jóvenes que acompañaba, y era como un halcón en sus esfuerzos por casarlas, con el consiguiente beneficio económico para sí misma. En esto no era única en la sociedad londinense. Había al menos una docena como ella, mujeres con títulos antiguos pero sin dinero, dispuestas a cualquier acción sucia o engañosa, o a vender a una muchacha, cuerpo y alma, en el mercado matrimonial, siempre que les reportara un cheque sustancioso que, con toda seguridad, se disiparía en el bacará y el chemmy. Aquella tarde, mientras tomaba el té en el gran vestíbulo con el joven doctor del norte de Londres y su bonita sobrina, su mente activa volvió a aquella despedida con Ashe en West Halkin Street, cuando en secreto el hombre le había susurrado:
—Nos veremos pronto, Etta. Vamos por una gran apuesta. Y ganaremos—no lo dudes.

Miró a través del humo de su cigarrillo a la atractiva y feliz pareja frente a ella y se preguntó. ¿Ganarían? Lo dudaba.

El cheque que sabía que Gussie Gretton le entregaría el día de su matrimonio con Sibell se desvanecía día tras día en el aire. Una y otra vez había intentado, por los medios más sutiles, sembrar la discordia entre la pareja, pero todo en vano. Su afecto era completo; y, para su temor, sería duradero.

Brinsley Otway siempre era encantador con ella, aunque instintivamente sabía que no era su amiga. Le brindaba toda atención, bailaba con ella cada noche y nunca dejaba de comportarse con la máxima cortesía y encanto.

Etta Wyndcliffe había escrito una larga carta al viejo Gordon Routh en la que reconocía la inutilidad de separar a la pareja y pedía su consejo y sugerencias. Por otro lado, Ashe, tras su vaga amenaza en la última ocasión en que se habían visto, había desaparecido por completo. Ella le había escrito el segundo día de su llegada a Gurnigel, pero no había recibido respuesta. Este hecho le causaba gran aprensión. ¿Estaba realmente jugando limpio? Conocía su carácter duro y amargo, su falta de fiabilidad, su rápido resentimiento y su astucia. Había confiado en él durante varios años, y él conocía ciertos secretos suyos. Pero últimamente había comprendido lentamente que él no vacilaría en nada, incluso en sacrificarla, para lograr sus propios fines despreciables. Y su opinión sobre ella era muy similar. Aquella noche le envió un marconigrama, dirigido a un oscuro club deportivo en el Adelphi, donde él recogía sus cartas cada día. Al día siguiente, al mediodía, recibió una respuesta que decía:
"Encuéntrame en el Hotel Schweizerhof en Berna el jueves al mediodía. Importante."

Así, el miércoles por la noche, excusándose ante la feliz pareja con el pretexto de que tenía algunas compras que hacer en Berna y también debía visitar a una amiga inglesa casada con un médico suizo, tomó el coche por las dieciséis millas de carretera nevada y sinuosa hasta la capital y se alojó en el Schweizerhof, ese gran hotel frente a la estación de tren. Reservó un salón privado y un dormitorio, para que su entrevista fuera secreta.

Esa noche, mientras cenaba sola, se preguntaba con qué propósito viajaba él tan repentinamente para verla.
Wyndcliffe había llegado a Nueva York una semana antes, y ella esperaba que permaneciera allí, pues no había la menor chispa de afecto entre ellos. Cuando estaba en Londres no era más que un estorbo. Cierto es que la acompañaba a los salones de Mayfair y Belgravia, solo por apariencia, pero siempre la acosaba por dinero y lamentaba el costo de todo.
El dinero había llegado a su sobrina, era cierto, pero ¿cómo podía ella beneficiarse de ese giro repentino de la fortuna?
Impaciente, aguardaba desde su ventana la llegada del expreso del Oberland desde Boulogne, hasta que al fin distinguió la alta y corpulenta figura de Ashe, con un oscuro abrigo, seguido por un mozo del hotel que llevaba su maleta, cruzando la amplia plaza hacia el hotel.

Cinco minutos después él entró en el salón privado de ella y, quitándose el abrigo de viaje, se dejó caer en una silla.
Explicó que había desayunado en el tren tras pasar la frontera en Delle, y luego encendió un cigarrillo.
—¿Bueno? —preguntó ella, apoyada contra la mesa y mirándolo de frente—. ¿Qué ocurre?
—Mucho —replicó con brusquedad—. Cierra la puerta y habla en susurros.
Cuando ella cruzó la habitación y echó el cerrojo, él la miró directamente al rostro y dijo en voz baja y seria:
—¡Estamos en un maldito aprieto, Etta!
—¿Cómo? —preguntó ella con aprensión.
—¡Rupert está en Londres!
—¡Rupert! —jadeó, y en un instante sus labios palidecieron mientras una expresión de terror se extendía por su cara.
—Sí —susurró él—. Y sabe mucho... muchísimo más de lo que nos conviene.
—¿Lo has visto, eh? —preguntó ella con voz entrecortada.
—Lo he visto. Pero él no me ha visto a mí.
—Eso es bueno. ¿Qué vamos a hacer?
—He venido aquí para hablarlo contigo, querida Etta —dijo el exmayordomo—. Tenemos que afrontar la situación. Eso es evidente.

—¿Cómo?
El visitante guardó silencio unos momentos, sus oscuros ojos estrechos fijos en los de ella.
—¡Por Dios! —exclamó ella—. ¡No me mires así, Albert!
—¿Olvidas cómo nos separamos en aquel pequeño hotel de Norfolk Street? —preguntó él, aún mirándola intensamente.
—Me amenazaste con... con... —y se detuvo.
—Simplemente te señalé la única manera en que podíamos salvarnos si Rupert venía a Londres —dijo tranquilamente—. Pues bien, ¡ha venido! Ahora nos toca a nosotros tomar la iniciativa. Sabes a qué me refiero, ¿verdad? —Y la miró fijamente a los ojos.
—¡Te refieres a lo que insinuaste la última vez que nos vimos! —exclamó de repente, cubriéndose el rostro con sus manos blancas enjoyadas.
—¡Me desafiaste! Me dijiste que lo prohibías, Etta —dijo él con calma—. Bien, si deseas que toda la sórdida historia se exponga en un tribunal penal y acabar en prisión quizá por el resto de tu vida, puedes hacerlo. Personalmente, pienso salvarme, sea cual sea tu decisión.
—¡No, Albert, no me abandones; te lo ruego! —clamó la desdichada condesa—. Siempre he estado contigo.
—Excepto cuando te acobardaste, como en Norfolk Street, y... y una vez cuando pensaste que podías arreglártelas sin mi ayuda.
—¿Qué quieres decir? —preguntó ella desafiante.
—Oh, nada —respondió con sorna.
—¡Exijo saber qué pasa por tu mente! —gritó ella, con los puños cerrados.
—Solo un pequeño incidente —contestó con una leve sonrisa—. La trágica muerte de aquella pobre muchacha americana, Heula Murray, a bordo del barco del Nilo, una hora antes de atracar en Asuán. Murió de neumonía, ¿no?
—¡Cerdo! —gritó ella, golpeándolo en la cara con el puño—. Sé lo que insinúas. ¡Pero es mentira—una maldita mentira, y tendrás que probarlo! Ya lo insinuaste antes. ¡Tú estabas conmigo!
—Lo estaba—como tu sirviente. Pero, querida Etta, no te excites —dijo él, con el rostro enrojecido donde lo había golpeado—. No pienso delatarte, aunque conservo cierta pequeña cápsula que

estaba herméticamente sellada antes de que la abrieras. No, querida, no te preocupes. No vale la pena. Entiende que navegamos en el mismo barco, y si naufragamos, yo naufragaré contigo. Pero vamos a dirigirnos a aguas tranquilas, o me equivoco mucho.
—¿Cómo? —preguntó Lady Wyndcliffe, esforzándose frenéticamente por calmarse.
—Tomando las riendas nosotros mismos. Tendrás que encontrarte con Rupert.
—¡Encontrarme con él! ¡Jamás! —exclamó horrorizada.
—Él te busca; deja que te encuentre y hazte amiga suya. Desarma sus sospechas, y luego... —se detuvo.
—¿Y luego? ¡Ah! Sé a qué te refieres.
—Pues bien, es la única manera, querida Etta. Créeme, lo es.
—No puedo. Sería imposible. No podría hacerlo, Albert —declaró con firmeza.
—Muy bien. Entonces temo que tendrás que afrontar las consecuencias si no haces las paces —dijo Ashe—. Está en Londres buscándote, y te enviará a trabajos forzados. Irás allí tan seguro como que me llamo Albert, si no intentas salvarte. ¡Piensa! —prosiguió—. ¿No estamos ambos al borde del desastre? Has permitido que el joven Otway se lleve nuestro único activo decente, la muchacha Sibell. Si Gussie Gretton se hubiera casado con ella, habrías recibido una jugosa comisión. Pero, tal como están las cosas, no tenemos nada.
—Pero podría haberlo —dijo Lady Wyndcliffe—. Si surgiera una disputa entre la pareja y se separaran, Gussie podría fácilmente ocupar el lugar y consolarla por la falsedad de ese joven médico. Y Gussie, al casarse con una esposa rica, duplicaría su comisión para nosotros. No lo olvides.
—¡Por Júpiter! —exclamó Ashe—. No lo había pensado. Eres endiabladamente astuta, Etta—una de las mujeres más inteligentes que conozco. Lo peor es que, después del asunto de aquella joven americana en Egipto, que te reportó cinco mil libras, ahora eres demasiado puntillosa al tratar con un enemigo.
—Porque ahora no confío en nadie —replicó ella con dureza—. Una vez confié en ti, pero desde entonces he tenido motivos para lamentarlo.

—Gracias, querida, eres realmente muy cortés —rió él, con fingida cortesía—. Pero, como ves, yo tampoco confío en ti. Sin embargo, si no te mantienes a mi lado, puedes hacer lo contrario. Me iré de Berna esta noche, y no me importará ni tú ni el futuro. Sé cómo salvarme. Preparé mi vía de escape hace tiempo.
La condesa de Wyndcliffe sacó de su bolso su pitillera de oro y, abriéndola, seleccionó lentamente un cigarrillo. Lo golpeó suavemente y luego lo encendió, yendo primero a la ventana para mirar los tranvías que cruzaban la plaza frente a la estación. Cuando volvió a cruzar la habitación, se detuvo de repente frente al hombre que, aunque se hacía pasar por su obsequioso mayordomo en West Halkin Street, parecía ahora su amo, y dijo:
—Bien, Albert. Escuchemos tus sugerencias.
—Tengo dos. Una lleva a la otra. La primera es que debes reanudar tus relaciones con Rupert—en apariencia de valor. La segunda es que Sibell y el joven Otway deben ser separados a toda costa—por ti.
—Entonces la muchacha debe ser parte del sacrificio, ¿eh? —preguntó su tía, frunciendo el ceño.
—No hay remedio. No hay dinero para nosotros si se casan. Y el viejo Routh también busca beneficio. Lo vi en Londres el otro día, y está totalmente en contra del matrimonio y de que el dinero de Sibell se nos escape a todos.
—¿Y sobre Rupert? ¿Crees que puede mantenerse en silencio, después de todo lo ocurrido?
—Solo por ti —dijo él, con un repentino cambio de voz, de la dureza a la suavidad—. Sabes qué pequeño demonio seductor puedes ser cuando quieres, Etta. ¡Dios! Puedes encantar a cualquier hombre de cualquier edad.
—¿Y sin... sin una tragedia? ¿Me lo aseguras? —preguntó ella con ansiedad.
Albert Ashe permaneció en silencio unos momentos. Le pedían una seguridad que no esperaba tener que dar.
—Bueno —dijo evasivamente al fin—, si llamas tragedia a la separación de Sibell de su amante, eso no puede evitarse. La muchacha es rica, y pronto se consolará con el elegante y popular Gussie, que es un magnífico bailarín, muy apuesto, y con quien docenas de chicas están locamente enamoradas. Es

esencialmente un hombre de mujeres, no como ese médico de ojos grandes y cabeza dura en Golder's Green. Todo eso lo dejo en tus manos —prosiguió—. Pero el tiempo apremia. Deja a las tórtolas en Gurnigel por ahora, y regresa a Londres para encontrarte con Rupert y reconciliarte con él. Podemos ocuparnos de los amantes más tarde. Solo será cuestión de una semana o dos.

—Pero, Albert, yo... yo realmente no sé cómo actuar—qué hacer —cómo podría... —balbuceó ella.
—¡Tonterías! —gritó él con furia—. Déjame guiarte, y salgamos juntos de este lío lo antes posible, con un bonito saldo en el banco a nombre de ambos—en lugar de aparecer lado a lado en el Old Bailey, como ciertamente ocurrirá si sigues haciendo el tonto. ¿No estás de acuerdo?
Ella vaciló un momento.
—Sí —dijo en un susurro bajo y ronco—. Estoy de acuerdo, Albert. Veo que debo hacerlo. Sibell debe ser separada de Brinsley.
—Excelente —dijo él—. Me alegra que al fin entres en razón. Así que ponte a trabajar con tus astutas artes femeninas tan pronto como puedas. Vuelve a Londres de inmediato y reúnete con el querido Rupert, recíbelo con pesar como a un viejo amigo perdido. Nunca debe sospechar que yo estoy en Inglaterra. Pero yo estaré detrás de ti para aconsejarte y llevarte al triunfo.
Y extendió su bien cuidada mano, que la condesa de Wyndcliffe estrechó en un contrato impío para la venta del alma de una muchacha inocente.

CAPÍTULO XV
El caballero secreto

Aquella noche la condesa de Wyndcliffe apareció en la cena, en el alegre restaurante de Gurnigel, radiante con un bonito vestido color ciclamen y luciendo sus perlas—compradas, por cierto,

con el cheque que recibió tras la trágica muerte por neumonía de una joven americana a la que había acompañado en el Nilo. A la atractiva joven pareja les dio una entusiasta descripción de su vieja amiga Nellie Price, casada con un conocido especialista suizo en enfermedades del corazón, y cómo, después de su visita, se había recortado el cabello a lo shingled con un español artista, en una peluquería cercana a la estación.

Su exmayordomo seguía en Berna, y esa noche saldría en el expreso de las diez hacia Calais—un hecho que, por supuesto, ocultó a la feliz pareja. Ellos habían estado en un picnic de esquí con el experto corredor, el señor Mallins, quien había organizado una salida y a quien los huéspedes del hotel estaban muy agradecidos por sus consejos y ayuda.

En todos los hoteles de deportes de invierno aparecen ingleses sin importancia, en su mayoría con título militar, que se proclaman esquiadores o corredores de bob, que se ponen impecables trajes y jerséis de deportes de invierno y posan como expertos, solo para ser desenmascarados por quienes realmente saben esquiar o correr en bob. Así ocurría en Gurnigel, como en todos los centros de deportes de invierno—centros, ¡ay!, de pequeñas rivalidades, donde hombres y mujeres hacen el ridículo.

Al fin y al cabo, cuando uno sale de Dover en busca de diversión en el continente, ¿qué importa? ¿Qué importaba, en efecto, cuando en un hotel de deportes de invierno en Mürren los visitantes fueron invitados por un aviso en el vestíbulo a contribuir a un fondo de diversiones, y los huéspedes fueron generosos en sus donativos? ¿Qué importaba cuando, unas noches después, se compró un hermoso premio para el mejor disfraz en un carnaval de medianoche, y, ¡oh sorpresa!, la propietaria del hotel lo ganó y se llevó el premio que sus huéspedes habían financiado?

¿Qué importa? A nadie le importó. Por suerte, fue un caso único. Solo incidentes así se comentan activamente cuando los visitantes de Suiza regresan a Londres y charlan sobre sus recuerdos en sus propios salones. Sin embargo, queda el hecho de que Suiza es el parque de juegos invernal de Europa, y bien merece serlo hasta el fin de los tiempos.

Era una noche de gala en Gurnigel, un baile de máscaras, con cena de medianoche en el intermedio. Así que, después de la cena, Sibell se puso el sari de una dama india de alta casta, una prenda maravillosa de tejido naranja, dorado y verde, con su marca nupcial escarlata en la frente, pero enmascarada, por supuesto, mientras Brinsley Otway iba vestido de jeque árabe, con el rostro oscurecido, también enmascarado, y dagas en el cinturón; Lady Wyndcliffe estaba demasiado cansada para ponerse uno de sus disfraces.
El gran salón de baile fue escenario de una loca alegría aquella noche. Como los disfraces no se ponían hasta después de la cena, los enmascarados solo podían ser reconocidos por sus amigos.

Tras dos fox-trots con su amante, Sibell levantó la vista de repente y vio a un hombre bastante alto, enmascarado, con el traje de un caballero, inclinándose y barriendo con su sombrero emplumado sobre las rodillas, y al mismo tiempo, en un susurro bajo, la invitó a bailar.

Ella aceptó, y al instante supo que era un excelente bailarín. Recorrieron el salón sin intercambiar palabras, hasta que de pronto él le susurró al oído:
—La conozco, señorita Dare. Cuando terminemos este baile, ¿me permitirá sentarme con usted unos momentos? Quiero decirle algo en la más estricta confidencia.
Muy intrigada, la joven, preguntándose quién sería aquel caballero y qué deseaba decirle, asintió. Por lo tanto, cuando terminó el baile, en lugar de continuar en el encore, ambos se dirigieron al gran salón contiguo a la sala de baile y se sentaron aparte del resto.

—Señorita Dare —dijo él—, no tiene idea de mi identidad, y nunca la tendrá. Hablo con toda seriedad. Bien puedo decirle que no soy amigo suyo, ni siquiera conocido, sino simplemente portador de un mensaje urgente para usted. Antes de entregarlo, sin embargo, debo tener su solemne promesa de que no dirá ni una palabra a nadie—ni siquiera al doctor Otway, con quien está comprometida.

—¡No entiendo! —exclamó ella con ligera alarma—. ¡No le sigo! Al menos puede revelar su nombre.

—Mi nombre de pila es Edward—simplemente eso. Piense en mí como Edward —fue su respuesta.
—¿Edward qué?
Pero él solo rió para sí detrás de su máscara, respondiendo:
—Eso no importa. ¿Me dará la promesa que busco? Por favor hágalo, ya que no podemos permanecer aquí juntos mucho tiempo sin despertar el interés de su prometido hacia mí. Y no deseo eso.
—¿Por qué debe mantenerse al doctor Otway en la ignorancia? —preguntó ella con resentimiento y natural curiosidad.
—Porque se me ha instruido que así debe ser —respondió el desconocido—. Como le he dicho, solo actúo como portavoz de otro.
—¡Es usted realmente muy misterioso! ¡Seguramente puede ser más explícito! —protestó ella—. Me pide que guarde un secreto al hombre con quien estoy a punto de casarme. Eso no es justo, ¿verdad?
—Si me da su promesa, al escuchar lo que tengo que decir, pronto comprenderá que, dadas las circunstancias, el silencio será lo mejor. En verdad, señorita Dare —prosiguió—, lamento decirlo, pero no hay tiempo para discutir. Veo que el doctor ya la está buscando.
—Muy bien —dijo la joven apresuradamente—. Le doy mi promesa de no decirle nada.
—Bien. Entonces mi mensaje, enviado en secreto por alguien que le desea lo mejor y la ayudará en caso de necesidad, es que existe una conspiración—un sutil y maldito complot—para separarla del doctor Otway. Así que esté advertida.
—¡¿Un complot?! —jadeó la joven—. ¿Por quién?
—Lo siento, pero desgraciadamente no tengo información sobre ese punto —respondió el misterioso desconocido con el exquisito atuendo de un caballero—. Mi único deber ha sido advertirla. Le ruego que tome precauciones. De cómo se llevará a cabo el golpe no tengo conocimiento, ni tampoco, creo, la

persona de la que soy portavoz. No se consideró seguro escribirle, de ahí este subterfugio mío.
—¿Pero cómo podríamos separarnos, tan devotos como somos el uno del otro? —preguntó ella, jugueteando nerviosamente con su reloj de pulsera enjoyado.
—Otros amantes, tan devotos como ustedes, han sido, ¡ay!, víctimas de astucias malvadas y complots despreciables. Los padres y parientes suelen ser los culpables cuando se trata de dinero o de ascenso social.
—Pero mi tía, Lady Wyndcliffe, aprueba de todo corazón a Brinsley —declaró ella.
—Si está completamente segura de eso, entonces temo que no puedo hacer más sugerencias —dijo él, con una voz que sonaba curiosa.
—¿Qué quiere decir? ¿Conoce usted a mi tía?
—No la conozco en absoluto.
—Ella está sentada allí, con un vestido color ciclamen, junto a esos dos hombres mayores —indicó la joven.
—¡Oh! —dijo él—. ¡Así que esa es Lady Wyndcliffe! Qué interesante. He oído hablar de ella, por supuesto—de sus alegres bailes en Claridge's, y sus almuerzos y cenas en el Ritz. Siempre parece estar en el centro de atención.
—Parece insinuar, señor Edward, que ella no es tan favorable a mi matrimonio con el doctor Otway como aparenta, ¿eh?
—Querida señorita Dare, no insinúo nada. Solo he entregado mi mensaje, con la esperanza de que lo tenga en cuenta y mantenga abiertos ojos y oídos.
—Lo que ha dicho me ha dejado completamente desconcertada —comentó ella—. ¿Quién es ese amigo desconocido mío que mantiene su identidad en secreto?
—Es un amigo que desea permanecer sin identificar. Pero créame cuando le digo que, aunque su amigo nunca la ha visto —solo fotografías suyas—, sin embargo tiene un verdadero amigo.
La joven se detuvo. Cuanto más hablaba el desconocido, más intrigada se sentía.

—Bueno —exclamó tras reflexionar—, si se niega a revelar la identidad de ese amigo desconocido mío, por favor preséntele

mis cumplidos y agradecimientos. Dígale que estoy muy desconcertada.

—Naturalmente —rió su compañero—. Siga mi consejo, señorita Dare, y esté preparada para cualquier circunstancia adversa que pueda provocar una ruptura entre su amante y usted. Como ya le he sugerido, esté prevenida contra cualquier contratiempo.

—¿Cree que ocurrirá pronto? —preguntó ella en voz baja y temblorosa, sus ojos mostrando ansiedad a través de la máscara.
—¡Ah! ¿Cómo podemos saberlo? —respondió él, con un leve suspiro que ella interpretó al instante como signo de simpatía—. Cuando caiga el golpe, usted lo estará esperando y podrá evitarlo.
—¿Y no puedo advertir a Brinsley? —suplicó ella—. No es justo mantenerlo en la oscuridad.

—Estoy de acuerdo. Pero no puedo dar permiso yo mismo, señorita Dare —respondió seriamente—. Debo obtenerlo. Lo haré. Mire en la columna personal de The Times el próximo lunes un mensaje dirigido a "S", y la palabra será "Yes" o "No". Y si es lo último, sabrá que la decisión es inexorable. Su amigo le desea lo mejor, pero se ve obligado, por ciertas contingencias, a actuar con la mayor cautela. Le envía aviso, a través de mí, del astuto complot contra su felicidad, para que lo espere y lo frustre.

—¿Pero está mi tía implicada en ello? ¡Seguramente no!

—Ignoro por completo los detalles —respondió tranquilamente el misterioso enmascarado—. Sin embargo, le haré una pregunta que su amigo desconocido desea saber. —Y, tras una pausa, preguntó—: ¿Tuvo su tía, Lady Wyndcliffe, alguna vez a un mayordomo llamado Ashe?

—¡Ashe! —repitió ella—. ¡Por supuesto que sí! Fue despedido por impertinente no hace mucho.
—Gracias —respondió él—. Eso es todo lo que mi amigo desea saber.

—¡Seguramente Ashe no tiene nada que ver con mis asuntos! —exclamó ella excitada.

—¿Cómo podría? Un simple sirviente —dijo él; y en ese momento, al ver acercarse al hombre vestido de jeque árabe, el misterioso caballero se levantó, hizo una reverencia cortés, agitó su sombrero emplumado sobre las rodillas y, alejándose tranquilamente, no volvió a ser visto en el salón de baile.

—¿Quién es tu alegre caballero? —preguntó Brinsley con natural curiosidad al reunirse con su prometida.

—Yo... bueno, realmente no lo sé. Parece un hombre agradable, pero se mostró misterioso. ¡Eso es todo!
—Parecía hablarte muy seriamente.

—Sí —dijo ella, con la aguda sagacidad femenina acudiendo en su ayuda al instante—. Parece ser una persona muy triste. Un recién llegado, supongo. Me hablaba de su esposa. Estuvieron aquí la temporada pasada, pero ella lo ha dejado, y él parece inconsolable, ¡pobre hombre!

—Me pregunto quién será —exclamó Brinsley con simpatía, su celo desarmado por la explicación de Sibell—. Obsérvalo bien y tratemos de identificarlo después. ¿Te dijo su nombre?
—Por supuesto que no, Brin. Estaba enmascarado. ¿Y por qué querría yo saber el nombre de ese hombre? —rió ella.

Como justo entonces comenzaba un vals, se levantaron juntos y se unieron al baile. Poco sospechaba Brinsley Otway de aquellas palabras de advertencia que habían sido susurradas al oído de Sibell, ni la pareja imaginaba el fatal escollo que se había abierto ante ellos por las viles y descaradas maquinaciones de quienes buscaban enriquecerse a costa del amor y la felicidad de una joven.

La loca danza continuaba. Globos y serpentinas por todas partes. Los candelabros estaban adornados con miles de yardas de cintas de papel multicolor, y miles de yardas de las mismas se

enredaban en los pies de los bailarines. El confeti cubría el suelo en media pulgada de espesor, y, al son de la banda de jazz amateur que había reemplazado temporalmente a la orquesta profesional, los amantes bailaban fox-trot alrededor de la sala, observados furtivamente por la joven condesa de aspecto juvenil, vestida de fucsia.

El cerebro de Sibell estaba en un torbellino. ¿Qué podía haber querido decir aquel desconocido con sus sombrías insinuaciones de una conspiración contra su felicidad? Mientras bailaba en brazos de su amante trataba de recordar todo lo que él había dicho; todas aquellas palabras cargadas de significado; todas las advertencias y consejos. Estas eran ciertamente lo bastante serias, pero ¿por qué él, un perfecto extraño que admitía no haberla visto nunca antes de esa noche, había hecho una pregunta tan curiosa acerca del criado despedido de su tía, Albert Ashe?

Recordaba que, aunque aquel hombre siempre había sido muy educado y cortés, incluso hasta la obsequiosidad, ella lo había detestado instintivamente, y en secreto se alegró mucho cuando fue despedido por impertinente. Sin embargo, resultaba extraño que el misterioso enmascarado supiera de él.
Que existía una conspiración en marcha, un complot secreto concebido por un enemigo para separarla de Brinsley, era el punto principal. Lo que había escuchado de labios del hombre enmascarado la dejó aturdida y estupefacta, y, debido a su promesa de no revelar nada a su amante, ahora se encontraba muda e impotente.

¿Quién podía estar celoso de su felicidad? Una dicha como la que ahora experimentaba en medio de aquellas nieves inmaculadas nunca había sido suya antes en toda su vida. ¿Por qué debía terminar? ¿Quién en el mundo podría conspirar para impedir su unión?

El baile terminó y se anunció la cena. Fueron a una larga mesa en el gran comedor, donde se unieron a un grupo de unas veinte personas con quienes habían trabado amistad en el hotel.

Conversaciones y carcajadas resonaban por todas partes, las máscaras se levantaban, los corchos de champán estallaban y serpentinas volaban por el aire cayendo sobre la mesa. Pero Sibell había perdido todo interés.

Sus ojos atentos buscaban por todas partes al caballero secreto. Pero desde el momento en que él se había inclinado tan cortésmente y se había marchado, había desaparecido. Había entregado su misterioso mensaje y su misión parecía haber concluido.

No muy lejos de ella, en una mesa para dos en un rincón, estaba sentado un hombre de mediana edad con el hábito marrón de un monje capuchino, charlando alegremente con una bonita muchacha rubia vestida de Colombina.
De vez en cuando el hombre levantaba sus ojos castaños y observaba furtivamente a Sibell, pero tan cambiado estaba en apariencia que no resultaba sorprendente que ella no lo reconociera de nuevo.

CAPÍTULO XVI
Hombre y mujer

Etta Wyndcliffe, la incomparable acompañante, de delicado vestido y exquisita etiqueta, entró en la habitación de Sibell justo después de terminar su café y bollos, cuando ella estaba en el acto de ponerse sus fuertes botas de esquí bien engrasadas. Vestirse con el equipo de esquí siempre es una operación molesta para una joven; los calcetines gruesos, los “turn-overs”, las ligaduras noruegas en los tobillos, todo contribuye a irritar a la usuaria en la mañana temprana.

—¡Maldita sea esta infernal lazada! —exclamó Sibell en voz alta justo cuando su tía abrió la puerta.

—¿Sabes, querida? Acabo de recibir un telegrama y debo ir a Londres esta tarde —exclamó su señoría nerviosamente—. ¿No

es el colmo, justo cuando me estaba divirtiendo tanto aquí? Sin embargo, estoy muy contenta de que hayamos venido a Gurnigel. Volveré otra vez.

—¿Es muy urgente, tía? ¿No puedes esperar hasta el viernes de la próxima semana? Entonces debemos ir a la Riviera, ¿no?
—№ Debo ir hoy. Tengo un asunto urgente con mi banco, querida. Tú y Brinsley pueden quedarse aquí, y yo los encontraré en la Riviera. No hay necesidad de que regreses a Londres.
—Pero será tan terriblemente aburrido aquí sin ti, tía —dijo la joven.

—Bueno, querida, me temo que debo ir. Es imperativo —respondió—. Voy a hacer las maletas. Pediré al conserje que llame a Berna para reservar un coche-cama esta noche. El automóvil a Berna sale a las tres y media, según he oído.
—Sí, tía. ¡Pero todo esto es muy decepcionante! —declaró la bonita joven, ignorante de la verdadera razón del repentino deseo de su tía de regresar a Londres.

—Lo sé, querida. Pero esos horribles banqueros tienen la desagradable costumbre de llamar inmediatamente tu atención sobre cualquier pequeño descubierto que puedas tener. Y no se puede dejar de visitar al apuesto gerente y engatusarlo para que arregle las cosas.

Y sonrió al recordar las muchas veces que había pedido dinero sobre todo tipo de frágiles garantías.
—Bueno, vamos a salir a correr una hora con John —dijo su sobrina—, así que volveremos antes del mediodía. ¿Puedo ayudarte a hacer las maletas?

—En absoluto. Bevan se ocupa de todo —respondió su señoría, y luego salió de la habitación para ir al conserje.

Aquel alegre pequeño mundo nevado de deportes de invierno, a pesar de todas las pequeñas rivalidades y disputas de gente desconocida, era un mundo propio, un feliz círculo de devotos de los deportes de invierno.

El único hombre en todo el hotel que se reía de todo era el señor Gordon Mitchell. Era un hombre corpulento, sonriente, simpático, cuya iniciativa había hecho posible la apertura de Gurnigel en invierno. Era un artista popular cuyo trabajo adornaba uno de los mejores periódicos ilustrados de Londres, un bohemio irresponsable y soltero que no tenía una sola preocupación en el mundo, y que se movía por toda Europa según la sociedad iba de un lugar a otro a lo largo de las cuatro estaciones.

Siempre se llamaba a sí mismo "el espectador", pues dibujaba con empeño y observaba la mayoría de los juegos, ya fuera en Deauville, Le Touquet, Dinard o Biarritz en verano, la Riviera en primavera, Escocia en otoño, o el invierno en el Engadina o el Oberland bernés. Fue él quien, un día de primavera, pasó por Gurnigel en su coche y, al mirar la enorme fachada blanca del colosal hotel, se preguntó por qué nunca se había abierto en invierno.

Su chófer le dijo que era solo un centro de veraneo.
—Bueno —dijo—, debe abrirse en invierno. Me aseguraré de que se abra.

Y lo hizo, con el resultado de que en ese momento todas las más de cuatrocientas habitaciones estaban ocupadas, mientras que los alojamientos para el personal también habían sido invadidos por visitantes.

Los demás hoteleros suizos se quedaron asombrados ante el brillante éxito de Gurnigel. Algunos centros no habían estado ni a la mitad de su capacidad esa temporada. De hecho, dos centros de deportes de invierno ni siquiera habían abierto. Y, sin embargo, Gurnigel estaba desbordado.

Pero todos sabían que se debía al señor Gordon Mitchell, amante de Suiza, y sabían que, siendo un cosmopolita consumado, estaba dispuesto a hacer todo lo posible por anunciar y atraer

visitantes a cada lugar, a su turno, en el glorioso Oberland bernés.

Con ese espíritu, el señor Gordon Mitchell observaba el curso de los acontecimientos. Era uno de esos viajeros viejos-jóvenes, errantes de un lado a otro por Europa, que amaban ver a los jóvenes divertirse y que, aunque algo anticuado y puntilloso en cuestiones de etiqueta, podía desempeñar a la perfección las funciones de maestro de pista en cualquier salón de baile. De hecho, sus actuaciones con el tambor en una banda amateur eran bien conocidas en todos los centros turísticos de Suiza.

A las tres y media de esa tarde, cuando Lady Wyndcliffe descendía los escalones nevados para subir al gran automóvil amarillo de la Oficina de Correos Suiza—uno de esos largos y potentes coches de montaña—, el señor Mitchell, descubierto, se inclinó sobre su mano y le deseó buen viaje.

—Tiene mi dirección —dijo su señoría con una alegre sonrisa—. Ahora, si no me visita, nunca se lo perdonaré, señor Mitchell. Como le he dicho, conozco a muchos amigos artistas suyos del Savage y del Ham Bone. ¿Vendrá? Prométamelo. Y cuide de Sibell y Brinsley por mí, ¿quiere? —añadió con picardía.
Los demás lo oyeron y quedaron muy impresionados.

—¡Nosotros cuidaremos del señor Mitchell por usted, tía! —exclamó Sibell desafiante, agitando la mano alegremente mientras Etta, con su magnífico abrigo de marta cibelina, subía al gran autobús.

Gritos, saludos con la mano y una reverencia del conserje de levita negra con llaves sobre los hombros, y el automóvil postal, con pesadas cadenas en las cuatro ruedas, emprendió la bajada por la empinada y resbaladiza cuesta en la larga y sinuosa carretera hacia la capital suiza.

Luego, cuando Lady Wyndcliffe se hubo marchado, Sibell y su amante tomaron un luge y, sentados juntos en él, iniciaron la

vertiginosa bajada a gran velocidad, gritando ambos "¡Achtung!" como advertencia a cualquier peatón en su camino. Sin embargo, todo el día Sibell no pudo apartar de sí el recuerdo de aquel oscuro hombre misterioso que, vestido de caballero, le había contado una historia tan extraña y sorprendente. Cien veces se preguntó por qué había hecho aquella rara pregunta sobre la identidad de Albert Ashe. ¿Qué podía saber él del mayordomo de su tía?

En el almuerzo había examinado cada mesa, pero no logró identificar a su informante enmascarado. Algunos visitantes habían partido en el autobús de la mañana a las ocho, así que concluyó que debía estar entre ellos.

Ansiaba poder contarle a Brinsley lo que el desconocido había dicho, pero comprendió que tendría que esperar el mensaje críptico en la columna personal de The Times.

Así pasaron los días—luminosos, soleados, con cielos despejados y nieve perfecta, y noches heladas, brillantes y estrelladas, el clima más perfecto para los deportes de invierno. Al fin, una tarde llegó el correo. Vio al mozo llevar The Times a la sala de lectura, y lo tomó con avidez. Sí, el mensaje estaba allí, en lo alto de la segunda columna, dirigido a ella. Pero era negativo. ¡Brinsley Otway debía permanecer en la ignorancia del complot contra ellos!

Esa misma tarde era oscura y lluviosa en Londres, cuando Lady Wyndcliffe subió las escaleras de unos aposentos de soltero en Duke Street, St. James's, y golpeó una puerta que fue abierta rápidamente por su exmayordomo, Ashe.

—Bueno, Etta —dijo él, y, tras conducirla a un acogedor salón donde ardía un brillante fuego y colocarle una silla, añadió—: ¿Cómo te fue?

—Oh, no lo sé —respondió la atractiva mujer con cansancio, arrojando descuidadamente sus pieles sobre el sofá—. La verdad es que no he reunido suficiente valor para afrontarlo.

—¿Qué? —exclamó el hombre, mirándola con furia—. ¡No seas tonta! ¿No ves que cada día nos acerca más al desastre? ¡Cada hora! Supón que acude a la policía. Pronto te encontrarán, y entonces será demasiado tarde para que se retracte. Debes verlo esta noche—de inmediato.

—¡No puedo! ¡Realmente no puedo! —gritó la mujer, pálida de desesperación—. ¿Y si se vuelve hostil y me entrega a la justicia?
—No lo hará si eres astuta y no pierdes la cabeza, Etta. Sabes que estuvo enamorado de ti, y puede que aún lo esté, por lo que sabemos —dijo él.

—No después de lo que pasó —replicó ella, sacudiendo la cabeza—. ¡Lo arruiné!
—No es el único hombre arruinado por una mujer, querida —respondió Ashe con ligereza—. Ponte tu mejor sonrisa y unas lágrimas, y pronto te perdonará. Dile que has venido a verlo para reparar el daño.
—¿Cómo podría reparar todo eso? —preguntó ella con amargura.

—Finge arrepentimiento y haz toda clase de promesas —insistió él—. Ponte de su lado y no te hará daño. Pero debes verlo. No dejes que él te busque. No estás en West Halkin Street, ¿verdad?
—No, estoy en el Grosvenor, bajo otro nombre—Mrs. Wilcox.
—Como te dije, está en el Carlton —dijo Ashe.

—№ Se ha marchado—fue a Manchester, y se hospeda en el Midland. Me lo dijeron esta mañana cuando llamé.
—Entonces debes ir a Manchester esta noche. Quédate en el Midland y velo por la mañana. Ese es mi consejo —dijo el hombre, de pie con los brazos en jarras sobre la alfombra frente a ella.

—¿Pero qué debo decir? —exclamó ella desesperada—. ¿Qué puedo decir?

—Di que supiste que había regresado a Inglaterra, y que viajaste de inmediato desde Suiza para verlo y pedirle perdón, y rogarle

que deje el pasado atrás. Lo hará, sin duda, si juegas bien tus cartas. Una vez que se muestre amistoso, entonces podremos tratar con él y ajustar cuentas.

—Oh, no hables así, Albert. Me horroriza —exclamó ella, cubriéndose el rostro con las manos, un hábito suyo siempre que escuchaba algo desagradable.
—Bueno, querida, tenemos que afrontar la música, ¿no? No sirve de nada intentar evadir el asunto —dijo él—. El primer paso es que lo apacigües. Y para hacerlo, debes seguirlo a Manchester. Envía un recadero a su habitación con un mensaje de que la señora Wilcox desea verlo por un asunto privado. Cuando una mujer desconocida llama a un hombre, siempre se siente intrigado. No te anuncies, pues podría resentirse.
—Pero podría negarse a verme —protestó ella.
—No lo hará. Es esencialmente un hombre de mujeres, como sabes.
—¿Y no hay otra manera? —preguntó—. Me aterra que pueda llamar a la policía y entregarme. ¡Piensa en el escándalo!
—No lo hará, siempre que le des la verdadera actuación lacrimógena. Y sabes hacerlo muy bien. Recuerdo uno o dos encuentros que tuviste con Wyndcliffe. Eres una maldita buena actriz, Etta, cuando lo consideras oportuno. Y en este caso vale la pena, te lo aseguro. De tu viaje a Manchester depende la libertad de ambos, así que cuanto antes reúnas valor, mejor.
—¿No podrías ir tú y enfrentarlo por mí?
—¡Yo! —exclamó el hombre, mirándola fijamente—. ¡Me llevarían a la comisaría en cinco minutos! El querido Rupert no me quiere—¡y nunca lo hará!
La mujer guardó silencio unos minutos, sus oscuros ojos inquietos contemplando pensativamente el fuego.
—¿Pero cómo puedo reconciliarme con él? —balbuceó al fin, con una voz apagada y rota, muy poco habitual en ella—. ¡Piensa en cómo lo he tratado; en el sacrificio que hizo por mí!
—Oh, no te pongas romántica, querida Etta —rió él—. Simplemente pídele perdón, dile que aún lo amas y todo eso, y...
—¿Y si ha descubierto que me casé con Wyndcliffe? ¿Qué entonces, eh? —lo interrumpió.

El hombre hizo una mueca, pero tras un momento de silencio respondió:
—No veo cómo podría saberlo. No usaste tu propio nombre cuando te convertiste en Lady Wyndcliffe. Además, ahora eres la señora Wilcox, viuda.
—Pero si lo ha descubierto, ¿cómo debo actuar? —exigió ella—. ¿Qué excusa puedo dar?
—No lo habrá descubierto—al menos no todavía. Por lo tanto, si actúas de inmediato y con valentía, tendrás todas las cartas en tu mano. Hazme caso y toma el tren con cena hacia Manchester esta noche, duerme tranquilamente en el Midland, y mañana por la mañana luce lo más hermosa posible y fortalécete.
—Temo la prueba, Albert —declaró la desdichada mujer.
—No lo dudo, querida. Pero, como ya he dicho, debemos marcar la música y Rupert debe bailar a nuestro compás—si queremos salir de este enredo impío.
—Puede que haya visto mi retrato en los periódicos ilustrados —comentó ella.
—№ Ha estado en América todo el tiempo, en un lugar donde no veía periódicos —y él sonrió.
La mujer respiró hondo, y él notó que su mandíbula temblaba. Sus nervios estaban destrozados. Entonces le sirvió un poco de brandy, que ella bebió de un trago.
—Todo depende de ti, Etta —dijo muy seriamente, poniendo su mano sobre su hombro y inclinándose hacia ella—. Sácalo de su actual estado hostil. Prométele todo—volver a América con él si lo desea; lo que sea. Porque una vez que retome su amistad—y lo hará si juegas bien—entonces todo será navegación tranquila para nosotros en el futuro.
—¡Quieres decir... sé lo que quieres decir! —susurró ella con voz ronca, mirándolo con ojos horrorizados—. ¡Quieres decir que debo... debo atraerlo hacia su muerte!

CAPÍTULO XVII
Explicación y disculpa

—El señor Kimball dice que está muy ocupado, señora. Pero la recibirá unos momentos. ¿Quiere subir a su salón? —dijo el pequeño botones uniformado.

Etta Wyndcliffe, con su más delicado sombrerito y su abrigo de marta cibelina, entró en el ascensor y, guiada por el muchacho, se detuvo finalmente ante una puerta en la que el chico llamó. —¡Adelante! —gritó una voz áspera desde dentro. El botones abrió la puerta, y al instante Etta y su archienemigo, Rupert Kimball, se encontraron cara a cara.

El hombre—alto, corpulento y bien afeitado, un típico hombre de negocios americano, recto y astuto—retiró su cigarro con asombro y, tras mirarla un segundo, exclamó:

—¡Etta! ¿Y qué demonios te trae aquí?

—He venido a verte —balbuceó la mujer en voz baja, aún de pie en el umbral.

—¡Hm! Pensaste que era mejor venir a mí, ¿eh? —gruñó él, mientras su expresión cambiaba de inmediato y un destello de odio brillaba en sus oscuros ojos penetrantes.

Un hombre bien vestido de unos cincuenta años, con cabello entrecano, cuyos ojos hundidos hablaban de alguna profunda pena, enfermedad o quizá fracaso en los negocios.

—¡No quiero verte, mujer! —estalló, hablando con un forzado acento americano—. Tu sola presencia me resulta odiosa. ¡Fuera! —añadió bruscamente.

—¡Pero, Rupert! —imploró ella, cerrando la puerta tras de sí y avanzando hacia la habitación—. No me eches antes de darme una oportunidad de contarte... de contarte la verdad —y extendió sus manos suplicantes.

—¡¿La verdad?! —rió con sarcasmo—. ¡La verdad de una mujer como tú!

Y se volvió de ella con disgusto, caminando hacia la ventana.

—¿No recuerdas el pasado? ¿No piensas nunca en...?

—Pienso en la bruja infernal que eres, y en cómo me traicionaste —escupió entre dientes—. Te lo digo claramente: estoy aquí en Inglaterra para llevarte ante la justicia.

—¡Pero, Rupert, por el amor de Dios, escúchame! —suplicó ella —. Antes de que tomes medidas contra mí, escucha lo que tengo que decir. He regresado apresuradamente desde Suiza para verte. Maudie Ashley me escribió diciendo que habías dejado St. Louis y estabas camino a Londres. Llamé ayer al Carlton y me dijeron que estabas aquí. Yo... yo quería verte... para...

—Y yo no quiero verte. Esa es la diferencia —gruñó él—. Has venido aquí con falsos pretextos, señora Wilcox.

—Porque temía que te negaras a recibirme —declaró la desdichada mujer con sinceridad.

—Ciertamente me habría negado. El pasado es demasiado horrible. Tu rostro me recuerda todas tus viles intrigas y el mal que me causaste. Todas mis desgracias las debo a tu maldita astucia.

—¡Rupert! —dijo ella con voz intensa y cambiada—. He venido a ti para intentar expiar lo que hice. Sé que fui una miserable contigo. Pero aquí estoy, y... y humildemente te pido perdón. Antes de que el hombre se diera cuenta, ella se había arrodillado ante él, le tomó la mano y la besaba con fervor.

Él intentó retirar su mano, pero ella le sujetaba la muñeca con ambas manos.

—¡No, Rupert, no! —gritó frenética—. Perdóname, te lo imploro. Hablemos de todo.

—No hay nada de qué hablar —respondió con fiereza—. Arruinaste mi vida porque tontamente escuché tus perversos planes. El complot lo concebiste con tu propia mente malvada; yo te escuché e hice lo que sugeriste. Luego, cuando habías conseguido tus fines, me delataste en secreto por la recompensa y me dejaste enfrentar la desgracia y el castigo. ¡Pero ahora soy libre otra vez, mujer, y pienso al menos igualar las cuentas contigo! ¿Perdonarte? ¡Nunca! —Y arrancó su mano de ella tan bruscamente que la hizo rodar al suelo a sus pies.
—¡Yo no recibí ninguna recompensa! —protestó ella con furia—. Es mentira.

—Entonces ese hombre que estaba detrás de tus malvados planes la tomó. ¡Me lo dijeron después!
—No sé nada de eso, Rupert —dijo ella—. Admito que he sido tu enemiga. Pero ahora quiero ser tu amiga, ayudarte a una nueva vida.

—¡Porque me temes mortalmente! —rió él triunfante—. ¿Ya no crees que soy un tonto enamorado? ¿Seguro que no piensas que creo una sola palabra de lo que dices?

—No puedo evitarlo. Lo que digo ahora, lo digo en serio.
—¡De pronto te vuelves muy honesta, parece! —se burló él—. Te ves bastante próspera—más que hace seis años. ¿De qué vives ahora? Ese abrigo tuyo debe haber costado unos cuantos dólares.

—Estoy viviendo honestamente, al menos —respondió ella con firmeza.
—Por primera vez en tu vida —rió él—. Cuando te conocí, eras Snakey Toulmin, el señuelo de Bud Taylor y su preciosa banda de estafadores que operaban en el ferry del Atlántico. Y eras una condenadamente astuta pequeña bribona. Los que te conocían siempre terminaban miles de dólares más pobres en el viaje. Yo fui uno de tus incautos.

—Todo eso es pasado. Vamos a olvidarlo, Rupert.

—¡Hm! Parece que piensas que puedes cambiar tu maldita alma negra tan fácilmente como cambias de vestido —gruñó él—. No, el pasado siempre está conmigo. Lo tuve durante esos años en una celda de prisión.

—Olvídalo todo —rogó la bonita pero desdichada mujer—. Sé que soy completamente despreciable, Rupert. Pero nunca tuve una sola oportunidad de ser honesta en mi vida hasta ahora. Mi padre era un tahúr, como bien sabes, y desde niña me criaron para usar mis artes femeninas sobre los hombres. No soy totalmente culpable.

—Eres totalmente culpable de mi ruina —respondió él—. Me induciste a golpear al mensajero del banco aquel día de invierno en Nueva York y robarle la cartera. Casi cometo un asesinato por tu instigación, para darte una casa y ropa lujosa, como yo pensaba. Pero tú, a tu vez, me robaste el dinero, me entregaste a la policía y luego escapaste, dejándome enfrentar el proceso y el castigo. No pensaste en mí, Etta, ¿verdad? No, solo en ti misma y en ese cerdo que te perseguía como una sombra negra. Lo cazaré algún día pronto, no lo dudes. Sé que está aquí en Inglaterra, y entonces será mi triunfo cuando nos encontremos —dijo con fiereza.

—Querido Rupert, sé todo lo que debes sentir, y cuán hostil y amargado debes estar contra mí —dijo ella, adoptando una actitud más suave hacia él—. Lo merezco todo. No intento excusarme ni un ápice por lo que hice. Solo deseo expiarlo todo.
—¡Expiar! —exclamó el hombre mirándola severamente al rostro —. ¿Cómo?

—Intentando ayudarte, y quizá hacerte feliz.

—¿Cómo puedes ayudarme? ¿Tienes dinero? —preguntó él.

—No puedes necesitar dinero si puedes permitirte estar en el Carlton de Londres y tener un salón aquí —se atrevió a decir ella.
—Estoy haciendo algunos negocios aquí —explicó él—. Así que he tenido que tener un salón.

—Espero que sea un negocio rentable.

—Oh, es un trato legítimo —dijo él—. Un poco de trabajo de agencia para una firma de radio de Nueva York—piezas para equipos de aficionados. Estos ingleses parecen haberse vuelto locos con la radio. Ha sido América la que les ha mostrado el camino.

Sonrió, y ella vio al instante que su actitud hostil disminuía poco a poco, aunque naturalmente no podía pasar por alto de inmediato su vil comportamiento al robarle aquellos fajos de billetes y valores negociables que él había arrebatado al mensajero al que dejó inconsciente en la esquina de Park Avenue.

—Sí —dijo ella—. Los ingleses son terriblemente lentos para adoptar cualquier innovación. La vieja Nueva York pule cualquier nueva invención o dispositivo ahorrador antes de que Londres pueda siquiera abrir los ojos para mirarlo. Espero que hagas buen negocio en radio, Rupert. Y si puedo ayudarte en algo, pues ahí estaré de inmediato.

—¿Conoces alguna empresa de radio? —preguntó rápidamente.
—Bueno —respondió ella—, conozco a alguien de la B.B.C., y supongo que podría conseguirte una presentación con varias de las grandes casas minoristas, lo cual podría serte ventajoso.
—Muy bien, Etta —dijo él—, estoy abierto a negocios.
—Con una condición, Rupert —dijo ella, con la astuta sagacidad femenina—. Que no indagues sobre mi posición actual ni mi modo de vida. Vivo honestamente, de eso te aseguro. Y mi reputación de honradez puede servirte en el futuro cercano. Moveré cielo y tierra por ti, para expiar mi condenable conducta del pasado y ponerte en un camino de negocios adecuado y próspero en el futuro. ¿Es un trato?
Durante unos minutos él permaneció en silencio. Luego dijo:
—Eres una pequeña bruja muy lista, Etta. Te ves próspera, y probablemente lo seas. Antes navegamos en la misma marea, y

si puedes ayudarme, lo haremos de nuevo—en la marea que debe llevarnos a ambos a la fortuna.
—¡Ah, Rupert! —exclamó ella con vehemencia, mirándolo a los ojos—. Sabía que me perdonarías. Todos estos años he estado llena de amargo remordimiento, y he derramado muchas lágrimas por... por ti y por lo vergonzosamente que te traté. —Y entonces, inclinando la cabeza sobre su mano, rompió en sollozos.
—Intentaré recuperar tu buena opinión de mí —prosiguió, con las lágrimas rodando por sus mejillas—. Sé que soy una mujer despreciable; una mujer que ha arruinado la vida de un gran hombre fuerte y voluntarioso. Pero fue tu actitud dominante hacia el mundo lo que me llevó a ello. Yo... yo estaba loca. Me propuse seducirte, engañarte, lanzarte al abismo—y lo logré. Al principio me llenaba de júbilo. Escapé a Valparaíso y luego crucé a Australia. Después regresé a Londres, y en los periódicos americanos leí la noticia de tu juicio y tu condena. Recé por ti. No podía dormir por las noches pensando en ti en tu celda, porque te había tratado así, y todo fue culpa mía, Rupert —exclamó, tomándolo por los hombros y mirándolo directamente a los ojos —. Soy una mujer. Nosotras las mujeres somos criaturas extrañas. No podemos controlarnos. A veces llegamos a odiar a quienes realmente amamos, y a veces amamos a quienes más odiamos. Somos el sexo débil—y quizá yo sea la más débil de todas.
Rupert Kimball, el bien vestido americano, a quien nadie en Inglaterra imaginaría como un exconvicto recién liberado de la prisión de St. Louis, se volvió lentamente desde la ventana.
—Acepto todo lo que dices, querida —dijo vacilante—. Pero lo que quiero saber es cómo vives tan prósperamente. Ese abrigo de marta cibelina tuyo me intriga.
—Hago un poco de negocio con vestidos franceses de modelo y lencería —dijo ella, con la primera excusa que surgió de sus labios mentirosos—. Este abrigo no es mío. Solo lo uso como anuncio.
—¿Entonces trabajas a comisión?
—Sí. Ambos estamos en negocios. ¿Por qué no trabajar juntos?
—Pero eres muy reservada respecto a ti misma, Etta —dijo él.

—Tengo que serlo. Después de todo, no quiero que mi miserable pasado salga a la luz, igual que tú, ¿eh? Así que cuanto menos hablemos el uno del otro, mejor. Unamos nuestras fuerzas en lugar de ser enemigos, y hagamos dinero. Te ayudaré en tu negocio de radio. Sé que puedo.
Él volvió hacia ella desde la ventana.
—Ahora —dijo, deteniéndose de repente frente a ella—, ¿estás jugando limpio, Etta? Si no lo estás, ¡por Dios!, te enviaré a veinte años. Sabes a qué me refiero—las pruebas que tengo contra ti y tu maldito cómplice Belton, o Ashe, o como se llame ahora.
—¡Oh! No lo he visto en años, querido —rió Etta—. Me trató fatal, como todos los hombres de su baja calaña tratan a las mujeres. Cuando vio la luz roja, dio media vuelta y huyó. Me dejó en Valparaíso, y fue lo mejor. No servía para nada. No tenía el valor de una pulga.
—Exactamente lo que pensé. Pero creí que se habría mantenido contigo —dijo Kimball—. Cuéntame cómo te ha ido mientras yo estaba todo ese tiempo en la penitenciaría. —Y se quedó frente a ella, dándose cuenta por primera vez de que no parecía un año mayor que cuando la había visto por última vez en su piso, antes de salir aquel día nevado con una barra de hierro como bastón para asaltar al desprevenido mensajero del United States Allied Bank.
—Oh, me las he arreglado como he podido. He hecho muchas amistades con gente adinerada, personas de mejor clase en Londres. Por eso tengo muchos amigos influyentes, y podré ayudarte en tu nueva empresa.
—¿Todavía no casada, eh?
—¿Casada? —rió con desprecio—. ¿Me tomas por idiota? No, nunca seré la esclava doméstica de un hombre. Que otras mujeres tengan la preocupación de un hogar y de hijos, pero no yo.
Entonces, aprovechando la oportunidad, le tendió la mano y preguntó:
—¿No me perdonarás de verdad, Rupert? Te prometo que en adelante seré tu amiga.
—¿Lo dices en serio? —preguntó él con fiereza—. ¿Puedo confiar en ti?

El rostro de la mujer se relajó en una de esas dulces sonrisas que los hombres habían encontrado, para su desgracia, tan seductoras.
—Sí, Rupert. Ahora puedes —dijo ella, e hizo un ademán como si fuera a poner sus labios sobre los de él.
—№ No quiero tus besos, gracias —dijo él con tono duro y abrupto—. Prefiero prescindir de ellos. Pero, tomando su mano, añadió en un tono más tranquilo:
—Seremos amigos, como deseas. Pero tendrás que demostrar tu amistad hacia mí antes de que te perdone por completo la ruina que me causaste. Dijiste que acababas de regresar de Suiza. ¿Vives allí ahora?
—A veces —respondió ella—. A veces vivo en una casita junto al Támesis. Pero siempre soy una errante—como siempre lo he sido.
—Y te haces llamar Wilcox—una viuda, supongo —dijo él con una sonrisa.
—Sí —rió ella, preguntándose interiormente qué pensaría y cómo actuaría si supiera su verdadera posición en la sociedad londinense, al mismo tiempo temiendo que descubriera su rango y título. Vio que, a toda costa, él no debía saber que ella, la Snakey Toulmin de la banda transatlántica, se había casado con un noble inglés.
No obstante, muy aliviada por la manera exitosa en que había apaciguado al hombre que había venido a Inglaterra para exponerla y procesarla, le tomó la mano y, agradecida, la besó una y otra vez.
Sin embargo, sabía que solo era para ganar tiempo. Su enemigo, Albert Ashe, había jurado vengarse de él si alguna vez se atrevía a poner pie en suelo británico.
Sabía que las amenazas del hombre cuya extraña carrera había incluido hacerse pasar por su mayordomo en West Halkin Street nunca eran vanas.
Así que una hora más tarde salió hacia la estación de tren y le envió un telegrama con solo dos palabras: “Perdonado—Etta.”

CAPÍTULO XVIII
El techo del mundo

A comienzos de febrero la temporada de deportes de invierno en Gurnigel ya estaba en declive.

Las más de cuatrocientas personas alojadas en el gran hotel de lujo se habían reducido a unas trescientas, todas ellas inglesas, y sin embargo las diversiones, tanto de día como de noche, continuaban alegremente bajo la dirección del cordial y siempre popular gerente, cuyo principal objetivo era conocer personalmente a cada uno de sus visitantes y asegurarse de que fueran atendidos por su personal eficazmente entrenado.
Los suizos han sido siempre los mejores hoteleros del mundo. Dondequiera que uno vaya, en cualquier hemisferio, sabe que si elige un hotel administrado por suizos estará cómodo a un gasto moderado.

Así ocurría en Gurnigel. Las muchas pequeñas rivalidades y disputas entre la clientela inglesa a menudo llevaban al amable director a retirarse a su chalet por la noche y apretar los puños en desesperación. Y bien podía hacerlo. Ocupaba un puesto oneroso y responsable, y nadie conocía sus problemas más íntimamente que el viejo artista señor Gordon Mitchell, quien casi a diario se sentaba en su oficina privada y conversaba con él.

Mitchell era un hombre de reputación mundial que no tenía intereses ocultos. Naturalmente trataba la conspiración contra él por parte de unos don nadie como el resultado de ambiciones frustradas. “La gente paga sus pequeñas sumas redondas a una agencia de turismo y espera ser considerada como pequeños dioses de hojalata”, era como lo expresaba a sus íntimos.
Un día Sibell, que se había hecho amiga del sonriente y bonachón soltero, estaba tomando té con él y su prometido, cuando dijo:

—¿Sabe? Me encantaría ver un glaciar. He leído mucho sobre ellos, pero nunca he visto uno.

—Bueno, señorita Dare, no hay razón para que no lo hagamos. ¿Por qué no tomar el tren hasta el Kleine Scheidegg y salir al glaciar del Eiger? Eso le daría una muy buena idea de cómo es un glaciar. —Luego, volviéndose hacia Otway, añadió—: Tengo que subir al Scheidegg pasado mañana, y los acompañaré a ambos, si quieren. Necesitarán un guía. ¿Por qué no llevar a John? Es excelente en trabajo de glaciar—eso sí, si logran convencerlo de dejar aquí por tres días.

La idea atrajo a la joven pareja.

—Su tía los puso a ambos bajo mi cuidado antes de marcharse, ¿saben? —rió el señor Mitchell—. Así que no me excuso por la sugerencia. Quieren ir a un glaciar, y estoy listo para llevarlos. El glaciar del Eiger está cerca de la Jungfrau, justo debajo, en realidad, y les dará quizá la mejor idea de los glaciares que puedan obtener en Suiza.

—¿Pero cómo es realmente un glaciar? —preguntó la muchacha en su ignorancia.

—Imaginen un mar de hielo con enormes fisuras por todas partes, grietas de cientos de pies de profundidad—todo puro hielo gris verdoso—el hielo de las edades —respondió el señor Mitchell, quien en su juventud había sido un ardiente alpinista—. A veces, si tienen la suerte de ver una avalancha de hielo, presencian una de las más sobrecogedoras transformaciones de la Naturaleza. Ven el borde helado de un glaciar gigantesco de incontables siglos desprenderse y caer con estruendo por un precipicio, los grandes bloques de hielo rebotando de roca en roca miles de pies hasta pulverizarse, y, como polvo blanco, descender como ríos veloces desde los barrancos hacia el valle. La visión de una gran avalancha de hielo es una de las escenas más imponentes del mundo: cientos de miles de toneladas de restos de la era glaciar desprendiéndose del borde de los peligrosos glaciares para ser lanzados al espacio con fuerza irresistible, arrasando todo a su paso. Es habitual que todos los glaciares avancen unos veinte o veinticinco centímetros cada día, y al moverse forman profundas y peligrosas grietas, a veces

de sesenta metros de profundidad, trampas mortales para el alpinista que escala.

—¡Qué maravilloso! —dijo la joven—. Me encantaría ver un glaciar y caminar sobre él.

—Pues estoy listo para llevarlos a ambos —dijo el viejo alpinista de cabellos grises—. Así que, si quieren fijar la fecha, estoy dispuesto a ir a Interlaken y luego subir por la Wengern Alp hasta Scheidegg.

Decidieron ir, y dos días después tomaron el tren por el encantador valle de Lauterbrunnen, y allí la línea de cremallera para ascender otros mil doscientos metros, escalando la cara de los Alpes, pasando por el popular pueblo de deportes de invierno de Wengen, hasta Wengern Alp y Scheidegg.

Mientras estaban sentados en un banco en la solitaria parada de montaña, con el oscuro valle de Trümmelbach frente a ellos, y más allá el Eiger, el Mönch y la Jungfrau, con el Schneehorn y una docena de otros picos bien perfilados, con sus glaciares, rocas negras y campos de nieve eterna formando un panorama maravilloso, de repente escucharon un estruendo.

—¡Avalancha! —gritó el señor Gordon Mitchell, poniéndose de pie—. ¡Miren! ¡Varias!

Entonces, desde el valle, llegó un creciente rugido atronador de avalanchas de hielo desde los glaciares de Kühlauenen, los dos Bandlauenen, y desde los profundamente hendidos Giessen y Lammlaui en rápida sucesión, mientras, desde una u otra de las cinco estrechas gargantas en las rocas negras, el vapor de hielo pulverizado brotaba, levantando grandes nubes de polvo. Era una visión única e inolvidable, pues estaban cara a cara con la Naturaleza, presenciando la fuerza irresistible de los poderosos glaciares que, al avanzar lentamente hacia el valle, dejarán algún día, cuando los últimos vestigios de la Edad de Hielo hayan desaparecido, sus huellas sobre las rocas erosionadas por el hielo.

¿Has visto alguna vez una avalancha? El viento cálido, conocido en los Alpes como el Föhn, probablemente sopla. Los glaciares y las laderas nevadas de las montañas se derriten lentamente. Oímos ominosos crujidos profundos en las grietas si estamos sobre el glaciar, mientras el agua corre por todas partes sobre la superficie del hielo, pues bajo el Föhn la nieve desaparece poco a poco.

Mientras el trío observaba, el estruendo se fue apagando lentamente.

—¡Miren! —gritó Sibell, señalando otro glaciar alto, cerca de la cima frente a ellos—. ¡Ahí hay otro! ¡Qué espectáculo tan maravilloso!

De repente la Naturaleza tembló como en expectativa. Contuvieron la respiración instintivamente, cuando, en unos segundos, vieron enormes paredes de hielo derrumbarse, desprendiéndose del glaciar y cayendo por el borde de un precipicio, seguidas de retumbos, estrépitos y luego un rugido ensordecedor, cuando desde la parte más baja del glaciar el hielo se estrelló en su caída y se precipitó por los embudos de roca, muy abajo en el valle, tal como lo ha hecho durante miles de años, y como lo seguirá haciendo por miles más. El trueno de la avalancha es la voz airada de los Gigantes, perturbados de su silencio invernal por la presencia del hombre. Era una visión sobrecogedora, cuyo recuerdo viviría siempre con ellos.

Aquella noche la pasaron en el cómodo Hotel Bellevue en Scheidegg, a más de dos mil cien metros sobre el nivel del mar, y, mirando desde sus ventanas, vieron en lo profundo del valle las luces del alegre Grindelwald titilando miles de pies más abajo.

Tras la puesta del sol se instaló una fuerte helada, como siempre ocurre a esa altitud. Scheidegg es, por excelencia, el centro del esquiador experimentado, que puede descender hasta Grindelwald o Wengen sin peligro, y es por ello muy popular,

pues la nieve allí arriba siempre es buena, cuando a menudo es imposible en cotas más bajas.

Después de la cena, el conocido artista se sentó con sus dos jóvenes amigos junto al gran fuego de leña en el vestíbulo, los tres fumando cigarrillos con su café y kirsch, discutiendo la aventura del día siguiente en el glaciar del Eiger.

—¡Estoy tan emocionada! —exclamó Sibell—. ¡Imagínate caminar sobre un glaciar!

—Sí, pero no está exento de cierto elemento de peligro —observó el señor Gordon Mitchell, quien tenía bastante experiencia en trabajo de glaciar y había recogido su piolet en el conocido Hôtel du Lac en Interlaken, donde lo guardaba de año en año. Sibell y su amante habían tomado prestados piolets del hotel en el que se habían alojado esa noche, y se habían mostrado muy interesados en aquellas herramientas sólidamente construidas, con mangos de fresno y hachas de acero fino, de las cuales tan a menudo depende la vida humana en los Alpes.

Mientras disfrutaban del calor del fuego y conversaban con media docena de esquiadores de ambos sexos que, como ellos, iban a emprender una expedición a la mañana siguiente, entró el elegante gerente suizo del hotel y, dirigiéndose al señor Mitchell, a quien conocía bien como devoto de los deportes de invierno, dijo:
—John, el guía, acaba de telefonear desde Gurnigel que, lamentablemente, se ha lastimado el tobillo mientras daba una lección esta tarde. Alguien chocó contra él, así que no podrá venir mañana por la mañana. Propongo llamar a Amacher y Stutz allá en Wengen para que suban en el primer tren. Ambos son buenos guías de la Jungfrau y conocen bien el glaciar.

—¡Excelente! —dijo el señor Mitchell—. Ya he tenido a Amacher antes, hasta la cabaña Guggi y también a la cima del Breithorn y en otras excursiones. Es un tipo de primera. Gracias, si consigue a los dos para nosotros, le estaré agradecido.

—Stutz fue uno de los que escaló con el príncipe Chichibu de Japón la temporada pasada —dijo el gerente del hotel—. El príncipe es un escalador maravilloso, asegura, además de buen esquiador. Todos en el Oberland lo admiraron cuando estuvo en Mürren. Una lástima que tuviera que marcharse a Japón en circunstancias tan trágicas.

—Sí. Todos saben lo auténtico deportista de invierno que es —comentó el viejo alpinista. Y entonces la conversación giró hacia las hazañas del príncipe imperial japonés en los Alpes berneses. Aquella noche se desató una ventisca, una de esas cegadoras tormentas de nieve que surgen en las altas montañas tan repentinamente y se disipan con rapidez, pero que son tan peligrosas para quienes quedan atrapados sin refugio. Los vigilantes ferroviarios de guardia, al ver los montones de nieve aumentar rápidamente, telefonearon a Lauterbrunnen para poner en marcha las quitanieves y mantener abierta la comunicación con el mundo abajo. Así, toda la noche las máquinas eléctricas subían y bajaban lentamente para mantener la vía despejada, aunque era imposible mantener abierto ese tramo de un par de millas entre Scheidegg y la estación del glaciar del Eiger, donde el túnel penetra en la montaña y asciende hacia la Jungfrau.

Por lo tanto, cuando Sibell—levantándose temprano y poniéndose su equipo de montaña, consistente en chaqueta impermeable contra el viento y pantalones, gruesas medias de lana y sus pesadas botas de escalada con clavos, que diferían en muchos aspectos de las construidas para esquiar—apareció abajo en el vestíbulo, se encontró con el señor Mitchell, quien dijo:
—La línea está bloqueada, así que tendremos que caminar hasta el glaciar. Amacher y Stutz están aquí desayunando y están preparando sus mochilas para nosotros.

En ese momento apareció Brinsley, y los tres entraron al salle-à-manger para un sustancioso desayuno inglés de jamón y

huevos, que el popular artista había pedido especialmente como preliminar a la expedición del día.

Más tarde los dos guías se unieron a ellos en el vestíbulo. Amacher, un hombre bajo, robusto, moreno y mal afeitado, con esa mirada aguda de águila en sus grandes ojos azules que parece innata en el guía de montaña, se acercó y saludó al señor Mitchell.

—¡Grüss Gott, Herr Mitchell! —exclamó, extendiendo su gran mano callosa. Llevaba un maltrecho sombrero redondo de fieltro con sus gafas de nieve alrededor de la cinta, y sobre el hombro una cuerda de seguridad enrollada, de cáñamo fuerte y de la mejor calidad, mientras que de su muñeca colgaba su fiel piolet, que le había salvado la vida en una docena de apuros al escalar.

—¿Cruzando el glaciar hoy, eh? —preguntó en su peculiar inglés de loro. Era uno de los guías más valientes de esa peligrosa cordillera, y siempre actuaba como director del grupo de rescate de guías que estaban siempre dispuestos a arriesgar sus vidas para salvar a quienes se reportaban desaparecidos en la montaña o el glaciar.

—Sí, Fritz. Queremos que nos lleves al glaciar. Mis amigos aquí desean ver las grietas—las profundas.
El fornido suizo, curtido por el sol—de rostro moreno por el reflejo del sol cegador sobre el hielo—respondió:

—Está bien, Herr Mitchell. —Y luego presentó al hombre alto, delgado y fibroso que estaba detrás de él, como Hans Stutz. El guía, orgulloso de la insignia de bronce con la cruz esmaltada en blanco en su pecho, que mostraba que estaba aprobado y autorizado por el Club Alpino Suizo, sonrió, levantó su gorra puntiaguda y les deseó: —Buenos días, caballeros y señora.
Él también llevaba su cuerda sobre el hombro, su mochila bien provista en la espalda y su piolet listo para el cruce del traicionero glaciar.

—El tiempo no es muy bueno —mencionó Fritz a Hans en suizo-alemán, y el señor Mitchell, entendiendo la observación, preguntó de inmediato:

—Mire, Amacher, ¿hay algún peligro?

—Oh, no —rió el guía—. Si el tiempo empeora podemos regresar. Iremos por la ruta segura y mostraremos a la dama y al caballero las grietas profundas. Hay muchas ahora—después del Föhn. Tenemos la comida en nuestras mochilas. ¿Vamos? Los demás asintieron, pues ya estaban vestidos y preparados.

—Camina muy despacio, mees, sobre la nieve —aconsejó Amacher, tomando el brazo de la joven—. Tienes un largo camino por delante y caminarás duro. Solo despacio—despacio —¡así! —Y redujo el paso y la hizo caminar a su ritmo—. Verás, estamos subiendo otros trescientos metros antes de llegar al glaciar, y no debes fatigarte antes de llegar. Si escuchas ruidos, grandes crujidos, agua corriendo muy abajo y miras hacia la oscuridad, no te asustes. Hans y yo estamos contigo. Conocemos el glaciar desde niños.

—Confío en ti —dijo la joven, colocando su mano enguantada sobre su fuerte brazo, mientras Brinsley caminaba con el alto Stutz.

—No hay peligro. En absoluto —dijo Amacher—. Soy guía. Confía en mí, mees.

—Confío en ti, Amacher —respondió ella, y siguieron subiendo la empinada colina, siguiendo las vías del tren y pasando por las perreras de los perros árticos Uke de pelaje gris que se guardaban allí, hasta que finalmente llegaron a la morrena, esa playa de piedras y escombros dejada por la Edad de Hielo, mientras más allá se extendía una masa ondulante de kilómetros cuadrados de hielo, llena de traicioneros puentes de hielo sobre anchas y fatales grietas, abismos que iban de seis a noventa metros de profundidad.

Al borde del hielo se detuvieron. Les parecía—como en realidad era—el techo del mundo.

Los guías se quitaron las mochilas de la espalda para descansar, y Sibell, a invitación de Amacher, se sentó sobre una de ellas y fumó un cigarrillo que su amante le ofreció.
El cielo había cambiado. De la ventisca rugiente de la madrugada el mal tiempo había remitido, y ahora el sol brillaba intensamente en un cielo despejado, tanto que Amacher y Stutz se habían puesto sus gafas de nieve como precaución, aunque sus acompañantes no sentían molestia alguna.
Ya era mediodía, así que se decidió comer un sándwich antes de aventurarse sobre el glaciar. Con ojo experto, Amacher escudriñó las montañas alrededor y en voz baja comentó en su suizo-alemán natal a su compañero guía:

—Mal tiempo en camino, amigo Hans.

—Sí —respondió Stutz—. No iremos muy lejos. Hasta la esquina, si es lo bastante estrecho para pasarlos.

CAPÍTULO XIX
El desfile del diablo

Al principio, el camino a través del ondulante campo de nieve virgen, en el que aquí y allá aparecían oscuras líneas irregulares —esas terribles grietas en el hielo— parecía fácil, y Sibell, en su ignorancia, se preguntaba por qué el oscuro Amacher, con sus gafas y su cuerda floja en la mano, inclinado atentamente sobre su trayecto, debía pinchar cuidadosamente la nieve con su piolet y tantear lo que siempre parecía ser suelo firme.

Ella iba detrás de él, a unos cuatro metros, con Brinsley en tercer lugar, y el señor Mitchell y Hans siguiéndolos. Por todas partes escuchaba, desde lo profundo, el murmullo del agua: el lento deshielo del hielo eterno que corría hacia el oscuro y profundo valle del Trümmelbach, esa misteriosa hendidura estrecha en las

montañas que conduce a Lauterbrunnen, donde el arroyo, a lo largo de incontables siglos, ha alimentado el profundo lago de Brienz y que, a su vez, a través del rápido Aar, nutre al poderoso Rin que cruza Europa hasta la costa holandesa.

Los dos guías alpinos, con los ojos doloridos por el constante resplandor del sol, ofrecían un aspecto extraño tras sus gafas, mientras Amacher, de vez en cuando, se detenía, retrocedía con cuidado, y los demás lo seguían hacia atrás hasta que volvía a avanzar en un ángulo diferente.

Abajo, los amantes escuchaban ominosos crujidos mientras el hielo, siempre en movimiento día y noche en todas las estaciones, se desplazaba lentamente hacia el valle, en una época descendiendo y en otra encogiéndose y permaneciendo casi en el mismo lugar que la temporada anterior.

Durante casi dos horas avanzaron, su progreso era muy lento, pero Fritz Amacher nunca asumía riesgos indebidos. La seguridad de quienes estaban bajo su cuidado era siempre su primera consideración. En los pequeños cafés de los pueblos de montaña se relataban docenas de historias sobre su valor y heroísmo en las montañas; sobre su experiencia con dos jóvenes ingleses en invierno cuando, sorprendidos por una ventisca, se vieron obligados a pasar la noche bajo una roca al otro lado del glaciar, y solo porque él les dio sus propias raciones de comida y vino tinto, y se privó a sí mismo, pudieron sobrevivir hasta el amanecer.

Gordon Mitchell había escuchado muchas historias de su heroísmo, y de cuántas veces había enfrentado la muerte, mientras casi tantas historias se contaban de Hans Stutz. En efecto, los guías alpinos son reconocidos en todo el mundo como el tipo más noble y confiable de Europa.

Habían caminado más de dos horas, dando amplios rodeos para evitar las profundas grietas en el hielo que se abrían hacia una misteriosa oscuridad.

A veces Amacher lanzaba una gran piedra dentro de una de ellas, y se la escuchaba rebotar de lado a lado de la grieta, mucho después de haber desaparecido en la oscuridad, cientos de pies hacia el abismo.

De pronto se detuvo y miró alrededor, como desconcertado. Habían llegado a un lugar rodeado por grietas abiertas en todos los lados y, aunque el guía iba de un lado a otro, no lograba encontrar de nuevo la estrecha arista de nieve por la que habían cruzado, y que evidentemente era la entrada a un callejón sin salida.

Su ojo agudo, sin embargo, descubrió un punto donde dos grandes grietas abiertas estaban unidas solo por un estrecho y dentado paso, tan profundo como las demás, y no quedaba otra opción que descender y cortar escalones en el costado del glaciar hasta el punto más estrecho, donde podrían balancearse para cruzar.

Para él y Stutz era cosa de niños, pero para los inexpertos, algo horripilante y peligroso.

Gordon Mitchell, como alpinista experimentado, comprendió de inmediato la intención de Amacher. A la orden del guía todos tensaron la cuerda mientras él descendía y, blandiendo su piolet, cortaba hábil y rápidamente escalones profundos en el hielo, saltaba al otro lado y luego cortaba dos escalones más que le permitieron trepar hasta el borde opuesto de la pared de hielo. Asegurándose bien atrás, recogió la cuerda floja y llamó a Sibell para que lo siguiera.

—Vaya despacio, señorita —gritó—. Tenga su piolet listo y sujétese del borde con él, como yo hice. Muy despacio hacia abajo, y verá que es fácil —añadió—. La tenemos sujeta. No puede caer.

—¡Estoy tan aterrada! —exclamó la joven sin aliento, pues, en efecto, la visión de aquel abismo abierto, gris verdoso, de

profundidad desconocida, bastaba para helar el corazón de cualquier novato.

—¡Tranquila, querida! —gritó Brinsley—. Te sostengo.

Así animada, la joven volvió su rostro con valentía hacia la pared descendente de hielo y, arrodillándose, clavó la cabeza de su piolet profundamente en el hielo, y se fue bajando lentamente por el mango hasta que su pie tocó el escalón. Luego, otra vez despacio, descendió al siguiente, y, sin atreverse a mirar hacia las fatales profundidades, se balanceó, ayudada por la cuerda de Amacher, hasta el lado opuesto de la gran grieta, y luego trepó, ayudándose con su piolet, hasta alcanzar la cima.

—¡Ahí está! —exclamó triunfante, agitando su piolet hacia su amante—. ¡Todo salió bien, verdad!

—¡Bravo! —gritó el viejo artista—. ¡Excelente! ¡Muy valiente, en verdad!

—¡Ahora, Brin! —llamó ella—. Es tu turno. Yo te sostendré.
Pero Amacher avanzó hacia la cuerda entre ella y su amante, diciendo con tono amable:

—No, señorita. Debe permitirme a mí. —Y, tomando un nudo experto con la cuerda, se inclinó hacia atrás y la mantuvo tensa mientras el joven médico imitaba la hazaña de su prometida. Logró descender con seguridad, pero al cruzar al otro lado de la grieta su pie resbaló, y al instante quedó colgando de la cuerda, sostenido firmemente por el guía y el señor Mitchell.

Sibell gritó al ver su peligro, pero las cuerdas alpinas están hechas del mejor cáñamo y se cuidan con tanto esmero en el chalet del guía como su propia cama; por lo tanto, no hay peligro de que se rompan bajo una tensión repentina.

Durante unos segundos Otway, naturalmente alarmado y sin aliento por la súbita tensión de la cuerda, forcejeó, pero pronto

recuperó el apoyo de sus pies y fue izado por el siempre vigilante Amacher.

Por unos momentos no pudo respirar, pero el guía suizo lo sostuvo, sacó un poco de brandy de su mochila y le hizo beberlo, y en pocos minutos volvió a estar bien.

—¡Caramba! —exclamó en cuanto pudo recuperar el aliento, mientras Sibell aún le sostenía el brazo—. ¡No quiero repetir esa experiencia! ¡Pensé que me había perdido! Mi pie resbaló del escalón.

—No importa —rió Amacher alegremente, mirándolo a través de sus gafas oscuras—. Ya está a salvo.

Después el guía gritó al otro lado:

—¡Vamos, Herr Mitchell!

Y, tomando la cuerda del joven, la sostuvo mientras el escalador experimentado descendía ágilmente, cruzaba y trepaba hasta reunirse con ellos. Luego el alto Hans se balanceó sin la menor dificultad.

Pronto reanudaron su camino, caminando en fila india como antes; Amacher probando cada tramo con su piolet, deteniéndose de vez en cuando y girando para evitar el peligro, hasta que finalmente se encontraron en una parte del glaciar que él sabía libre de grietas. Allí se detuvieron, abrieron sus mochilas y terminaron su almuerzo, que todos encontraron muy bienvenido, especialmente las tabletas de chocolate simple sin las cuales ningún almuerzo alpino está completo.
Después, con el sol de invierno declinando, pusieron rumbo hacia la distante morrena —escombros de piedras y rocas arrastrados por el glaciar a lo largo de los siglos— hasta el lugar de donde habían partido, llegando justo cuando el resplandor rosado comenzaba a teñir las nieves altas de la imponente Jungfrau.

Antes del anochecer ya estaban de regreso, calentándose junto al acogedor fuego de leña del hotel, los amantes emocionados por su primera experiencia sobre un glaciar.

—¡No me habría perdido este día por nada del mundo! —declaró Sibell con entusiasmo, y luego, cuando estuvieron a solas, susurró:

—Brin, cuando estemos casados, vengamos aquí, alto sobre la tierra y lejos de las moradas de los hombres, para nuestra luna de miel. Piensa lo hermoso que es, cara a cara con la Naturaleza en una tierra no manchada por la mano del hombre. Lo amo—cada instante de ello.

—Sí, querida —dijo él, besándola tiernamente en los labios.
De repente, mientras la tenía en sus brazos, sintió que ella se estremecía.

—¡Espero que no te hayas resfriado, querida! —dijo con ansiedad—. ¡Estás fría!

—No, de verdad que no, Brin. Honestamente no lo estoy. Solo me estremecí. No sé por qué. Eso es todo.
Pero en su corazón sabía por qué. En ese momento de entusiasmo por los altos Alpes, una sombra negra había caído sobre su memoria.

Su pensamiento fue hacia aquel elegante caballero enmascarado que le había revelado un secreto que aquel mensaje críptico en The Times le había ordenado ocultar al hombre que amaba.

¡Había un complot para separarlos! ¿Podrían alguna vez ser separados? ¿No estaba toda su vida futura ligada a la de Brin? ¿No era él su todo?

Diez minutos más tarde, en la privacidad de su pequeña habitación donde había ido a cambiarse de su ropa de montaña, cerró la puerta con llave y, cayendo de rodillas junto a su cama,

oró fervientemente por liberación de la mano de su enemigo desconocido.

A la mañana siguiente, el señor Mitchell, experto esquiador, llevó a Amacher con él desde Scheidegg hasta Grindelwald, donde tomaron té temprano en casa de Frau Wolter, o más bien en el espacioso lugar que una vez perteneció a la popular anciana, ahora, ¡ay!, fallecida.

Esa noche se reunió con los amantes en el Hôtel du Lac en Interlaken, cuyos conforts son tan conocidos por todo visitante de deportes de invierno en el Oberland bernés, y al día siguiente regresaron a Gurnigel.

Cinco días después se despidieron de su amigo el señor Mitchell y, estando la temporada de deportes de invierno prácticamente terminada, viajaron a Milán por el Simplon, y de allí en el tren de lujo que los llevó por Génova, San Remo y Ventimiglia, a través de palmeras y olivares, hasta Cannes.

En Milán habían recibido un telegrama de la tía de Sibell diciendo que había estado indispuesta con un leve ataque de influenza, sugiriendo que fueran al Beau Site hasta que ella estuviera lo bastante recuperada para viajar y residir en la villa. Obedecieron la instrucción y encontraron el sol y el brillo de la Riviera encantadores, pero incluso el primer día después de su llegada Sibell declaró que los altos Alpes, con su maravillosa atmósfera libre de gérmenes, eran mucho más agradables que la alegría, la artificialidad, el juego y el vicio de la tan alabada Côte d'Azur.

Era cierto que se encontró con varias personas conocidas en aquel elegante hotel que es el punto de encuentro de los mejores tenistas del mundo, pero de algún modo nunca parecía tener a Brin solo para ella como lo había tenido en Gurnigel, entre aquellos maravillosos y románticos paseos por el bosque y extensos campos de esquí.

Para Brinsley Otway la vida desenfrenada de la Riviera era una novedad, por lo que ella se constituyó en su guía. El carnaval estaba en pleno auge en Niza, así que fueron dos veces: una al famoso baile y otra a la primera Batalla de Flores, y en ambas ocasiones se divirtieron enormemente.

Luego lo llevó varias veces a Montecarlo, donde lo inició en las complejidades de la ruleta y el trente-et-quarante. Ambos arriesgaron apuestas modestas, por supuesto, pero ninguno ganó. Por lo tanto, más allá de la multitud en las sofocantes salas mal ventiladas, el Casino no les resultó muy atractivo.

Un domingo por la mañana, habiendo salido temprano de Cannes hacia Montecarlo, tomaron sus cócteles frente al Café de Paris y después dieron un paseo ocioso bajo el sol por las mundialmente famosas Terrazas.

Eran las once, la hora del desfile dominical, y Sibell estaba vestida tan elegantemente como cualquiera. Había todo tipo de gente allí: los nuevos ricos en gran fuerza plebeya, estafadores, pícaros, nobles y flappers, algunas mujeres medio desnudas y otras envueltas en pieles—no porque hiciera frío, sino porque las pieles eran caras y debían exhibirse—un flujo multicolor que abajo mostraba un continuo centelleo de medias claras y zapatos, y arriba una multitud de sombrillas llamativas. Desde flappers en azul celeste hasta Jezabeles pintadas de todas las edades hasta los ochenta; desde típicos artistas franceses con sombreros de ala ancha, corbatas sueltas y pantalones abombados, hasta serios hombres de negocios ingleses, miembros del Parlamento y prósperos estafadores de acciones; desde jóvenes inglesas atléticas con cutis que no necesitaba rubor, hasta docenas de mujeres sobrevestidas y enjoyadas de todas las edades y nacionalidades, cuyos nombres eran notorios en toda Europa, todos conversaban juntos, se codeaban y disfrutaban del brillante sol.

—Esto, me atrevo a decir, es la multitud más cosmopolita y mejor vestida del mundo —comentó Otway mientras tres jóvenes

francesas risueñas, parisinas del tipo ultramoderno, pasaban junto a él en la multitud.

—Son muy interesantes, ¿verdad? —concordó ella.

En ese momento un hombre bien vestido de gris pasó junto a ellos, caminando con aire absorto, las manos detrás de la espalda y sin fijarse en nadie. Sin embargo, si se hubiera sabido la verdad, era el gran François Lebeau, uno de los más famosos funcionarios de policía de Europa, y su presencia allí denotaba que se estaba vigilando a algún pícaro o criminal atraído por la extraña fascinación que el lugar siempre ejerce sobre los malhechores.
Los amantes estaban demasiado absortos en su conversación para notar que, al pasar el hombre de gris, levantó sus oscuros ojos con una momentánea mirada inquisitiva y luego los bajó de nuevo.

A un lado de aquel camino procesional, donde el vicio se exhibe cada domingo de once a once y media, se alzaba un banco de palmeras, arbustos y cactus, con masas de flores rojas y amarillas, heliotropos perfumados, mimosas y festones de geranios trepadores, con la maravillosa fachada del Casino elevándose por encima, mientras que al otro lado, más allá de la blanca balaustrada, yacía, muy abajo, el mar azul, calmo e imperturbable, con los grandes yates de vapor blancos y un gigantesco trasatlántico de placer anclados en las pequeñas aguas territoriales de Su Alteza el Príncipe Rouge-et-Noir.
Sibell y Brinsley estaban, aquella soleada mañana, infantilmente felices en su perfecto amor, pero si la joven hubiera conocido la identidad de un extraño que, tras encontrarlos, parecía haberse interesado de repente, seguramente habría vuelto a reflexionar sobre aquella extraña advertencia pronunciada por su caballero enmascarado.

El hombre que pasó y volvió a pasar cerca de ellos varias veces era de baja estatura, con suave cabello blanco, vestido de negro, con sombrero gris de fieltro, y llevaba una pesada leontina de oro. Su aspecto era el de un erudito, quizá un ratón de biblioteca,

pero con algo de dandi. Portaba un bastón de malaca, y de su cuello colgaba un monóculo de montura de cuerno suspendido por una cinta negra bastante ancha. Zapatos de charol, polainas blancas y guantes amarillos completaban su atuendo.

De haber estado vivo el cuidador de la Guest House en Hampton Court, lo habría identificado de inmediato como el misterioso señor Bettinson, el hombre que había pronunciado aquellas extrañas invocaciones en la casa del mal.

CAPÍTULO XX
La sombra

François Lebeau, el apático hombre de gris, subió a una poderosa limusina al final de la larga hilera de parterres frente al Casino, y dio órdenes al chófer de conducir a toda velocidad hacia Niza.

Antes de hacerlo dio una señal secreta, sonándose la nariz, a un joven delgado, de cabello oscuro, que también lo había estado siguiendo por la terraza. El hombre, uno de sus asistentes más astutos, comprendió la orden y obedeció retirándose discretamente entre la multitud.

A lo largo de la sinuosa Corniche, en una nube de polvo blanco, el potente coche policial avanzaba con su claxon estridente y el disco verde que el chófer había levantado mediante un interruptor, señal para las patrullas de policía de permitirle continuar a cualquier velocidad.

Mientras tanto, Lebeau se quitó el sombrero, revelando su calva abovedada que siempre se esforzaba en ocultar. Como inspector jefe de la Sûreté de París, era uno de los detectives más famosos de la Francia moderna. De joven había trabajado como humilde agente de policía del Octavo Distrito bajo el gran Goron, y después bajo Harnard, y ahora era jefe del departamento de vigilancia sobre la persona del Presidente de la República y de

cualquier extranjero notable, príncipes u otros, que llegaran a Francia.

Siempre que el Príncipe de Gales pisaba suelo francés, por ejemplo, Monsieur Lebeau estaba cerca de él como su protector personal.

Se sentó en la esquina del espacioso coche mientras este giraba por Beaulieu, con su riqueza de flores, elegantes villas y grandes hoteles frente a la bahía azul, y pensó profundamente.
Era, en verdad, un misterio extraño e inaudito el que, relatado en muchas hojas de papel oficial amarillo pálido, había sido colocado sobre su mesa en la sede de la Sûreté en París.
La traducción al francés provenía del informe de la Policía Metropolitana de Londres, y la historia lo había atraído tanto que la llevó a casa la noche de su llegada y examinó minuciosamente cada punto que contenía. De hecho, mientras avanzaba, seleccionó una diminuta llave de un manojo en su leontina, abrió un pequeño compartimento en la tapicería frente a él, y de unos archivos sacó la copia de los informes de Londres.

Al acercarse el coche a Villefranche volvió a sumirse en la historia, tan sorprendente e increíble que incluso él, experimentado agente, se inclinaba a descartarla como mera fantasía, una quimera de la imaginación de alguien.

Sin embargo, el Departamento de Investigación Criminal de Londres nunca emitía un informe sin una investigación cuidadosa y exhaustiva, y aunque la subdivisión local de policía en Hampton no lo sabía, el famoso consejo del C.I.D. estaba decidido a investigar y sondear el extraño secreto de la Guest House, cerrada desde hacía mucho tiempo.

Al entrar el coche en Niza, el chófer presionó un botón y el disco verde desapareció, mientras el vehículo, que parecía privado, se detuvo junto a la oficina principal de correos, y su ocupante descendió y caminó hacia la Prefectura de Policía, para pasar inadvertido entre los transeúntes.

Subió ágilmente las escaleras de piedra hasta el primer piso y, atravesando una antesala cuya puerta estaba custodiada por un detective que lo saludó, entró en la sala privada del Subprefecto. Tomando el teléfono, pidió en tono rápido y cortante hablar con Monsieur Feydit en la Sûreté de París.

Luego, mientras esperaba la conexión, se sentó y comenzó a escribir rápidamente un largo informe con una caligrafía casi de imprenta y microscópica. El expreso directo de Niza a Calais y Londres saldría a las dos y media, y él deseaba que su mensaje llegara a Scotland Yard la noche siguiente. De ahí su prisa frenética, pues si alcanzaba el tren su mensaje estaría en Victoria poco después de las cinco de la tarde del día siguiente.
El tiempo apremiaba. Miró el reloj, y su pluma volaba sobre el papel. La investigación era sin duda de la mayor importancia, o no la habría tomado personalmente.

Lo terminó y lo selló con lacre negro en un gran sobre azul, cuando sonó bruscamente la campanilla del teléfono.
—¡Hola! ¿Monsieur Feydit, es usted? —preguntó en francés, con voz clara y calmada.

Al recibir respuesta afirmativa, prosiguió:

—Por favor, escuche y anote lo siguiente.

Y de un papel en el que los había escrito a lápiz, leyó unas quince palabras del código telegráfico de la policía francesa, todas repetidas por la línea desde París.

—¡Très bien! —dijo Lebeau—. Y escuche además. En el tren Niza-París-Calais que llega a la Gare de Lyon a las 8:40 de mañana, habrá una carta urgente para Londres. Obtenga el sobre del controlador y envíe a Richaud a Londres con él. Esperará respuesta y saldrá de Londres esa misma noche. Avíseme aquí de la respuesta por código.

—Entiendo, monsieur —respondió la voz de su fiel asistente desde Francia, y entonces el famoso detective colgó el auricular.

Después tocó una campanilla y, entregando la carta sellada al empleado que entró, le dio instrucciones de entregarla al controlador del expreso de París.

Luego, guardando el archivo de papeles amarillos en su bolsillo, paseó bajo el sol hasta el Hôtel Negresco, donde se alojaba como Monsieur Ducret, rentista de Lyon, y tomó un solitario y tardío almuerzo.

Mientras tanto, los amantes habían almorzado en el alegre Café de Paris, y Brinsley había pagado una cuenta sorprendente por la tortilla y las chuletas con petits-pois que habían comido. El gran restaurante, chillón y ostentoso, estaba lleno y ruidoso, como cada día de la temporada, rebosante de esa misma multitud variopinta que una hora antes se había divertido en la terraza bajo el sol.

Estafadores y millonarios reían y comían con cocottes y jovencitas inocentes, mientras damas inglesas bebían vinos añejos pagados por gordos y toscos especuladores de alimentos de Smithfield o Mincing Lane—pues en Montecarlo solo hay un dios año tras año, y ese dios es Mammon.

Tan fuerte era la risa, y tan bullicioso se volvió un grupo en la mesa contigua, que la conversación se volvió imposible. Dos jóvenes ingleses de tipo militar superior almorzaban con dos mujeres sobrevestidas veinte años mayores que ellos, y cuando les presentaron la carta de vinos, se hizo evidente que la mayor de las mujeres, una vieja pintarrajeada de setenta años, estaba pagando la comida. Pero tales escenas son comunes en Montecarlo—ancianas adineradas, creyéndose aún jóvenes, pagando por los placeres de cualquier apuesto joven que encuentren en las mesas.

Los almuerzos de hoy no son más que la consecuencia de encuentros casuales en las Salas la noche anterior, pues con un discreto préstamo de cinco luises un hombre suele hacerse de una amiga en un círculo social al que nunca podría aspirar de otro modo.

Sí, el mundo Rouge-et-Noir es en verdad un mundo maravilloso y misterioso, que ciertamente abrió los ojos del recto y constante joven doctor que trabajaba en su creciente práctica en Golder's Green.

En medio de esa multitud de jugadores y aventureras, hombres honestos y pícaros, mujeres del haut-monde y del demi-monde, escrocs y gente respetable, permanecían ignorantes de la presencia de aquel discreto viejecillo vestido de negro con cabello blanco, que había pasado y repasadolos varias veces en el Desfile del Diablo.

Sentado solo en una mesa en la esquina, no lejos de ellos, había pedido su almuerzo con cuidadosa selección, una comida que el maître-d'hôtel admiró, pues mostraba las inusuales discriminaciones de alguien versado en buena cocina.

El anciano se sumió de inmediato en un periódico inglés que había traído consigo, y aparentemente no prestaba atención a nadie. Sin embargo, un observador atento habría notado que de vez en cuando lanzaba miradas furtivas a la feliz joven pareja, y que en sus ojos brillaba un peculiar destello maligno.

Esa misma expresión en sus ojos había aparecido cuando, en el gran salón raído de la Guest House, el pobre Farmer lo descubrió pronunciando aquellas extrañas invocaciones; esa misma expresión cuando le dijo claramente al ex policía que sentía simpatía por él porque estaba condenado a morir.

Poco imaginaba el anciano que había dado su nombre como Bettinson que esa mañana había sido observado por uno de los más grandes investigadores criminales de Europa. Pero, incluso si lo hubiera sabido, quizá habría reído. Era un hombre que nunca había tomado la vida en serio, considerándola siempre como una gran comedia, tal como, en ese momento, consideraba el afecto de Sibell Dare por el joven doctor como un simple capricho pasajero. Antes de ese día nunca había puesto

los ojos sobre ninguno de ellos, pero ahora se sentaba cerca, observándolos en secreto y riendo interiormente con triunfo.

A las dos en punto, Sibell y su bien plantado amante, cuya salud, después de su extraño ataque, había mejorado mucho con el aire fresco de las montañas suizas, tomaron su café y cigarrillos bajo una de las sombrillas del café de enfrente y, tras un paseo para mirar las tiendas, se adentraron en el Casino.

Las salas ya estaban abarrotadas, pues era plena temporada, y la gente se agolpaba en tres y cuatro filas alrededor de las mesas de ruleta, los novatos de ambos sexos haciendo apuestas disparatadas imposibles de ganar, mientras los viejos jugadores contenían sus manos y de vez en cuando lograban un golpe de suerte. La misma multitud estaba allí como en el Hôtel de Paris y en el desfile: esa chusma frenética y sobrevestida del mundo y del medio mundo, sádicos y coristas, afeminados y estafadores, moralistas y marcheurs, junto con ladrones bien vestidos de ambos sexos y todas las nacionalidades.

En la mesa del extremo izquierdo —la que durante años se conoció como "La mesa de los suicidios"— Brinsley Otway puso un luis en zéro-trois y ganó, para gran sorpresa de ambos. Luego jugó en la primera docena y perdió, y volvió a perder en el rojo. Pero ganó en la última docena y en plein en el veintidós, lo cual lo dejó satisfecho por el día.

Durante todo ello, el pequeño hombre de negro observaba atentamente a la pareja.

Solo una vez jugó, arrojando descuidadamente diez luises al rojo, y ganó la apuesta de paridad.

Este hecho atrajo la atención de Sibell, pero, ignorante de su identidad como el misterioso señor Bettinson, a quien la policía buscaba con tanto empeño, no prestó más atención al extraño anciano de aspecto peculiar.

Cuidadoso de no ser visto de nuevo por la dueña de la Guest House, viajó en el mismo tren que ellos tomaron de regreso a Cannes y, al bajar en Niza, tomó un taxi que lo llevó al Negresco, donde pasó junto a un hombre bastante apuesto, calvo, vestido con un traje color tabaco, que fumaba ociosamente un excelente cigarro, sorbiendo un aperitivo y observando a la alegre multitud que entraba y salía del baile vespertino.

Sin mirar al anciano, Lebeau lo dejó pasar y luego, levantándose con calma, se dirigió hacia el mostrador del conserje.

Este entregó al pequeño hombre de negro un pequeño paquete certificado, por el cual firmó con el nombre de "George Peterson", y luego, entrando en el ascensor, fue llevado al tercer piso.

Un momento después, a señal de Lebeau, el portero le pasó el libro en el que el visitante había firmado su nombre.

La estratagema fue buena para obtener una muestra de firma, pues llevó el libro a una sala lateral y allí comparó el autógrafo del señor Peterson con uno que tenía en una carta que sacó de su cartera.

Un instante después guardó la carta y, con una sonrisa de satisfacción, devolvió el libro al conserje.
Las firmas eran idénticas.

CAPÍTULO XXI
El delantal de bayeta verde

Sibell y Brinsley habían estado en el Beau Site de Cannes durante unas dos semanas, esperando cada día la llegada de Lady Wyndcliffe.

Felices en su afecto extático, salían a dar largos paseos cada día por el hermoso campo detrás del alegre balneario. De vez en

cuando alquilaban un coche y hacían una excursión de un día a Grasse, con sus fragantes campos de flores cultivadas para la fábrica de perfumes, o a alguno de los pueblos rocosos que se encontraban en las tierras altas entre Cannes y Niza, esos pintorescos lugares antiguos donde en el café local se pueden obtener deliciosos almuerzos al aire libre bajo el sol invernal.
—Empiezo a temer volver a Golder's Green después de este tiempo tan encantador —dijo el joven doctor una brillante mañana sin nubes mientras caminaban del brazo por los olivares grises y retorcidos a un par de millas de la ciudad.

—¿Pero por qué deberías volver a Golder's Green, Brin? —preguntó la dulce joven con cierta sorpresa—. Cuando seas mi esposo, seguramente tendré suficiente para los dos.

—Lo sé, querida —respondió él—. Pero... bueno, no soy el tipo de hombre que pueda existir sin trabajar. No podría hacerlo. Mi profesión me interesa y me da entusiasmo por la vida. No es que tu presencia no lo haga —añadió rápidamente, con una risa—. Pero sé que entiendes lo que quiero decir. Debo trabajar por mí mismo. Nunca podría vivir en la ociosidad con tu dinero.

—Por supuesto que lo entiendo, Brin —dijo ella, apretando su brazo con cariño—. Pero realmente no veo por qué deberías volver a ese lugar suburbano y aburrido. ¿No podrías vender la consulta y comprar una en algún agradable pueblo costero?
—Sí, podría, por supuesto, querida. Pero olvidas que, según los términos del testamento, estás obligada a vivir en la Guest House.

—¡Ah! —exclamó decepcionada—. Lo había olvidado.

—He estado pensando mucho en ello últimamente —dijo él—. Siento que es peligroso para ti vivir en ese lugar. Algún espíritu maligno existe allí. Mi propio ataque, después de revisar esos libros, es completamente inexplicable, y luego el misterio de la muerte del cuidador Farmer, tras las invocaciones de un extraño, es lo más inexplicable de todo.

—Sí —dijo la joven—. A veces pienso que todas las historias extrañas sobre el viejo lugar son solo leyendas o chismes, y sin embargo otras veces veo los terribles resultados en quienes se burlan de ellas.

—Pero el hecho más misterioso de todos es que ninguna mujer que haya entrado allí ha sentido jamás ningún efecto negativo —observó él.

—Me pregunto cómo se explica eso —dijo ella, mientras caminaban lentamente por un sendero estrecho, desde donde, entre los olivos, miraban hacia la amplia extensión del mar zafiro. —¿Quién sabe, querida? —preguntó él—. Esta extraña herencia tuya parece estar ensombrecida por algún enredo de misterio, trágica fatalidad y muerte.

—Una lástima que no puedan encontrar a ese viejo Bettinson —dijo la joven, elegante en su conjunto deportivo marrón, con un pequeño sombrero de fieltro del mismo color y llevando un bastón con punta de acero. Era típicamente inglesa, una ágil muchacha amante del aire libre, aficionada a todo deporte desde la escuela, una bailarina graciosa y una excelente jinete, como todas las mujeres de los D'Aires habían sido.

—Quizá algún día descubran al viejo —comentó Otway—. Pero, por supuesto, la policía y el jurado del forense parecen inclinados a la opinión de que toda la escena fue una quimera de la imaginación del moribundo. Personalmente no conozco ninguna condición humana en la que la muerte pueda ser provocada por una maldición verbal. Oímos hablar de tales cosas en la Edad Media, y algunas personas, incluso en nuestra propia época ilustrada, son lo suficientemente supersticiosas como para creer en la eficacia de una execración.

—¿Entonces piensas que el cuidador simplemente murió de causas naturales? —preguntó su prometida con ansiedad.

—Creo que el veredicto en la investigación debió de ser el verdadero. Todo tipo de relatos fantásticos son contados por personas neuróticas en las pesquisas —dijo él.
—¿Pero no estás de acuerdo en que muchos veredictos registrados como muerte por causas naturales son falsos? —preguntó ella.
—Mi opinión es la misma que la de la mayoría de los hombres de mi profesión: el asesinato se comete con mucha facilidad y con frecuencia pasa inadvertido, y por lo tanto sin castigo. Además —añadió—, tengo un temor creciente de la influencia maligna que parece extenderse como un sudario sobre cualquier hombre que entra en esa maldita casa en la que tú estás obligada a vivir.
—De verdad, Brin, me estás haciendo sentir bastante aterrada. Ayer recibí noticias del señor Gray de que el primer día de la venta es mañana. Adjuntó un catálogo. Te lo mostraré cuando volvamos.
—Cuanto antes se despeje el lugar de todas esas cosas viejas, mejor —declaró Otway—. Me alegrará ver a los decoradores entrar y la casa amueblada de nuevo para ti, lista para vivir en ella. Y, por supuesto, la mitad de los comerciantes de Inglaterra estarán allí. El señor Gray me dijo que se obtendrían precios muy altos por algunos muebles y tapices. Hay dos reliquias auténticas del cardenal Wolsey que sin duda alcanzarán gran valor.
—Cuánto dinero se obtenga no me importa, Brin —dijo ella, deteniéndose bajo las sombras de los árboles y mirando con seriedad el rostro de su amante, mientras él se inclinaba y la besaba tiernamente.
—Mi único pensamiento, querida, es tu seguridad en esa extraña casa —dijo él.
—¿Por qué? —rió ella—. ¿No me has dicho hace apenas unos minutos que ninguna mujer sufre allí?
—Sí. Ese es uno de los mayores enigmas —respondió él.
Durante toda la mañana vagaron hasta que se unieron a un largo camino blanco que serpenteaba por la ladera de la montaña entre pinos y alcornoques, hasta que finalmente llegaron a un pequeño y remoto pueblo encaramado al borde de una roca alta

y escarpada, uno de esos pueblos que hace mucho tiempo solían ser saqueados e incendiados por los piratas berberiscos.

En la estrecha calle adoquinada descubrieron un modesto café-restaurante en el que una robusta "madame" se apresuraba a atender a sus clientes. Entraron, y sentándose ante manteles limpios, una botella de vino blanco y frescas secciones de pan de un metro de largo, pidieron el plat-du-jour y disfrutaron de una excelente comida.

Aquella tarde, al regresar al hotel, Otway recogió sus cartas y entregó una a Sibell.

Ella reconoció la escritura desgarbada de Lady Wyndcliffe y, tras leerla, exclamó con consternación:
—La tía Etta ha salido hoy de Southampton rumbo a Nueva York. El tío está enfermo y la llamó por telegrama.

—¿Entonces no viene aquí en absoluto?

—№ Dice que será mejor que regresemos cuando queramos. ¿No es realmente demasiado malo? No dice de qué sufre el tío. Pero evidentemente está muy enfermo—o ella no cruzaría el Atlántico. Siempre me ha dicho que es una pésima marinera.
—Bueno, querida, es su deber, ¿no? —comentó Brinsley—. Supongo que tendremos que marcharnos muy pronto.

—Y yo tendré que volver a Cookham, mientras tú regresas a Golder's Green —dijo ella con un profundo suspiro de pesar—. No nos iremos hasta la próxima semana, ¿eh?

—Cuando tú lo desees, querida —respondió él; y, después de lavarse las manos, regresaron al gran salón para tomar el té.

Al día siguiente resultó seco y agradable en Hampton Court, y mucho antes del mediodía los tranvías y trenes descargaban a cientos de pasajeros dispuestos a asistir a la importante venta en la Guest House.

Mucho antes del mediodía, el lugar estaba desbordado de curiosos y de quienes buscaban gangas, pues una subasta de antigüedades tan genuinas rara vez tenía lugar en las cercanías de Londres. Toda clase de comerciantes y coleccionistas aficionados estaban representados: desde Whitechapel, desde Bond Street, desde todos los distritos metropolitanos llegaban hombres y muchas mujeres con los bolsillos llenos de billetes del Tesoro, listos para una ganga, ya fuera una jarra o un cuadro, una regadera o un whatnot, una cacerola o un aparador.

Por las habitaciones la multitud se agolpaba, y los ayudantes del subastador tenían grandes dificultades para evitar que se robaran pequeños objetos, pues esos merodeadores con grandes abrigos y las robustas mujeres con grandes bolsillos, listas para agarrar cualquier baratija, estaban allí en plena fuerza, como siempre en las subastas concurridas.

Afuera, sobre el césped recién despejado, que aún no había tenido tiempo de recuperarse tras treinta años de crecimiento, se habían colocado varios muebles pesados y una colección variada de enseres domésticos de la planta baja, cada uno numerado, mientras detrás se alzaba un estrado sobre el cual, puntualmente al mediodía, el señor Gray subió, mazo en mano. Abajo se sentaban sus dos escribientes, mientras cuatro hombres con delantales de bayeta verde se movían entre la multitud.

El señor Gray, con un abrigo azul oscuro y sombrero hongo, carraspeó y, mirando sonriente alrededor a la masa de rostros vueltos hacia él, reconoció a muchos comerciantes conocidos, algunos de los más fiables y reputados en su profesión. Carraspeó de nuevo e hizo un pequeño discurso introductorio, en el que se refirió a la oportunidad única de adquirir muchas piezas muy finas, sin restaurar, de muebles antiguos y objetos de arte que habían estado en esa histórica casa desde los días del rey Enrique VIII y el gran cardenal Wolsey.

—Parte de este mobiliario fue, sin duda, traído desde el Palacio de Hampton Court, allá, para amueblar esta casa como Guest

House para los amigos del Cardenal —prosiguió—. Por lo tanto, caballeros, les digo francamente que no me conformaré con precios insignificantes. En algunas piezas, naturalmente, hay un precio de reserva, y algunas podrán adquirirse por oferta privada después. La mayoría de estos lotes únicos están, sin embargo, abiertos a su compra, pero les ruego que no comiencen sus pujas con cifras ridículas, pues solo nos entorpecerá a todos y perderemos tiempo valioso. Con esa petición, caballeros, propongo proceder con la venta.

Tras una pausa, llamó a su capataz:

—¡Greening! ¡Lote número uno! Respaldo de chimenea jacobeo de hierro de Surrey, con las armas de los Overton de Godalming Hall. Uno de los Overton se casó con una señorita D'Aire en 1796. ¿Cuánto ofrecen?

—¡Una libra! —gritó un hombre al fondo.

Treinta chelines se ofrecieron al instante en dos lugares. Luego dos libras, que rápidamente aumentaron a cinco. En esa cifra la puja cesó hasta que alguien gritó "¡Guineas!". Y con un gesto de un comerciante conocido cercano, el subastador exclamó:
—¡Cinco libras diez por el respaldo jacobeo! ¿Alguna mejora? ¡Vamos, caballeros!

—¡Seis! —sonó desde algún lugar, seguido de "¡Guineas!", y luego "¡Seis-diez!".

Poco a poco, los poderes persuasivos del señor Gray surtieron efecto, hasta que se alcanzaron diez guineas.
—¡Se va en diez guineas! ¡Se va! ¡Se fue! —Y el mazo cayó con fuerza sobre la mesa, mientras añadía—: Diez guineas—señor Sheldon.

El siguiente lote fue una pequeña mesa abatible de roble en espléndido estado, del período de la reina Ana. Un artículo así, cuando es genuino y sin restaurar, siempre es buscado con avidez por los comerciantes, pues hay una venta segura entre los

coleccionistas. Existen miles de imitaciones y facsímiles, completos con agujeros de carcoma y todas las señales de uso prolongado, pero piezas auténticas como la exhibida por el hombre del delantal verde son escasas.

La puja comenzó en dos guineas y rápidamente subió a veinte. Por todas partes la competencia se volvió intensa. A ojos comunes no era más que una mesita que podía comprarse por una o dos libras en cualquier establecimiento de muebles de Tottenham Court Road, pero para la multitud astuta y calculadora reunida en ese jardín era una pequeña joya perfecta. Como tal, finalmente fue adjudicada a un famoso comerciante del West End por cuarenta y dos libras diez.

Así, finalmente fue adjudicada a un famoso comerciante del West End por cuarenta y dos libras diez.

Una magnífica mesa de roble de refectorio, con grandes patas abultadas y un travesaño desgastado por las sandalias de los monjes de siglos atrás, que había estado en el gran salón de piedra, fue presentada a continuación. Era una pieza pesada que requirió seis hombres para moverla. Tenía capacidad para sentar a unas veinte personas.

—Esta mesa, sin duda, proviene del monasterio suprimido de Chiddingfold en Surrey —dijo el señor Gray—. El monasterio fue desmantelado y destruido por Thomas Cromwell. En un extremo de la mesa encontrarán tallado el signo de la cruz, con la palabra Chyddyngforde y las iniciales A de B—Alfred de Beson, quien fue abad allí en 1496. Ahora, caballeros, ¿qué diremos por esta pieza única e histórica? Una mesa así no aparece en el mercado todos los días, como todos sabemos. ¿Comenzamos en doscientas guineas?
Y con una sonrisa persuasiva, el señor Gray miró alrededor, mazo en mano.
De repente reconoció un gesto y dijo con su rápido y profesional tono:

—Doscientas veinte libras. ¡Gracias, señor! Se han ofrecido doscientas veinte por esta pieza histórica.
Otra pausa.

—Doscientas treinta en dos lugares. ¡Doscientas cuarenta!—¡cincuenta!—¡sesenta!—¡setenta!—¡ochenta!—¡noventa!—¡trescientas! Trescientas—¡gracias, señor! —Y, tras otra pausa, continuó—: Ahora, caballeros, no estamos aquí para divertirnos, ¡y tenemos mucho que despachar esta tarde! ¿Quién dará trescientas diez?

—¡Diez! —se oyó un grito. Luego, desde otro sector, "Quince", seguido de "Veinte", y con incrementos de cinco libras la competencia, principalmente entre la fraternidad de Bond Street, subió hasta que se ofrecieron trescientas ochenta y cinco libras.

—¿Alguna otra oferta? —preguntó el subastador—. ¿Tres ochenta y cinco?

Y bebió un sorbo de agua para dar tiempo a los competidores a reflexionar.

—Baratísima, caballeros —exclamó—. Todos ustedes conocen su verdadero valor. ¿Puedo decir tres noventa, señor Deeping? —preguntó, dirigiéndose a un comerciante conocido que solía comprar para Estados Unidos.

El señor Deeping asintió afirmativamente.

—¡Tres noventa! —gritó el señor Gray—. ¿Alguna mejora? ¿Cuatrocientas, señor Steen? —inquirió al jefe de una de las mayores galerías de Bond Street.

Un gesto del corpulento y bien vestido hombre que fumaba un cigarro, y entonces el señor Deeping y el señor Steen comenzaron a pujar uno contra otro hasta que, tras una feroz lucha que se volvió muy emocionante, el señor Deeping la aseguró por quinientas veintitrés libras.

En el momento en que cayó el mazo se escucharon gritos repentinos, y se produjo un gran alboroto en la parte trasera de la multitud, cerca de la escalinata que conducía a la puerta principal.

El señor Gray se quedó sorprendido, enojado por la súbita interrupción.

Al instante siguiente, sin embargo, la atención de la multitud se desvió hacia la escena del disturbio, y todos se apartaron del estrado para descubrir cuál era el problema que había surgido tan inesperadamente.

CAPÍTULO XXII
Bajo el martillo

Pasaron algunos minutos antes de que el señor Gray, descendiendo del estrado, furioso por la repentina interrupción de su negocio, pudiera reunir vagamente, a través de personas excitadas, lo que había ocurrido.

La multitud se agolpaba alrededor de los escalones, de modo que él, encargado de la subasta, no podía acercarse.

De repente, un hombre exaltado, alto, de rostro delgado y con un impermeable azul descolorido —un tipo de comerciante de baja categoría que se ve en cada subasta en todo el país— corrió hacia él diciendo:

—¿No es terrible, señor Gray?
—¿Qué ha pasado? —preguntó el subastador, tan conocido y popular en aquel distrito ribereño.

—Pues un pobre muchacho—¡un chico del telégrafo! Se cayó por los escalones, ¡y dicen que está muerto!

—¿Se cayó? ¿Qué? ¿Tropezó?

—Dicen que vino aquí con un telegrama para alguien llamado Long, un tipo de Birmingham. Alguien vio al señor Long entrar en la casa y, al oír al muchacho gritar el nombre, lo mandó adentro. Lo encontró, y al salir para tomar su bicicleta, que había dejado en los escalones, se cayó, ¡y dicen que está muerto!
El señor Gray quedó atónito ante la historia. Y bien podía estarlo, recordando su propia extraña experiencia, seguida por la del doctor Otway y la muerte de Farmer, el cuidador.
El inconsciente muchacho fue rápidamente llevado por manos solícitas a la sala de comedor, y pronto estuvo presente un médico.

—Todavía vive —declaró el médico—. Pero creo que sufre de un violento shock.

Mientras tanto, la policía fue avisada por teléfono, y en un coche perteneciente a un comerciante del West End el pobre chico fue trasladado de prisa al hospital de Richmond.
Transcurrió más de media hora antes de que reinara la calma entre la multitud de compradores.

El incidente fue comentado por todos. Algunos recordaban lo que había aparecido en los periódicos acerca de la casa cerrada durante tanto tiempo y el mal que pesaba sobre ella, y comenzaron a hablar de maldiciones y de la mala suerte que podría seguir a quienes compraran cualquiera de sus contenidos. Eran miembros de lo que en los círculos de subastas se conoce como “el knock-out”: una red de comerciantes que estaban allí para acaparar todo lo que pudieran a los precios más bajos, sin pujar entre ellos, una de las formas más insidiosas y deshonestas de compra.

Esto llegó a oídos del señor Gray, y cuando al fin se restableció el orden, gracias a un mensaje telefónico del hospital que anunciaba que el muchacho había sufrido simplemente un ataque epiléptico y se recuperaría, volvió a subir al estrado.

—¡Caballeros! —exclamó, golpeando la mesa con su mazo—. La interrupción en nuestras actividades de hoy ha sido un hecho muy desafortunado—más aún porque cierto grupo de personas malintencionadas han difundido una historia absolutamente fantástica de que sobre el contenido de estas dependencias existe una influencia maligna—una maldición, la han llamado. Esto es una ilustración más de las bajas artimañas a las que nuestros amigos del "knock-out" pueden descender. Les pregunto, caballeros, ¿no es esto un golpe bajo para todos nosotros, incluyéndome a mí? Estoy abierto, como la mayoría de ustedes aquí, a un trato justo y honesto. Todos estamos aquí para obtener un margen de beneficio para nosotros mismos—yo incluido. ¡Cuanta más comisión obtenga, más feliz seré!
Un gran estallido de risas resonó en el jardín, y una voz masculina gritó:

—¡Viejo Gray! ¡Eres uno de los nuestros!
—Lo soy —declaró el subastador, riendo y poniendo a todos de buen humor—. Así que no perdamos más tiempo, caballeros. Vamos al negocio.

El siguiente lote fue un diván del período de Carlos II, con asiento de caña y patas torneadas, en un estado de conservación tan perfecto que podría haber sido fabricado apenas cuarenta años atrás. Todos los ejemplares tienen las cañas dañadas o perforadas, pero en este caso estaba impecable.

—¡Ahora, caballeros! ¿Cuánto por este ejemplar perfecto?—una pieza de museo. Nadie aquí ha visto jamás un diván tan fino como este. Hoy no tratamos con baratijas de Curtain Road, caballeros, sino con piezas de museo. ¿Qué diré por este magnífico ejemplar? ¿Doscientas cincuenta guineas?

Un pequeño anciano de rostro gris en la primera fila asintió. No había pujado antes, y la multitud de comerciantes, mirándolo con avidez, vio que no era uno de ellos—sin duda un aficionado. Otra voz exclamó de inmediato:

—¡Doscientas sesenta!

—¡Doscientas sesenta guineas me ofrecen por este lote! —gritó el señor Gray—. Vamos, caballeros —añadió en su tono habitual —. La cifra es ridícula. Por favor, no nos quedemos aquí toda la tarde. Se ofrecen trescientas libras. ¡Trescientas! ¿Alguna mejora?

—¡Guineas! —dijo el pequeño extraño en una voz aguda y chillona, mirando alrededor con aprensión para ver si alguien iba a superarlo.

—¡Trescientas cincuenta libras! —dijo con buen humor una conocida firma de Kensington de anticuarios.
—¡Trescientas sesenta! —añadió el diminuto anciano.

—¡Setenta! —replicó el hombre de Kensington.

—Cuatrocientas libras —dijo el pequeño anciano con total calma.

—Cuatro diez —pujó el otro.

—¡Quince! —exclamó alguien al fondo, donde el gerente de una conocida firma de Wigmore Street, quizá uno de los mayores comerciantes de antigüedades de primera clase, susurró a un amigo:

—¡No vale más que eso!
A lo que su colega comerciante asintió.
—¡Veinte! —exclamó el viejo aficionado.
—¡Cuatrocientas veinte libras por este perfecto diván de Carlos II! —gritó el hombre del mazo—. ¡Cuatro veinticinco! ¿Cuatro veinticinco? Ahora, señor Lewis —prosiguió, mirando al comerciante de Kensington—. Cuatro veinticinco. ¡Una pieza única, debe reconocerlo!
El comerciante de Kensington asintió.
—Cuatro veinticinco se ofrecen, señor —exclamó el subastador, fijando sus ojos en el pequeño anciano.

Pero este último negó con la cabeza, y cuando cayó el mazo su rostro brillante se relajó en una sonrisa triunfante, pues nunca había tenido intención alguna de comprarlo, y simplemente había hecho subir el precio por pura malicia.

La subasta continuó, pero el anciano, que evidentemente era una persona de discreción y conocimiento, se abrió paso dentro de la casa y subió de habitación en habitación, examinando el contenido de cada estancia—lo cual ocuparía tres días de venta —con ojos críticos.

Al poco tiempo, al descender, pasó por segunda vez al largo y viejo salón donde la tenue luz invernal se filtraba por los sucios y viejos ventanales de vidrio.
Estaba solo. Por el momento la multitud estaba toda excitada por la venta abajo.

Mirando con aprensión alrededor, de repente apretó sus manos y, alzando el rostro hacia el techo, comenzó a pronunciar unas palabras en un galimatías completamente ininteligible. “El gran misterio”, “la lucha de Lucifer”, “el Rey todopoderoso”, “el Mal que gobierna el Universo”, “¡el Dios de la Muerte de los Humanos!” y expresiones semejantes fueron lo único distinguible.

En esos pocos minutos su respiración iba y venía en cortos y fuertes jadeos mientras levantaba sus manos huesudas y se aferraba al aire en su excitación y fervor.

En un lenguaje críptico e ininteligible parecía estar invocando el mal sobre el lugar, aunque nadie estaba presente para verlo. Dos mujeres entraron de repente en aquella sala en la que el señor Gray había sido atacado durante la reapertura de la casa desocupada, cuando súbitamente el extraño cesó sus imprecaciones y, fingiendo examinar detenidamente uno de los cuadros —un retrato de Sir Thomas Lawrence— salió tranquilamente y bajó por la amplia escalera. Al regresar a la multitud encontró que se subastaban unos antiguos morillos de

hierro forjado, pero no mostró interés alguno en ellos. Durante un cuarto de hora vagó por los terrenos y luego se marchó caminando de regreso a la estación.

Mientras avanzaba lentamente, aparentemente absorto en sus propios pensamientos, no prestó atención a un hombre alto, de complexión robusta y mediana edad, que había estado presente en la venta y que, como él, se dirigía a la estación para tomar el siguiente tren de regreso a Londres. Ambos llegaron a la estación casi al mismo tiempo y pasaron al colector de boletos uno detrás del otro. El mayor entró en un vagón de primera clase, pero el otro fue en tercera; sin embargo, al llegar a Waterloo hacia las cuatro y media, el más joven observó atentamente los movimientos del otro y, cuando este tomó un taxi, lo siguió a través del puente de Waterloo en otro coche. Era un caso de gato y ratón, pues el hombre mayor que había pujado tan de cerca por el diván carolino no era otro que el paseante de Montecarlo, en cuyos movimientos François Lebeau había estado tan profundamente interesado, mientras que el hombre que había viajado a Londres era Albert Ashe, el ex mayordomo de la condesa de Wyndcliffe.

CAPÍTULO XXIII
Nuestro mundo siniestro

Poco después de las diez de esa noche, el señor Ashe llamó al Hotel Grosvenor y, preguntando por la señora Wilcox, fue conducido de inmediato al salón de Etta.

La atractiva mujer, con un vestido de cena e
n tonos malva pálido y plata, descansaba en un diván cerca del fuego leyendo el periódico vespertino.

—He visto algunos de los precios alcanzados en la venta — fueron sus primeras palabras al entrar su ex mayordomo.

—Sí, bastante altos, ¿eh? —dijo él—. ¿Pero cómo te fue con Rupert?

—Fatal —respondió ella, incorporándose de repente y tomando un cigarrillo de la caja de ónix a su lado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el hombre, que no se quitó el abrigo, sino que se dejó caer en una silla tras servirse una copa del decantador en el aparador—. ¿Por qué fatal?

—Realmente no puedo decirte, mi querido Albert, pero tengo uno de mis presentimientos psíquicos de que las cosas no marchan como esperábamos. Hay algo que atasca las ruedas de la máquina en alguna parte.

—¡H'm! ¡Estás nerviosa! ¡Eso es evidente! Ustedes las mujeres son tan condenadamente poco fiables, y se acobardan cuando llega el momento de la verdad —gruñó él, encendiendo un cigarrillo que tomó de su caja.

—¡No estoy nerviosa en absoluto, idiota! Solo tengo la intuición de que las cosas no van como deberían, y no irán.

—Curiosamente, de hecho, tengo la misma idea, querida. Entonces le contó el incidente del repentino ataque del chico del telégrafo en la Guest House y la sensación que había causado.
—El periódico no dice nada al respecto.

—Supongo que un simple muchacho que sufre un ataque no importa a los periódicos. Pero ahí lo tienes: otra circunstancia notable e inexplicable. ¡Estoy empezando a asustarme, no me importa decírtelo!

—¿Qué? ¿Que tú también serás derribado? —rió Etta, sacudiendo la ceniza de su cigarrillo en el fuego y mirándolo con esos ojos magnéticos suyos—. ¡Eres un poco cobarde, mi querido Albert, después de todo!

—No lo soy. Pero ¿cómo vamos a separar a esas tórtolas? Eso es lo que quiero saber, y lo que nos concierne a ambos —dijo el aventurero que había desempeñado tantos papeles con éxito a ambos lados del Atlántico—. Si no actuamos muy pronto, y con mano fuerte e implacable, entonces las campanas de boda en St. Margaret's estarán tocando un réquiem para todas nuestras esperanzas y aspiraciones. ¡Oh, es demasiado terrible para expresarlo! ¿Qué dice el viejo Gordon Routh?

—¡Gordon! Es un completo fracaso. Un buen deportista en las mesas, lo admito, pero un viejo fósil cobarde cuando hay algo realmente serio en juego —respondió la aventurera, con quien tantos hombres —y también mujeres— habían tenido amargas razones para lamentar su trato.

Llevando el nombre de uno de los más antiguos condados de Inglaterra, no hacía mucho había sido un señuelo adornado de la superbanda de tahúres transatlánticos, chantajistas y estafadores, y sin embargo apenas un año antes en Londres había presentado a dos muchachas en la Corte y celebrado tres grandes bailes en Claridge's. Qué extraño se ha vuelto nuestro mundo cotidiano—nuestro mundo donde la gente honesta de ambos sexos es desplazada por especuladores de alimentos, *escrocs* y aventureras.

Verdaderamente, nuestro pulpo Londres es cada vez más asombroso. Su codiciosa lucha por la notoriedad en la prensa, a tanto por párrafo, resulta pasmosa, mientras su abierta inmoralidad se acerca rápidamente a la de las antiguas orgías de Roma. Y, sin embargo, a nadie le importa.
Las temporadas van y vienen, "Pequeña" y "Alta", en las que muchachas inocentes de todas las clases, desde la más alta hasta la más baja, son siempre sacrificadas en el altar de Mammon—con quizá un gran automóvil incluido. La invención del coche introdujo un nuevo medio para la inmoralidad, pues el coche del joven suele ser una jaula de pájaros, mientras que el viejo rico encierra a su joven ave en su interior bellamente tapizado.

Los conspiradores permanecían en silencio, fumando y mirando al fuego encendido.

Ashe estuvo a punto de mencionar haber visto a aquel misterioso hombre de execraciones que había dado el nombre de Bettinson. Siendo prudente, resolvió guardar su conocimiento para sí mismo.

Desde fuera, en la lluviosa noche, llegaba el ruido de taxis y autobuses vibrantes en la plaza de la estación, ese estrépito y griterío que siempre acompaña a las llegadas y salidas ferroviarias.

El cómodo Grosvenor, punto de partida hacia el continente, frecuentado por el Londres mundano y las provincias, es un lugar donde, en el vestíbulo, todos los personajes notables se encuentran unos con otros yendo y viniendo hacia los confines de la tierra. El salón cuadrado, en el que la risa abunda todo el día y las lágrimas ardientes se derraman mañana y tarde, es el punto de encuentro común para quienes viajan hacia el este, ya sea a París, India o Japón.

Ashe miró el reloj de mármol verde y se levantó. Estaba inquieto y no lograba concentrarse.

—¿Te vas tan pronto? —preguntó Etta—. ¿Por qué? Estoy sola. Quédate y hazme compañía.
—No, querida Etta. Lo siento mucho, pero tengo una cita especial —respondió el hombre—. Cuando vuelvas a ver a Rupert avísame enseguida. ¿Has tenido noticias de Wyndcliffe?
—Anoche recibí una carta desde Boston. Está en algún disparatado esquema financiero, como siempre. Parece que alguien llamado Schendel está comprando todas las tiendas de dulces en los Estados Unidos y quiere que Wyndcliffe sea presidente de la compañía. Un gran fraude, supongo, como aquel de Stream Line Motors, de Detroit. Personalmente, no confío en ninguna de esas propuestas financieras. Me gusta ver el dinero sobre la mesa —dijo ella.

Luego, golpeando su cigarrillo en la larga boquilla de carey, lo miró con los ojos entrecerrados y seductores, y rió.
—Estoy de acuerdo, Etta, los billetes de dólar o las notas del Tesoro son mucho mejores que quedarse con el bebé de estos vendedores de acciones.

—¡Oh! Hablemos del futuro —dijo ella impaciente.

—Bueno, ¿qué hay del futuro? —preguntó Ashe.
La hermosa mujer se encogió de hombros con gracia.

—Todavía no te has librado de tu carga —dijo él, mirándola.

—¡Oh, ese idiota de Rupert! Realmente no sé qué hacer.

—Claro que lo sabes. Te lo he dicho cien veces, querida.

—¡No! ¡Eso no! —gritó ella frenéticamente, con una expresión de horror en el rostro—. ¡Eso no!

—Bueno, quieres hablar del futuro —prosiguió el hombre de anchos hombros—. Por lo que veo, ambos estamos completamente atrapados, con nuestros bienes deslizándose cada hora lejos de nosotros. Piensa en la venta de hoy—miles de libras de beneficio que deberían ser nuestras. Y aún no han tocado las verdaderas joyas—tapices o cuadros.
—Estoy de acuerdo, querido Albert. Todo es pésimo y muy decepcionante.

—Solo tú tienes la culpa, Etta. No te has librado de Rupert, y además has dejado que las tórtolas arrullen demasiado tiempo.
La mujer se removió inquieta en el diván y, arrancando con furia la colilla de su boquilla, la arrojó al fuego.

—Dame un trago —dijo, y obedientemente él cruzó la estancia, preparó uno y luego la observó mientras lo bebía.

—Necesitamos dinero, Albert —dijo ella tras dar un buen sorbo a su brandy con soda.

—Por supuesto que sí —respondió el hombre—. Nunca fuiste escrupulosa en los viejos tiempos, ¿eh? —y rió suavemente—. Eres una mujer realmente maravillosa, Etta, cuando pones a trabajar tu ingenio.

—¡Bah! No me adules —replicó ella con voz dura y decidida—. Enfrentemos la música y encontremos una salida —prosiguió—. Si Sibell muriera, entonces toda la herencia iría a Gordon Routh y...

—Y el viejo Gordon lo despilfarraría todo en Monte en una sola temporada —interrumpió Ashe.

—De acuerdo. Pero suponiendo que nada le ocurriera a Sibell—excepto lo que pudiera suceder en esa maldita casa suya, donde nunca se sabe qué puede pasar—y se casara con Gussie Gretton. ¿Qué entonces?

—Tan fácil como derretir hielo —rió Ashe—. Gussie es el mayor inútil que conozco, inmensamente rico, pues su padre hizo cientos de miles con su cadena de tiendas de trajes baratos—reach-me-down, trajes de mala calidad listos para usar vendidos con grandes beneficios. Su sede era una tienda brillantemente iluminada en Whitechapel Road, donde comenzó en un cuarto trasero, un polaco llamado Grabov. Su hijo, que se ha desligado de todo negocio de sastrería, es un soltero rico y elegible, miembro de los Bachelors' y de White's, con un piso en Park Lane.

—Ojalá pudiera verlos casarse —exclamó Etta con entusiasmo. —Tendríamos veinte mil para dividir, como mínimo. Quizá más. Yo intentaría subir un poco más, por supuesto. Gussie está locamente interesado en ella, como ambos sabemos.

—Entonces hagamos otro esfuerzo e intentemos lograrlo —dijo la mujer.

—Tú puedes, querida Etta, pero yo no. Usa todo tu ingenio femenino y tu influencia para devolver a Otway a su querida práctica de una vez por todas. Involucra al viejo Gordon en nuestro juego, pues sin duda hay algo para él en ello. ¡Por Dios! Imagínate dejar escapar diez mil libras de las manos. ¡Es realmente criminal!

—Exacto. Pero quiero hacerte una pregunta seria, Albert —dijo la mujer, poniéndose de pie y enfrentándolo con seriedad—. ¿Tienes alguna idea—o siquiera alguna sospecha—de la base de ese extraordinario mal que se manifiesta en la Guest House? ¿A qué puede deberse? Dime la verdad, pues ambos estamos en la misma corriente, y admito que estoy desconcertada.

—Te digo la verdad —respondió el hombre, su socio—. Estoy tan desconcertado como tú. No veo ninguna solución al problema. ¿Por qué ese pobre chico del telégrafo cayó hoy en un ataque, por ejemplo? Todo el asunto es increíble, sorprendente y extraño. Mira, incluso Otway enfermó, ¡y sin embargo ninguna mujer ha sido afectada! Para mí ese es el punto más desconcertante de todo el asunto.

—Si las mujeres fueran afectadas, entonces quizá Sibell podría... bueno, sentir su siniestra influencia —dijo la mujer tras una pausa—. El cuidador murió después de las invocaciones de ese misterioso anciano, que aparentemente es el genio maligno desconocido del lugar.

—Confieso que todo está más allá de mí —declaró Ashe—. No suelo ser nervioso, como bien sabes. Pero admito que no me gustaría entrar en esa maldita casa. Quizá soy demasiado pecador —y sonrió.

—Ni yo tampoco —rió Etta sombríamente, mientras el hombre apuraba su copa y anunciaba que debía marcharse.

—Mira, Etta —añadió, tomando su sombrero y abrochándose el abrigo negro de noche—. A toda costa deshazte de Rupert. Mándalo de vuelta, entiérralo, haz lo que quieras con él. Pero

mientras esté aquí existe un peligro constante—el peligro de que descubra que eres la esposa de Wyndcliffe. No es un tema agradable, ¿verdad?

—¿Y me vas a dejar enfrentar todo sola, eh? —exclamó ella de repente, con los ojos centelleando.

—En absoluto, querida. Voy a trabajar de inmediato en nuestros intereses comunes, como siempre lo he hecho. Tú eres una dama de la nobleza inglesa, y yo solo tu mayordomo abusivo. Gracioso, ¿no? ¡Cómo se reiría la gente en los Estados Unidos si supiera cómo tú y yo hemos engañado a la exclusiva sociedad londinense, y tú incluso en la Corte! —Y añadió—: Bueno, buenas noches, Etta, querida. Siempre hemos sido camaradas, y siempre lo seguiremos siendo.

Entonces, tomando de repente su delgada mano blanca, se inclinó sobre ella con estudiada cortesía y la besó.

—Buenas noches, señora Wilcox —dijo riendo—. Pero ponte en marcha en la dirección que hemos acordado. Haz que los amantes regresen y juega al ajedrez con ellos—como ya lo has hecho antes. Y salió.

Otway y Sibell habían retrasado su regreso a Londres una semana, pues él había arreglado con su sustituto que continuara hasta la fecha de su vuelta a Golder's Green. Para ambos fue una gran decepción que la hermosa villa de Lord Wyndcliffe no fuera a reabrirse esa temporada. En varias ocasiones habían subido hasta ella y habían tomado el té en la gran y amplia terraza, con sus flores trepadoras y sus magníficas vistas de las verdes Estrelles y del Mediterráneo siempre cambiante, a veces color zafiro, a veces gris, o en otras ocasiones del profundo tono del lapislázuli. Los dos viejos sirvientes franceses, marido y mujer, les habían servido el té, y en los jardines habían recogido azahares—emblema del matrimonio—y violetas, narcisos y mimosas amarillas para llevar de regreso al hotel. La vida para ellos era ciertamente de una dicha exquisita, sus corazones

latiendo siempre al unísono, y su pequeño mundo limitado a sus propios caprichos y placeres del momento.

Un día, tras haber ido al Casino Municipal de Niza a un baile vespertino, Sibell, al regresar por la noche, descubrió de repente que había perdido una pequeña pulsera de cadena con turquesas, regalo de cumpleaños de su madre en sus días de colegio.
A la mañana siguiente Brinsley partió hacia Niza para intentar recuperarla en la oficina de objetos perdidos del Casino; cuando, al bajar al vestíbulo, Sibell se encontró con una muchacha a la que reconoció al instante: Marigold Ibbetson, una de sus antiguas compañeras de Cheltenham College, a quien no había visto en tres años.
Su encuentro fue cordial, y tomaron juntas el petit déjeuner.
—He estado aquí más de una semana —rió la muchacha pelirroja, bastante atractiva—. Mi tía no está muy bien hoy, y no bajará hasta el almuerzo. Pensé que eras tú, pero solo anoche pregunté tu nombre al conserje y él me lo dijo. Bueno, ¿y cómo te ha tratado el mundo, vieja amiga?
—Oh, no tan mal. He viajado bastante —respondió Sibell—. Mi tía, Lady Wyndcliffe, que tiene una villa aquí, iba a encontrarse conmigo, pero no ha aparecido—se fue a América en su lugar.
—¿Encontrarse contigo, eh? —rió la esbelta y bien vestida joven —. Quieres decir con ambos—tú y tu prometido.
—¿Cómo lo supiste? —preguntó Sibell rápidamente.
Acababan de salir del hotel y estaban en el jardín de flores.
—Porque los he observado, y es obvio. Te felicito, Sibell. ¿Quién es él?
Su amiga se lo contó, hablando con entusiasmo, como es fácil imaginar. Y mientras caminaban por el sendero de grava hacia la carretera, se les unió una muchacha alta, de extremidades largas y aspecto sencillo, a quien Sibell fue presentada. Su nombre era Moyna Lascelles, quien había estado en Cheltenham después de que Sibell se marchara.
Mientras paseaban agradablemente por la Croisette juntas, Moyna se volvió de repente hacia Sibell y la felicitó por su compromiso con Brinsley Otway.

—De hecho, conozco bastante bien a Brinsley —dijo la joven—. Cuando estaba en la Escuela del Hospital era íntimo amigo de mi hermano Fred, y muy a menudo pasaba los fines de semana con nosotros en Thames Ditton. Pero por favor no digas nada, debido a una circunstancia muy trágica. Prométeme que no lo harás, ¿eh?

—Sí, claro que lo prometo —respondió Sibell.

—Pues una noche llevó a un baile en un hotel junto al río a una chica llamada Peterson, que vivía enfrente en una casa-barco con sus padres, artistas de music-hall. Al regresar, la barca volcó y la pobre muchacha se ahogó. Él nadó para salvarla, pero la corriente resultó demasiado fuerte, y apenas logró escapar con vida.

—Nunca me lo ha contado —dijo Sibell.

—Quizá no —rió la joven—. Por eso Brinsley es tan buen tipo. Mi amigo Jack Cranston, el piloto aéreo del canal, que está aquí con mi madre, es su amigo, y me dice lo excelente que es. También he oído que es un buen bailarín.

Sibell solo sonrió al escuchar tales elogios de su prometido. La confortaron y la gratificaron, como sin duda lo harían con cualquier muchacha cuyo amante fuera su ideal. ¿Y qué joven de cualquier clase existe que no tenga el ideal de un amante valiente y fuerte que la sostenga en sus brazos y luche por ella hasta la muerte?

Los hombres pueden ser siempre engañosos, pero el corazón de una mujer, una vez conquistado, es la gran e incomparable joya que corona la vida humana, fiel e inquebrantable en la adversidad o la prosperidad hasta la separación por la muerte.

¡Ay! Que los hombres sean tan egotistas, tan seguros de sí mismos, que con tanta frecuencia dejan a las mujeres llorar bajo el peso de su prepotencia y su incomprensión ilógica del corazón femenino.

CAPÍTULO XXIV
¡Desconocido!

Durante una o dos semanas, Brinsley Otway había tenido puestos los ojos en un hermoso anillo de platino con diamante cuadrado y esmeraldas: un solo diamante engastado con una fina esmeralda bien combinada a cada lado, que se exhibía en el escaparate de aquella joyería cara en la Galerie Charles X de Montecarlo. Según el joyero, había sido vendido por una de las princesas Habsburgo, que, como tantas otras, se había visto momentáneamente en apuros en las mesas de juego. Tras un considerable regateo, Brinsley lo compró y, al regresar, se lo entregó a su prometida.

Le ajustaba perfectamente en el dedo, y ella estaba fuera de sí de alegría, besándolo tiernamente una y otra vez por aquel hermoso obsequio, destinado como regalo de cumpleaños, pues su aniversario sería en aproximadamente una semana.
Al día siguiente amaneció gris y húmedo, con una ligera llovizna, uno de esos días tan conocidos en la Riviera. Otway salió a ejercitarse hacia las once, dejando a Sibell escribiendo cartas, cuando de pronto se encontró con el alto piloto de rostro delgado Jack Cranston, a quien había conocido durante la guerra en el desafortunado aeródromo de Dunkerque.

—¡Hola, Otway! —exclamó alegremente—. ¡Qué casualidad! ¡Después de todo este tiempo! Solo ayer supe que estabas aquí por mi amiga la señorita Ibbetson.

—¿De veras? —respondió Brinsley—. Ella es una antigua compañera de colegio de mi prometida, a quien creo que conoces. Estuvieron juntas en Cheltenham College.
—Marigold es gran amiga de Moyna Lascelles. Estoy alojado aquí con su madre, que es pariente lejana mía. Tiene una villa en la carretera hacia Niza.

Mientras caminaban juntos hacia el Casino, Cranston se volvió de repente y dijo:

—Mira, Brinsley, perdona que te haga la pregunta, pero ¿es cierto que estás comprometido con Sibell Dare?

—Por supuesto que sí —respondió el otro, bastante sorprendido por su tono de voz—. ¡Pensé que todo el mundo lo sabía!
—Ya veo —exclamó el otro—. Pero, por supuesto, no pretendo ofender. ¡Entiéndelo!

—¿Por qué habría de ofenderme? —preguntó el joven doctor, mirándolo inquisitivamente.

—Nada, viejo amigo, nada. Lamento haberlo mencionado, eso es todo. Perdóname, he sido un necio.

—¿Por qué lamentarlo? Pensé que todos lo sabían. El anuncio salió en los periódicos hace semanas.

—He estado en el extranjero durante meses, viejo amigo, así que no lo vi —respondió su amigo con sinceridad.

—Ven al bar de allí —dijo Brinsley señalando el Casino—. Tomemos una copa y hablemos de ello.

—Preferiría no hacerlo, viejo —replicó el otro—. Lo que pueda decir quizá solo te cause dolor. Y, además, realmente no es asunto mío con qué chica te cases, ¿verdad?

—Bueno, supongo que no, considerando todo.

—Entonces, ¿por qué discutirlo? Hablemos de otra cosa. ¡Vamos!

—No, no lo haremos, Cranston —dijo Otway con insistencia—. Vendrás conmigo, tomaremos una copa y me dirás qué hay en el fondo de tu mente. ¿Acaso se trata de esa maldita casa de

tiempos de Enrique VIII en Hampton Court de la que la gente habla?

El piloto de rostro agudo rió con fuerza.

—Oh, querido Brinsley, claro que no. Seguramente no crees en maldiciones, ¿verdad? Yo no.

—№ ¿Quién lo hace? Sin embargo, parece que han ocurrido muchas cosas extrañas allí —respondió su amigo—. Yo mismo tuve un ataque muy curioso después de pasar unas horas en el viejo lugar. De hecho, casi pierdo la vida por ello.
Y entonces le explicó las misteriosas circunstancias que ocurrieron tras su visita a la Guest House para inspeccionar aquellos viejos libros en la biblioteca cerrada durante tanto tiempo.

Finalmente, inducido por Otway, Cranston atravesó el espacioso vestíbulo del Casino y entró en el bar, donde ambos se sentaron en una mesita en la esquina para fumar y charlar. La habitual multitud de ociosos de la Riviera de todas las edades que se reúne cada mañana ya estaba allí, pero entre el bullicio, las risas y las discusiones sobre el juego de la noche anterior, su conversación no podía ser escuchada.

—Ahora dime francamente, querido Jack —dijo Otway al fin, apoyando ambos codos sobre la mesa y mirando directamente a los ojos de su amigo—. ¿Por qué eres tan endemoniadamente misterioso respecto a Sibell?
—No soy misterioso, viejo amigo, en absoluto —declaró el otro —. No voy a entrometerme en lo más mínimo en nada que no me concierna. Perdóname, ¿sí?

—No se trata de entrometerse. ¿No somos amigos tú y yo?
—Yo... bueno, creo que sí.

—Entonces, ¿por qué no me hablas como un amigo, de hombre a hombre? ¿Qué estás ocultando?

—Nada —respondió el otro.

—¡Lo juras! —exclamó Otway, medio levantándose, con el rostro firme y decidido.

Cranston vaciló solo un segundo, y luego se excusó diciendo:
—En serio, no he venido aquí para ser sometido a un interrogatorio. ¡Debo negarme!

—Querido Cranston, no soy inquisidor—solo tu buen amigo. Pero exijo saber por qué eres tan reservado respecto a Sibell. Noté esa mueca en tus labios, esa mirada sarcástica cuando mencionaste su nombre. Ahora, si eres un verdadero compañero, como pretendes ser, ¡dilo! ¿Qué sabes? Si no eres un amigo—un falso amigo—entonces guarda silencio. Y ahí termina todo.

Ambos se quedaron mirándose fijamente durante un minuto entero. Cranston se sintió acorralado, como en efecto lo estaba.
—Bueno, Otway —dijo al fin, hablando muy despacio—, realmente no sé cómo responderte. Solo sé que hoy eres uno de los hombres más felices del mundo—una encantadora muchacha que será tu esposa, con tanto dinero que nunca necesitarás trabajar un solo día más en tu vida. ¿No querrían un millón de hombres estar en tu lugar?

—Sí, supongo que sí —respondió su amigo.

—Yo transporto a diario muchas parejas comprometidas y recién casadas desde Croydon a Le Bourget, y veo mucho—puedo asegurártelo. Los pilotos vemos cosas curiosas muy a menudo, pues nuestros pasajeros están muy cerca de nosotros, especialmente si hay algún elemento de peligro sobre el mar. Las chicas se asustan terriblemente a veces, y he visto a hombres valientes palidecer cuando las cosas no van del todo bien.

—¿Pero qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó Otway—. ¡Pareces estar advirtiéndome de algo! Dime si es así, claramente.

Durante unos momentos Jack Cranston permaneció en silencio. Luego, fijando sus agudos ojos azules, semejantes a los de un halcón, en su amigo, dijo:

—Sí. Hablaré con franqueza y que se condenen las consecuencias, Brinsley. ¡Te estoy advirtiendo!

—¿De qué? —exclamó el otro, mirándolo con asombro.

—De la muchacha con la que estás a punto de casarte. Estás confiando en ella demasiado implícitamente.

—¿Qué demonios quieres decir? —preguntó el amante, levantándose rápidamente con feroz resentimiento—. ¡Repítelo!
—Lo repito —respondió el piloto con total calma.
—¿Qué dices contra Sibell, eh?
—Simplemente que no es tan fiel a ti como aparenta, eso es todo. Lamento pronunciar esas palabras, Brinsley, pero me has obligado a hacerlo.
—¿Entonces quieres decir que me engaña? —dijo él con voz dura y ronca.
—Ese es mi significado. Pero lamento si mis palabras te hieren. Sé que lo hacen, viejo amigo. Pero dejo que seas tú quien descubra la verdad. Eso es todo.
—¡Es una maldita mentira! —gritó Otway, golpeando la mesa con el puño y haciendo que los demás en el bar se volvieran a mirar.
—Eso solo tú lo puedes descubrir, querido Brinsley —exclamó su amigo, aún con calma—. Si es mentira, entonces todos lo creen. Por eso te compadecen, buen y honesto camarada que eres; te compadecen de que esa muchacha y su elegante amigo se burlen de ti.
—¿Quién es ese hombre? —exigió Otway con fiereza—. ¡Dame su nombre!
—¿Estás realmente seguro de quererlo? ¿No sería mucho mejor que vigilaras y lo descubrieras por ti mismo? Créeme, querido Otway, ese es el mejor camino. Si te lo dijera, solo dirías que soy su enemigo o que tengo prejuicios.
—¡Pero exijo su nombre! —clamó el desdichado amante con vehemencia.

De nuevo cayó un silencio entre ellos.
—Pregunta a otros. Ellos te lo dirán. Yo me niego a decir más —dijo el aviador.
—¡Por Dios! ¡Arrancaré ese nombre de ti! —gritó el hombre, fuera de sí de furia.
—Nada de heroísmos, viejo amigo. Mantente sereno y observa. Ese es mi consejo —respondió el hombre de rostro agudo, que en más de una ocasión había yacido en una trinchera poco profunda con agua amarilla filtrándose, soportando los bombardeos diarios de los hunos sobre Dunkerque, aquellos días en que los aviadores alemanes aniquilaban nuestros almacenes y aviones.
—¿Pero no puedes darme alguna pista? ¡Por el amor de Dios, Cranston, al menos eso!
—Te diría su nombre, pero seguramente comprendes lo doloroso que sería para mí; lo injusto que sería delatar a un amigo—igual que tú lo eres.
—¿Es alguien que ella ha conocido recientemente—o alguien que conoce desde hace tiempo? Dime eso —preguntó con toda ansiedad, como bien puede imaginarse. De un golpe, todas las ilusiones del pobre hombre sobre el amor absoluto de Sibell se habían convertido en una oscura nube de sospecha. Y, sin embargo, ahora se preguntaba cuál era la verdadera razón—como bien podía hacerlo.
—Realmente no puedo responder a esa pregunta. Lo siento —replicó Cranston—. Solo observa, eso es lo que sugiero.
—¿Entonces te niegas a revelar el nombre del canalla? Es amigo tuyo. Eso lo admites, ¿eh?
—No mucho amigo, en realidad. Solo lo he visto una vez. Mi postura es que me niego a ser considerado como alguien con intereses ocultos, Otway. Simplemente te digo lo que sé, lo que muchos comentan, y sugiero que hagas tus propias averiguaciones para tu satisfacción. Eso es todo —y se levantó de la mesa, añadiendo—: Me voy. Nunca habría dicho todas estas cosas dolorosas si no me hubieras obligado.
—¡Y aun ahora te niegas a darme la más mínima pista sobre este rival secreto mío! —gritó Otway furioso.
—Ya he explicado la razón. Investiga por ti mismo y... bueno, olvida que nos encontramos esta mañana. Me voy a París en el

rapide de las tres y media, pues mañana debo estar de servicio en el aeródromo para cruzar de nuevo. ¿Por qué no vienes un día a dar un vuelo conmigo?

—Quizá lo haga cuando todo esto se aclare, Cranston —respondió él—. Pero te digo ahora francamente que no lo creo.
El aviador se encogió de hombros y replicó:

—Lo esperaba. Precisamente por eso me niego a mencionar el nombre.

Y juntos salieron en silencio, y, con frialdad, se despidieron.
De regreso al Beau Site, pasando entre la alegre multitud de tenistas que volvía a casa, Brinsley Otway caminaba con la vista fija en el suelo, sumido en sus pensamientos. Las semillas de una profunda sospecha habían sido sembradas, pero, hombre de mundo como era, intentaba endurecerse para no creerlas.
En cualquier caso, su amigo de la guerra no había demostrado nada. Había hablado sin fundamento, reflexionó. Sin embargo, ¿por qué? ¿Qué motivo oculto podía tener Cranston para advertirle que Sibell lo engañaba?

Durante una hora entera caminó por la Croisette, y para aliviar su mente y pasar el tiempo, entró en un pequeño café y pidió un aperitivo para meditarlo todo.

Reflexionó sobre el pasado. Su primer encuentro casual con Sibell, quien había entrado tan plena y sinceramente en su vida para consolarlo y convertirse en su otro yo—una mujer que, en sus ideales, en sus aspiraciones, en sus creencias religiosas y en su calidad de alma, él había encontrado muy por encima de cualquier otra muchacha que hubiera conocido—su propia afinidad.

Y, sin embargo, cuando se siembra el veneno de la mente, este se convierte en una creciente inundación, que levanta una marea capaz de arrastrar incluso al más sensato, y chocar contra las rocas de la verdad.

¿Y dónde puede hallarse la verdad, sino en el fondo del pozo más profundo?
El hombre o la mujer que hoy se atreve a decir la verdad merece una estatua como ejemplo heroico. La mentira siempre dispuesta se encuentra en cada hogar, sea la cabaña o el castillo, ya sea en Sydenham o en Sídney, en Mayfair o en Manitoba, y dejo al lector completar el mapa geográfico.

Si la dama de Mayfair está "malhumorada" y a la vez religiosa, le dice a su mayordomo que "no está en casa". Y esa mentira deliberada desciende por todas las clases, incluso hasta las esposas canosas de los párrocos rurales de la Iglesia de Inglaterra.

Y, sin embargo, ¿no está prohibida la mentira para el cristiano? Y si se dicen mentiras a diario, incluso por quienes han sido elegidos para administrar la religión, ¿por qué alguien debería aborrecer la mentira? Somos un pueblo curioso. El párroco del pueblo, con su té sobre las rodillas, dirá con su mejor acento de Oxford:

—Oh, lo siento. Pero nunca como pasteles.
Y solo porque los pasteles en cuestión están poco cocidos y no le sientan bien a la digestión.

Un hombre que hoy es obispo de la Iglesia de Inglaterra, en sus primeros días, antes de su elección a la Cámara de los Lores, fue lo bastante franco como para enviar un telegrama a su posible anfitriona, una conocida dama de la nobleza:
"Lamento, del todo imposible. La mentira seguirá por correo."
En tal estado de ánimo, repasando todo el pasado y contemplando el futuro, Brinsley volvió al alegre hotel y, encontrando a Sibell conversando en el salón con su antigua amiga Marigold, a quien le presentó, se sentó junto a ellas y pidió tres cócteles.

Como verdadero hombre de mundo, y amante sincero, intentó sofocar aquellos intensos sentimientos que habían surgido en él a consecuencia de la advertencia de su amigo, mientras Sibell,

mirándolo, pensaba que su amante ideal nunca había parecido tan encantador.

CAPÍTULO XXV
El paso hacia abajo

The Myrtles, en Cookham, resultaba, después de todo, un lugar apagado y húmedo en marzo, con las brumas colgando todo el día sobre el Támesis, los árboles sin hojas, el jardín bonito en verano, por supuesto, pero en invierno cubierto de hojas secas, con césped áspero y senderos llenos de maleza. Tras la alegría de Cannes, para Sibell era terriblemente deprimente.

Con su tía Etta supuestamente en América con su esposo, y Brinsley de vuelta en su consulta en Golder's Green, llevaba una vida de aburrimiento diario, escuchando las múltiples quejas del viejo Gordon Routh, tanto sobre sus finanzas agotadas como sobre su salud en declive.

Jugador consumido como era, se sentaba cada noche junto al fuego de leña en la sala de la cabaña, preguntando sobre las Rooms de Montecarlo, el juego y las sensaciones nocturnas de grandes apuestas y enormes pérdidas, pues la Administración de la Sociedad de Baños de Mar siempre se llevaba la parte del león.

—Sí —dijo una noche tormentosa, mientras el viento aullaba alrededor de la vieja casa y la lluvia golpeaba con fuerza las ventanas—, Montecarlo ya no puede ser lo mismo que cuando el príncipe Alberto lo gobernaba. Hoy en día Mónaco ha caído en manos de los grandes especuladores. Primero Zaharoff y sus amigos, y ahora otros especuladores de su círculo. ¡No! No puede ser lo mismo. Los ricos rusos que vivían en la Promenade des Anglais en Niza, y que eran los verdaderos jugadores, ya no están allí. No consiguen grandes coups como los que yo conocí

en los noventa, cuando las noches de sábado eran verdaderas noches.

—¡Según todos los relatos, tú también tuviste tu época allí! —rió la joven, levantando la vista del periódico vespertino, calentando sus pies bien formados en el guardafuego.

—La tuve. Entonces, al menos, obtenía algo por mi dinero. Hoy parece que en las salas públicas juegan lo que, en los viejos tiempos, habríamos clasificado como shove-ha'penny en cualquiera de nuestros pubs de aldea. Claro que supongo que las apuestas son un poco más altas en el Cercle Privé.
—Lo son —dijo la muchacha, y durante la siguiente media hora le describió el Montecarlo de hoy.

Cada noche era el mismo terrible aburrimiento. Durante el día, la joven hacía largas caminatas sola por aquellos caminos húmedos y lúgubres, subiendo y bajando las colinas solitarias, o bien se sentaba a escribir largas cartas a Brinsley. Luego, al anochecer, se sentaba junto al fuego a charlar con el viejo jorobado, que siempre lamentaba su mala suerte en el trente-et-quarante.

Tan aburrida llegó a estar que un día, con el permiso del viejo Routh, escribió a Moyna Lascelles, que vivía cerca de Birmingham, para que viniera a pasar el fin de semana con ella. Desde aquel día en Cannes las dos jóvenes se habían hecho grandes amigas, y desde el regreso de Sibell se habían encontrado dos veces en la ciudad y almorzado juntas. Así, para afianzar aún más su amistad, Sibell envió la invitación, que fue aceptada de inmediato, y el viejo Gordon Routh expresó su alegría de que Sibell hubiera encontrado una compañera tan afín.

La Guest House había sido ya vaciada de sus contenidos, y los decoradores trabajaban arduamente limpiando, repintando y empapelando el interior, cepillando y puliendo los pisos de roble, instalando equipos para cocina y luz eléctrica, nuevos baños, calefacción central y todo tipo de dispositivos modernos

para ahorrar trabajo; mientras afuera, los constructores quitaban el exceso de hiedra de los ladrillos rojos, que raspaban y rejuntaban. Reacondicionaban tanto el plomo como las tejas del techo, y la carpintería de ventanas y puertas.

Diez mil libras habían sido ya depositadas a crédito de Sibell en el banco por los abogados, por lo que todo marchaba alegremente, y gracias a la generosidad de la joven, el viejo Gordon Routh se encontraba libre de gastos domésticos y de ciertas pequeñas deudas que había contraído en aquel bonito pueblo ribereño.

Brinsley tenía la costumbre de llamarla cada noche a las nueve, después de regresar de su pesado día de trabajo, antes de sentarse a su solitaria cena. Una noche, el timbre sonó a las siete y media, justo cuando se disponían a cenar.

Sibell corrió al teléfono, solo para escuchar malas noticias. La madre viuda de Brinsley, que vivía en las afueras de Carlisle, había enfermado repentinamente, y lo habían llamado por telegrama.

—He logrado arreglar mi ausencia con un colega llamado Lancaster, que viene aquí esta noche —dijo él—. Estuvo conmigo en el hospital, y ha sido una gran suerte poder localizarlo. Así que salgo de Euston tarde esta noche, querida. Te avisaré por telegrama mañana.

—¡Pero, mi querido Brin, qué repentino! Esperaba que mañana almorzaras conmigo y con Moyna en el Trocadero. Estamos las dos horriblemente decepcionadas. Pero, por supuesto, comprendo lo preocupado que debes estar, amor mío. Espero que encuentres a tu madre mejor. Envíame un telegrama por la mañana, ¿sí?

—Por supuesto, querida. Lamento mucho no poder almorzar contigo, pues yo también esperaba con ansias verte. Pero así es, no se puede evitar —dijo él.

Y luego, tras algunas palabras de consuelo, su prometido le deseó buenas noches y la conversación terminó.
Al regresar al pequeño comedor, ella relató lo que Otway le había dicho, pero, en su ignorancia, nunca se dio cuenta de la extraña expresión que se extendió por el rostro de Moyna.
—¡Qué desafortunado! —exclamó ella—. Pospondremos nuestro viaje a la ciudad hasta que él regrese.
Y de esa manera la cuestión quedó resuelta.
—¡Qué anillo tan magnífico tienes! —comentó Moyna, cuando las dos jóvenes estaban sentadas junto al fuego después de la cena—. ¡Por Dios! Debe haber costado una fortuna —añadió, tomando la mano de su amiga y admirándolo—. ¡Ojalá tuviera uno igual!
—Supongo que costó bastante —respondió Sibell—. Es un buen regalo de cumpleaños, ¿no crees?
A la mañana siguiente, durante el desayuno, el viejo Gordon Routh recibió una carta de negocios que requería su presencia en Londres por un par de días, y a su sugerencia, las dos muchachas lo acompañaron, llegando al Hotel Cecil justo después del té.
La costumbre de Gordon Routh había sido alojarse allí durante muchos años; de hecho, desde que aquel colosal hotel en el Embankment había sido inaugurado. Routh tomó su habitación favorita en el cuarto piso, mientras que las chicas ocuparon dos habitaciones en el piso inferior.
Tras tomar el té juntos en el gran palm court, el anciano se levantó, lamentando que tendría que marcharse a su cita.
—No espero verlas esta noche, chicas, pues sin duda regresaré tarde. No me vestiré para la cena. Podrán divertirse solas—ir al cine o algo así, ¿eh?
Y entonces las dejó sentadas observando el baile.
—¿Qué hacemos? —preguntó Sibell a su amiga—. ¿Qué tal un teatro? Podemos cenar temprano y luego ir. ¿Qué te gustaría ver?
Tras discutirlo, decidieron ir al Haymarket, y Sibell consiguió entradas en la agencia de boletos del hotel. Después subieron, se vistieron con calma y, hacia las siete, bajaron al gran grill-room para cenar. Sibell lucía encantadora—como siempre—en un delicado vestido de uno de los nuevos tonos de verde que

había mandado hacer en Gurnigel, mientras su amiga, de rostro algo picaresco, vestía de negro.
En la mesa, su conversación giró en torno al encanto femenino. Sibell declaró que, aunque el culto a la belleza mediante polvos faciales, lápices labiales y masajes había atraído la atención, el efecto de las emociones y el temperamento como vínculo en su desarrollo había sido completamente pasado por alto.
Estaban sentadas en una de las mesas junto a las largas ventanas que de día daban al bullicioso Embankment y al Támesis, pero, ahora que las cortinas estaban corridas, el lugar era cálido y acogedor, fuera del alcance de los demás comensales.
—Estoy de acuerdo contigo, querida, hasta cierto punto —respondió su nueva amiga—. Por supuesto, el primer recurso de la buena apariencia es la buena salud. Tengo una constitución bastante aceptable, pero ciertamente no tengo buena apariencia. Así que no puedo evitarlo —y rió.
—¿Pero no crees que el carácter de cada persona se refleja en su rostro, tanto en hombres como en mujeres? Por muy bueno que sea un rostro en forma o rasgos, es principalmente la expresión lo que atrae o repele. El rostro es sin duda el espejo de la mente, por lo tanto ningún carácter hermoso puede ser feo en expresión.
—Y, sin embargo, no hay que olvidar el viejo adagio de que la belleza es solo superficial —observó Moyna, mientras terminaba su lenguado y alzaba su copa de Chablis.
—Difícilmente estoy de acuerdo con eso —declaró Sibell—. Los rostros sombríos siempre reflejan mentes sombrías, y la decepción deja su marca indeleble en nuestras arrugas, que son indicio de una visión pesimista.
—Pareces extraordinariamente filosófica esta noche —rió su amiga, jugueteando con su copa.
—Bueno, quizá lo esté. Solo he estado reflexionando sobre todo ello hoy.
—¿Deprimida porque Brinsley no está con nosotras, eh, Sibell?
—No exactamente. Solo pienso que el miedo, la pena y la preocupación son depresivos y deben afectar la digestión y agotar la vitalidad.
—¡Pero, querida, tú no tienes nada de qué preocuparte, afortunada que eres! —exclamó la otra—. Tu feliz perspectiva

debería ayudarte en todos tus males mentales y físicos. Pues, en verdad, la alegría es el mayor tónico y embellecedor, y sin duda deberías tener suficiente de ella—con una gran fortuna a tu disposición y un apuesto amante además.
Apenas había pronunciado esas palabras, cuando ambas jóvenes, al mismo tiempo, se dieron cuenta de la presencia de un hombre alto, vestido de etiqueta, que sonreía ante ellas.
—¡Bueno, Sibell! —exclamó alegremente—. ¡Apenas puedo creer lo que ven mis ojos! ¿Eres realmente tú?
La joven aludida levantó la vista sorprendida, y reconoció al instante al hombre de anchos hombros y buen humor que le tendía la mano con tanta franqueza.
—¿Cómo estás? —preguntó asombrada, tomando la mano que él le ofrecía.
—Muy bien, querida Sibell. Estaba sentado allá y casualmente te vi aquí. Pensé que estabas en la Riviera con tu tía.
—He estado allí, pero, como ves, ya he vuelto. —Luego, mirando hacia su compañera, añadió—: ¿Puedo presentarte a un viejo amigo mío, el señor Gretton?
La joven sonrió mientras el hombre hacía una reverencia, y luego preguntó si podía sentarse en su mesa, añadiendo:
—Ya he terminado, y estoy por marcharme. ¿Qué van a hacer?
—Iremos al Haymarket —respondió Sibell.
—Estoy sin planes. ¿Puedo acompañarlas? —preguntó—. De hecho, me estoy alojando aquí.
—Nosotras también —dijo Moyna—. Nunca había estado aquí antes, pero parece ser el lugar favorito del señor Routh.
—Yo vengo a menudo —rió él—. He alquilado mis habitaciones en St. James's porque estuve en Nueva York por negocios, así que me quedo aquí hasta el próximo fin de semana.
—Mi tía está en América. Lord Wyndcliffe está enfermo, y ella se ha reunido con él —dijo Sibell.
—Así que has vuelto a Cookham, supongo —rió el hombre de mediana edad, bastante apuesto, tan conocido en la ciudad como soltero codiciado—. Vi a tu tía en casa de Lady Deepdene hace unas semanas, pero no me dijo nada sobre la enfermedad de Wyndcliffe.
—En realidad no quieres ir al Haymarket, ¿verdad? —preguntó Sibell, deseando en su interior librarse de él.

—Sí quiero. ¡De verdad! He querido ver la obra. Si me permiten, estaré encantado. Iré a conseguir un asiento antes de que sea demasiado tarde.
Y apenas la joven le dio su permiso, él ya estaba de pie, saliendo del restaurante con paso decidido.
—¡Un hombre muy agradable! —comentó Moyna.
—Sí —respondió Sibell—. Pero es un poco tonto—uno de esos que creen que todas las mujeres están enamoradas de él.
—H'm. Esa es la conclusión a la que ya había llegado. Pero, después de todo, será compañía para nosotras esta noche, ¿no?
Y sacó su larga boquilla de carey y comenzó a fumar.
Gussie Gretton regresó pronto, con el rostro lleno de sonrisas. Había conseguido un asiento en la misma fila que ellas y, tras invitarlas a café y licores en el salón, las llevó en un taxi al teatro. Por supuesto, tuvo que sentarse aparte, pero al reunirse con ellas al caer el telón, sugirió:
—¿Qué tal un poco de cena y un baile, Sibell? Claro, si no crees que Otway se opondría. Nunca lo he conocido, pero he oído que es un buen tipo.
Las chicas se miraron indecisas, lo cual él notó de inmediato.
—Vengan al Florida. Siempre es alegre allí. Tiene un piso de cristal y buena comida. Vamos, chicas.
—¿Vamos? —preguntó Moyna—. ¡Me encantaría! Ven, Sibell.
Y así, tras tomar sus abrigos, se dirigieron a Bruton Mews para probar las delicias de uno de los clubes de baile en Londres.

Gussie Gretton, siendo uno de los principales socios del club, fue recibido de inmediato por un pequeño y elegante sous-maître d'hôtel, que no era otro que Giovanni Savini, amigo de Albert Ashe. Condujo al trío hasta un acogedor rincón apartado, donde una mesa estaba preparada para cuatro, con luces suavemente matizadas, mantelería impecable y un gran centro de narcisos imperiales.
Ya algunas parejas bailaban sobre el piso de cristal al compás de una de las mejores orquestas de Londres.
El siempre juvenil y engalanado Gussie, tras saludar con un gesto a un viejo conde calvo que cenaba con una de las principales y más atrevidas bailarinas de un revue parisino,

ordenó de inmediato cócteles y luego examinó el menú con ojo de gourmet.
Pidió una deliciosa pequeña cena con el conocimiento interno de quien está bien versado en la vida londinense, una comida que sabía agradaría al paladar de sus dos encantadoras invitadas. Y apenas la hubo pedido, invitó a Sibell a bailar.
Ella difícilmente podía negarse, pues eran viejos amigos. Gussie era uno de los favoritos de su tía Etta, que lo enviaba de aquí para allá a su antojo. Sin embargo, cabe decir que él nunca supo de su pasado transatlántico, ni tampoco Sibell, inocente muchacha como era.
Su único pensamiento aquella noche era su amante Brinsley y la terrible preocupación junto al lecho de su madre. Había esperado, pero no había recibido noticias de él, aunque aún confiaba en que, al regresar al Cecil, encontraría un telegrama.
Los tres compartieron una alegre cena. Gussie estaba en su mejor forma, contándoles historias subidas de tono sobre escándalos en la sociedad londinense y del mundo de Nueva York, del cual acababa de regresar.
—Pero dime, Sibell —dijo de pronto—, ¿qué es todo eso acerca de la casa en la que tú y Otway están condenados a vivir? Ha habido muchísimo en los periódicos. —Y colocó otro fuerte cóctel frente a ella.
—No sé nada más que lo que oigo. Por lo que puedo averiguar, parece ser pura tontería —respondió ella con sinceridad.
—¡Por supuesto que lo es, querida Sibell! —rió él, alzando su copa hacia ella—. ¡Por tu mejor suerte!
Muchacha de vida sana y abstemia como era, los cócteles que había tomado la estaban confundiendo tristemente, aunque ella no lo percibía. Las bebidas insidiosas no afectaban a Moyna, pues estaba acostumbrada, pero normalmente una sola copa de oporto bastaba para hacer que la cabeza de Sibell diera vueltas.
De pronto, justo cuando la había invitado a bailar un foxtrot, exclamó:
—¡Oh, qué hermoso anillo tienes! Una dádiva de Otway, apuesto, ¿eh? ¡Déjame verlo! Me encantan las gemas—y especialmente las esmeraldas. Quítatelo.

Ella hizo lo que él sugería, y bajo la luz tamizada él lo movió de un lado a otro ante sus ojos, admirando sus destellos multicolores, pues las tres gemas eran ciertamente ejemplares perfectos.
—Me encantaría examinarlo de nuevo después del baile. ¿Me lo permites? Estoy loco por las esmeraldas, como sabes —y, diciendo esto, deslizó el anillo en el bolsillo de su chaleco y ambos salieron al piso de cristal a bailar, mientras la mente de Sibell giraba por los potentes cócteles.

CAPÍTULO XXVI
Antes del amanecer

Gretton y Sibell regresaron a su mesa, donde Moyna apoyaba sus bien formados brazos desnudos y fumaba a través de su larga boquilla, observándolos perezosamente.

Sibell, tambaleante en sus movimientos, con la mente nublada por las insidiosas bebidas a las que no estaba acostumbrada, se dejó caer en el diván de seda roja y suspiró profundamente.
—Me siento horriblemente cansada —murmuró, pasando su mano con fatiga por su blanca frente y desordenando su flequillo rubio que tanto la favorecía.

—Hace un calor terrible aquí —declaró Moyna con simpatía—. No entiendo por qué en cualquier club de baile parecen tener miedo de un poco de ventilación—no corrientes de aire, sino un poco de aire fresco.

—Lo siento muchísimo, Sibell —declaró el alto y bien arreglado hombre, inclinándose sobre la joven a quien tanto admiraba y que había esperado, antes de la inoportuna llegada del joven Brinsley Otway, convertir en su esposa—. Me temo que no debí haberte pedido bailar. Perdóname, Sibell, ¿quieres? —pidió, profundamente arrepentido.

—Por supuesto —respondió la joven, con la cabeza girando—. No fue tu culpa. Estoy... bueno, un poco mareada, nada más. Baila con Moyna, ¿quieres? Yo me quedaré tranquila.
Así invitada, su amiga preguntó:

—¿Estás segura de que estás bien, querida? Si no, volvemos al hotel de inmediato.

—Segura. Me sentiré mejor si me quedo aquí.
Así que la pareja cruzó la pista y comenzó a bailar el Charleston.
—Se ve bastante mal —murmuró Gretton al oído de su compañera.

—Sí. Será mejor llevarla a casa pronto, creo. No está acostumbrada, al parecer, a noches agitadas —y sonrió.
Mientras tanto, para Sibell parecía como si los bailarines flotaran a su alrededor, mientras la música sonaba áspera y discordante, lejana. Retorcía nerviosamente su pulsera en la muñeca y miraba fijamente al frente. Tanto Gretton como su compañera de baile comprendieron de inmediato que ella no estaba en sí.

—Me siento muy débil —respondió, cuando Moyna le preguntó cómo estaba.

—Entonces será mejor regresar. ¿No cree, señor Gretton? —preguntó la joven con ansiedad—. No venga con nosotras. Podemos volver fácilmente en un taxi. Ha sido muy amable al darnos tan agradable velada. Solo me preocupa la salud de Sibell. Yo misma he estado así más de una vez. Son los nervios, por supuesto.

—Sin duda —dijo el hombre, tomando el cigarrillo que había dejado en la bandeja y que aún estaba encendido—. Pero, por supuesto, las acompañaré de regreso al hotel.

—No lo hará —declaró la joven con vehemencia—. No permitiré que arruine su velada. Tiene muchos amigos aquí. Yo puedo llevarla perfectamente, así que solo acompáñenos al tocador de damas—eso es todo.

—Querida señorita Lascelles, ¿realmente cree que permitiría que llevara a Sibell sola? —protestó él. Luego, con una sonrisa, añadió—: Sibell y yo somos viejos amigos, y no soñaría con dejar que fueran solas.

Y llamó al obsequioso camarero, al que entregó apresuradamente un billete de cinco libras para pagar la cena. Mientras ayudaba a Sibell a subir a un taxi, el ágil pequeño italiano le entregó el cambio en la mano, recibiendo una propina de diez chelines, y al momento los tres iban camino de regreso al Hotel Cecil.

Al llegar, Gretton las acompañó hasta el ascensor, diciendo:
—Espero que estés bien por la mañana, querida Sibell. Es muy desafortunado, ¿no? —Luego, volviéndose hacia Moyna, añadió —: Si necesitan algo en la noche, llámeme. Estoy en el número 231.

—¡Claro! Y muchísimas gracias —respondió la joven, estrechándole la mano, mientras Sibell, con la mente aún confusa, se sentaba en el ascensor y luego lograba caminar por el pasillo hasta su habitación, aunque algo tambaleante. Aquellos cócteles ingeniosamente preparados, como los que se mezclan en todos los clubes de baile, habían hecho su efecto, y ella apenas tenía una vaga idea de lo que había ocurrido desde su regreso a la mesa después de bailar.

—¡Oh, querida! —jadeó, al dejarse caer sobre la cama—. Me... me siento terriblemente mal. Realmente no sé qué me pasa. De repente me puse muy rara después de esa última copa que Gussie me insistió en tomar. ¿Tú tomaste una?
—Por supuesto que sí. Pero yo estoy perfectamente. ¿Por qué deberías sentirte tan mal?

—No lo sé, querida —respondió la muchacha, mirando alrededor de la habitación con ojos desorbitados y asustados—. Fui una tonta. Nunca debí permitir que nos llevara allí. Estoy segura de que Brin se habría opuesto enérgicamente.

—Bueno, él no lo sabe, y nunca tiene por qué saberlo, querida amiga... a menos que tú se lo digas.

Luego, mientras Moyna ayudaba a la joven a desvestirse, se acercó a la mesa de tocador y vio un telegrama sobre el paño blanco.

—¡Mira, aquí hay un telegrama para ti! ¡Qué raro, no lo habíamos visto antes!

Y se lo entregó a Sibell, quien lo abrió con dedos nerviosos.
—¡Brin estará de vuelta en Londres mañana a las siete y media de la mañana! —dijo—. Ha recibido aviso desde Cookham de que estamos aquí esta noche. Así que vendrá a desayunar temprano con nosotras. ¡Será divertido!

—Sí. Pero, por supuesto, no dirás nada sobre haber visto a Gussie Gretton, ¿verdad?

—№ Claro que no. Solo lo preocuparía, y bastante tiene ya. Me voy a la cama.

Y, mientras Moyna esperaba, ella se desvistió, se lavó, se puso una delicada cofia de boudoir y se preparó para la noche, vistiendo un bonito camisón de crêpe-de-Chine malva pálido. Ya estaba cómodamente arropada en la cama, y su amiga la había besado de buenas noches, cuando de pronto Moyna, mirando su mano, exclamó:

—¡Pero dónde está tu hermoso anillo!

Sibell se incorporó en la cama, mirando horrorizada.
—¡Gussie lo tiene! Quiso verlo otra vez y se olvidó de devolvérmelo.

—¡Qué problema! Brinsley, cuando te vea en el desayuno, seguramente notará que no lo llevas puesto —dijo Moyna—.

Tienes que recuperarlo... y esta misma noche. ¡Debes hacerlo, querida!

La joven, sentada en la cama, miró alrededor con sus ojos azules llenos de terror ante las palabras de su amiga. En un instante saltó de la cama.

—¡Debo! ¡Por supuesto que debo! ¡El regalo de cumpleaños de Brin para mí! ¡Oh! —jadeó, llevándose la mano a la garganta para tomar aire—. ¡Qué tonta fui al dejar que Gussie lo tuviera! ¡Qué absurdo que lo conserve! ¿Qué puedo hacer?
Luego, mirando el reloj sobre la repisa de la chimenea, dijo:

—¡Mira! Es tarde... ¡pasadas las dos! ¿Dónde estará? ¿Cómo puedo recuperarlo? —preguntó, aturdida y medio desorientada.
—Nos dio el número de su habitación—231. ¿No lo recuerdas? Evidentemente está en el segundo piso.

—¡Pero el señor Routh! Ya debe estar en casa a estas horas. Él podría ir a buscarlo —sugirió Sibell, de pie junto al tocador y mirando vacíamente al espejo.

—¡Por el amor de Dios, no! El viejo podría soltarlo en broma, y Brinsley sabría que el señor Gretton está aquí. ¡No seas tonta! Ponte la bata y baja a la habitación de Gretton a recuperar tu anillo. No hay nadie por aquí, y además él seguramente lo ha olvidado y te lo dará sin más.

—¿Estás segura de que no hay nadie? —preguntó la joven, y para tranquilizarla su amiga abrió la puerta con cautela y, mirando arriba y abajo del largo pasillo, dijo:

—No, nadie. Ni un alma. Baja, encontrarás fácilmente la habitación y recuperarás el anillo. Así todo estará bien por la mañana, y tu prometido no sabrá nada. ¿Por qué debería, después de todo?

Sibell, en lugar de ponerse el kimono, se calzó sus pequeñas zapatillas rosas y se puso su largo abrigo de viaje de piel sobre el

camisón, y así, con su cofia de boudoir, salió de la habitación y, bajando en silencio la amplia escalera alfombrada de rojo, avanzó sigilosamente por el pasillo hasta encontrar la habitación de Gretton.

Muy suavemente golpeó la puerta. Al principio no hubo respuesta, pero al golpear un poco más fuerte, oyó un movimiento dentro, y al instante la puerta se abrió: era Gussie, en pijama de rayas azules.

—¡Dios mío, Sibell! ¿Qué ocurre? —preguntó—. ¡Entra! ¡Alguien podría verte! —susurró.

Al momento la joven estaba dentro de la habitación, y ambos quedaron frente a frente con la puerta cerrada.
—He... he venido por mi anillo —alcanzó a decir entre jadeos—. Devuélvemelo enseguida. Debo irme, Moyna me espera.
El hombre comprendió al instante, por su expresión alterada, que los cócteles y el champán habían nublado su mente, y de inmediato intentó aprovecharse de ello.
—Por supuesto que te devolveré el anillo, querida. Pero, ¿no me lo confiarías hasta la mañana?

—№ Brinsley estará aquí antes de que te levantes. Vendrá a desayunar. Así que seguramente notaría que no lo llevo puesto.
—Podrías haber dicho que lo dejaste en tu habitación —respondió Gretton con una sonrisa, pues con su delicada cofia y el camisón asomando bajo el abrigo de piel, ella se veía sumamente encantadora.

—№ Tenía miedo. Devuélvemelo enseguida y déjame ir —le imploró.

—Claro que sí —dijo él, cruzando la habitación hasta donde sus ropas de noche estaban dobladas sobre una silla, y del bolsillo del chaleco sacó el hermoso anillo.

Luego, volviendo hacia la puerta, rió diciendo:

—Te lo daré, querida Sibell, pero solo con una condición: que me des un beso a cambio. —Y puso su mano sobre su hombro.
En un instante ella lo apartó y, erguida, dijo:

—¡Me niego rotundamente! Nunca te he besado, y nunca lo haré.

—¡Ah! Eso es lo peor —suspiró él con un toque de sarcasmo—. ¡Otway recibe todas tus caricias ahora!
—Estás celoso de él, lo sé.

—Quizá lo esté —dijo el hombre con franqueza—. Sabes cuánto te amo, Sibell. Al menos, si tú no lo sabes, tu tía sí. Ella no tiene ningún aprecio por ese joven doctor, te lo aseguro.

—¿Y qué tienen que ver mis asuntos con mi tía, o incluso contigo? —exclamó ella—. Ya me has contado antes tu gastada historia de cómo me amas y todo eso. Pero nunca te he creído. ¡Vamos, hombre! Pretendes amar a una docena de chicas al mismo tiempo. ¿Qué mujer podría confiar en un hombre con tu reputación?
—Eres extremadamente cortés, debo decir —respondió él con enojo.
—Solo te digo que mantengas tus manos lejos de mí, y que no deseo nada de tu detestable galantería.

—¿Pero por qué estás tan empeñada en casarte con ese doctor, Sibell? —preguntó con voz más amable—. ¿Realmente crees que son compatibles? Tú amas la vida y la diversión, mientras él es un hombre serio, aplicado, estudioso, que tarde o temprano te aburrirá hasta la saciedad.

—¡Oh, no discutas! —dijo ella—. Solo devuélveme mi anillo y déjame ir. ¿Qué pensará Moyna si me tardo tanto aquí abajo?
—¿Pensar? —rió él—. ¡Nada! Las chicas ya no piensan hoy en día; simplemente actúan según su voluntad. Pensar es victoriano.

—Pero déjame volver, te lo ruego, Gussie —exclamó ella.

—¡Gussie! —repitió él, complacido—. Me gusta oírte llamarme así. Siempre has sido tan formal y me llamabas señor Gretton. Dame un beso—solo uno—a cambio de tu anillo.

—¡Me niego! No es justo que pongas tal condición cuando sabes perfectamente las circunstancias de mi compromiso —protestó la joven.

—Pero te ves tan dulce esta noche que no puedo resistirme, incluso a riesgo de provocar tu enojo —dijo él, y de repente, antes de que ella lo advirtiera, la sujetó y cubrió sus labios indiferentes con ardientes besos.

De pronto, con un supremo esfuerzo, ella le dio un golpe en pleno rostro, lo que lo obligó a soltarla, y luego, como una tigresa, luchó hasta que, sin aliento y vencida, se dejó caer medio desmayada en un sillón.

Él le acercó un vaso de agua a los labios resecos mientras ella yacía inerte, con la cofia torcida, los ojos semicerrados, aturdida y casi inconsciente.

Unos momentos después, ella sintió que él le tomaba la mano y deslizaba suavemente el anillo en su dedo.

Entonces oyó su voz, como si viniera de lejos:
—Sibell —susurró en su oído—, ¡soy un bruto! ¡Perdóname! Te lo ruego. Perdí la cabeza. ¡No sabía lo que hacía! Soy un canalla por haberte besado contra tu voluntad. Te pido disculpas. Dime que me perdonas y que olvidarás esta noche —imploró de rodillas. Durante un tiempo permaneció en silencio, luego lentamente sus ojos se fijaron en su rostro con una extraña mirada pétrea.

—¡No tenías derecho a tratarme así! —declaró con tono duro y amargo—. Vine aquí desesperada para recuperar mi anillo, porque temía que mi prometido notara su ausencia. ¿Qué habría dicho si lo hubiera encontrado en tu poder?

—Muy cierto —dijo el hombre—. ¿Qué diría Otway si alguna vez supiera que has estado aquí más de media hora?
Ella permaneció rígida. Luego exclamó:

—¡Dios! ¡Nunca lo había pensado! ¡Déjame ir, cerdo! Déjame volver de inmediato—en este mismo instante, antes de que alguien me vea. —Y, volviéndose hacia él de repente, extendió los brazos y dijo con voz entrecortada—: Si quieres mi perdón, Gussie, déjame ir. Asómate afuera y asegúrate de que no haya nadie en el pasillo.

—No temas, niña. A esta hora no hay nadie—solo el vigilante nocturno, que lleva su reloj marcador cada hora, registrando su ronda por el hotel. —Entonces, alzando su delicada mano y besándola con estudiada cortesía, preguntó—: ¿Estoy perdonado? Di que sí.

—Lo estarás si me dejas ir. Mira la hora. ¿Qué pensará Moyna?
—No pensará nada si es la mujer alegre que creo que es —respondió él, con la habitual indiferencia egoísta del hombre hacia la mujer a la que puede comprometer tan fácilmente.

Sin hacer ruido, avanzó hacia la puerta, corrió el cerrojo y se asomó.

—¡Nadie! —susurró—. Buenas noches, querida Sibell. Cuando volvamos a encontrarnos, olvidemos esta reunión, te lo ruego.

Al instante siguiente ella estaba en el pasillo, desaliñada, pues en su agitación no se había mirado al espejo. Sobre la gruesa alfombra avanzó silenciosamente en sus zapatillas hasta que, justo al llegar a las escaleras, dos figuras surgieron de las sombras.

Uno era un portero uniformado, y al otro lo reconoció en un instante.

Oyó las palabras, duras y roncas:

—¡Sibell! ¡Ahora que he observado sé que es cierto! Pensé que me mentían, pero ahora sé que no me perteneces... ¡sino a ese cerdo!

El que hablaba era ¡Brinsley Otway!

CAPÍTULO XXVII
Por inalámbrico

Había pasado un mes—para Sibell, un mes de oscura ansiedad, esperanzas destrozadas, una terrible desesperación vacía, que había quebrado sus nervios, pobre niña.

Constantes súplicas dirigidas a Brinsley no habían logrado nada, pues él se había negado a verla; todas sus cartas explicativas habían sido devueltas sin abrir, lo que aumentaba su abatimiento. Una docena de veces había ido a Golder's Green, pero él siempre estaba "fuera"; telegramas frenéticos no habían tenido efecto alguno para inducirlo a concederle siquiera un momento de entrevista. La había borrado de su vida.

Moyna Lascelles, risueña y artificial tras expresiones de pesar, se había marchado a Yorkshire a visitar a un primo mítico, mientras que Gussie Gretton, a quien Sibell escribió contándole el trágico desenlace del incidente del anillo, había acudido rápidamente a su lado, disculpándose profundamente e intentando consolarla. El viejo Gordon Routh, en quien su pupila se veía obligada a confiar, le ofreció su más honda simpatía y fingió escribir él mismo con firmeza a Otway.

El amante de la joven, que había sido tan devoto, permanecía obstinado. Había atendido aquella advertencia secreta enviada anónimamente por uno de los amigos de Etta. Había visto a la muchacha entrar en la habitación de Gretton y, junto con el ayuda de cámara del hotel, se había mantenido oculto afuera durante más de media hora, hasta que la sorprendió regresando

furtivamente en camisón. ¿Qué más prueba de su infidelidad se necesitaba? Lo había visto con sus propios ojos y, consumido por un odio intenso hacia su rival, no escuchaba ninguna circunstancia atenuante ni excusa.

Poco sabía el pobre de la profunda y vil conspiración urdida por Etta Wyndcliffe y el hombre Ashe, ni que hacía tiempo Gussie Gretton había hecho a la ex señuelo de los tahúres transatlánticos una firme oferta de cinco mil o más el día que se casara con Sibell.

La joven había heredado dinero, lo que hacía al sensual hombre de mundo aún más ansioso, y había aumentado su comisión. Por ello no resultaba sorprendente que el viejo Routh, sospechando la verdad del arreglo secreto con Etta, lo recibiera en Cookham para que fingiera simpatía y quizá lograra consumar el golpe.

Sibell odiaba al sujeto cada vez más. Su terrible situación se debía enteramente a él. Una tarde, mientras él estaba sentado en la pequeña sala de la cabaña, ella se lo dijo. Cobarde como era, de inmediato cargó la culpa sobre ella, declarando que había sido únicamente su error el haber ido a su habitación a esa hora, cuando tan fácilmente podía haber esperado hasta la mañana.

—Por cierto —preguntó de repente—, ¿cuánto tiempo has conocido a esa alegre amiga tuya, Moyna?

—Marigold Ibbetson, una antigua compañera mía en Cheltenham, me la presentó en Cannes. Estaba con un amigo de Brinsley—un piloto llamado Cranston.

El hombre alto, recostado en el sillón con las largas piernas cruzadas frente al fuego, gruñó. Un extraño pensamiento había surgido en su mente. Nunca le había contado a Sibell la verdad: que el día en que la encontró en el Cecil había recibido un misterioso telegrama firmado “Richard”, diciéndole que si se alojaba en el hotel esa noche se encontraría con Sibell y una amiga que estaban sin planes.

Había actuado en base a ese mensaje. Ahora se preguntaba quién sería su amigo "Richard". Conocía a muchos hombres con ese nombre, y algún día sin duda descubriría la identidad del autor de tan bienvenida noticia.

—¿Por qué preguntas por Moyna? —inquirió la joven, notando que él parecía muy preocupado.

Entonces, de repente, y por primera vez, aquellas palabras del caballero enmascarado en Gurnigel, que había pronunciado aquella extraña advertencia, volvieron a su memoria.

—Nada —respondió él—. Solo me preguntaba si la conocías muy bien.

—¡Todo fue un siniestro complot! —exclamó Sibell en ese momento, poniéndose de pie con ímpetu y apartando su rubia cabellera—. ¡Ahora lo veo todo! ¡Un complot para apartar a Brinsley de mí! ¡Fui advertida—y aun así no lo escuché! ¡He sido una completa necia!

—¿Un complot, querida Sibell? ¿Cómo podría ser? —preguntó sorprendido, levantándose también.

—¡Lo fue—Dios mío, lo fue! Yo era ignorante, pero mis enemigos aprovecharon mi inocencia y me han traído todo esto. Ese hombre que me advirtió —añadió—. ¡Oh, si tan solo pudiera saber quién es! —Y se retorció las manos en desesperación.

—¿Qué hombre? Querida niña, cuéntame. Aunque me odies, confía en mí. Hemos sido amigos durante muchos años, ¿no es así?

—Un... un hombre que me advirtió del complot. Y he estado ciega—ciega hasta este momento.
—Bueno, al menos dime cómo recibiste la advertencia —le rogó Gretton.

Ella se apoyó en una silla, balanceándose, pues en ese momento estaba medio histérica, y en unas breves frases le relató lo ocurrido en el alegre baile de máscaras durante los deportes de invierno, y la repentina desaparición de su galante caballero.

Gretton la interrogó con detalle, pero ella no sabía más que lo ya relatado en estas páginas.

—Pero si hubo un complot, ¿cómo podría ese desconocido saberlo? —preguntó Gretton reflexivamente—. Y, además, ¿por qué habría de haber un complot? Si te enamoraste del joven Otway, eso es asunto tuyo, y de él. Admito, mi querida Sibell, que desde hace mucho tiempo te tengo gran afecto, y aún lo tengo, pero ¿acaso sospechas que yo haya tenido parte en algún complot?

—¡Oh, no puedo pensar! ¡No puedo actuar—ahora que he perdido a Brin! —exclamó la muchacha de rostro pálido, desesperada—. ¡He recibido una herencia que está maldita! ¡Sí, triplemente maldita! ¡De eso estoy ahora segura!
—¿Cómo? —preguntó él.

—¿Acaso no pesa una maldición sobre la Guest House—una maldición de hace muchos años, probablemente de los días del Cardenal Wolsey? ¡Estoy condenada a vivir allí, y mi vida arruinada! ¡Detesto el mismo nombre del lugar después de todas las cosas terribles que han ocurrido allí! Y, sin embargo—sin embargo, si no vivo en ese horrible sitio, ¡pierdo mi herencia!
Augustus Gretton, con el semblante pesado y pensativo, cruzó la habitación y miró sombríamente hacia el pequeño jardín, con sus flores tempranas de primavera apenas visibles en el crepúsculo, y el río gris y helado más allá.

Estaba desconcertado, quizá por primera vez en su agitada vida. Se hallaba en silencio, vislumbrando luz a través de la nube de misterio, pues recordaba aquel satánico pacto que había hecho con la tía de Sibell, la demoníaca dama del baile que era una peeress, el acuerdo que había sido elevado a veinte mil libras si se casaba con ella. Había ofrecido un precio por el cuerpo de la

joven, como lo haría un jeque árabe, porque era rico, y su dinero podía comprar todo lo que deseaba en el mundo londinense ávido de riqueza, donde la religión es hoy sin duda una burla, y la moral una farsa ridícula tras las cortinas corridas.

—No puedo soportarte más, Gussie—por favor, perdóname —dijo la muchacha frenética, colocando de repente sus manos sobre su hombro—. Vete, te lo ruego. Si fueras una chica lo entenderías. Eres mi amigo, así que te irás y me dejarás pensar. ¡Dios mío! Preferiría ahogarme en el río allá abajo, más allá del césped, que continuar con esto. ¡Estoy desesperada! ¿No lo ves? Ambos fuimos unos necios, Gussie—idiotas. Pero pienso descubrir quién nos condujo a esta situación de la que aquel misterioso hombre, el caballero, me advirtió a mil millas de distancia —añadió con determinación.

—¿Entonces realmente me perdonarás? —dijo el hombre, con una verdadera expresión de simpatía—. Considérame, Sibell, no como el horrible cerdo que piensas que soy. Lo siento, siento muchísimo haberte besado en mi habitación, pero... realmente estabas tan dulce y encantadora que fuiste irresistible. Y, después de todo, nunca me has besado—nunca lo has hecho.
—¿Qué puedo decir? —respondió la muchacha desconcertada, que estaba frente a él con su elegante atuendo de golf.
—Solo di, Sibell, que me perdonas, y quedemos en paz —dijo el hombre con voz baja y persuasiva.

—¿En paz? ¿Y luego? —preguntó la joven, pues era de voluntad fuerte y decidida, algo que su tía, Etta Wyndcliffe, la vendedora de almas, nunca había comprendido. La mujer, aventurera como era, la había considerado simplemente una debutante muy bonita, de cabello rubio, para ser vendida en el mercado matrimonial al mejor postor, con gran beneficio para sí misma, tal como había vendido a otras, y como había decidido junto al viejo tutor jorobado, Routh, junto a aquel mar tranquilo en las dunas belgas el verano anterior.

Esa misma tarde, mientras Sibell, en el rápido anochecer, se hallaba con el rico sensualista de labios gruesos que la

codiciaba, una extraña y trágica escena tenía lugar en pleno Atlántico, donde, tras una repentina tormenta, el mar se agitaba con fuerza, haciendo que el gran transatlántico en ruta de Southampton a Nueva York se balanceara pesadamente.
El capitán, un hombre robusto, de rostro redondo y alegre, tomaba su té solo en su camarote, como era su costumbre, cuando el médico del barco entró de repente.

—¿Una taza, Dayne? —preguntó el conocido comandante atlántico—. Creo que nos espera otro temporal.

El médico, un hombre de facciones agudas, rostro estrecho y bigote negro, que llevaba cinco años en el Ciceronic, se dejó caer en la otra silla cubierta de cretona frente al fuego y, con una palabra de agradecimiento, dijo:

—Lo siento, pero me temo que habrá una muerte a bordo.
—¿Una muerte? Qué desgracia. ¿Un pasajero?

—Sí, señor. Un tal Rupert Kimball, ciudadano estadounidense de San Luis. Estaba perfectamente el primer día de viaje. Tiene una amiga a bordo—una señora Wilcox. Se enfermó anoche del corazón, y me temo que no durará mucho.

—¿Algún familiar a quien enviar un mensaje por inalámbrico? —preguntó el capitán con rapidez, sirviendo el té al doctor.
—Creo que la señora está enviando un mensaje.

—¿Aguantará hasta que crucemos? —preguntó el capitán, que como todo hombre de mar odiaba una muerte en el viaje. Tenía a bordo en secreto un caul, como todos los marinos que se hacen a la mar. El caul secreto se supone que da inmunidad contra desastres, incluso si se transporta un cadáver al puerto. Pero nunca hablan de ello.

—No lo sé. El pobre parece estar en la última etapa de angina, y en tal condición nunca se puede prever.

—Mala suerte, doctor —dijo el capitán, llenando su gran pipa de brezo, pues a esa hora siempre se permitía fumar en privado. Era la única hora de todo el largo día que se reservaba para sí mismo, libre de pasajeros, preocupaciones o quejas oficiales. En esa hora de té diaria se convertía en dueño de sí mismo, además de ser el amo del gran navío de treinta mil toneladas que llevaba el correo con tanta regularidad entre Southampton y Nueva York. Esa era su única hora de ocio en la jornada.

Ambos, él y el médico, eran vecinos en Southampton y vivían con sus esposas, y naturalmente comenzaron a charlar sobre asuntos domésticos, cuando de pronto se oyó un golpe en la puerta del camarote, y el jefe de sobrecargos entró diciendo:
—Perdón, señor. ¿Puedo hablar un momento con usted, doctor?
Dayne se levantó de inmediato, bebió de un trago el té que el capitán le había servido y salió tambaleante, pues el barco se balanceaba con fuerza.

—Me temo que ese caballero, el señor Kimball, está muy mal —dijo el hombre uniformado con fuerte acento americano—. La señora acaba de llamarlo. Dice que está muriendo.

El médico del barco, apresurándose por la cubierta, descendió rápidamente al camarote del enfermo, donde encontró a la mujer de ojos oscuros y bien vestida de pie junto a la cama de su amigo enfermo, como había estado durante las últimas cuarenta horas.
—¡Creo que el pobre Rupert ha muerto! —susurró ella, con el rostro pálido y desencajado—. Hace unos momentos se incorporó con gran esfuerzo e insistió en besarme. Luego cayó hacia atrás—¡y me temo que se ha ido!

Y, incapaz de contenerse, estalló en un torrente de lágrimas.
No le tomó mucho al doctor Dayne confirmar la verdad. Rupert Kimball estaba muerto. ¡Había sucumbido a una enfermedad cardíaca!

Con ternura, tras asegurarse de que la vida ya no existía, corrió la sábana sobre el rostro del difunto y luego condujo

silenciosamente a la amiga del fallecido fuera de aquel pequeño camarote blanco esmaltado, con su estrecha cama de bronce. La mujer se alejó tambaleante, pero él, girando en dirección contraria, no advirtió que la expresión en su rostro era más de horror que de dolor.

Media hora más tarde, el operador de radio transmitió un mensaje a una dirección en San Luis, Estados Unidos, anunciando la repentina muerte del pasajero, pero la verdad se mantuvo oculta a todos a bordo a petición del capitán a la señora Wilcox; por lo tanto, la cena y el baile continuaron con la habitual alegría nocturna, como siempre ocurre en un transatlántico.

Etta Wyndcliffe no se atrevió a entrar en el salón, sino que ordenó que su comida le fuera llevada a su camarote, donde permaneció sola, con la boca entreabierta, mirando su portillo cerrado, frente al cual aquella pequeña cortina de seda verde pálido se balanceaba con el vaivén del barco.

—¡Me pregunto! ¡Me pregunto! —susurró para sí misma en voz baja, apenas audible. No se había vestido para la cena y dejó los apetitosos platos intactos. El hombre que se había interpuesto entre ella y la fortuna yacía muerto en el camarote de arriba.

Albert Ashe aguardaba ansiosamente noticias. Ella sabía que él esperaba el resultado de su astuto plan: la eliminación de su enemigo por medios que no dejaran rastro.
Fingió comer y, al fin, después de que sirvieran los postres, se levantó y llevó ambas manos a su cabello en un gesto de desesperación.
—¡Sí! —exclamó en voz ronca—. No debo despertar sospechas. Debo permanecer tranquila. Debo desempeñar mi papel como su amiga—sí, interpretarlo hasta el final.
Así, poniéndose el abrigo, salió de su camarote y subió a la oficina de radio, donde el joven operador estaba sentado con los auriculares puestos.
Él sonrió y, retirando uno de los auriculares de su oído, la escuchó decir con voz baja y temblorosa:

—Quiero enviar un mensaje muy urgente.
—Sí, señora —respondió el educado joven operador de Marconi, señalando el escritorio y el bloc de formularios.
En uno de ellos escribió un mensaje dirigido a:
"Thomas, Regent Palace Hotel, Londres. El pobre Rupert ha muerto repentinamente de una enfermedad del corazón. Estoy desolada. Informa a madre. He enviado un telegrama a San Luis.
—Wilcox."

Y en pocos minutos el operador, con la mano sobre la llave, transmitió la ansiada noticia a Albert Ashe, quien se encontraba deliberadamente en el hotel mencionado bajo el nombre de Sidney Thomas.

La siniestra trama de la Guest House y su extraña influencia era quizá incomparable en los anales de los crímenes del mundo. Solo Etta y su cómplice lo sabían. La verdad era que, el día antes de que ella y Rupert Kimball zarparan, aún haciéndose pasar por la señora Wilcox, había alquilado un coche en un garaje y llevado a su amigo no deseado hasta Hampton Court, llevándolo, por curiosidad, a la Guest House, sobre la cual había habido tanto rumor.

Antes le había contado las extrañas historias y le había dado a leer el artículo en el Richmond and Twickenham Times. Eso lo intrigó; de ahí su visita.

Recorrieron la casa con el permiso del capataz de los decoradores, y su único comentario fue:

—Bueno, parece una casa antigua muy encantadora para que viva cualquier pareja recién casada. Ese esquema azul y gris en el salón es realmente artístico. Una casa antigua como esta se vendería a un precio enorme en Estados Unidos, ¿no cree? Me alegra haberla visto.

Luego, tras permanecer allí media hora, durante la cual visitaron todas las habitaciones, volvieron a subir al coche alquilado y regresaron por Kew y Hammersmith a Londres.

¡Pobre hombre! Rupert Kimball, fuera cual fuera su pasado, nunca en toda su inocencia soñó con las sombras venenosas que habían caído sobre él—ese misterioso mal que solo cinco días después resultó en su muerte por causas naturales

CAPÍTULO XXVIII
Un punto muerto

Lady Wyndcliffe había regresado de América y se alojaba por dos días en The Myrtles.

Sibell se había visto obligada a describir a su tía aquel desafortunado incidente en el hotel de Londres, y cómo de repente había quedado separada de Brinsley. Etta se enfureció y declaró que toda la culpa debía recaer en Gretton.

—¡Gussie siempre fue un idiota! ¡Debió haberlo sabido mejor! —exclamó la bien conservada mujer, que, tras una semana en Nueva York, donde su amigo había sido enterrado, había regresado apresuradamente a Londres, viajando, por supuesto, bajo el nombre de señora Wilcox—. Te compadezco, querida Sibell —prosiguió—. ¿No puedes reconciliarte con Brinsley? —preguntó, aspirando su eterna cigarrillo, mientras estaban sentadas en el pequeño salón.

—No responde a ninguna de mis cartas, ni consiente en verme —dijo la joven con desaliento—. Ahora tiene un sustituto en Golder's Green y ha vuelto con su madre.

—¡H'm! —gruñó la aventurera que ostentaba tan honorable nombre—. Bueno, es bastante natural, después de todo, ¿no? Ningún hombre soportaría ver con sus propios ojos a su prometida en déshabillé saliendo furtivamente de la habitación de otro hombre a las tres de la mañana, ¿verdad?

—Supongo que no. Pero no quiere escuchar la verdad.

—La verdad, querida Sibell, es patética. Debido a tu propia acción imprudente al bajar a la habitación de Gussie a esa hora, has traído todo esto sobre ti. Por lo que veo, tu compromiso se ha roto por completo, ¿eh?

—Sin duda lo está —dijo Sibell entre lágrimas—. ¿Qué debo hacer, tía? Aconséjame.

La mujer de cabello oscuro permaneció en silencio unos momentos para impresionar a su sobrina. Luego, mirándola directamente al rostro con gran seriedad, dijo:

—Solo hay una cosa que hacer, querida. Y te lo aconsejo firmemente. Gussie te adora—lo sabes bien. Está desesperado por ti, y me ha escrito tres cartas. Te ama tanto como Otway alguna vez lo hizo. Has perdido a Otway—acepta a Gussie.
—¡Nunca! —exclamó ella, golpeando con su pequeño pie en desesperación—. ¡Jamás me casaré con él!

—Pero detente un momento. No te alteres, querida, porque quiero darte un buen consejo. Gussie es muy rico y, con tu propia fortuna, ¡piensa lo que ambos podrían hacer! En un instante figurarías en la Sociedad y te moverías en los mejores círculos, y además —añadió, recordando la cláusula del testamento por la cual parte de la fortuna de Henry Dare revertiría a Gordon Routh—, ¿nunca has pensado que, si quisieras, no tendrías que vivir en esa maldita Guest House? Si te casaras con Gussie podrías renunciar a esa herencia maldita que te dejó tu tío Henry.

El punto nunca se le había ocurrido, y al admitirlo, permaneció unos minutos muy tranquila y pensativa.

—Pero nunca podría casarme con el señor Gretton, tía—¡nunca! —declaró al fin—. No lo amo—especialmente después de aquella noche en el Cecil.

—Entonces lo único que puedo decir es que eres una pequeña tonta —declaró Lady Wyndcliffe—. He conocido a tantas de tu temperamento romántico—chicas que he llevado por la Sociedad. Pero muy pronto la ilusión romántica se les desvanece con sus desilusiones diarias, y terminan haciendo matrimonios de conveniencia, y el dinero compensa lo que los hombres llaman amor.

—Te burlas del amor, tía —exclamó la joven con reproche.
—En absoluto, querida —respondió la mujer—. Solo digo que la chica que hoy se casa por amor sufre un tonto martirio de celos, pues en estos días agitados un hombre rara vez, si acaso, es fiel a una mujer, ni antes ni después del matrimonio.

—Aunque tengas mucha experiencia, tía, me niego a creer que sea la regla general. —Y de repente comentó—: Es una tarde preciosa. Voy a sacar a "Tiz-oh" a pasear —indicando a su dulce pequeño pequinés, que al oír su nombre se levantó, se estiró y se acercó dando pasos cortos.

Cinco minutos después la joven salió a la gloriosa tarde primaveral con su mascota siguiéndola.

Ya el hermoso valle del Támesis estaba cubierto de su verde más fresco, los huertos blancos de flores, los pájaros en pleno canto y el cielo despejado, mientras ella avanzaba con paso firme, una figura elegante en su traje beige y sombrero negro ajustado.

De su rostro, habitualmente luminoso y abierto, había desaparecido toda la luz de la vida. Pálida, de ojos hundidos y desesperada, su semblante reflejaba fielmente su estado de ánimo perplejo.

Mientras avanzaba ciegamente, reflexionaba sobre la sugerencia de su tía de que, habiéndola abandonado Brinsley, debía aceptar de inmediato la oferta de Augustus Gretton y ocupar su lugar en la Sociedad con la elegante casa en Upper Brook Street que era de Gussie.

Como Etta había señalado con su astuta insidia, Gussie era muy conocido en Londres, y ya los conservadores habían intentado tres veces—debido a su capacidad de contribuir a los fondos del Partido—inducirlo a presentarse para un distrito electoral. Se había sugerido Guildford, luego Bournemouth y después West Hartlepool. Pero, hombre de mundo como era, y charlatán en su club, con su perfecto inglés—pues en realidad no se habla mejor inglés que en un club del West End—, las disputas políticas nunca le habían atraído.

Mientras avanzaba por el largo y húmedo camino, bastón en mano y su pequinés a su lado, reflexionaba profundamente sobre su situación.

Brinsley, a quien estaba entregada, cuyas palabras habían sido su ley, cuyos labios había encontrado en ardientes caricias, cuyos abrazos la habían estremecido con una sensación que se había convertido en su delirio de placer, ahora la había desechado como inútil y se había marchado.

Ahora debía decidir si aceptar la fortuna de su tío y vivir sola en aquella antigua casa maldita en Hampton Court, o vivir con Gretton como su esposo, en una burla de vida de modernidad y frivolidad—una farsa vacía como la que muchas chicas podrían disfrutar.

¿Qué debía elegir? Mientras avanzaba por aquel camino gris y embarrado con sus gruesos zapatos de golf y balanceando su bastón de fresno, lo pensaba todo.

De vez en cuando "Tiz-oh", su pequinés, se quedaba atrás, y ella le silbaba para que volviera a su lado. En su paseo se volvió ensimismada. Su tía le había planteado el más difícil de todos los problemas de su joven vida.

Había pasado frente al Ferry Hotel, aquel lugar junto al río tan popular en verano, con su bonito césped y embarcadero, que solía estar animado con barcas y gente ribereña, pero que en esa tarde temprana de primavera estaba desierto y triste.

En la puerta estaba un hombre joven, bien afeitado, con un impermeable azul oscuro, erguido y elegante, con algo del aspecto de un oficial de barco. Su sombrero gris de fieltro estaba ladeado, y al pasar ella, estaba tan ocupado encendiendo su cigarrillo contra el viento que apenas levantó la vista. La mirada fue solo momentánea, pero suficiente para hacerlo concentrarse aún más en encender su cigarrillo.

Sibell, en su estado de distracción, no le dio otra mirada y continuó por el camino. Sin duda era uno de los muchos amantes del Támesis que, año tras año, se hospedaban en el Ferry.

El joven volvió al hotel y, pensándolo mejor, entró en la sala de café y pidió té. Luego tomó un viejo periódico ilustrado y comenzó a leer.

Justo cuando la ordenada camarera trajo la bandeja, se oyeron pasos pesados bajando las escaleras, y entró en la sala un hombre que se había alojado allí los últimos tres días, dando largos paseos por el campo, un caballero robusto y jovial llamado señor Herbert Smee, de Northampton, comerciante de cuero retirado.

—¡Linda tarde, señor! —exclamó alegremente el joven, cuyo nombre era Gleeson y que era viajante comercial—. Iba a dar un paseo, pero pensé que primero tomaría el té.
—Yo también —respondió el hombre mayor, algo bajo—. ¿Puedo acompañarlo?

—Por supuesto —respondió el joven, pues el señor Smee, durante los dos días que habían sido huéspedes allí, le había parecido un hombre extremadamente inteligente y bien informado, poseedor de una gran cantidad de conocimientos. Entendía que su negocio lo había llevado mucho al extranjero, especialmente al Oriente y a los centros del comercio de pieles. Después del té salieron juntos a pasear y, al cabo de media hora, se encontraron con Sibell que regresaba con su perro. Al pasar,

el joven le dirigió una mirada inquisitiva, pero al mismo tiempo mantenía un ojo atento en el rostro gris de su compañero. El hombre mayor, aunque fingió no notar a la joven, se había puesto algo pálido, y luego se detuvo un momento fingiendo buscar su pipa en los bolsillos, pero en realidad para recuperarse de aquel encuentro inesperado, que el joven Gleeson había tan hábilmente provocado.

Al poco tiempo regresaron al agradable pueblito, pasaron más allá de su hotel y continuaron un cuarto de hora más, cuando, desde la verja de The Myrtles, salieron Sibell acompañada de su tía, que llevaba un elegante abrigo de piel, ambas caminando en su dirección.

Los hombres estaban comentando una película que ambos habían visto en Londres, cuando Gleeson interrumpió de pronto al otro diciendo:
—Aquí viene una mujer muy hermosa. ¿No lo crees? Me pregunto quién será.
—¿Quién sabe? —gruñó el anciano, cuyo rostro se ensombreció al instante, y su atento compañero se sintió intrigado al notar su ansiedad disimulada por evitarla.
Tras otros veinte minutos regresaron al Ferry, donde, en la hora previa a la cena, se sentaron a fumar y charlar.
Mientras tanto, en The Myrtles, Etta Wyndcliffe, que de repente había recordado un compromiso en Londres, estaba ocupada empacando para marcharse inmediatamente después de la cena.
La presencia en Cookham de aquel viejecillo y su acompañante la había alarmado.

Había reconocido al desconocido hospedado en el Ferry como el misterioso amigo de Albert Ashe, un tal señor Pearson.
¿Qué hacía en Cookham? Esa era la cuestión que la desconcertaba. ¿Y quién era el hombre elegante y alerta que parecía ser su íntimo amigo?

Antes de las diez de esa noche ya estaba en Paddington y, habiendo tomado una habitación en el Great Western Hotel bajo

el nombre de señora Wilcox, se dirigió de inmediato a los aposentos de Ashe en St. James's.

Habiendo telefoneado previamente desde su habitación en el hotel, encontró al hombre esperándola ansiosamente.

En unas rápidas y entrecortadas frases le contó su encuentro, mientras él la escuchaba horrorizado.

—¿Qué demonios hace allá abajo? ¿Por qué? —exclamó sorprendido—. ¿Y quién puede ser su acompañante? ¿Y si Sibell lo hubiera reconocido?
—No lo ha hecho. Nunca se han visto. A menos que lo recuerde de Cannes.

—¡Por Dios! ¡Nunca deben encontrarse! Ya tuvimos un maldito escape con el querido y difunto Rupert. No queremos arriesgar un segundo.

—He estado persuadiendo a Sibell para que se case con Gussie —dijo la mujer, quitándose con cansancio sus pieles—. Es una obstinada pequeña simplona, pues cualquier otra chica saltaría de alegría ante la oportunidad, dándonos así toda la comisión que queremos y haciendo felices a todos, incluso al viejo Gordon. Pero la vida está tan llena de decepciones, molestias y... bueno, escapes por un pelo, ¿eh, querido Albert?

—¿Y cómo lo toma la chica? —preguntó el exmayordomo, sirviéndose una copa del licor en el aparador.

—Resentida al principio, pero, tras reflexionar, parece más inclinada a cambiar de opinión. No debemos permitir que se reconcilie con Otway a toda costa —añadió la mujer.

—Eso nunca lo hará. Me he hecho amigo del doctor que atiende su consulta, un tal Lancaster, y puedes apostar que le di a la joven una gran reputación de honradez. Vi que mis palabras calaron, y sé que él revelará lo que ha aprendido de una fuente confiable—yo mismo. Le pedí que guardara el secreto, pero es

un joven idiota, y sé que se lo dirá a Otway en la primera oportunidad.

—Está bien, Albert. Pero las cosas están llegando rápidamente a una crisis. ¿Dónde nos encontramos realmente?
—Estamos con Gordon, ¿no?—no con el viejo Pearson, desde luego.

—No estoy tan segura. Podría muy fácilmente arrastrarnos a los tres si no tenemos cuidado, ¡ya lo sabes! Es un juego desesperado el que estamos jugando ahora.

—¡Ahí estás otra vez, asustada—tonta! —dijo el hombre.

—¿Por qué dices eso? ¡No me asusté en aquel terrible viaje a Nueva York! Jugué el juego—eso debes admitirlo.

—Entonces juégalo otra vez —instó el hombre, con una extraña sonrisa—. Hemos llegado demasiado lejos, y no podemos retroceder ahora. Sibell debe casarse con Gussie Gretton—tiene que hacerlo—o, por Dios, ambos acabaremos en el Old Bailey. Así que el futuro depende de ti. ¡De ti! ¿Lo oyes? —gritó con voz dura y decisiva.

La mujer se tapó los oídos con las manos para bloquear sus feroces e impías exigencias.

CAPÍTULO XXIX
Más misterio

A la mañana siguiente, los lectores del Daily Express quedaron muy intrigados por un párrafo bajo un gran titular, “La Casa del Misterio”, que apareció en ese periódico.
Albert Ashe tenía la costumbre de que el periódico le fuera llevado junto con su té matutino, y mientras lo hojeaba perezosamente, su mirada se detuvo en el encabezado. Lo leyó de principio a fin y, de pronto, saltando de la cama, cruzó hasta

el teléfono junto a la puerta y llamó a la señora Wilcox al Great Western Hotel.

En unos momentos la pusieron en línea.
—¡Escucha, Etta! Consigue el Daily Express y lee lo que aparece allí. Desayuna primero y luego ven aquí conmigo —dijo con cautela.

—¿Qué hay en el periódico? ¿Algo malo? —preguntó la mujer con rápida aprensión.

—No puedo decírtelo por teléfono. Solo consigue el periódico y léelo. Nos vemos más tarde. —Y colgó. Su rostro ancho estaba pálido y sus manos temblaban, pues evidentemente estaba aterrorizado por lo que había leído.

Se sentó al borde de la cama en pijama y volvió a leer lo siguiente:

> "Durante algunos meses gran curiosidad y mucha controversia han sido provocadas por la reapertura de una antigua mansión, la Guest House, en Hampton Court—llamada así porque fue utilizada por el Cardenal Wolsey para alojar a sus invitados cuando, con su hospitalidad sin límites, desbordaban el Palacio de Hampton Court. Su historia romántica, y la razón por la cual su último propietario la cerró hace años, ya ha sido contada en el Daily Express, pero últimamente han ocurrido allí ciertos sucesos completamente inexplicables que han llevado a los residentes locales a considerarla como una Casa del Mal.
>
> Tras una reciente subasta, en la que todo el contenido antiguo fue vendido a precios enormes, una firma de decoradores—Hudson & Brown, de Hammersmith—recibió órdenes de renovar y redecorar completamente el lugar, para que pudiera ser amueblado de nuevo y quedar apto para que la nueva propietaria—una joven beneficiada por el testamento—tomara residencia allí. Tras la reapertura del

lugar, después de haber estado cerrado más de treinta años, se dieron circunstancias curiosas. Varios hombres enfermaron de manera inexplicable y, tras un período crítico, se recuperaron, mientras que en al menos un caso, una víctima de la influencia maligna, un cuidador y ex policía llamado Farmer, murió misteriosamente—todos afectados por alguna enfermedad fatal del corazón.

El último misterio relacionado con estas dependencias, sobre las cuales parece descansar una influencia siniestra, ocurrió a las cuatro de la tarde de ayer, cuando, estando la redecoración casi concluida, un pulidor francés llamado Burton, residente en el Mall, Hammersmith, mientras trabajaba en la escalera principal, se desplomó repentinamente y en cinco minutos expiró.

La policía fue notificada de inmediato, y el cuerpo fue trasladado al depósito, donde se celebrará una investigación."

—¡Maldita sea! ¿Qué será lo próximo? —exclamó Ashe, y luego, con rostro duro y serio, se afeitó y vistió, listo para recibir a la mujer ante la cual se había hecho pasar por sirviente en West Halkin Street.
Una hora más tarde ella estaba en su habitación.
—¿Bien? ¿Lo has visto, eh? —exclamó él—. El pobre diablo murió, ¡y ahora habrá otra investigación! ¡Supón que Sibell vaya allí y se vea afectada! ¿Qué será de su matrimonio, y qué de nosotros? Hay que protegerla, ¿lo admites?
—Por supuesto, querido Albert —respondió la atractiva mujer, de pie junto a la ventana, mirando sin rumbo la apagada y estrecha calle del West End—. Lo que busco es la unión de las dos fortunas. Si logramos eso, podemos exprimir a Gussie hasta casi cualquier cifra que queramos. Sibell no debe asustarse y renunciar a su herencia, como bien podría hacerlo. Si así fuera, Gordon Routh cosecharía todo el beneficio de nuestros constantes esfuerzos. Y no podemos permitirlo, ¿verdad?

—Veo en el mismo periódico que Wyndcliffe regresa en el Homeric —dijo él.
—No todavía. Le envié un cable ayer diciéndole que estaba aburrida de Londres y que me reuniría con él el próximo mes, y que iríamos a California juntos. Estoy logrando que compre un rancho de naranjas allí para mantenerlo ocupado. Así que su regreso aquí es solo habladuría de prensa. Cuanto más lejos esté, mejor. ¿No lo crees?
—Por supuesto que sí, querida. Este suceso de anoche, sin embargo, es muy desafortunado, pues trae otra investigación oficial, y cuanto más se despierte la curiosidad pública, más insegura será nuestra posición. La chica es una maldita tonta por no casarse con Gussie de inmediato y sacar de en medio a ese joven cazabichos. ¡Debe hacerlo—debe! —gritó con vehemencia.
—Sí, Albert —declaró la mujer—, estoy de acuerdo en que debe hacerlo, por el bien de todos nosotros.
—¿Pero qué sospechas que sea el verdadero secreto de la Guest House? Te lo pregunto —demandó él.
—Querido Albert, te digo con toda franqueza que estoy tan a oscuras como tú. Es horrible—demoníaco, podría decirse.
Él hizo una pausa.
—Bueno, por el amor de Dios, no corramos nosotros mismos ningún riesgo.
—Yo no lo haré, porque soy mujer —dijo ella—. Tú quizá—como hombre.
—¡Dios me ayude, espero que no! Pero te digo que, después de leer este informe, estoy absolutamente aterrorizado de entrar en ese lugar —dijo Ashe.

—Mucha otra gente también lo está. ¡Este asunto del hombre Burton es absolutamente asombroso! Y, sin embargo, si ninguna mujer ha sido afectada, ¿por qué Sibell no habría de ser inmune? Ese es el problema.

—¿Pero nunca se te ha ocurrido que la joven Forrester, con quien Henry Dare iba a casarse hace años, enfermó allí y murió misteriosamente?

—No enfermó realmente en la casa —replicó Lady Wyndcliffe—. Según lo que sabemos, estaba caminando en Bushey Park—por la avenida de castaños una mañana de primavera, para ser exactos—y de repente se sintió débil, tropezó y cayó, y fue llevada a la Guest House para morir. Además —y bajó la voz a un susurro— recuerda que Rupert no sintió ningún efecto de su visita al lugar hasta seis días después, ya en el mar. ¿Cómo puede alguien explicarlo?

—Nadie puede, querida Etta, y nadie lo hará jamás, si seguimos siendo astutos y cautelosos —dijo el hombre corpulento y atlético—. Tu plan, ahora que Rupert ya no nos molesta, es lograr que Sibell se case con Gretton. Estoy arruinado—y tú también, supongo. Tengo unas cincuenta libras entre mí y una Rowton House, nada más. El casero de este lugar nunca será pagado, te lo aseguro —y rió con aspereza—. Los hombres que pagan a los caseros son tontos—salvo que vivan en hoteles. Entonces la cuenta semanal en la mesilla debe ser saldada, sí o sí.

—¿Qué vamos a hacer, Albert? —preguntó la mujer con ansiedad.

—Esperemos a ver qué dice el jurado del forense; y confiemos en que Sibell no vea el caso en los periódicos. Si lo hace, estará más asustada que nunca.
—Quizá eso la induzca a renunciar a la herencia y caer en los brazos dispuestos de Gussie. Eso espero.

—¡Dios! Yo también —rió el hombre—. Debemos esperar, querida, y nada más. Pero también debemos averiguar primero por qué está el viejo en el Ferry de Cookham y, en segundo lugar, quién es el amigo que pasea con él allí.

—Desconfío un poco de ese joven —declaró la mujer—. Y, sin embargo, el viejo es la persona más astuta y escurridiza que he conocido—y he conocido a unos cuantos hombres en mi tiempo. ¿Sabes lo que quiero decir?

Después de eso Ashe asintió, y su visitante, apurando un coñac que él le había servido, le deseó alegre despedida y se marchó.
El informe sobre la misteriosa muerte del obrero Burton fue visto por Gordon Routh, quien de inmediato se lo mostró a su pupila, esperando así, como Etta esperaba, que la llevara a decidir renunciar a su herencia maldita y aceptar a Gussie.
La joven leyó el relato y se estremeció. La Guest House era, en efecto, una casa de muerte, y la suya no era más que una herencia fatal.

¿Estaba destinada a compartir el mismo destino que la prometida de Henry Dare en los días victorianos? Reflexionó que aquella inocente muchacha que, como ella, estaba a pocos días de ser novia, no había enfermado en la casa, sino afuera, en el parque público cercano. Además, era más que curioso que, aunque tantas mujeres habían entrado en la casa desde su reapertura, viendo su contenido y asistiendo a la subasta de tres días, ninguna hubiera sufrido efecto perjudicial alguno.
Dos días después se informó del resultado de la investigación. El hombre Burton había muerto de un ataque al corazón, revelado por la autopsia; por lo tanto, para el público, el asunto dejó de ser un misterio.

Ese mismo día Etta, que fingía ante Sibell estar alojada con unos amigos en Hampstead, bajó a The Myrtles para quedarse un par de noches, con el verdadero propósito de inducir a la joven, a toda costa, a aceptar a Gretton. Dulce y encantadora como era la naturaleza de Sibell, también era una muchacha de voluntad fuerte y decidida. Una vez que tomaba una decisión, era casi imposible persuadirla de lo contrario. Había perdido el único y verdadero amor de su vida, por lo tanto sentía que jamás podría simular afecto por otro hombre que no fuera Brinsley, su ideal, su alma gemela y el dueño de su destino.

Hora tras hora se sentaba en aquella apagada casita de campo, con el viejo jorobado siempre ocupado en elaborar sus eternos "sistemas" de ruleta y trente-et-quarante. En esas horas diseccionaba su propia alma, convenciéndose cada vez más de que el matrimonio con Gretton era absolutamente imposible.

Cuando su tía muy discretamente sacó el tema después de la cena, mientras estaban solas, ella le dijo tranquila y francamente que su decisión inalterable era permanecer soltera.

—¿Qué? ¿Vivir sola en ese horrible lugar? —exclamó su tía—. ¡Querida Sibell, sería del todo imposible! ¡Estás absolutamente loca al pensar en semejante cosa! Y además, si no vives allí, ¡te verás obligada a renunciar a tu fortuna!

—De hecho, ya he decidido vivir allí y descubrir la causa de ese extraño mal que parece impregnar el lugar —respondió la joven con calma y reflexión—. Ya he dado órdenes para las alfombras y parte del mobiliario. He dado carta blanca a la gente para amueblarlo hasta tres mil libras. Eso será un comienzo.

—¿Pero seguramente no vivirás sola allí? —dijo su tía, con los ojos muy abiertos al darse cuenta de que no solo su jugosa comisión, sino también la parte de Routh, se les escapaban.
—Puedo contratar una compañera. Muchas chicas son aficionadas a la aventura. Conozco a una que estuvo conmigo en la escuela en Cheltenham.

—Bueno, querida, te digo francamente que yo me moriría de miedo si tuviera que vivir en semejante tumba. Parece que el mismo Satanás habita allí.

—Querida tía —respondió la joven—, ¡no entiendes! Ahora que he perdido a Brin he perdido todo interés en la vida, salvo resolver el enigma de esa casa maldita —prosiguió con un tono duro y desesperado, bastante inusual en ella—. En tres semanas la casa estará lista para mí. Lo decidí hace más de una semana. La vieja Martha, que fue sirvienta de la señora Sherwood en Ripley antes de su muerte, vendrá como mi ama de llaves, y ella está contratando a los criados.

La mente alerta de Etta se puso rápidamente en marcha.

—Seguramente querrás un hombre en la casa, querida, si realmente piensas embarcarte en esa curiosa vida doméstica —

dijo—. ¿Por qué no me dejas intentar encontrar a Ashe? Era un excelente hombre. Me temo que fui algo quisquillosa con él aquel día en que lo despedí tan bruscamente. Lo he lamentado desde entonces.

—Bueno, dijiste toda clase de cosas desagradables contra él, tía —observó la joven—. Pero ciertamente lo conozco, y quizá, después de todo, sería mejor que un extraño. Me pregunto dónde estará.

—Oh, lo averiguaré —respondió su tía rápidamente—. Realmente no puedes hacer nada mejor que contratarlo, si de verdad vas a instalarte sola. Supongo que la agencia de Marylebone Street, de donde lo contraté, lo sabrá. Es tremendamente leal, y tan excelente en la mesa. Será curioso, cuando yo venga como tu invitada, que él me sirva, ¿no?

CAPÍTULO XXX
La Trama

En las lúgubres semanas que siguieron, mientras Sibell esperaba que su casa estuviera lista, solía alojarse en un pequeño hotel privado en Cork Street, donde había vivido durante la Temporada londinense con su tutor jorobado, el viejo Routh. Había contratado como compañera a una joven llamada Edith Pearman, quien, al salir de Cheltenham, se convirtió en institutriz en una escuela privada de Scarborough, y aceptó con gusto la propuesta de su antigua amiga de colegio. Bien instruida, de aspecto algo severo y anguloso, usaba gafas de montura gruesa, como correspondía a una maestra; sin embargo, en el fondo era una optimista alegre y risueña, y al enterarse de la amarga desilusión de su amiga, la consolaba.

Mientras tanto, Gussie Gretton —instigado, por supuesto, por Lady Wyndcliffe— renovaba constantemente sus atenciones. Pasaba diariamente por Cork Street para llevarla en su automóvil a uno u otro lugar, donde almorzaban y conversaban, aunque

con escasa satisfacción para el ardiente enamorado. Sibell, por supuesto, ignoraba por completo el vil pacto que su emprendedora tía había hecho, y simplemente consideraba el deseo del elegante caballero de agradarle como la consecuencia natural de su responsabilidad en la separación de Otway.

Para un joven médico recién salido del hospital, obtener siquiera un punto de apoyo en la profesión es hoy bastante difícil. Los viejos médicos generales, anticuados y ya con suficiente dinero para retirarse, suelen ser gruñones y malhumorados; si su joven socio llega unos minutos tarde al "consultorio", no dejarán de refunfuñar.

Pero Brinsley había pasado por todo aquello como cirujano interno en un hospital, y había conseguido una casa de esquina con lámpara roja —el sueño de todo médico general—, y muy pronto, gracias a su carácter jovial y su bondad con los pobres, adquirió una buena clientela entre la gente de ese suburbio londinense, Golder's Green.

Sin embargo, en una sola noche, todo su amor por Sibell se había borrado, y bien podía ser así dadas las circunstancias. La pobre Sibell permanecía desilusionada y abatida, con una sola determinación: descubrir el secreto de aquella influencia maligna que impregnaba la casa donde, en tiempos pasados, los huéspedes del Cardenal Wolsey habían sido recibidos en los días de esplendor de Hampton Court Palace.

Más de una vez, acompañada de su nueva compañera Edith, viajaba en un coche alquilado hasta la Casa de Huéspedes y recorría el lugar, dando instrucciones aquí y allá a los decoradores, que trabajaban afanosamente. El trabajo ocupaba su mente distraída.

El largo salón, tan sombrío, solemne y cargado de un aire de antaño, había adquirido un aspecto enteramente moderno, con sus paneles bordeados de blanco y tapizados en brocado rosa viejo, y una rica alfombra Wilton a juego. Allí estaban algunas de

las mejores piezas de mobiliario antiguo: la credencia del siglo XV, que los comerciantes de Bond Street le habían rogado vender; el viejo armario de roble con largas bisagras de hierro forjado, sobre el cual se había colocado un casco isabelino, profundamente oxidado.

Cuando entró por primera vez a inspeccionar el espacioso salón, con sus altos ventanales, expresó su deleite por la transformación. En un rincón se hallaba aquel pesado sillón renacentista florentino, cubierto de terciopelo, en el que el señor Gray, el subastador, se había desplomado medio inconsciente cuando se desvaneció tan repentinamente.

Un fuerte olor a esmalte fresco y barniz impregnaba todo; cada habitación había sido redecorada y amueblada hasta quedar irreconocible. Algunos de los viejos vidrios emplomados en forma de rombo de las ventanas antiguas habían sido reemplazados por láminas de cristal plano, y por todas partes había comodidades modernas: luces eléctricas disimuladas en pesadas cornisas blancas y radiadores de agua caliente en todos los dormitorios.

Ese día, mientras recorría el lugar con Edith, el capataz de la empresa de mobiliario le dijo, al bajar del piso superior:

—Lo único que no se ha tocado es la bodega, señorita Dare. Por órdenes del señor Gray no se ha abierto, pues él tiene la llave. Dijo que la consultaría antes de hacer cualquier modificación allí.
—Sí. Lo veré cuando venga a vivir aquí —respondió la joven, mostrando gran satisfacción por el esquema moderno de decoración.

—Temo que algunas cosas resulten incongruentes —añadió el hombre de rostro agradable, vestido con un abrigo negro—. Hay varias piezas realmente invaluables mezcladas con mobiliario moderno, arreglo que quizá un entendido no aprobaría. Pero entendimos, señorita Dare, que lo que usted había dejado en depósito debía usarse.

—Por supuesto. La casa es mía —rió ella—. No es la casa de un entendido.

Al regresar a Cork Street encontró un mensaje telefónico de su tía esperándola, avisando que pasaría a las seis.
Casi puntualmente llegó, y entrando en la habitación con su habitual ímpetu, exclamó:

—¡Oh, querida Sibell, hoy he descubierto dónde puede encontrarse a Ashe! Si le escribes a Hammond's Registry, Goodge Street, Tottenham Court Road, la carta lo alcanzará. Yo escribiría de inmediato, querida, si fuera tú.

Sibell prometió hacerlo, y entonces Lady Wyndcliffe añadió:
—¿Te mudarás a la nueva casa el lunes de la próxima semana, verdad? Pobre Gordon se sentirá terriblemente solo sin ti.
—Oh, espero tenerlo como huésped muy a menudo, tía... y también a ti —declaró. He estado en Hampton Court y el lugar está completamente transformado: tan luminoso y artístico. Debes venir a verlo.

—Me temo que no puedo, querida. Lo siento mucho. Como sabes, he cerrado West Halkin Street mientras Wyndcliffe está fuera, y mañana voy a Escocia a visitar a los McKay en Dalry. Pero espero que seas muy feliz, aunque no hayas elegido a Gussie como esposo.

—Podría cambiar de opinión —rió la joven con picardía—. ¿Quién sabe?

—Pues, querida, de todo corazón espero que lo hagas, porque una vida sola en esa casa no es existencia para ti.
Y, tras aplicarse lápiz labial frente al espejo y arreglarse el sombrero, le dio la mano y se marchó diciendo al salir:
—¡Ahora, asegúrate de escribirle a Ashe esta noche o podrías perderlo!

CAPÍTULO XXXI
Rejuvenecimiento

La primavera se alargaba hacia el verano, y ya el amplio jardín de la Casa de Huéspedes, ahora tan bien cuidado tras tantos años de abandono, estaba lleno de flores brillantes, mientras los antiguos árboles —incluido un raro "árbol de fresa"— ofrecían una grata sombra en los días soleados.

Sibell y su inseparable compañera, Edith Pearman, se habían instalado allí hacía más de tres semanas, viviendo tranquilas y cómodas, aunque en las largas horas los pensamientos de la joven volvían siempre a su amante perdido: el amor de su vida. Los criados, bajo la dirección de la confiable y vieja cocinera-ama de llaves, cumplían bien su labor; pero en lugar del obediente Ashe —quien, a último momento, puso excusas para no entrar al servicio de la señorita Dare— se presentó un hombre joven, erguido, algo elegante y de rostro estrecho, llamado Charlesworth, que solicitó el puesto y lo obtuvo.

En su primera entrevista, Sibell sintió una leve sospecha de haber visto antes a aquel joven, pero tras pensarlo mucho y examinar las excelentes credenciales que le presentó —provenientes de un noble recientemente fallecido— lo contrató. En efecto, se habían encontrado antes, pero la muchacha no lograba recordar las circunstancias.

Al principio, Ashe había estado muy ansioso por convertirse en mayordomo de la sobrina de su antigua señora; pero, tras conversar largamente en su habitación de St. James's con ella, declaró sentirse demasiado nervioso para vivir en aquella casa.

—Recuerda lo que le ocurrió a nuestro querido difunto Rupert después de que lo llevaste a ver el lugar —le dijo—. No, querida, yo no voy a arriesgarme. ¿Y tú?

Así, al retirarse Ashe, Charles Charlesworth fue instalado en su lugar.

Sibell se había permitido el lujo de un automóvil nuevo y costoso, con un joven chófer de buen aspecto llamado Budd; por ello, cuando el viejo Gordon Routh visitó la casa de su pupila durante una semana, ella lo llevó en agradables excursiones a Brighton, Bournemouth y Guildford.

Con un gran saldo en el banco y un nuevo círculo de amistades que iba creciendo a su alrededor, Sibell Dare habría sido intensamente feliz si aún poseyera el afecto del único hombre al que adoraba.

¡Ay! Su silencio permanecía inquebrantable. Vivía con su madre en el Norte, convertido en un misántropo decepcionado y desilusionado, cuyo corazón había perdido todo entusiasmo por la vida.

Gussie Gretton había ido a visitarla. Su primera visita fue meramente formal, para saludarla, y ambos evitaron cuidadosamente cualquier discusión sobre el pasado.

Una tarde luminosa volvió por segunda vez, siendo admitido por el discreto Charlesworth.

—¡Bueno, Sibell! —exclamó alegremente al entrar en el largo y elegante salón—. ¿Todo marcha bien? ¿Nada de fantasmas ni demonios, ni esas influencias impías, ahora que todas las telarañas han sido despejadas, eh?

—Nada —respondió la joven, riendo con alegría—. Empiezo a pensar, Gussie, que todos esos sucesos fueron simples coincidencias. Algún enemigo de nuestra familia dio mala fama al lugar, y esa reputación se ha mantenido. Esa es la opinión que estoy formando, y el señor Routh piensa lo mismo.

—Pues realmente parece así —convino su visitante, tomando el cigarrillo que ella le ofrecía—. La gente ha declarado que este sitio es una casa de muerte, y algunos viejos quisquillosos, que se llaman a sí mismos anticuarios, han pretendido desenterrar

toda clase de historias extrañas de su pasado. Todo muy raro, lo admito; pero ¿cómo puede la gente venir aquí y verse afectada por alguna influencia maligna que cause enfermedad, e incluso en más de un caso, la muerte? ¡Pamplinas, digo yo! —y, como si recordara algo, añadió—: Por cierto, ¿has sabido algo de Otway? La joven negó tristemente con la cabeza, y en un instante él comprendió que había tocado el tema más doloroso de su corazón.

—Perdóname, Sibell. Lamento muchísimo haberme referido al pasado —se apresuró a decir, posando tiernamente su mano sobre el hombro de ella—. No olvido que todo fue culpa mía, y ahora te digo francamente, querida Sibell, que si alguna vez puedo ayudarte en cualquier forma en el futuro, puedes contar conmigo como tu amigo.

Ella se incorporó en su silla y lo miró a los ojos, medio creyéndole.

En ese momento, el joven mayordomo Charlesworth entró llevando la gran bandeja de plata georgiana para el té y, tras disponerla, salió en silencio cerrando la puerta tras de sí.
—¿De veras lo dices? —preguntó ella.

—Lo digo con toda sinceridad —respondió él—. ¿Y sabes por qué, Sibell? —hizo una pausa—. Pues bien, estrictamente entre nosotros, creo que has sido víctima de alguna vil y condenable conspiración, que tiene algo que ver con tu herencia. Más no sé. Esa es mi clara y firme sospecha.

—¿Pero por qué? —exclamó la muchacha de ojos azules, emocionada—. ¿Por qué alguien habría de conspirar contra mí? ¡Seguramente, en toda mi vida, no he hecho daño a nadie!

—Los inocentes siempre sufren cuando hay codicia de dinero de por medio —replicó el hombre. Había adoptado una actitud amistosa y bondadosa hacia ella—. Que existe una trama, Sibell, estoy convencido —dijo, recordando la vil proposición de comisión que Lady Wyndcliffe le había hecho una noche en

Ciro's, dieciocho meses atrás. Él, como uno de los solteros más codiciados de Londres, reflexionaba sobre una faceta de la vida que conocía bien.

Abre tu periódico matutino y observa a las sonrientes novias de la alta sociedad, con sus pequeños tocados de encaje bordeados de azahar, sonriendo en brazos de sus esposos al salir de las iglesias del West End. Luego, por un momento, piensa en aquellos que engalanan las mesas de Mayfair y cosechan su abundante comisión en cada temporada londinense.

"Menos mercaderes de matrimonios, menos divorcios", dijo un juez sincero en el Tribunal de Divorcio no hace mucho tiempo. En los periódicos, el divorcio en la alta sociedad iguala en atractivo al matrimonio en la alta sociedad, hasta que lo común se ve desconcertado por el tablero matrimonial del Who's Who. Gussie Gretton, torpe como todo hombre, se sentó con su panecillo tostado sobre las rodillas y bebió su té de China; luego, excusándose con Sibell y con Edith, que había llegado tarde tras un paseo a Molesey, se levantó y fue acompañado hasta su automóvil por el siempre dispuesto Charlesworth.

Sibell subió a su habitación. Quería estar sola para pensar. Ya, después de esas pocas semanas, la gran casa, que olía tan intensamente a esmalte fresco y a alfombras nuevas, comenzaba a hastiarla.

Se dejó caer en un sillón mullido y, en la penumbra del crepúsculo, meditó sobre la extraña sugerencia de Gretton: que existía alguna conspiración desesperada y sumamente insidiosa contra ella, destinada a obligarla a abandonar la casa y negarse a vivir allí.

Sus abogados le habían dejado perfectamente claro que, en tal caso, bajo los términos del testamento de su tío Henry, no tendría otra alternativa que renunciar a todo derecho a sus beneficios. Comprendía también que la única persona que obtendría provecho sería su tutor jorobado, el viejo Gordon Routh.

Aquella noche cenó temprano con Edith y luego fueron a la ciudad en el automóvil para asistir a una nueva obra en el Wyndham's. Budd, el elegante chófer, con su librea verde oscuro y polainas relucientes, había estado al servicio de una reina del teatro de variedades, y era sumamente cortés y atento al envolverlas en abrigos cálidos. Tenía buen salario y plena libertad para ir y venir, salvo cuando debía conducir; por ello, naturalmente, trataba a su nueva señora con la misma solicitud que había mostrado hacia la vivaz dama de los music-halls que se casó con el hijo de un noble.

Cuando los teatros "reventaron"—esa señal horaria conocida por todo chófer o taxista londinense—llevó rápidamente a sus pasajeras de regreso a Hampton Court, aunque la noche era brumosa.

Era tarde cuando el coche entró, pero el siempre alerta Charlesworth estaba despierto para servirles una taza de té antes de retirarse.

En la mesa del comedor había un telegrama de la tía de Sibell, que decía:

"Regreso a la ciudad mañana. ¿Puedo quedarme contigo el próximo jueves durante el fin de semana?"

La joven se lo mostró a su compañera, y ambas coincidieron en que estarían encantadas de recibir a Lady Wyndcliffe como huésped. Apenas una semana antes, en la sección de chismes londinenses del Daily Sketch, había aparecido un breve párrafo: "Sadie Dexter, hija de Issy Dexter, el gran millonario inmobiliario de Detroit, ha sido acogida bajo el ala social de Lady Wyndcliffe, cuyo círculo íntimo de jóvenes brillantes es tan conocido, y quien ofrece bailes tan exclusivos en la temporada. La señorita Dexter es pariente del coronel Frank Dexter, quien fue el principal consejero del general Hughes durante la Gran Guerra."

El agente de prensa de Etta había estado trabajando. Era un pequeño y marchito periodista anciano que vivía en una sola habitación en Balham, y cuya casera anticuada se apiadaba de él. Y, sin embargo, en Fleet Street su nombre era uno con el que se podía negociar. Hacía o deshacía reputaciones, porque sabía exactamente cómo distribuir la "droga" entre sus colegas en las diversas tabernas de Fleet Street.

Siempre podía deslizar un billete del Tesoro en manos de un escritor de chismes externos de un diario, envuelto en un párrafo. ¿Quién podía entonces detectar el "negocio" cuando al día siguiente el importante periódico aparecía con la fotografía de un don nadie que estaba siendo promovido en secreto? Así es que, en esta era de la publicidad, nadie de importancia, y don nadies de importancia, así como los alguienes que cuentan, desde los más altos hasta los más bajos, pueden permitirse ignorar las ofertas de un agente de prensa.

En nuestra actual era de la publicidad, el verdadero mérito apenas cuenta, y la valía es inútil en cualquier ámbito de la vida sin un impulso de la prensa, hasta que el hombre o la mujer más odiados se convierten en los más comentados y populares. Por eso se descarta la mayor parte de los chismes sociales de los periódicos como simples incoherencias, que interesan a la suburbia analfabeta y a los primos campesinos "atrasados", quienes hoy no lo son tanto como los directores de nuestra prensa parecen creer. En otro tiempo la prensa creaba la opinión pública, pero, ¡gracias a Dios!, el público hoy piensa por sí mismo—sea cual sea su tendencia política.

Sibell leyó el párrafo sobre la última "captura" de Etta y sonrió para sí, preguntándose cuánto habría costado al ambicioso padre estadounidense. No era asunto suyo, pues había visto casos semejantes cada temporada. Después de todo, el título de "Condesa" cubre una multitud de citaciones judiciales y "órdenes del tribunal".

No obstante, Sibell ignoraba que, aunque llevaba una vida tan tranquila y sin sobresaltos, con Edith Pearman como compañera,

muy a menudo la oscura figura de un hombre rondaba los alrededores de la Casa de Huéspedes al caer la noche, esperando durante horas, a veces desde el atardecer, y con frecuencia a lo largo de las largas vigilias nocturnas. La figura se retiraba y ocultaba cuando algún policía pasaba después de la medianoche, pero el hombre estaba allí con frecuencia, observando las ventanas de la habitación de la señorita Dare como si mantuviera una constante guardia sobre la vieja casa. Era una sombra persistente, pero siempre presente: la sombra del mal o del bien.

Y quienes vivían en la recién decorada casa estaban completamente ignorantes de aquel par de ojos agudos que mantenían una vigilancia constante.

CAPÍTULO XXXII
El Dios-Mono

Temprano, una tormentosa madrugada, alrededor de las dos, cuando la lluvia golpeaba los cristales de las ventanas, Charlesworth y el elegante chófer Budd estaban sentados juntos en completa oscuridad en el largo comedor. No pronunciaban palabra. En verdad, los únicos signos de presencia eran las dos puntas rojas de los cigarrillos, pues ambos fumaban.

Sentados en silencio, con las cortinas corridas, habían permanecido allí desde que la casa se cerró a las once, sin que ninguno de los ocupantes supiera que ellos montaban guardia nocturna, como lo habían hecho durante muchas noches anteriores.

Para no mostrar luz, encendían un cigarrillo con el extremo del otro y fumaban sin decir nada. El fumar continuo los mantenía despiertos, pues noche tras noche se sentaban allí, cada uno con una botella de cerveza a su lado, hasta el amanecer, cuando se retiraban sin hacer ruido. Este extraño procedimiento se había repetido cada noche desde que entraron al servicio de Sibell.

De pronto se oyó un ruido en el rincón más alejado de la oscura sala: un leve silbido que hizo que ambos hombres se pusieran de pie. El silbido bajo, semejante al de un reptil o un insecto grande, se repitió dos veces.
—¡Cuidado! —susurró Charlesworth a su compañero—. ¡Ni un sonido!
—De acuerdo —respondió Budd en voz baja, y abriendo la bien engrasada puerta, ambos salieron en calcetines al vestíbulo, donde, en lo alto de la escalera, vieron una pequeña luz verde apagada que se movía lentamente, hasta detenerse en el descanso. A su resplandor distinguieron algo que se movía: una mano humana enguantada, al parecer, que sostenía algo brillante—un cuchillo. La mano parecía raspar o hurgar con cuidado el hermoso poste de caoba tallada que sostenía la pesada barandilla.

Durante tres minutos completos los dos vigilantes, advertidos de la intrusión por el artefacto eléctrico que había producido el curioso silbido en el comedor, observaron sorprendidos. Aquella diminuta luz verde era extraña y siniestra.

Pronto la luz se movió desde lo alto de la escalera lentamente por el pasillo hasta una habitación del fondo, que Sibell había convertido en su pequeño estudio. La puerta estaba abierta. La tenue claridad del cielo nocturno, pues la cortina no estaba corrida, reveló que la luz verde era llevada por un hombre encorvado y de baja estatura, que usaba guantes de caucho quirúrgico y, evidentemente, también zapatillas de fieltro, pues sus pasos eran silenciosos. Siguiéndolo furtivamente, los dos hombres lo vieron avanzar hasta la mesa de escritura de Sibell, sobre la cual colocó su pequeña lámpara verde y un cortaplumas abierto. Luego, tomando su estilográfica del elegante tintero de plata, desenroscó con cuidado la tapa. Era un modelo poco común de auto-carga. Sacando de su bolsillo un pequeño frasco con un líquido que parecía tinta, introdujo la pluma y la llenó rápidamente. Después, con las manos enguantadas, sumergió toda la pluma en el líquido y volvió a colocar la tapa, dejándola exactamente como la había encontrado.

Sobre la bandeja de plata dejó caer unas gotas de tinta y, al mismo tiempo, frotó con su guante de caucho cierta cantidad del líquido sobre la mesa de escritura pulida.
Era como si intentara pulir toda la mesa con tinta.

Cuando el extraño se volvió, Charlesworth encendió de golpe su potente linterna eléctrica sobre el rostro del intruso, haciéndolo retroceder sobresaltado, mientras en ese mismo instante Budd encendía la luz eléctrica de la habitación.
—Somos oficiales del Departamento de Investigación Criminal, y lo arresto, John Dare, alias Bettinson, y otros tantos nombres, por cargos de asesinato premeditado —dijo Charlesworth con voz grave.

—¿¡Ustedes... me arrestan!? —gritó el astuto anciano de cabellos blancos—. ¡¿Arrestarme?! ¡Y en mi propia casa! ¡Los desafío! ¡Tóquenme si se atreven, y con el más mínimo rasguño de este cuchillo morirán! —y con una sonrisa demoníaca levantó su pequeño cortaplumas, el mismo que había usado en la escalera.

Al instante, el sargento detective Budd se lanzó sobre él, sujetando la mano que empuñaba la hoja fatal, mientras el inspector Charlesworth luchaba por arrebatarle el peligroso cuchillo. Pero el viejo, en aquel estado demente, gritaba y chillaba como un animal salvaje, peleando con la ferocidad de un tigre, forcejeando y girando en su intento de herir a uno u otro de sus captores.

—¡Esta casa es mía... mía! ¿Entienden? —vociferó frenético—. ¡Mi hermano Henry debió dejármela! ¡Es mía por ley! ¡Todos estos años he esperado y he estado aquí, y ahora quienes usurpan lo que es mi propiedad... todos los que se atrevan a entrar... deben morir! ¡Mueren misteriosamente... de... de enfermedad del corazón! —y entonces soltó una carcajada horrenda que mostraba que había caído en plena demencia.
Asegurarlo era casi imposible, y cuando Sibell y dos criadas, despertadas por el susto, aparecieron en bata, Charlesworth se volvió hacia su señora y dijo:

—Discúlpeme, señorita, hemos atrapado a un ladrón. ¿Podría llamar de inmediato a la comisaría y decir simplemente que Charlesworth necesita asistencia urgente aquí? Ellos sabrán.
Al oír esas palabras, el maniático homicida hizo un nuevo y desesperado esfuerzo, aún empuñando el peligroso cuchillo con fuerza de acero. De pronto, en el forcejeo de Charlesworth por arrebatárselo, la mano del inspector se acercó tanto al cuello del prisionero que la punta de la hoja se clavó justo bajo su mandíbula derecha.

—¡Dios! —gritó, comprendiendo lo ocurrido—. ¡Voy... voy a morir! ¡Malditos demonios... ustedes... ustedes...! —pero lentamente, segundos después, se desplomó, mientras el cuchillo caía de sus dedos sin fuerza. —¡Este lugar es mío... mío por herencia! —gemía—. ¡Henry no tenía derecho... nunca lo tuvo! Yo nací aquí, y... y aquí... muero. ¡Pero los he engañado a todos! De los malayos aprendí su maravilloso ipoh gadong, cuyo veneno, con un simple rasguño o bajo las uñas, causa muerte segura—el veneno del tiempo que ningún médico occidental puede detectar aún—cómo su efecto puede retrasarse un día, una semana o un mes. ¡Lo sé! ¡Yo solo guardo el secreto del viejo Bomor Enche Jalal de Kelentan! Traje los ingredientes conmigo a Inglaterra. Y ustedes no lo sabrán... nunca lo sabrán. ¡El secreto es mío, y solo yo lo conservaré!

En brazos de los dos detectives, el anciano quedó inerte, de modo que lo colocaron en el diván, donde permaneció mientras Sibell, naturalmente muy alterada, regresaba del teléfono.

De pronto, el viejo John Dare se incorporó y, con sus manos huesudas alzadas, comenzó una serie de salvajes conjuros que, aunque nadie entendía, eran sin duda en malayo, pues invocaba a la langsuir, que para los nativos es una terrible vampira que solo atormenta a las novias. Imitó la risa repulsiva—"haw-haw haw-ho"—del búho pescador malayo, o "ave fantasma", mientras una y otra vez invocaba la ira de Hantu Doman, su deidad, el Dios-Mono.

Para los presentes aquello no era más que un galimatías, pero al parecer utilizaba los mismos conjuros que había pronunciado en presencia del pobre Farmer antes de su misteriosa muerte.
—¿Oíste eso? —preguntó el inspector Charlesworth a Budd—. Toma nota del nombre de ese veneno: ipoh gadong. Luego se volvió hacia Sibell y le advirtió que no tocara su estilográfica ni la barandilla de la escalera.

—Más tarde le explicaré todo, señorita —añadió el oficial de policía—. Es un gran consuelo para nosotros que, al fin, hayamos atrapado a "El Camaleón". Sabemos que lo llamaban así en Francia, donde cometió al menos dos asesinatos mediante su secreto del veneno y, tras ser juzgado en las Assizes del Sena, fue confinado de por vida en el manicomio criminal de Toulouse. Pero escapó y llegó a Londres, donde ha estado ganándose la vida precariamente en la City gracias a su conocimiento del idioma malayo. Y entonces...

Su explicación fue interrumpida de pronto por la entrada del inspector de Hampton y dos agentes.

—¿Lo arreglaron bien con "El Camaleón", señor? —preguntó el oficial de rostro sonrosado, comprendiendo la situación de inmediato.

—Sí, Fowler. Todo está en orden. Lo atrapamos con las manos en la masa y se ha envenenado a sí mismo. No espero que viva mucho. Mejor para él si no lo hace, ¿eh?

—¡Canallas! —gimió de repente el hombre postrado—. ¿Vivir mucho? ¡No me importa cuánto viva! Esta casa es mía. Vendieron su contenido, pero quienes ayudaron a hacerlo sufrieron —y gritó como un maniático—. El encargado se atrevió a ponerme una mano encima, y murió. El médico que iba a casarse con la muchacha que me arrebató mi herencia apenas escapó, porque... porque calculé mal el tiempo. ¡Fui un necio al hacerlo... un necio... necio!

Los oficiales de policía se miraron en silencio, mientras Charlesworth, con voz amable, sugería que Sibell y las criadas regresaran a sus habitaciones.

Así lo hicieron, y un cuarto de hora más tarde el prisionero fue trasladado en ambulancia a la comisaría, pero en el camino su corazón falló, de modo que al llegar se comprobó que estaba muerto.

Antes del mediodía, la estilográfica con su tinta infectada y algunas finas astillas de caoba del poste tallado de la barandilla estaban en manos del patólogo del Ministerio del Interior, quien, tras un análisis minucioso que se prolongó durante los siguientes cuatro días, certificó que se había aplicado el veneno más peligroso y virulento.

Después se realizó un examen escrupuloso de la casa maldita, donde se descubrió que "El Camaleón"—apodo que le habían dado en el manicomio de Toulouse por sus asombrosos disfraces, sus extrañas aventuras y su sólido conocimiento de la medicina, y como tal registrado en los archivos criminales de la Sûreté de París—había tenido la costumbre, incluso antes de la muerte de su hermano Henry, de entrar en la casa de noche con su luz verde, y en su estado demente solía sentarse y divertirse durante las horas nocturnas en aquellas habitaciones cerradas, imaginándose dueño de la casa clausurada.

Su modo de entrada al lugar fue descubierto la tarde del día de su muerte.

Cuando el inspector Charlesworth se enfrentó al desconcertante problema, pensó naturalmente en la bodega cerrada. Encontraron su puerta entreabierta y, junto con Budd, avanzaron entre varias hileras de toneles bien llenos de oporto y jerez hasta una salida que consistía en un enrejado de madera podrida cubierto de zarzas. Tras abrirse paso, se encontraron ascendiendo unos escalones de piedra cubiertos de musgo y, luego de otra lucha y de desgarrar sus ropas, se hallaron en un matorral al otro lado del jardín contiguo.

Por esos medios había accedido el hermano demente de Henry Dare—quien durante años se alojó con una querida y anciana viuda sorda en Molesey— a la vieja casa que había sido su hogar y de la cual aún, en su locura, se sentía propietario.

La verdad nunca se filtró al público. Era mejor así. El forense, tras una consulta en el Ministerio del Interior, llevó a cabo su investigación sin jurado, y lo único que se dijo al mundo fue que en una casa de Hampton Court la policía había capturado a un ladrón, y que el shock le resultó tan grande que, al ser trasladado a la comisaría, murió de una enfermedad cardíaca.

CAPÍTULO XXXIII
Conclusión

Si el lector se toma la molestia de cruzar la amplia pradera de Hampton Court, cerca del magnífico palacio de ladrillo rojo con torres y sus maravillosos jardines antiguos, podrá ver la impecable Casa de Huéspedes del gran Cardenal, erguida entre los árboles centenarios, tal como ha estado desde los días en que Ana Bolena la visitó con Enrique VIII.

De la asombrosa carrera de "El Camaleón" nadie tiene conocimiento salvo el doctor y la señora Otway —que ahora viven allí tan felices—, la policía, por supuesto, Routh el viejo jugador, Lady Etta y el aventurero Ashe. Para todos los demás, el secreto del mal que impregnaba el lugar ha sido estrictamente ocultado.

La joven pareja goza de gran popularidad. Brinsley, tras vender su consulta y su casa de esquina en Golder's Green, busca ahora establecerse en el West End, decidido a no vivir del dinero de su esposa.

La reconciliación entre ambos fue lograda nada menos que por Gussie Gretton. Él admiraba, quizá incluso amaba, a Sibell, pues

habría estado dispuesto a pagar la jugosa comisión que la aventurera exigía. Pero, al comprender su error y la devoción de Sibell hacia Otway, un día viajó al Norte y, presentándose ante Otway, le relató franca y honestamente todo lo ocurrido.

Al principio Brinsley se negó indignado a ver a Sibell, pero Gretton lo reprendió:

—En ese caso, Otway, no eres justo con la mujer que te ama. Dale una oportunidad de explicarse con sus propios labios. La conozco desde hace más tiempo que tú, y tengo derecho a apelar a ti por ella. ¿No puedes comprender el infierno que ha pasado desde aquella noche desafortunada? Ven conmigo a Londres. Hazlo.

Otway permaneció obstinado, mientras Gretton insistía en que el encuentro no había sido planeado y que nada había ocurrido entre ellos más allá de lo que ya había contado. Admitió haberla besado contra su voluntad, y por ello pidió disculpas profundas y humildes.

Esa noche, tras obtener la promesa de su rival de reconsiderar su decisión, Gretton regresó a la ciudad, y al amanecer Brinsley tomó el tren para reunirse con la joven a la que estaba tan entregado.

Las explicaciones en aquel largo salón blanco esmaltado no duraron mucho, pues en un instante se hallaron en los brazos del otro, él cubriéndola de ardientes besos, mientras ella sollozaba de alegría.

Esa noche Sibell escribió a su tía comunicándole la feliz noticia, lo cual, por supuesto, causó gran decepción entre quienes habían tramado separarlos para obtener una considerable suma de dinero si su plan hubiera tenido éxito. Aunque Sibell lo ignoraba, Lady Wyndcliffe había sido presentada en secreto por Ashe a John Dare, quien se hizo pasar por el señor Pearson, gerente de la empresa eléctrica que equipaba la Casa de

Huéspedes, y en ese papel la invitó a llevar a su amigo estadounidense, el señor Kimball, a recorrer el interesante lugar.

Así lo hizo al día siguiente, cuando, sin duda, el homicida maniático, disfrazado como un camaleón, manipuló con su líquido mortal, de modo que el desprevenido acompañante de Etta quedó infectado con el más letal de los venenos, preparado para surtir efecto fatal en el plazo de una semana —como ocurrió en pleno Atlántico. Sibell no supo hasta mucho después que Scotland Yard ya seguía la pista de Ashe y Etta, y que aquella mañana en Berna el inspector Charlesworth había estado en la habitación contigua y había escuchado el complot. Fue él quien, disfrazado de caballero, asistió al baile de máscaras en Gurnigel y la advirtió.

John Dare nunca reveló a nadie su verdadero nombre ni el secreto modo en que eliminaba a quienes invadían lo que consideraba su dominio legítimo. Etta y Ashe solo sabían que poseía un extraño y asombroso secreto.

Etta Wyndcliffe, al enterarse de la verdad, temió verse implicada y partió de inmediato a la Colonia de Kenia, donde Wyndcliffe, ignorante de todo, se reunió con ella. Albert Ashe, igualmente temeroso de ser descubierto —pues había sido idea suya que Etta llevara a Kimball a la Casa de Huéspedes "para ver si el mal caía sobre él"— huyó al continente, donde aún permanece.

Solo gracias al análisis del peligroso secreto de "El Camaleón" —el ipoh gadong, mezclado con jugos espesados de dos lianas de la selva y las espinas venenosas de ciertos peces— los toxicólogos modernos se han visto obligados a admitir la existencia de un verdadero "veneno del tiempo" que puede absorberse por la piel, algo negado con vehemencia desde la Edad Media por químicos y patólogos.

Sibell, en efecto, estuvo a punto de morir, pues de haber usado inocentemente su estilográfica, habría caído fulminada al entrar la tinta en contacto con sus dedos.

Por ello, hombres provistos de guantes de caucho, tras misteriosas advertencias, pasaron semanas limpiando nuevamente la gran casa y eliminando las astillas infectadas de caoba del poste tallado de la escalera, responsables sin duda de los imperceptibles rasguños que habían transmitido el veneno más mortal conocido. Al estudiar el problema, Otway, interesado en la toxicología, comprendió de pronto por qué las visitantes mujeres habían salido ilesas: la explicación era simple. ¡Ellas usaban guantes!

El público nunca ha sabido la verdad aquí relatada, ni la extraña historia y hazañas del criminal lunático que eliminaba a sus enemigos imaginarios de manera tan sutil e ingeniosa. Durante años la policía francesa lo había vigilado, sospechando de al menos dos casos de envenenamiento secreto —uno en Burdeos y otro en París—, pero era tan escurridizo y tan camaleónico en sus constantes disfraces que la Sûreté jamás pudo obtener pruebas directas.

Su presencia en Cookham fue ciertamente con malas intenciones contra Sibell, pero su joven compañero en el Ferry Hotel era en realidad un astuto sargento detective de la División T de la Policía Metropolitana, cuya vigilancia fue luego continuada por el célebre inspector Charlesworth de Scotland Yard y el sargento Budd.

Sibell lamentó profundamente cuando sus dos fieles sirvientes se vieron obligados a renunciar tan repentinamente. Gracias a su constante vigilancia, su vida había sido salvada, mientras que el regreso de Brinsley le trajo toda la felicidad que tanto había anhelado.

Al momento de redactar este relato de uno de los dramas más extraños de la agitada vida londinense jamás registrados en los anales de Scotland Yard, el viejo tutor jorobado de Sibell, el optimista Gordon Routh, vive en tres cómodas habitaciones en el piso superior de la Casa de Huéspedes, y suele estar absorto en los intrincados problemas de las probabilidades en la ruleta y

en demostrar la infalibilidad del "sistema" que ha inventado para su propia satisfacción.

El voluminoso expediente que hoy reposa en los archivos criminales de Scotland Yard, y los igualmente extensos registros en la oficina de la Sûreté de París, narran la carrera de John Dare, plantador de caucho en Malasia que se convirtió en un criminal demente. No existe paralelo en la historia del crimen. Frente a él, el infame Neil Cream, con sus diminutas píldoras de veneno que administraba a los desdichados de Lambeth, se desvanece en la insignificancia, pues John Dare, de la casa de D'Aire, había traído a Londres el secreto del único y terrible veneno oriental de tiempo, del cual los toxicólogos tuvieron noticia gracias al análisis del pequeño frasco de tinta y veneno hallado en su poder tras su muerte. La fórmula permanece hoy como el más profundo secreto entre quienes la conocen, no sea que algún día sea utilizada por enemigos que deseen quitar la vida humana con total inmunidad frente al arresto.

Las numerosas páginas mecanografiadas que constituyen el registro policial de John Dare, criminal demente, alias Bettinson, Pearson y otros tantos nombres, conservadas en los archivos de Scotland Yard —cuyo duplicado en carbón reposa en el gran departamento de registros criminales de París— concluyen de la siguiente manera:

> "John Dare, alias Bettinson.—Uno de los asesinos más hábiles, escurridizos y verosímiles jamás reportados a la policía internacional. Poseía un veneno secreto hasta entonces desconocido por la ciencia médica, y sus crímenes conocidos en Inglaterra y Francia sumaban ocho. Era tan atento y diestro en cambiar su expresión facial, junto con su atuendo y su oficio, para eliminar a quienes consideraba intrusos en sus legítimas posesiones, que, por sus asociados y también por la policía, llegó a ser conocido en toda Europa como 'El Camaleón'."